# Hombres de armas

# Terry Pratchett

El cabo Zanahoria, de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork (Guardia Nocturna) se sentó después de ponerse la camisa de dormir, cogió su lápiz, chupó la punta durante un instante y luego escribió:

Queridísimos mamá y papá:

Bueno, esta es otra de esas Cosas Que Hay que Anotar En Los Libros, ¡¡porque me han hecho Cabo!! Eso significa otros Cinco Dólares al mes y además también tengo un jubón nuevo con dos insignias encima incluidas. ¡Y una nueva placa de cobre! ¡¡Es una Gran responsabilidad!! Todo esto es porque ahora tenemos nuevos reclutas porque el patricio quien, como ya os he confiado anteriormente es el gobernante de la ciudad, ha acordado que la Guardia tiene que reflejar el tejido étnico de la Ciudad…

Zanahoria dejó de escribir durante unos momentos y contempló desde la pequeña y polvorienta ventana del dormitorio cómo los primeros rayos del sol del atardecer se deslizaban furtivamente a través del río. Luego volvió a inclinarse sobre el papel.

… cosa que yo no entiendo en su Totalidad pero debe de tener algo que ver con la Fábrica Textil del enano Agarrado Soplodeltrueno. También, el capitán Vimes del que ya os he escrito a menudo va, a dejar la Guardia para casarse y Convertirse en un Perfecto Caballero y, estoy seguro de que le deseamos Todo Lo Mejor, me ha enseñado Todo Lo Que Sé, aparte de las cosas que yo me he enseñado a mí mismo. Estamos reuneindo dinero para hacerle un Regalo Sorpresa, pensé que uno de esos nuevos Relojes que no necesitan demonios para hacerlos funcionar y podríamos inscribir detrás algo así como «Para Guardar el Tiempo de, tus Veijos Amigos de la Guardia», cosa que es un retruecando o Juego Con Palabras. No sabemos quién será el nuevo capitán, el sargento Colon dice que si es él Tendrá que Resignarse, el cabo Nobbs…

Zanahoria volvió a mirar por la ventana. Su grande y honesta frente se frunció en una contorsión llena de esfuerzo mientras intentaba pensar en algo positivo que decir acerca del cabo Nobbs.

… es más adecuado a su Función actual, y yo todavía no llevo tiempo suficeinte en la Guardia. Así que tendremos que esperar y Ver…

Empezó, como lo hacen muchas cosas, con una muerte. Y un entierro, en una mañana de primavera, con una niebla tan baja y espesa que se derramaba dentro de la tumba y el ataúd descendía hacia el interior de una nube.

Un chucho de pelaje grisáceo, anfitrión de tantas enfermedades perrunas que se hallaba rodeado por una nube de polvo, observaba con expresión impasible desde el montículo de tierra.

Varias parientes de edad bastante avanzada lloraban. Pero Edward de M’uerthe no lloraba, por tres razones. Era el hijo mayor, el trigésimo séptimo señor De M’uerthe, y No Estaba Bien que un De M’uerthe llorase. Edward era —desde hacía muy poco tiempo, porque su diploma todavía lucía el sello— un Asesino, y los Asesinos no lloraban ante la muerte, ya que de otra manera nunca pararían; y además estaba muy enfadado. De hecho, se sentía lleno de rabia.

Se sentía lleno de rabia por haber tenido que pedir prestado dinero para aquel funeral tan pobre. Se sentía lleno de rabia por el tiempo que estaba haciendo, por aquel cementerio de plebeyos y por la manera en que el estrépito de fondo de la ciudad no alteraba ni uno solo de sus aspectos, ni siquiera en una ocasión semejante. Se sentía lleno de rabia porque la historia no hubiese tenido que seguir aquel curso.

Las cosas no hubiesen debido ser así.

La mirada de Edward fue más allá del río hasta posarse en la imponente mole del Palacio, y entonces la ira que había estado sintiendo se tensó súbitamente sobre sí misma y se convirtió en una lente.

Edward había estudiado en el Gremio de Asesinos porque los asesinos disponían de la mejor escuela para aquellos cuya posición social supera considerablemente su nivel de inteligencia. Si lo hubieran adiestrado como Bufón, Edward habría inventado la sátira y hecho chistes peligrosos acerca del patricio. Si hubiera sido adiestrado como Ladrón,[[1]](#footnote-1) Edward habría irrumpido en el Palacio y le habría robado algo muy valioso al patricio.

No obstante… le habían enviado a los Asesinos…

Aquella tarde Edward vendió todo lo que quedaba de las propiedades de los De M’uerthe, y volvió a matricularse en la escuela del gremio.

Para seguir el curso de postgrado.

Obtuvo las notas más altas posibles, siendo la primera persona que hacía tal cosa en toda la historia del Gremio de Asesinos. Sus preceptores lo describieron como un hombre al cual no había que perder de vista en ningún momento; y debido a que había algo en él que ponía muy nerviosos incluso a los Asesinos, sería preferible no perderle de vista desde bastante lejos.

En el cementerio, el sepulturero solitario estaba llenando el agujero que iba a ser el último lugar de descanso del viejo señor De M’uerthe.

Entonces reparó en lo que parecían ser unos pensamientos que habían empezado a agitarse dentro de su cabeza. Discurrían más o menos así: ¿Hay alguna posibilidad de que tengas un hueso? No, no, lo siento, eso ha sido de muy mal gusto, olvídalo. Pero tienes bocadillos de carne dentro de tu comosellame, la fiambrera del almuerzo, eso es. ¿Por qué no le das uno a ese perrito tan mono que hay ahí?

El hombre se apoyó en la pala y miró a su alrededor.

El chucho gris no le quitaba los ojos de encima.

Luego dijo:

—¿Guau?

Edward de M’uerthe tardó cinco meses en encontrar lo que andaba buscando. La búsqueda se vio obstaculizada por el hecho de que no sabía qué era lo que buscaba, únicamente que lo sabría en cuanto lo encontrara. Edward creía a pies juntillas en el destino. Ese tipo de personas suelen serlo.

La biblioteca del Gremio de Asesinos era una de las más grandes de la ciudad de Ankh-Morpork. En ciertas áreas especializadas, era la más grande. Esas áreas básicamente tenían que ver con la lamentable brevedad de la vida humana y los medios de provocarla.

Edward pasó mucho tiempo allí, a menudo en lo alto de una escalera de mano, a menudo rodeado de polvo.

Leyó todas las obras sobre armamento que se conocían. Edward no sabía qué era lo que estaba buscando hasta que terminó encontrándolo en una nota escrita en el margen de un tratado sobre la balística de las ballestas que, por lo demás, era muy aburrido y estaba lleno de incorrecciones. La copió minuciosamente.

Edward también pasó mucho tiempo entre los libros de historia. El Gremio de Asesinos era una asociación de caballeros de alcurnia, y ese tipo de personas tiende a considerar que toda la historia registrada es una especie de inventario de existencias. Había muchos libros en la biblioteca del Gremio de Asesinos, así como una galería entera llena de retratos de reyes y reinas, y[[2]](#footnote-2) Edward de M’uerthe llegó a conocer sus aristocráticos rostros mucho mejor de lo que conocía el suyo propio. Siempre pasaba sus horas del almuerzo allí.

Más tarde se llegaría a decir que había caído bajo malas influencias durante aquella etapa. Pero el secreto de la historia de Edward de M’uerthe consistía en que no llegó a verse sometido a ninguna influencia exterior en absoluto, a menos que se tuviera en cuenta la de todos aquellos reyes muertos. Simplemente cayó bajo la influencia de sí mismo.

Ahí es donde se equivoca la gente. Los individuos no son en principio miembros de pleno derecho de la raza humana, excepto en el sentido biológico. Necesitan ir rebotando de un lado a otro por el movimiento browniano de la sociedad, que es un mecanismo mediante el que los seres humanos se recuerdan constantemente unos a otros que son… bueno… seres humanos. Edward también estaba describiendo una rápida espiral hacia el interior, como tiende a ocurrir en esos casos.

No tenía absolutamente ninguna clase de plan. Se había limitado a batirse en retirada, tal como hacen las personas cuando se sienten atacadas, hacia una posición más defendible, es decir, el pasado, y entonces de pronto ocurrió algo que tuvo el mismo efecto sobre Edward que el hecho de encontrar un plesiosaurio en su estanque de las carpas habría tenido sobre un estudioso de los reptiles antiguos.

Edward había salido a pasear una tarde calurosa después de un día pasado en compañía de la gloria desaparecida, y cuando estaba parpadeando bajo el intenso sol había visto cómo el rostro del pasado pasaba junto a él, saludando afablemente a la gente con la cabeza.

Edward no había podido controlarse.

—¡Eh, tú! ¿Quién eres? —había dicho.

—Cabo Zanahoria, señor —había dicho el pasado—. Guardia Nocturna. Y usted es el señor De M’uerthe, ¿verdad? ¿ Puedo ayudarle en algo?

—¿Qué? ¡No! No. ¡Ocúpate de tus asuntos!

El pasado asintió y le sonrió y luego siguió su camino, dirigiéndose hacia el futuro.

Zanahoria dejó de mirar la pared.

He gastado tres dólares en una caja de iconografías que, es una cosa con un duendecillo en su interior que pinta imágenes de cosas, eso es algo que está haceindo Furor estos días. Dentro encontraréis imágenes de mi habitación y de mis amigos en la Guardia, Nobby es el que está haceindo el Gesto Humerístico pero es un Diamante en Bruto y una buena alma en el fondo.

Volvió a detenerse. Zanahoria escribía a casa al menos una vez a la semana. Los enanos generalmente lo hacían. Zanahoria medía dos metros de alto, pero al principio había crecido como un enano y luego todavía más como un humano. Las empresas literarias no eran algo que se le diera fácilmente, pero perseveraba.

«El tiempo —escribió, muy despacio y con mucho cuidado— continúa siendo Muy Caluroso…»

Edward no se lo podía creer. Comprobó los registros. Luego volvió a comprobarlos. Hizo preguntas y, debido a que eran unas preguntas lo bastante inocentes, la gente le dio respuestas. Y finalmente se fue unos días a las Montañas del Carnero, donde una investigación cuidadosa terminó llevándolo a las minas de los enanos que había alrededor de Cabeza de Cobre y desde allí hasta un claro que por lo demás no tenía nada de notable y se encontraba en el centro de un hayedo donde, tal como era de esperar, unos cuantos minutos de paciente excavación sacaron a la luz restos de carbón de leña.

Edward pasó el día entero allí. Cuando hubo terminado de volver a colocar en su sitio con mucho cuidado las hojas y el moho mientras se ponía el sol, estaba totalmente seguro.

Ankh-Morpork volvía a tener un rey.

Y aquello era apropiado. Y era el destino el que había permitido que Edward reparara en aquello precisamente cuando ya tenía su Plan. Y era apropiado que fuese el Destino, y que la ciudad fuera a Salvarse de su innoble presente por su glorioso pasado. Edward contaba con los Medios, y tenía el objetivo. Y así sucesivamente… Los pensamientos de Edward solían seguir esa clase de curso.

Edward podía pensar en cursivas. A esas personas no hay que perderlas de vista.

Pero preferiblemente desde una distancia prudencial.

Me Interesó mucho vuestra carta en la que decíais que la gente ha estado vineindo a preguntar por mí, esto es Asombroso. Apenas si llevo Cinco Minutos aquí y ya soy Afamado.

Me hizo mucha ilusión enterarme de la apertura del Pozo número 7. No me importa Deciros que aunque, estoy muy contento aquí, echo de menos los Buenos Tiempos allá en Casa. A veces en mi día Libre voy y, me seinto en el Sótano y me doy en la cabeza con el mango de un hacha, pero No Es Lo Mismo.

Esperando que esta carta os encuentre a todos Gozando de Buena Salud, se despide cariñosamente, Vuestro hijo que os quiere, adoptado,

ZANAHORIA

Zanahoria dobló la carta, introdujo las iconografías, la selló con un poco de cera de vela apretada en su sitio con el pulgar y se la guardó en el bolsillo de los pantalones. El correo de los enanos a las Montañas del Carnero era bastante fiable. Cada vez más enanos estaban viniendo a trabajar a la ciudad, y como los enanos siempre lo hacen todo a conciencia, muchos de ellos enviaban dinero a casa. Aquello hacía que el correo de los enanos fuese tan seguro como puede llegar a ser algo, dado que se hallaba estrechamente vigilado. Los enanos se sienten muy apegados al oro. Cualquier salteador de caminos que exigiera «La bolsa o la vida» haría bien en llevar una silla plegable, un almuerzo preparado y un libro para leer mientras iba teniendo lugar el debate.

Después Zanahoria se lavó la cara, se puso la camisa y los pantalones de cuero y la cota de malla, se ciñó la coraza y, con el casco debajo del brazo, salió alegremente a la calle, listo para hacer frente a lo que pudiera traer consigo el futuro.

Aquella era otra habitación, en algún otro lugar.

Era una estancia opresiva y nada acogedora, con el yeso empezando a desprenderse de las paredes y los techos aflojándose hacia abajo como el somier de la cama de un hombre gordo. Y el mobiliario hacía que estuviese todavía más abarrotada.

Todos los muebles eran antiguos y de muy buena calidad, pero aquel no era el lugar apropiado para ellos. Aquellos muebles hubiesen tenido que estar en salas de techo muy alto y llenas de ecos. Allí, no te dejaban moverte. Había sillas de roble oscuro. Había largos aparadores. Incluso había una armadura completa. Apenas si había espacio para la media docena de personas que se encontraban sentadas a la enorme mesa. Apenas si había espacio para la mesa.

Un reloj hacía tictac entre las sombras.

Las gruesas cortinas de terciopelo estaban corridas, a pesar de que todavía quedaba mucha luz del día en el cielo. La atmósfera era asfixiante, tanto por el calor del día como por las velas que había encendidas dentro de la linterna mágica.

La única iluminación provenía de la pantalla, que en aquel momento estaba mostrando un excelente perfil del cabo Zanahoria Fundidordehierroson.

La reducida pero muy selecta audiencia lo contemplaba con las expresiones cuidadosamente vacías propias de las personas que están medio convencidas de que a su anfitrión le falta un tornillo, pero le siguen la corriente porque acaban de disfrutar de una comida abundante y sería de mala educación irse demasiado pronto.

—¿Y bien? —dijo una de ellas—. Me parece que lo hemos visto andar por la ciudad. ¿Y qué? No es más que un guardia, Edward.

—Por supuesto. Es esencial que deba serlo. Una posición humilde en la vida. —Edward de M’uerthe hizo una señal y acto seguido hubo un suave chasquido cuando otra diapositiva de cristal se introdujo en la ranura de la linterna mágica—. Esta no fue p-intada en vida. El rey P-paragore. Tomada de un c-uadro antiguo. Este… —¡clic!— es el rey Veltrick III. De otro r-etrato. Esta es la reina Alguinna IV… ¿os dais cuenta de la línea de la barbilla? Esta… —¡clic!— es una p-ieza de siete reales del reinado de Webblethorpe el Inconsciente, volved a fijaros en el detalle de la barbilla y la estructura ó-sea general, y esta… —¿clic!— es una imagen i-nvertida de un jarrón lleno de flores. D-elfinios, creo. ¿A qué se debe esto?

—Ejem, lo siento, señor Edward, pero el caso es que todavía me quedaban unas cuantas placas, y los demonios no estaban cansados y…

—Siguiente diapositiva, por favor. Y luego puedes dejarnos.

—Sí, señor Edward.

—Preséntate ante el torturador de g-uardia.

—Sí, señor Edward.

¡Clic!

—Y esta es una imagen bastante bien hecha… bravo, Bl-en-kin… del busto de la reina Coanna.

—Gracias, señor Edward.

—Un poco más de su cara nos habría permitido estar seguros del parecido, no obstante. Con esto ya es suficiente, creo. Puedes irte, Bl-enkin.

—Sí, señor Edward.

—Alguna cosa discreta, nada muy e-laborado.

—Sí, señor Edward.

El sirviente cerró respetuosamente la puerta tras de sí, y luego bajó a la cocina sacudiendo la cabeza con tristeza. Los De M’uerthe llevaban años sin poder permitirse el lujo de tener un torturador titular en la mansión. Por el bien del chico, el sirviente tendría que hacer lo que pudiese con un cuchillo de cocina.

Las visitas esperaron a que el anfitrión hablara, pero no parecía que fuese a hacerlo, aunque en su caso siempre resultaba un poco difícil saberlo. Cuando estaba emocionado por algo, Edward no sufría exactamente de un impedimento del habla, sino de pausas colocadas en los lugares equivocados, como si su cerebro estuviera manteniendo en una situación de espera temporal a su boca.

Finalmente, uno de los integrantes de la audiencia dijo:

—Muy bien. ¿Y adonde quieres ir a parar?

—Ya habéis visto el parecido. ¿Acaso no resulta ob-vio?

—Oh, vamos…

Edward de M’uerthe tiró de un maletín de cuero y empezó a soltar las tiras que lo mantenían cerrado.

—Pero, pero el muchacho fue adoptado por enanos del Mundodisco. Lo encontraron en los bosques de las Montañas del Carnero cuando era un bebé. Había unas cuantas carretas a-rdiendo, cadáveres, ese tipo de cosas. El ataque de unos b-andidos, aparentemente. Los enanos encontraron una espada entre los restos. Ahora la tiene él. Una espada muy antigua. Y siempre está afilada.

—¿Y qué? El mundo está lleno de espadas antiguas. Y de piedras de afilar.

—Esta estaba muy bien escondida dentro de una de las carretas, la cual se destrozó. Curioso. Lo normal sería que hubiese estado a mano, ¿no? ¿Para poderla utilizar? ¿En tierras de b-andidos? Y luego el muchacho crece, y… el Destino… conspira para que él y su espada vengan a Ankh-Morpork, donde actualmente es un guardia en la Guardia Nocturna. ¡No me lo podía creer!

—Eso sigue sin ser…

Edward levantó la mano un momento, y luego sacó un paquete del maletín.

—Veréis, el caso es que llevé a cabo cuidadosas indag-aciones y pude localizar el sitio en el que se produjo el ataque. Un examen muy cuidadoso del terreno reveló viejos c-lavos de carreta, unas cuantas monedas de cobre y, en un trozo de carbón de leña… esto.

Todos estiraron el cuello para ver.

—Parece un anillo.

—Sí. Está, está, está d-escolorido en la superficie, por supuesto, porque de otra manera alguien hubiese repa-rado en él. Probablemente estaba escondido en algún lugar de una carreta. Hice que lo limpiaran en p-arte. Fijándose bien, se puede leer la inscripción. Bien, he aquí un inventario i-lustrado de las joyas reales de Ankh hecho en el año 907 AM, durante el reinado del rey Tyrril. ¿Puedo, si me lo permitís, llamar vuestra a-tención hacia el pequeño anillo de boda que hay en la esquina i-nferior izquierda de la página? Veréis que el artista tuvo la amab-ilidad de dibujar la inscripción.

Hicieron falta vanos minutos para que todos lo examinaran, ya que eran personas suspicaces por naturaleza. Todas descendían de personas para las que la sospecha y la paranoia habían figurado entre los principales rasgos de supervivencia.

Porque todos eran aristócratas. Ni uno solo de ellos ignoraba el nombre de su tatara-tatara-tatarabuelo ni la vergonzosa enfermedad que le había provocado la muerte.

Acababan de ingerir una comida no muy buena que, no obstante, había incluido vanos vinos antiguos dignos de catar. Habían asistido a ella porque todos habían conocido al padre de Edward, y los De M’uerthe eran una excelente familia de gran antigüedad, por muy reducidas que hubieran pasado a verse sus circunstancias.

—Así que ya lo veis —dijo Edward con orgullo—. Las pruebas son abrumadoras. ¡Tenemos un rey!

Los integrantes de su audiencia trataron de evitar mirarse los unos a los otros.

—Pensaba que os sentiríais muy complacidos —dijo Edward.

Finalmente, lord Óxido expresó en voz alta el consenso general. En aquellos ojos tan azules no cabía la compasión, la cual no era un rasgo de supervivencia, pero a veces podía permitirse correr el riesgo de mostrar un poco de amabilidad.

—Edward, el último rey de Ankh-Morpork murió hace siglos —dijo lord Óxido.

—¡Ejecutado por t-raidores!

—Incluso si todavía se pudiera encontrar a un descendiente, ¿ no crees que a estas alturas la sangre real ya estaría un poco aguada?

—¡La sangre real no puede a-guarse!

Ah, pensó lord Óxido. Así que el joven Edward es de los que piensan que el contacto de un rey puede curar la escrófula, como si la realeza fuera el equivalente al ungüento de azufre. El joven Edward piensa que no hay un lago de sangre lo bastante grande que atravesar con tal de sentar en el trono a un rey legítimo, ni acto demasiado vil que cometer en defensa de una corona. Un romántico, de hecho.

Lord Óxido no era un romántico. Los Óxido se habían adaptado bastante bien a los siglos posteriores a la monarquía de Ankh-Morpork comprando, vendiendo, alquilando y estableciendo contratos y haciendo lo que siempre han hecho los aristócratas, que es ser pragmáticos y sobrevivir.

—Bueno, quizá —concedió, hablando con la suave afabilidad de alguien que está intentando convencer a otro de que se baje de una cornisa—. Pero lo que debemos preguntarnos es: ¿necesita Ankh-Morpork, en este momento, un rey?

Edward lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Necesitar? ¿Necesitar, dices? ¿Mientras nuestra hermosa ciudad languidece bajo la bota de un ti-rano?

—Oh. Te refieres a Vetinari.

—¿Es que no veis lo que le ha hecho Vetinari a esta ciudad?

—El patricio es un hombrecillo muy desagradable y engreído —dijo lady Selachii—, pero yo no diría que realmente aterrorice mucho. No como tal.

—Una cosa tienes que reconocerle, y es que la ciudad funciona —dijo el vizconde Patinador—. Más o menos. La gente va haciendo cosas.

—Las calles son más seguras de lo que eran en tiempos de lord Espasmo el Loco —dijo lady Selachii.

—¿Más se-guras? ¡Vetinari estableció el Gremio de Ladrones! —gritó Edward.

—Sí, sí, por supuesto, muy reprensible, ciertamente. Por otra parte, basta con un modesto pago anual y uno ya puede ir seguro por ahí…

—Vetinari siempre dice que si va a haber crimen, al menos que sea crimen organizado —dijo lord Óxido.

—A mí me parece —dijo el vizconde Patinador— que todos los mandamases de los gremios dejan que Vetinari siga donde está porque cualquier otro sería peor, ¿no? Y no cabe duda de que en el pasado ya hemos tenido a unos cuantos que eran… bastante difíciles. ¿Alguien se acuerda de lord Winder el Homicida?

—O de lord Armonio el Trastornado —dijo lord Monflatherse.

—O de lord Escápula el Risueño —dijo lady Selachii—. Un hombre con un sentido del humor realmente afilado, desde luego.

—Ojo, que en el caso de Vetinari… hay algo que no es del todo… —empezó a decir lord Óxido.

—Sé a qué te refieres —dijo el vizconde Patinador—. No me gusta nada la manera que tiene de saber siempre lo que estás pensando antes de que lo pienses.

—Todo el mundo sabe que los Asesinos han fijado su tarifa en un millón de dólares —dijo lady Selachii—. Eso es lo que costaría hacerlo matar.

—Uno no puede evitar tener la sensación de que costaría mucho más asegurarse de que siguiera muerto —dijo lord Óxido.

—¡Dioses! ¿Qué ha sido del orgullo? ¿Qué ha sido del honor?

Todos saltaron perceptiblemente cuando el último lord De M’uerthe se levantó de su asiento como una exhalación.

—¿Queréis escuchar lo que estáis diciendo, por favor? Miraos. ¿Quién entre vosotros no ha visto cómo el nombre de su familia se iba degradando desde los días de los reyes? ¿Es que ya no podéis acordaros de aquellos hombres que fueron vuestros antepasados?

Echó a andar rápidamente alrededor de la mesa de tal manera que todos tuvieron que ir volviéndose para mirarlo, y fue señalándolos uno a uno con un dedo furibundo.

—¡Vos, lord Óxido! Vuestro antepasado fue he-cho barón después de matar él solo a treinta y siete klatchianos, armado con nada más que un al-filer, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Y vos, señor mío… ¡Sí, vos, lord Monflathers! ¡El primer duque condujo a seiscientos hombres a una gloriosa y épica derrota en la batalla de Quirm! ¿Es que eso no significa n-ada? Y vos, lord Venturii, y vos, sir George… sentados en Ankh dentro de vuestras antiguas mansiones con vuestros antiguos nombres y vuestro antiguo dinero, mientras los gremios… ¡Los gremios, esas camarillas de mercaderes y comerciantes! ¡Mientras los gremios, digo, tienen voz y voto en la a-dministración de la ciudad!

Edward llegó de dos zancadas a un estante y lanzó sobre la mesa un enorme volumen encuadernado en cuero que hizo volcar la copa de lord Óxido.

—¡La N-obleza de Twurp! —gritó—. ¡Todos tenemos páginas ahí! Es de nuestra propiedad. ¡Pero ese hombre os ha hipnotizado! ¡Os aseguro que es de carne y hueso, un mero mortal! ¡Nadie se atreve a quitarle de en medio porque pi-ensan que eso haría que las cosas empeoraran un poquito para ellos! ¡Oh, por todos los dio-ses!

Su audiencia se había puesto muy seria. Todo aquello era cierto, naturalmente… si lo planteabas de esa manera. Y el que viniera de labios de un pomposo joven de ojos enloquecidos no hacía que sonara mejor.

—Sí, sí, los buenos viejos tiempos. Torres imponentes, estandartes, la caballerosidad y todo eso —dijo el vizconde Patinador—. Damas con sombreros puntiagudos, tipos con armadura haciéndose picadillo los unos a los otros y todo lo que quieras. Pero ¿sabes?, hemos de progresar con los tiempos…

—Fue una época dorada —dijo Edward.

Dios mío, pensó lord Óxido. Realmente se lo cree.

—Verás, mi querido muchacho —dijo lady Selachii—, un poco de parecido fruto de la casualidad y una pequeña joya… Bueno, en realidad eso no significa gran cosa, ¿verdad?

—Mi aya me dijo que un auténtico rey podía sacar una espada de una piedra —dijo el vizconde Patinador.

—Ja, sí, y también podía curar la caspa —dijo lord Óxido—. Eso no es más que una leyenda. No es real. Y de todos modos, esa historia siempre me ha tenido un poco perplejo. ¿Qué hay de difícil en eso de sacar una espada de una piedra? El trabajo de verdad ya está hecho. Lo que deberías hacer es moverte y buscar al hombre que clavó la espada en la piedra en un principio, ¿eh?

Hubo una especie de carcajada general llena de alivio. Eso fue lo que recordaría Edward después. Todo había terminado entre carcajadas. No exactamente a sus expensas, pero Edward era el tipo de persona que siempre se toma las risas de una manera muy personal.

Diez minutos después, Edward de M’uerthe estaba solo.

Todos se lo tomaban con una tranquilidad inmensa. ¡Progresar con los tiempos! Edward había esperado más de ellos. Mucho más. Se había atrevido a concebir la esperanza de que podían llegar a sentirse inspirados por su liderazgo. Se había imaginado a sí mismo al frente de un ejército…

Blenkin entró arrastrando los pies con respeto.

—Los he acompañado a todos hasta la puerta, señor Edward —dijo.

—Gracias, Blenkin. Puedes quitar la mesa.

—Sí, señor Edward.

—¿Qué ha sido del honor, Blenkin?

—Pues no lo sé, señor. Le aseguro que yo no lo he cogido.

—No quisieron escuchar.

—No, señor.

—No quisieron es-cuchar.

Edward se quedó sentado junto al fuego que iba agonizando, con un ejemplar bastante usado de La sucesión de Ankh-Morpork escrita por Muerdemuslo abierto sobre su regazo. Reinas y reyes muertos lo contemplaban con reproche.

Y allí hubiera podido terminar todo. De hecho, en millones de universos terminó allí. Edward de M’uerthe fue envejeciendo y la obsesión se convirtió en una especie de locura libresca del tipo guantes-con-los-dedos-recortados y zapatillas de fieltro, y Edward llegó a ser todo un experto en la realeza, aunque eso nadie llegó a saberlo jamás debido a que rara vez salía de sus habitaciones. El cabo Zanahoria llegó a ser el sargento Zanahoria y, a su debido tiempo, murió de uniforme a la edad de setenta años en un improbable accidente relacionado con un oso hormiguero.

En un millón de universos, los guardias interinos Cuddy y Detritus no se cayeron por el agujero. En un millón de universos, Vimes no encontró los tubos. (En un universo extraño pero teóricamente posible, la Casa de la Guardia fue redecorada en colores pastel por un inexplicable tornado que también reparó el pestillo de la puerta e hizo unos cuantos trabajitos inesperados más por todo el lugar.) En un millón de universos, la Guardia fracasó.

En un millón de universos, este libro fue muy corto.

Edward se quedó dormido con La sucesión de Ankh-Morpork sobre las rodillas y tuvo un sueño. Soñó con una gloriosa contienda. «Gloriosa» era otra palabra muy importante en su vocabulario personal, al igual que «honor».

Si los traidores y los hombres sin honor no eran capaces de ver la verdad, entonces él, Edward de M’uerthe, era el dedo del Destino.

El problema con el Destino, naturalmente, es que no suele importarle demasiado dónde pone el dedo.

El capitán Sam Vimes, de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork (Guardia Nocturna) estaba sentado en la antesala llena de corrientes de aire de la sala de audiencias del patricio, con su mejor capa envolviéndole el cuerpo, la coraza bien abrillantada y el casco encima de las rodillas.

Estaba contemplando la pared con el rostro inexpresivo.

Se dijo a sí mismo que hubiese tenido que estar contento. Y lo estaba. En cierto modo. Decididamente sí. Todo lo contento que podía llegar a estar.

Dentro de unos días iba a casarse.

Iba a dejar de ser un guardia.

Iba a ser un caballero de vida ociosa.

Se quitó la placa de cobre y la pasó distraídamente por el borde de su capa para sacarle brillo. Luego la sostuvo ante los ojos de tal manera que la luz arrancó destellos a la pátina de la superficie. GCAM N.° 177. A veces Vimes se preguntaba cuántos otros guardias habían tenido aquella placa antes de él.

Bueno, ahora alguien iba a tenerla después de él.

Esta es Ankh-Morpork, la Ciudad de Las Mil y Una Sorpresas (según la guía editada por el Gremio de Mercaderes). ¿ Qué más se necesita decir? Un lugar inmenso, hogar de un millón de personas, la mayor de todas las ciudades del Mundodisco, que se extiende a ambos lados del río Ankh, un cauce de aguas tan fangosas que parece como si fluyera al revés.

Y los visitantes dicen: ¿Cómo es que existe una ciudad tan grande? ¿Qué la mantiene en funcionamiento? Dado que tiene un río que se puede masticar, ¿de dónde proviene el agua potable? ¿Cuál es, de hecho, la base de la economía de la ciudad? ¿Cómo es posible que, en contra de toda probabilidad, Ankh-Morpork funcione?

En realidad, los visitantes no suelen decir eso. Lo habitual es que digan cosas como «¿Por dónde se va a, ya sabe, las… esto… ya sabe, las damas jóvenes, sí, eso?».

Pero suponiendo que empezaran a pensar con el cerebro durante un ratito, eso habría sido lo que hubiesen estado pensando.

El patricio de Ankh-Morpork se recostó en su austera silla con la sonrisa súbita y radiante de una persona muy ocupada cuando, al final de un día lleno de ajetreo, acaba de descubrir en su agenda un recordatorio que dice: 7.00-7.05, Mostrarse Relajado y Alegre y Ser una Persona Capaz de Tratar con la Gente.

—Bueno, por supuesto que me llenó de tristeza recibir su carta, capitán…

—Sí, señor —dijo Vimes, manteniéndose tan inmóvil como un almacén de muebles.

—Tenga la bondad de sentarse, capitán.

—Sí, señor. —Vimes permaneció de pie. Era una cuestión de orgullo.

—Pero aun así, le aseguro que lo comprendo. Tengo entendido que las propiedades de los Ramkin son muy extensas, y estoy seguro de que lady Ramkin sabrá apreciar el hecho de poder contar con su robusta mano derecha.

—¿Señor?

Cuando se encontraba en presencia del gobernante de la ciudad, el capitán Vimes siempre concentraba su mirada en un punto situado unos treinta centímetros por encima de la cabeza del patricio y unos quince centímetros a su izquierda.

—Y naturalmente será usted un hombre muy rico, capitán.

—Sí, señor.

—Espero que haya pensado en eso. Tendrá nuevas responsabilidades.

—Sí, señor.

El patricio se dio cuenta de que estaba manteniendo los dos extremos de la conversación. Empezó a rebuscar entre los papeles de su escritorio.

—Y naturalmente tendré que ascender a un nuevo oficial en jefe para la Guardia Nocturna —dijo el patricio—. ¿Tiene usted alguna sugerencia, capitán?

Vimes pareció descender de cualquiera que fuese la nube que había estado ocupando su mente. Aquello era trabajo de guardia.

—Bueno, que no sea Fred Colon… Fred es un sargento nato…

El sargento Colon, de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork (Guardia Nocturna) contempló los rostros radiantes de los nuevos reclutas.

Suspiró y se acordó de su primer día en la Guardia, aquel en que había conocido al viejo sargento Wimbler. ¡Menudo tártaro! ¡Wimbler tenía una lengua que era como un latigazo! Ah, si el abuelo Wimbler hubiera llegado a vivir lo suficiente para ver aquello…

¿Cómo se llamaba? Oh, sí. Procedimiento de incorporación basado en la acción afirmativa, o algo por el estilo. La Liga Anti-Difamación del Silicio no había dejado de darle la lata al patricio, y ahora…

—Inténtelo una vez más, guardia interino Detritus —dijo Colon—. El truco consiste en detener la mano justo encima de su oreja sin que llegue a tocarla. Levántese del suelo e intente saludar una vez más. Bueno, veamos… ¿Guardia interino Cuddy?

—¡Aquí!

—¿Dónde?

—Delante de usted, sargento.

Colon bajó la mirada y dio un paso atrás. La tensa curva de su más que adecuado estómago se hizo a un lado para revelar el rostro del guardia interino Cuddy, con aquella expresión inteligente y siempre dispuesta a ayudar y aquel ojo de cristal.

—Oh. Claro.

—Soy más alto de lo que parezco.

Oh, dioses, pensó el sargento Colon cansadamente. Súmalos y divide por dos y obtienes dos hombres normales, salvo que los hombres normales no ingresan en la Guardia. Un troll y un enano. Y eso no es lo peor de todo…

Vimes tabaleó con los dedos sobre el escritorio.

—No, entonces quedamos en que Colon no —dijo—. Ya no es tan joven como antes. Va siendo hora de que se quede en la Casa de la Guardia, ocupándose del papeleo. Además, ahora tiene muchas cosas en la cabeza.

—Ah, yo diría que el sargento Colon siempre ha tenido muchas cosas en el estómago —murmuró el patricio.

—Me refería a que ahora está muy ocupado con los nuevos reclutas —dijo Vimes, con cierta intención—. ¿Se acuerda, señor?

Esos que me obligó a tener en el Cuerpo, añadió dentro de la intimidad de su cabeza. No iban a ir a la Guardia Diurna, naturalmente. Y los muy bastardos de la Guardia de Palacio tampoco los aceptarían entre ellos, claro. Oh, no. Póngalos en la Guardia Nocturna, porque de todas maneras la cosa no va en serio y de esa manera nadie los verá. Nadie importante, en todo caso.

Vimes terminó aceptando únicamente porque sabía que aquello no iba a ser problema suyo durante mucho tiempo.

Se dijo que después de todo él no era ningún especiesista. Pero la Guardia era un trabajo para hombres.

—¿Qué me dice del cabo Nobbs? —preguntó el patricio.

—¿Nobby?

Ambos compartieron una imagen mental del cabo Nobbs.

—No.

—No.

—Y luego naturalmente está —el patricio sonrió— el cabo Zanahoria. Un joven magnífico. Que ya se está haciendo todo un nombre, según tengo entendido.

—Eso es… cierto —dijo Vimes.

—¿Una nueva oportunidad de ascender, quizá? Valoraría su consejo, Vimes.

Vimes se formó una imagen mental del cabo Zanahoria…

—Esto —dijo el cabo Zanahoria— es la Puerta del Eje. Para toda la ciudad. Que es lo que protegemos.

—¿De qué? —preguntó la guardia interina Angua, la última incorporación entre los nuevos reclutas.

—Oh, ya sabes. Hordas bárbaras, tribus guerreras, ejércitos de bandidos… ese tipo de cosas.

—¿Qué? ¿Solo nosotros?

—¿Nosotros? ¡Oh, no! —Zanahoria se rió—. Eso sería una tontería, ¿verdad? No, si ves cualquier cosa por el estilo, lo único que has de hacer es tocar la campana todo lo fuerte que puedas.

—¿Y qué ocurre entonces?

—El sargento Colon y Nobby y el resto vendrán corriendo tan pronto como puedan.

La guardia interina Angua escrutó el horizonte velado por la calina.

Luego sonrió.

Zanahoria se sonrojó.

La guardia interina Angua había dominado el saludo al primer intento. Aún no disponía de un uniforme completo y no contaría con él hasta que alguien hubiera llevado una coraza al viejo Remitt el armero y le hubiera dicho que le diera dos buenos golpes con el martillo exactamente aquí y aquí. Aparte de eso, ningún casco en el mundo cubriría toda aquella masa de cabellos color rubio ceniza. Pero entonces a Zanahoria se le ocurrió pensar que en realidad la guardia interina Angua no iba a necesitar nada de todo aquello. La gente haría cola para que ella les arrestara.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Angua.

—Pues supongo que proceder de vuelta a la Casa de la Guardia —dijo Zanahoria—. Me imagino que el sargento Colon ya estará leyendo el informe de la tarde.

Angua también había dominado el «proceder», una manera de andar muy especial concebida por los agentes de la ley en todo el multiverso para hacer la ronda. Consiste en un suave levantamiento del empeine, un cuidadoso balanceo de la pierna y un paso relajado que se puede mantener hora tras hora, calle tras calle. El guardia interino Detritus todavía tardaría algún tiempo en estar listo para aprender a «proceder», al menos hasta que fuera capaz de no dejarse inconsciente a sí mismo cada vez que saludaba.

—El sargento Colon —dijo Angua—. Ese era el gordo, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Por qué tiene un mono como mascota?

—Ah —dijo Zanahoria—. Me parece que te estás refiriendo al cabo Nobbs…

—¿Es humano? ¡Tiene una cara que parece uno de esos pasatiempos en los que tienes que ir uniendo los puntos!

—Sí, el pobre hombre tiene una buena colección de furúnculos. Hace trucos con ellos. Procura no interponerte nunca entre él y un espejo.

No había mucha gente en las calles. Hacía demasiado calor, incluso para lo que se estilaba en un verano de Ankh-Morpork. El calor irradiaba de cada superficie. El río se acurrucaba apáticamente en el fondo de su lecho, como un estudiante alrededor de las once de la mañana. Quienes no tenían ningún asunto acuciante que atender fuera de casa acechaban en los sótanos y solo salían de noche.

Zanahoria iba por las calles que se cocían al sol con aires de propietario y una ligera pátina de honesto sudor, intercambiando un saludo de vez en cuando. Todo el mundo conocía a Zanahoria. Era muy fácil de reconocer. Nadie más medía cosa de unos dos metros de alto y tenía el pelo rojo como las llamas. Además, andaba como si toda la ciudad fuera suya.

—¿Quién era ese hombre con la cara de granito al que vi en la Casa de la Guardia? —preguntó Angua mientras iban andando por la Vía Ancha.

—Ese era Detritus el troll —dijo Zanahoria—. Antes solía ser un poquito criminal, pero ahora está cortejando a Rubí. Ella dice que Detritus tiene que…

—No, me refería a ese otro hombre —dijo Angua, descubriendo, como muchos otros antes que ella, que Zanahoria tendía a tener ciertos problemas con las metáforas—. El que tiene una cara que parece una nube de torm… El que tiene la cara de alguien que está muy malhumorado por algo.

—Ah, ese era el capitán Vimes. Pero no creo que nadie haya hecho nunca nada para ponerle de buen humor. Va a retirarse en cuanto termine la semana, y entonces se casará.

—Pues la idea no parece gustarle demasiado —dijo Angua.

—No sabría qué decirte.

—Me parece que no le gustan nada los nuevos reclutas.

El otro rasgo característico del cabo Zanahoria era que no podía mentir.

—Bueno, la verdad es que los trolls no le gustan demasiado —dijo—. Cuando el capitán Vimes se enteró de que teníamos que poner carteles pidiendo un recluta troll, no conseguimos sacarle una sola palabra en todo el día. Y luego tuvimos que conseguir un enano, porque de otra manera causarían problemas. Yo también soy un enano, pero los enanos de aquí no se lo creen.

—No me digas —murmuró Angua, alzando la mirada hacia él.

—Mi madre me tuvo por adopción.

—Oh. Sí, pero yo no soy una troll o una enana —dijo Angua dulcemente.

—No, pero eres una muj…

Angua se detuvo.

—Así que se trata de eso, ¿verdad? ¡Por todos los dioses! Estamos en el Siglo del Murciélago Frugívoro, ¿sabes? Cielos, ¿realmente es así como piensa?

—Le cuesta un poco adaptarse a los cambios. Tal vez esté algo anticuado.

—Fosilizado, diría yo.

—El patricio dijo que debíamos tener algo de representación por parte de los grupos minoritarios —dijo Zanahoria.

—¡Grupos minoritarios!

—Lo siento. De todas maneras, ya solo le quedan unos cuantos días más de…

Entonces hubo un ruido de cristales al otro lado de la calle. Zanahoria y Angua se volvieron en el preciso instante en que una figura salía corriendo de una taberna y huía como una liebre calle arriba, seguida de cerca —al menos durante unos cuantos pasos— por un hombre gordo que llevaba un delantal.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Ladrón sin licencia!

—Ah —dijo Zanahoria.

Atravesó la calzada con Angua andando junto a él, mientras el gordo iba reduciendo el paso hasta convertirlo en un lento contoneo.

—Buenos días, señor Franela —dijo Zanahoria—. ¿Algún problema?

—¡Se llevó siete dólares y no me enseñó ninguna licencia de ladrón! —dijo el señor Franela—. ¿Qué va a hacer usted al respecto? ¡Yo pago mis impuestos!

—Enseguida emprenderemos una frenética persecución —dijo Zanahoria sin perder la calma, sacando su cuaderno de notas—. ¿Siete dólares, ha dicho?

—Al menos eran catorce.

El señor Franela miró a Angua de arriba abajo. Los hombres rara vez dejaban escapar la oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué lleva un casco? —preguntó después.

—Es una nueva recluta, señor Franela.

Angua dirigió una sonrisa al señor Franela. Este dio un paso atrás.

—Pero es una…

—Hay que adaptarse a los tiempos, señor Franela —dijo Zanahoria, guardando su cuaderno de notas.

El señor Franela volvió a concentrarse en los negocios. —Mientras tanto, hay dieciocho dólares de mi propiedad que nunca volveré a ver —dijo secamente.

—Oh, nil desperandum, señor Franela, nil desperandum —dijo Zanahoria alegremente—. Vamos, guardia interina Angua. Procedamos con nuestras indagaciones.

Siguió su camino, dejando a Franela mirándolos con la boca abierta.

—¡No se olvide de mis veinticinco dólares! —gritó.

—¿Es que no vas a perseguir a ese hombre? —preguntó Angua, echando a correr para no quedarse atrás.

—Eso no tendría ningún sentido —dijo Zanahoria, entrando en un callejón que era lo bastante angosto para ser casi invisible. Siguió andando entre las paredes húmedas y cubiertas de musgo, sumido en las oscuras sombras.

—Es muy interesante —dijo después—. Apuesto a que pocas personas saben que puedes llegar a la calle Céfiro desde la Vía Ancha. Pregúntaselo a cualquiera. Te dirán que no puedes salir del otro extremo del callejón de la Camisa. Pero sí que puedes hacerlo, porque basta con que vayas a la calle Mormius y luego puedes deslizarte por entre estos bolardos que hay aquí para entrar en la Vía Borborígmica. Excelentes, ¿verdad? Son de un hierro muy bueno. Y ya estamos en el callejón de Antaño…

Fue hasta el final del callejón y se detuvo a escuchar unos momentos.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Angua.

Hubo un sonido de pies que corrían. Zanahoria se apoyó en la pared y extendió un brazo hacia la calle Céfiro. Hubo un golpe sordo. El brazo de Zanahoria no se movió ni un centímetro. Tenía que haber sido como darse de narices con una viga.

Dólares de plata rodaban sobre los adoquines.

—Oh cielos, cielos, cielos —dijo Zanahoria—. El pobre Aquíyahora. Y además me prometió que lo iba a dejar. Oh, bueno…

Levantó una pierna del suelo.

—¿Cuánto dinero hay? —preguntó.

—Parecen unos tres dólares —dijo Angua.

—Bravo. La cantidad exacta.

—No, el tendero dijo…

—Venga, regresemos a la Casa de la Guardia. Vamos, Aquíyahora. Es tu día de suerte.

—¿Por qué es su día de suerte? —preguntó Angua—. Le han capturado, ¿no?

—Sí. Le hemos capturado nosotros. El Gremio de Ladrones no le cogió primero. Ellos no son tan amables como nosotros.

La cabeza de Aquíyahora iba rebotando ruidosamente de un adoquín a otro.

—Coger tres dólares y luego correr directo a casa —suspiró Zanahoria—. Este es Aquíyahora, el peor ladrón del mundo.

—Pero dijiste que el Gremio de Ladrones…

—Cuando lleves un tiempo aquí, entenderás cómo funciona todo esto —dijo Zanahoria. La cabeza de Aquíyahora chocó con el bordillo—. En algún momento —añadió Zanahoria—. Pero el caso es que todo funciona. Te asombrará, ya lo verás. Todo funciona. Ojalá no lo hiciera. Pero lo hace.

Mientras Aquíyahora iba acumulando una pequeña conmoción por el camino que terminaría llevándolo a la seguridad de la cárcel de la Guardia, un payaso estaba siendo víctima de un asesinato.

El payaso iba andando por la calle sintiéndose tan tranquilo como se puede esperar de alguien que le ha pagado el año entero al Gremio de Ladrones cuando una figura encapuchada se le puso delante.

—¿Beano?

—Oh, hola… Eres Edward, ¿verdad?

La figura titubeó.

—Estaba a punto de regresar al Gremio —dijo Beano.

La figura encapuchada asintió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Beano.

—Lamento e-sto —dijo la figura—. Pero es por el bien de la ciudad. No es nada p-ersonal.

Se colocó detrás del payaso. Beano sintió cómo algo se resquebrajaba, y entonces todo su universo personal se desconectó.

Luego se sentó en el suelo.

—Ay —dijo—, eso duel…

Pero no era así.

Edward de M’uerthe le estaba mirando con una expresión horrorizada.

—Oh… ¡No pretendía darte tan fuerte! ¡Solo quería quitarte de en medio!

—¿Y por qué tenías que darme?

Y entonces fue cuando Beano empezó a tener la impresión de que Edward no estaba exactamente mirándole, y que en realidad no le estaba hablando a él.

Bajó la mirada hacia el suelo, y experimentó esa sensación tan peculiar que solo conocen quienes han muerto recientemente, el horror ante lo que ves yaciendo ante ti, seguido por la inquietante pregunta: Y entonces, ¿quién es el que está mirando?

TOC TOC

Beano levantó la vista.

—¿Quién es?

LA MUERTE.

—¿La muerte? ¿La muerte de quién?

La atmósfera sufrió un enfriamiento súbito. Beano esperó. Edward estaba dándole palmaditas frenéticas en la cara… bueno, sobre lo que hasta hacía muy poco había sido su cara.

ME PREGUNTO SI… BUENO, ¿NO PODRÍAMOS VOLVER A EMPEZAR? ME PARECE QUE NO HE CONSEGUIDO PILLARLE EL TRUCO A ESTO.

—¿Cómo dices? —preguntó Beano.

—¡Lo s-iento! —gimió Edward—. ¡Lo he hecho con la mejor intención!

Beano vio cómo su asesino se llevaba su… el cuerpo arrastrándolo por el suelo.

—Nada personal, dice —dijo—. Pues me alegro de que no fuera nada personal. Sentiría mucho tener que pensar que he sido asesinado porque se trataba de algo personal.

VERÁS, ES QUE ME HAN SUGERIDO QUE DEBERÍA SER UNA PERSONA MÁS ABIERTA AL TRATO CON LA GENTE.

—No, lo que me gustaría saber es por qué lo ha hecho. Yo creía que nos llevábamos bastante bien. Es muy difícil hacer amigos en mi trabajo. En el tuyo también, supongo.

SOLTÁRSELO POCO A POCO, POR ASÍ DECIRLO. IR POR ETAPAS, YA SABES.

—Hace un momento yo iba paseando tranquilamente por ahí, y un instante después estaba muerto. ¿Por qué?

QUIZÁ DEBERÍAS CONSIDERARLO MÁS BIEN COMO UNA… PEQUEÑA DISCAPACIDAD DIMENSIONAL.

La sombra de Beano el payaso se volvió hacia la Muerte.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Estás muerto.

—Sí, eso ya lo sé.

Beano se relajó un poco, y dejó de hacerse tantas preguntas acerca de los acontecimientos sucedidos en un mundo cada vez menos relevante para él. La Muerte ya había descubierto que eso era lo que solía hacer la gente una vez pasada la confusión inicial. Después de todo, lo peor ya había ocurrido. Al menos… con un poquito de suerte.

SI TUVIERAS LA AMABILIDAD DE SEGUIRME…

—¿Habrá pasteles de nata? ¿Narices postizas rojas? ¿Números de malabarismo? ¿Existe alguna probabilidad de que haya pantalones enormemente holgados?

No.

Beano, que había pasado casi toda su corta vida siendo un payaso, sonrió hoscamente debajo de su maquillaje.

—Me gusta.

La reunión de Vimes con el patricio terminó como lo hacían todas aquellas reuniones, con el invitado marchándose en posesión de una vaga pero insistente sospecha de que había salido vivo de allí por los pelos. Vimes fue a ver a su prometida. Sabía dónde se la podría encontrar.

El letrero garabateado a través de las grandes puertas dobles en la calle Mórfica decía: Aquí Hay Dragnes.

La placa de latón que había junto a las puertas decía: El Santuario Rayo de Sol de Ankh-Morpork para Dragones Enfermos.

Había un dragón pequeño, patético y hueco, hecho de cartón piedra, que sostenía una caja para las colectas, muy bien encadenado a la pared y luciendo la leyenda: No Dejes Que Se Apague Mi Llama.

Allí era donde lady Sybil Ramkin pasaba la mayor parte de sus días.

Era, según le habían dicho a Vimes, la mujer más rica de Ankh-Morpork. De hecho, era más rica que todas las otras mujeres que había en Ankh-Morpork combinadas, si tal cosa fuera posible, en una sola mujer.

La gente decía que iba a ser una boda muy rara. Vimes trataba a sus superiores sociales con un desprecio apenas disimulado, porque las mujeres hacían que le doliera la cabeza y los hombres hacían que le picaran los puños. Y Sybil Ramkin era la última superviviente de una de las familias más antiguas de Ankh. Pero ella y Vimes se habían visto tan inexorablemente unidos como dos ramitas atrapadas en el remolino de un estanque, y finalmente habían terminado inclinándose ante lo inevitable.

De pequeño, Sam Vimes pensaba que quienes eran muy ricos comían en platos de oro y vivían en casas de mármol.

Ahora había aprendido algo nuevo: quienes eran muy pero que muy ricos podían permitirse ser pobres. Sybil Ramkin vivía en la clase de pobreza que solo se hallaba disponible para los muy ricos, una pobreza alcanzada desde el otro lado. Las mujeres que eran meramente acomodadas ahorraban y compraban vestidos hechos de seda ribeteados con encajes y perlas, pero lady Ramkin era tan rica que podía permitirse ir por casa calzada con botas de goma y llevando una falda de lana que había pertenecido a su madre. Era tan rica que podía permitirse vivir de galletas y bocadillos de queso. Era tan rica que vivía en tres habitaciones de una mansión que tenía treinta y cuatro; el resto de ellas estaban llenas de muebles muy caros y muy antiguos, cubiertos con sábanas para protegerlos del polvo.

La razón por la que los ricos eran ricos, razonaba Vimes, era que se las arreglaban para gastar menos dinero.

Tomemos el caso de las botas, por ejemplo. Él ganaba treinta y ocho dólares al mes más complementos. Un par de botas de cuero realmente buenas costaba cincuenta dólares. Pero un par de botas, las que aguantaban más o menos bien durante una o dos estaciones y luego empezaban a llenarse de agua en cuanto cedía el cartón, costaban alrededor de diez dólares. Aquella era la clase de botas que Vimes compraba siempre, y las llevaba hasta que las suelas se quedaban tan delgadas que le era posible decir en qué lugar de Ankh-Morpork se encontraba durante una noche de niebla solo por el tacto de los adoquines.

Pero el asunto era que las botas realmente buenas duraban años y años. Un hombre que podía permitirse gastar cincuenta dólares disponía de un par de botas que seguirían manteniéndole los pies secos dentro de diez años, mientras que un pobre que solo podía permitirse comprar botas baratas se habría gastado cien dólares en botas durante el mismo tiempo y seguiría teniendo los pies mojados.

Esa era la teoría «Botas» de la injusticia socioeconómica del capitán Samuel Vimes.

En realidad, todo se reducía a que Sybil Ramkin rara vez tenía que comprar nada. La mansión estaba repleta de todos aquellos muebles enormes y sólidos que habían comprado sus antepasados. Nunca se gastaban. Sybil tenía cajas enteras llenas de joyas que simplemente parecían haber ido acumulándose a lo largo de los siglos. Vimes había visto una bodega en la que un regimiento entero de espeleólogos habría podido emborracharse tan a gusto que no les habría importado que se hubieran perdido sin dejar rastro.

Lady Sybil Ramkin vivía muy cómodamente el día a día gastando, estimaba Vimes, aproximadamente la mitad de lo que gastaba él. Pero ella gastaba mucho más en dragones.

El Santuario Rayo de Sol para Dragones Enfermos estaba edificado con paredes muy gruesas y un techo muy, muy ligero, una idiosincrasia arquitectónica que, aparte de allí, normalmente solo se encontraba presente en las fábricas de fuegos artificiales.

Y esto se debía a que la condición natural del dragón de pantano común es la de hallarse crónicamente enfermo, y el estado natural de un dragón que no goza de buena salud es el de encontrarse laminado por encima de las paredes, el suelo y el techo de cualquiera que sea la habitación en la que se halla. Un dragón de pantano es una fábrica química peligrosamente inestable y pésimamente gestionada a un solo paso del desastre. Dicho paso, además, es muy pequeño.

Se ha especulado con que el hábito de estallar violentamente cuando están enfadados, excitados, asustados o meramente aburridos es un rasgo de supervivencia des[[3]](#footnote-3)arrollado para desanimar a los depredadores. Come dragones, proclama dicha peculiaridad, y tendrás un caso de indigestión para el que resultará más que apropiado emplear términos como «radio de la onda expansiva».

Por consiguiente, Vimes abrió la puerta con mucho cuidado. El olor a dragones le envolvió. Era un olor muy poco habitual, incluso para los estándares de Ankh-Morpork, e hizo pensar a Vimes en un estanque que se hubiera utilizado durante varios años para verter desperdicios químicos y luego hubiese sido drenado.

Unos dragones pequeños le silbaron y le chillaron desde los apriscos que había a cada lado del sendero. Varios chorros de llamas causados por la excitación le chamuscaron los pelos en la parte de las pantorrillas que Vimes llevaba al aire.

Encontró a Sybil Ramkin con un par de integrantes de la miscelánea de mujeres jóvenes ataviadas con pantalones de montar que ayudaban a llevar el Santuario. Generalmente se llamaban Sara o Emma, y a Vimes le parecía que todas tenían exactamente el mismo aspecto. Las tres se estaban debatiendo con lo que parecía ser un saco airado. Sybil levantó la vista cuando Vimes fue hacia ellas.

—Ah, aquí tenemos a Sam —dijo—. Hazme un favor y sujeta esto.

El saco cayó en los brazos de Vimes. En ese mismo instante, una garra surgió del fondo del saco y arañó la coraza de Vimes en un animoso intento de sacarle las entrañas. Una cabeza de orejas puntiagudas se abrió paso por el otro extremo del saco, dos relucientes ojos rojizos se clavaron brevemente en Vimes, una boca llena de dientes en forma de sierra se abrió de golpe, y una ráfaga de vapor maloliente se esparció sobre él.

Lady Ramkin agarró triunfalmente la mandíbula inferior del pequeño dragón y le metió el otro brazo garganta abajo, introduciéndolo hasta el codo.

—¡Te pillé! —Se volvió hacia Vimes, quien todavía estaba paralizado por el estupor—. El muy diablillo no quiere tomarse su tableta de piedra caliza. Traga. ¡Traga! ¡Eso es! ¿Quién es un buen chico? Ahora ya puedes soltarlo, Sam.

El saco resbaló de los brazos de Vimes.

—Un caso bastante serio de Cólicos Sin Llamas —dijo lady Ramkin—. Espero que lo hayamos cogido a tiempo…

El dragón terminó de salirse del saco abriéndolo a zarpazos y miró alrededor en busca de algo que incinerar. Todos intentaron quitarse de en medio.

Entonces al dragón se le cruzaron los ojos, y eructó.

La tableta de piedra caliza rebotó en la pared de enfrente con un chasquido seco.

—¡Todo el mundo al suelo!

Todos saltaron en busca del cobijo que podían llegar a proporcionar un pequeño abrevadero y un montón de ladrillos vítreos.

El dragón volvió a eructar, y puso cara de perplejidad. Luego estalló.

Los cuatro levantaron las cabezas en cuanto el humo se hubo despejado y contemplaron el pequeño y triste cráter.

Lady Ramkin sacó un pañuelo de un bolsillo de su mono de cuero y se sonó la nariz.

—Pobre mamoncete —dijo—. Oh, bueno. ¿Qué tal estás, Sam? ¿Has ido a ver a Havelock?

Vimes asintió. Por muchos años que viviera, pensó, nunca llegaría a acostumbrarse a la idea de que el patricio de Ankh-Morpork tuviera un nombre propio, o a la de que alguien pudiera haber llegado a conocerle lo bastante bien para llamarle por él.

—He estado pensando en esa cena de mañana por la noche —dijo desesperadamente—. Verás, el caso es que realmente no creo que pueda…

—No seas bobo —dijo lady Ramkin—. Lo pasarás bien. Ya va siendo hora de que conozcas a las Personas Apropiadas. Lo sabes, ¿verdad?

Vimes asintió con expresión abatida.

—Entonces te esperamos en casa a las ocho —dijo ella—. Y no pongas esa cara. Te ayudará tremendamente. Vales demasiado para pasarte las noches dando vueltas por oscuras callejas mojadas. Ya va siendo hora de que salgas al mundo.

Vimes hubiese querido decir que a él le gustaba dar vueltas por oscuras callejas mojadas, pero no habría servido de nada. En realidad tampoco le gustaba tanto. Simplemente era lo que siempre había hecho. Pensaba en su placa de la misma manera en que pensaba en su nariz. Ni la amaba ni la odiaba. Simplemente era su placa.

—Bueno, pues entonces espabila. Será terriblemente divertido. ¿Tienes un pañuelo?

Vimes fue presa del pánico.

—¿Qué?

—Dámelo —dijo ella, y luego lo acercó a la boca de Vimes—. Escupe… —ordenó.

Le quitó una mancha que tenía en la mejilla. Una de las Emmas Intercambiables soltó una risita que sonó justo lo bastante alta para poder oírse. Lady Ramkin no le prestó ninguna atención.

—Ya está —dijo—. Bueno, eso está mejor. Ahora ya puedes irte a hacer que las calles sean seguras para todos nosotros. Y si quieres hacer algo realmente útil, podrías encontrar a Regordete.

—¿Regordete?

—Anoche se escapó de su aprisco.

—¿Un dragón?

Vimes gimió y sacó de su bolsillo un puro barato. Los dragones de pantano estaban empezando a convertirse en una pequeña molestia dentro de la ciudad, y eso ponía muy furiosa a lady Ramkin. La gente los compraba cuando medían quince centímetros de largo y eran una manera encantadora de encender fuegos pequeños y después, cuando ya estaban empezando a quemar los muebles e iban dejando agujeros corrosivos en la alfombra, el suelo y el techo del sótano que había debajo de él, se les expulsaba de la casa para que se buscaran la vida por su cuenta.

—Lo rescatamos de un herrero en la calle Fácil —dijo lady Ramkin—. Yo le dije a ese buen hombre que podía utilizar una forja, igual que hacían todos los demás. Pobre cosita…

—Regordete —dijo Vimes—. ¿Tienes una cerilla?

—Lleva un collar azul —dijo lady Ramkin.

—Sí, de acuerdo.

—Te seguirá igual que una ovejita si piensa que llevas encima una galleta de carbón de leña.

—De acuerdo —dijo Vimes mientras se palpaba los bolsillos.

—Están un poquito sobreexcitados con todo este calor que hace.

Vimes metió la mano en un aprisco de dragoncitos recién salidos del huevo y cogió a uno de ellos, que empezó a batir excitadamente sus rechonchas alitas. Luego soltó un breve chorro de llama azulada. Vimes inhaló rápidamente.

—Sam, realmente me gustaría que no hicieras eso.

—Lo siento.

—Así que si pudieras hacer que el joven Zanahoria y ese simpatiquísimo cabo Nobbs mantuvieran los ojos bien abiertos por si…

—No hay problema.

Por alguna razón inexplicable, lady Sybil, que en cualquier otro aspecto tenía una vista excelente, insistía en pensar que el cabo Nobbs era un bribonzuelo encantadoramente descarado. Eso siempre había tenido perplejo a Sam Vimes. Tenía que ser la atracción de los opuestos. El molde del que habían salido los Ramkin hubiese hecho palidecer de envidia al mejor panadero de Ankh-Morpork, mientras que el cabo Nobbs había sido descalificado de la carrera evolutiva por empujar a los competidores y tratar de ponerles la zancadilla.

Mientras Vimes se alejaba calle abajo con sus viejas prendas de cuero, su cota de malla oxidada y el casco firmemente calado en la cabeza, y con el roce de los adoquines a través de las suelas gastadas de sus botas diciéndole que estaba en el callejón del Acre, nadie hubiese creído que estaba viendo a un hombre que no tardaría en contraer matrimonio con la mujer más rica de Ankh-Morpork.

Regordete no era un dragón feliz.

Echaba de menos la fragua. La fragua le gustaba mucho. Allí disponía de todo el carbón que podía llegar a comer y el herrero tampoco había sido un hombre particularmente duro. Regordete no le había pedido gran cosa a la vida, y había obtenido lo poco que pedía.

Y entonces aquella mujer tan enorme se le había llevado de allí y le había metido dentro de un aprisco. Había otros dragones alrededor. A Regordete no le gustaban demasiado los otros dragones. Y la gente le daba un carbón extraño.

Regordete se sintió muy complacido cuando alguien le sacó del aprisco en plena noche. Pensó que iba a volver con el herrero.

Ahora estaba empezando a caer en la cuenta de que aquello no iba a suceder. Se encontraba dentro de una caja, le estaban llevando a algún sitio sacudiéndole de un lado a otro, y ahora sí que estaba empezando a enfadarse…

El sargento Colon se abanicó con su tablilla para los papeles, y luego miró fijamente a los guardias reunidos ante él.

Tosió.

— Bueno, gente — dijo —, sentaos.

— Ya estamos sentados, Fred — dijo el cabo Nobbs.

— Tienes que llamarme sargento, Nobby — dijo el sargento Colon.

— Y de todas maneras, ¿para qué tenemos que sentarnos? Antes no hacíamos todo esto. Me siento un poco memo, sentado aquí, oyéndote hablar de…

— Ahora que somos más, tenemos que hacer las cosas como es debido — dijo el sargento Colon — . ¡Bien! Ejem. Bien. De acuerdo. Hoy damos la bienvenida al guardia interino Detritus… ¡no saludes!, y al guardia interino Cuddy, así como también a la guardia interina Angua. Esperamos que tendréis una larga y… ¿Qué es eso que tiene ahí, Cuddy?

— ¿El qué? — preguntó Cuddy, inocentemente.

— No he podido evitar darme cuenta de que sigue teniendo ahí lo que parece ser un hacha arrojadiza de doble hoja, guardia interino Cuddy, y eso a pesar de todo lo que les he confiado anteriormente con respecto a las reglas de la Guardia.

— ¿Un arma cultural, sargento? — dijo Cuddy con voz esperanzada.

— Puede dejarla en su casilla. Los guardias llevan una espada de hoja corta y una porra.

Con la excepción de Detritus, añadió mentalmente. En primer lugar, porque empuñada por la enorme mano del troll incluso la espada más larga parecía un mondadientes, y en segundo lugar, porque hasta que hubieran conseguido resolver el problema del saludo, Colon no estaba dispuesto a ver cómo un miembro de la Guardia se clavaba la mano en su propia oreja. Detritus tendría una porra, y le encantaría tenerla. Aun así, probablemente conseguiría matarse a porrazos.

¡Trolls y enanos! ¡Enanos y trolls! Él no se merecía aquello, no en ese momento de su vida. Y eso no era lo peor del asunto.

Colon volvió a toser. Cuando leyó de la tablilla, lo hizo con la voz cantarina de alguien que ha aprendido a hablar en público en la escuela.

—Bueno —volvió a decir, en un tono un tanto vacilante—. Entonces, veamos, aquí pone…

—¿Sargento?

—¿Y ahora q…? Oh, es usted, cabo Zanahoria. ¿Sí?

—¿No se está olvidando de algo, sargento? —preguntó Zanahoria.

—Pues no sé —dijo Colon cautelosamente—. ¿Me estoy olvidando de algo?

—Acerca de los reclutas, mi sargento. ¿Algo que tienen que prestar, en vez de llevar? —le echó una mano Zanahoria.

El sargento Colon se frotó la nariz. Veamos… Los reclutas habían, según la normativa en vigor, recibido y firmado por una camisa (de cota de malla), un casco, de hierro y cobre, una coraza, de hierro (excepto en el caso de la guardia interina Angua, quien necesitaba que se la adaptaran especialmente, y del guardia interino Detritus, quien había firmado por una coraza adaptada a toda prisa que en el pasado había pertenecido a un elefante de guerra), una porra, de roble, una pica o alabarda de emergencia, una ballesta, un reloj de arena, una espada de hoja corta (excepto para el guardia interino Detritus) y una placa, del tipo reglamentario, de guardia nocturno, de cobre.

—Me parece que ya lo tienen todo, Zanahoria —dijo—. Se ha firmado por todo. Hasta el mismo Detritus hizo que alguien pusiera una X por él.

—Tienen que prestar el juramento, sargento.

—Oh. Ejem. ¿Tienen que prestarlo?

—Sí, mi sargento. Es la ley.

El sargento Colon puso cara de no saber qué decir. Pensándolo bien, probablemente fuese lo que decía la ley. A Zanahoria siempre se le daban mucho mejor ese tipo de cosas. Se sabía de memoria todas las leyes de Ankh-Morpork. Era la única persona que se las sabía. En cuanto a Colon, él lo único que sabía era que nunca había prestado un juramento cuando se unió al cuerpo, y en cuanto a Nobby, lo más aproximado a un juramento que hubiese llegado a prestar fue «A la mierda con todo, vamos a jugar a los soldados».

—Bien, entonces de acuerdo —dijo—. Todos tienen, ejem, que prestar el juramento… eh… y el cabo Zanahoria les enseñará cómo hacerlo. ¿Usted prestó el, ejem, juramento cuando se unió a nosotros, Zanahoria?

—Oh, sí, mi sargento. Solo que nadie me pidió que lo hiciera, así que lo presté yo mismo, en voz baja.

—¿Oh? Claro. Bueno, pues adelante.

Zanahoria se puso en pie y se quitó el casco. Se alisó el pelo.

Luego levantó la mano derecha.

—Levantad las manos derechas —dijo—. Ejem… La mano derecha es la que queda más cerca de la guardia interina Angua, guardia interino Detritus. Y ahora, repetid después de mí…

Luego cerró los ojos y sus labios se movieron durante un instante, como si estuviera leyendo algo del interior de su cráneo.

—«Yo coma paréntesis nombre del recluta cerrar paréntesis coma…»

Después miró a los reclutas y los animó a hablar con un movimiento de la cabeza.

—Decidlo.

Todos corearon una réplica. Angua intentó no echarse a reír.

—«… juro solemnemente por paréntesis la deidad que elija el recluta cerrar paréntesis…»

Angua no se atrevía a mirar la cara de Zanahoria.

—«… honrar las leyes y ordenanzas de la ciudad de Ankh-Morpork, hacer honor a la confianza públicamente depositada en mí y defender a los súbditos de Su Majestad paréntesis nombre del monarca reinante cerrar paréntesis…»

Angua intentó mirar un punto situado más allá de la oreja de Zanahoria. Para colmo de males, el paciente recitado monocorde de Detritus ya iba varias docenas de palabras por detrás de cualquiera de los demás.

—«… sin temor alguno coma búsqueda del favor o consideración de la seguridad personal punto y coma perseguir a los malhechores y proteger al inocente coma dando mi vida si es necesario en el cumplimiento de dicho deber coma que paréntesis la deidad previamente mencionada cerrar paréntesis me ayude a ello punto y seguido Que los dioses salven al rey barra a la reina paréntesis elimínese lo que no resulte apropiado cerrar paréntesis punto final.»

Angua llegó a la conclusión con un suspiro de agradecimiento, y entonces vio la cara de Zanahoria. Había lágrimas inconfundibles corriendo por su mejilla.

—Ejem… bien… bueno, pues entonces eso es todo, gracias —dijo el sargento Colon, pasado un rato.

—«… proteger al inocente coma…»

—Tómese todo el tiempo que necesite, guardia interino Detritus.

El sargento se aclaró la garganta y volvió a consultar su tablilla.

—Bien, veamos, Manos Hoskins ha vuelto a salir de la cárcel, así que mantened los ojos bien abiertos porque ya sabéis cómo se pone después de celebrarlo con una copa, y ese condenado troll de Caradecarbón le dio una paliza a cuatro hombres anoche…

—«… en el cum-plimiento de dicho de-ber co-ma…»

—¿Dónde está el capitán Vimes? —quiso saber Nobby—. Debería estar haciendo esto.

—El capitán Vimes está… poniendo en orden sus asuntos —dijo el sargento Colon—. Aprender a civiliar no resulta nada fácil, créeme. Bien. —Volvió a mirar su tablilla de los papeles, y luego miró nuevamente a los guardias. Hombres… ah.

Sus labios se movieron mientras iba contando. Allí, sentado entre Nobby y el guardia Cuddy, había un hombrecillo harapiento cuya barba y cuyo pelo habían llegado a crecer y enmarañarse hasta tal punto que parecía una comadreja atisbando desde el interior de un matorral.

—«… paréntesis la de-i-dad previa-mente mencionada cierre paréntesis me a-yude a ello punto.»

—Oh, no —dijo Colon—. ¿Qué estás haciendo aquí, Aquíyahora? Gracias, Detritus, y no saludes, ya puedes sentarte.

—El señor Zanahoria me ha traído —dijo Aquíyahora.

—Custodia de protección, mi sargento —dijo Zanahoria.

—¿Otra vez? —Colon descolgó las llaves de las celdas de su clavo encima del escritorio y se las arrojó al ladrón—. Está bien. Celda Tres. Llévate las llaves, y ya te echaremos un par de gritos si volvemos a necesitarlas.

—Es usted un encanto, señor Colon —dijo Aquíyahora, bajando por los escalones que llevaban a las celdas.

Colon sacudió la cabeza.

—El peor ladrón del mundo —dijo.

—Pues no parece tan bueno —dijo Angua.

—No, quiero decir que es el peor —murmuró Colon—. Peor en el sentido de cuando algo no sirve para nada, ya sabes.

—¿Se acuerda de aquella vez en que iba a irse hasta la cima de Dunmanifestin para robarles el Secreto del Fuego a los dioses? —dijo Nobby.

—Y entonces yo le dije: «Pero si ya lo tenemos, Aquíyahora, si hace miles de años que lo hemos tenido» —dijo Zanahoria—. Y entonces él dijo: «Vale, así que tiene un valor de antigüedad».

—Pobr[[4]](#footnote-4)e viejo —dijo el sargento Colon—. De acuerdo. A ver qué más tenemos por aquí… ¿Sí, Zanahoria?

—Ahora tienen que recibir el Chelín del Rey —dijo Zanahoria.

—Claro. Sí. De acuerdo.

Colon rebuscó dentro de su bolsillo y sacó de él tres dólares de Ankh-Morpork, del tamaño de lentejuelas y con aproximadamente tanto contenido en oro como el agua de mar. Luego se los fue lanzando uno por uno a los reclutas.

—Esto se llama el Chelín del Rey —dijo, mirando a Zanahoria—. No sé por qué lo llaman así. Cuando ingresas en el cuerpo tienes que recibirlo. Las normas, ¿comprendéis? Muestra que te has unido al cuerpo. —Por un momento puso cara de no saber qué decir, y luego tosió—. Bien. Oh, sí. Un montón de roc… unos cuantos trolls —se corrigió— han organizado alguna clase de marcha en la que bajarán por la calle Corta. Guardia interino Detritus… ¡no dejéis que salude! Bien. Bueno, ¿se puede saber a qué viene todo eso de la marcha?

—Eso Año Nuevo Troll —dijo Detritus.

—¿Ah, sí? Supongo que ahora tendremos que ir aprendiendo acerca de esa clase de cosas. Y aquí pone que esa concentración o lo que sea de chupapiedr… de enanos, es para…

—Para conmemorar la Batalla del Valle de Koom —dijo el guardia interino Cuddy—. Una famosa victoria sobre los trolls —añadió, muy satisfecho de sí mismo, al menos en la medida en que se podía llegar a ver algo detrás de la barba.

—¿Sí? Por emboscada —gruñó Detritus, mirando fijamente al enano.

—¿Cómo? Fueron los trolls los que… —empezó a decir Cuddy.

—Callaos los dos —dijo Colon—. Mirad, aquí pone que… aquí pone que van a hacer una marcha… subiendo por la calle Corta. —Dio la vuelta al papel—. ¿Es correcto eso?

—¿Trolls yendo en una dirección y enanos yendo en la otra? —dijo Zanahoria.

—Ese sí que es un desfile que no te quieres perder —dijo Nobby.

—¿Qué problema hay? —preguntó Angua.

Zanahoria agitó vagamente las manos en el aire.

—Oh, cielos. Va a ser horrible. Tenemos que hacer algo.

—Los enanos y los trolls se llevan tan bien como las llamas con una casa ardiendo —dijo Nobby—. ¿Ha estado alguna vez dentro de una casa en llamas, señorita?

El rostro normalmente enrojecido del sargento Colon se había vuelto de un rosa pálido. Se ciñó el cinturón de la espada y cogió su porra.

—Recordad —dijo—. Tened mucho cuidado ahí fuera.

—Sí —dijo Nobby—. Tengamos mucho cuidado en no salir de aquí.

Para entender por qué los enanos y los trolls no se gustan nada los unos a los otros, hay que remontarse hasta muy atrás.

Los enanos y los trolls se llevan como la tiza y el queso. Muy como la tiza y el queso, en realidad. Uno es orgánico y la otra no lo es, y además huele un poquito a queso. Los enanos se ganan la vida triturando rocas con minerales valiosos dentro de ellas y la forma de vida basada en el silicio conocida como troll es, básicamente, roca con minerales valiosos dentro. En estado salvaje pasan la mayor parte de horas de luz durmiendo, y esa no es una situación en la que una roca que contiene minerales valiosos quiera encontrarse cuando hay enanos por los alrededores. Y los enanos odian a los trolls porque, cuando acabas de encontrar una veta interesante de minerales valiosos, no te hace ninguna gracia que las rocas se incorporen súbitamente y te arranquen el brazo porque acabas de clavarles la punta de un zapapico en la oreja.

Eso creó un estado de venganza permanente entre las dos especies y, como ocurre con todas las buenas venganzas, realmente ya no necesitaba de una razón. Bastaba con que siempre hubiera existido. Los ena[[5]](#footnote-5)nos odiaban a los trolls porque los trolls odiaban a los enanos, y viceversa.

La Guardia acechaba en el callejón de las Tres Lámparas, el cual quedaba hacia la mitad de la calle Corta. Se oía un lejano estrépito de fuegos artificiales. Los enanos los prendían para ahuyentar a los espíritus malvados de las minas. Los trolls los prendían porque tenían muy buen sabor.

—No veo por qué no podemos dejar que lo aclaren entre ellos peleándose y luego arrestar a los perdedores —dijo el cabo Nobbs—. Eso es lo que solíamos hacer siempre.

—El patricio se toma muy en serio los problemas étnicos —dijo el sargento Colon con expresión lúgubre—. Siempre se pone muy sarcástico al respecto.

Entonces le vino un pensamiento a la cabeza. Eso pareció animarle un poco.

—¿Tienes alguna idea, Zanahoria? —preguntó.

Un segundo pensamiento le vino a la cabeza. Zanahoria era un muchacho muy simple.

—¿Cabo Zanahoria?

—¿Sí, mi sargento?

—Saque a toda esa gente de ahí.

Zanahoria asomó la cabeza por la esquina para contemplar los muros de trolls y enanos que iban avanzando por la calle. Ya se habían visto los unos a los otros.

—Enseguida, sargento —dijo—. Guardias interinos Cuddy y Detritus, ¡y no saludes!, vengan conmigo.

—¡No puede dejarlo salir ahí! —dijo Angua—. ¡Es una muerte segura!

—Ese muchacho tiene un auténtico sentido del deber —dijo el cabo Nobbs. Luego se sacó de detrás de la oreja un diminuto trocito de cigarro y encendió una cerilla raspándola en la suela de su bota.

—No se preocupe, señorita —dijo Colon—. Él…

—Guardia —dijo Angua.

—¿Cómo?

—Guardia —repitió ella—. No señorita. Zanahoria siempre me dice que no tenga sexo cuando esté de servicio.

Con las frenéticas toses de Nobby como fondo sonoro, Colon dijo, hablando muy deprisa:

—Lo que quiero decir, guardia, es que el joven Zanahoria tiene krisma. Montones de krisma.

—¿Krisma?

—Sacos enteros de él.

Las sacudidas y los bamboleos habían cesado. Para aquel entonces, Regordete ya estaba muy enfadado. En realidad, estaba realmente muy, pero que muy enfadado.

Hubo un tenue crujido. Un trozo de tela de saco se hizo a un lado y allí, mirando fijamente a Regordete, había otro dragón macho.

Parecía estar bastante disgustado.

Regordete reaccionó de la única manera en que sabía hacerlo.

Zanahoria se había plantado en el centro de la calle, cruzado de brazos, mientras los dos nuevos reclutas permanecían inmóviles detrás de él, tratando de observar simultáneamente a las dos marchas que se les estaban aproximando.

Colon pensaba que Zanahoria era simple. Zanahoria solía producir en las personas la impresión de que era simple. Y lo era.

La gran equivocación que cometían esas personas era pensar que simple significaba lo mismo que idiota.

Zanahoria no era idiota. Era franco y honesto, y tenía muy buen temperamento y se mostraba honorable en todos sus tratos. En Ankh-Morpork normalmente esto habría equivalido a «idiota» en cualquier caso y le habría proporcionado el coeficiente de supervivencia de una medusa dentro de un alto horno, pero había un par de factores más. Uno era un puño que incluso los trolls habían aprendido a respetar. El otro consistía en que Zanahoria era genuina, casi sobrenaturalmente, agradable. Se llevaba bien con las personas, incluso mientras las arrestaba. Tenía una memoria excepcional para los nombres.

Durante la mayor parte de su joven existencia, Zanahoria había vivido en una pequeña colonia de enanos en la que apenas si había otras personas a las que conocer. De pronto se encontró en una gran ciudad, y entonces fue como si un talento hubiera estado esperando la ocasión de desplegarse. Y todavía se estaba desplegando.

Agitando alegremente la mano, Zanahoria saludó a los enanos que se aproximaban.

—¡Buenos días, señor Muslotremendo! ¡Buenos días, señor Fuerteenelbrazo!

Luego se volvió y saludó con la mano al troll que encabezaba la otra marcha. Hubo un suave pop cuando un fuego artificial entró en acción.

—¡Buenos días, señor Bauxita!

Zanahoria se llevó las manos a la boca formando bocina.

—Y ahora si todos pudieran detenerse y escucharme… —aulló.

Las dos marchas se detuvieron, con una cierta vacilación y un amontonamiento general de cuerpos en la parte de atrás. Era eso o caminar por encima de Zanahoria.

Si Zanahoria tenía un pequeño defecto, este consistía en no prestar atención a los pequeños detalles que había a su alrededor cuando tenía la mente ocupada en otras cosas. Por eso la conversación susurrada que tenía lugar detrás de su espalda en aquellos momentos se le escapaba.

—¡… Ajajá! ¡Aquello también fue una emboscada! Y tu madre era una guijarra…

—Bueno, caballeros —dijo Zanahoria hablando en un tono muy afable y juicioso—, estoy seguro de que no hay ninguna necesidad de adoptar estas maneras tan beligerantes…

—¡… Vosotros también nos tendisteis una emboscada a nosotros! ¡Mi tatara-tatara-tatarabuelo estuvo en valle Koom, él dijo!

—… en nuestra hermosa ciudad y en un día tan hermoso. Como buenos ciudadanos de Ankh-Morpork, he de pedirles…

—¿Sí? Tú ni siquiera sabes quién es tu padre, ¿verdad?

—… que, si bien no cabe duda de que todos ustedes tienen que celebrar esas peculiaridades étnicas de las que se sienten tan orgullosos, saquen provecho del ejemplo de mis compañeros del cuerpo aquí presentes, que han olvidado sus antiguas diferencias…

—¡Os aplastaré cabeza, malditos enanos entrometidos!

—… por el bien común de…

—¡Yo podría hacerte pedazos con una mano atada a la espalda!

—… la ciudad, cuyo emblema tienen…

—¡Pues tendrás ocasión! ¡Yo ataré AMBAS manos detrás de espalda!

—… el orgullo y el privilegio de lucir en sus placas.

—¡Aaargh!

—¡Ooow!

Zanahoria reparó en que prácticamente nadie le estaba prestando la menor atención. Se volvió.

El guardia interino Cuddy se hallaba suspendido en el aire cabeza abajo, debido a que el guardia interino Detritus estaba intentando hacerlo rebotar por el casco en los adoquines, aunque el guardia interino Cuddy estaba sacando el máximo provecho posible de su nueva posición al mantener firmemente agarrado al guardia interino Detritus por la rodilla mientras trataba de hundir los dientes en el tobillo del guardia interino Detritus.

Las dos marchas enfrentadas los contemplaban con fascinación.

—¡Deberíamos hacer algo! —dijo Angua, desde el escondite que los guardias se habían buscado en el callejón.

—Bueeeeeeno, esto de lo étnico siempre ha sido como bastante complicado —dijo el sargento Colon, hablando muy despacio.

—Puedes meter la pata con una facilidad tremenda —dijo Nobby—. Oh, sí, el étnico básico tiene la piel muy sensible.

—¿Tienen la piel sensible? ¡Están tratando de matarse el uno al otro!

—Es algo cultural —dijo el sargento Colon con abatimiento—. Tampoco serviría de nada que intentáramos imponerles nuestra cultura, ¿verdad? Eso es especiesismo.

Allá en la calle, el cabo Zanahoria se había puesto muy rojo.

—Si Zanahoria les pone un solo dedo encima a cualquiera de ellos, con todos sus amigos mirando —dijo Nobby—, el plan es que nos largamos de aquí corriendo como…

Las venas se hincharon en el robusto cuello de Zanahoria. Luego se puso las manos en la cintura y aulló:

—¡Guardia interino Detritus! ¡Salude!

Habían pasado horas tratando de enseñarle a hacerlo. El cerebro de Detritus tardaba algún tiempo en hacerse con una idea, pero una vez que la idea estaba allí, no se borraba con rapidez.

Detritus saludó.

Su mano estaba llena de enano.

Así que saludó mientras sostenía al guardia interino Cuddy, elevándolo hacia su cabeza al mismo tiempo que lo hacía girar como si fuera un cachorrito enfurecido.

El estrépito de los dos cascos encontrándose creó ecos que rebotaron en los edificios, y un instante después fue seguido por el estruendo de ambos guardias estrellándose contra el suelo.

Zanahoria los empujó con la punta de su sandalia.

Luego dio media vuelta y fue hacia la marcha de los enanos, temblando de ira.

En el callejón, el sargento Colon empezó a chuparse el borde del casco en una reacción de puro terror.

—Tenéis armas, ¿verdad? —le rugió Zanahoria a un centenar de enanos—. ¡Si los enanos que lleven armas encima no las dejan caer ahora mismo entonces toda la marcha, y quiero decir toda, terminará dentro de las celdas! ¡Y va muy en serio!

Los enanos de la primera fila dieron un paso atrás. Después se oyó el vago tintineo de una serie de objetos metálicos chocando con el suelo.

—Todas las armas —dijo Zanahoria amenazadoramente—. ¡Eso te incluye a ti, el de la barba negra que está tratando de esconderse detrás del señor Lanzajamones! ¡Le estoy viendo, señor Fuerteenelbrazo! Deje esa arma en el suelo. ¡No le está haciendo gracia a nadie!

—Va a morir, ¿verdad? —murmuró Angua.

—Bueno, eso es lo curioso —dijo Nobby—. Si se nos ocurriera intentarlo a nosotros, terminaríamos convertidos en trocitos muy pequeños de carne picada. Pero parece que a él le funciona.

—Krisma —dijo el sargento Colon, quien estaba teniendo que apoyarse en la pared.

—¿Se refiere al carisma? —preguntó Angua.

—Sí. Una de esas cosas. Sí.

—¿Y cómo se las arregla?

—Pues no lo sé —dijo Nobby—. Supongo que será porque es la clase de muchacho que enseguida te cae bien.

Zanahoria se había vuelto hacia los trolls, que estaban sonriendo burlonamente ante la incomodidad de los enanos.

—Y en cuanto a vosotros —dijo Zanahoria—, os aseguro que esta noche estaré patrullando por el Camino de la Cantera, y que no quiero que haya absolutamente ningún problema. ¿Verdad que no habrá ninguno?

Hubo un movimiento vergonzoso de pies inmensos y un murmullo general.

Zanahoria se llevó la mano a la oreja.

—No lo he oído del todo bien —dijo.

Hubo un murmullo más alto, una especie de tocata interpretada de mala gana por un centenar de voces sobre el tema de «Sí, cabo Zanahoria».

—Eso está mejor. Ahora ya podéis iros. Y ya está bien de tanta tontería, ¿de acuerdo? A ver si sois buenos.

Zanahoria se sacudió el polvo de las manos y le sonrió a todo el mundo. Los trolls parecían perplejos. En teoría, Zanahoria era una delgada película de grasa esparcida sobre la calle. Pero de alguna manera inexplicable, aquello simplemente parecía no estar ocurriendo.

—Acaba de decirles a cien trolls que sean buenos —dijo Angua—. ¡Algunos de ellos acaban de bajar de las montañas! ¡Algunos de ellos tienen líquenes encima!

—Eso es lo más inteligente que hay en un troll —dijo el sargento Colon.

Y entonces el mundo estalló.

La Guardia se había ido antes de que el capitán Vimes regresara a Pseudópolis Yard. Subió por la escalera que llevaba a su despacho y se sentó en el pegajoso sillón de cuero. Luego contempló la pared con mirada inexpresiva.

Quería dejar la Guardia. Por supuesto que quería hacerlo. Ser guardia no era lo que podías llamar una buena manera de vivir. De hecho, ni siquiera era vivir.

Horas poco sociales. No poder estar seguro nunca de un día para otro de lo que realmente era la ley, en aquella ciudad tan pragmática. Ninguna vida hogareña digna de ese nombre. Mala comida, consumida cuando podías hacerlo; Vimes había llegado incluso al extremo de comer algunas de las salchichas en un panecillo de Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo. Siempre llovía o hacía un calor capaz de cocerlo todo. Nada de amistades, exceptuando al resto del destacamento, porque eran las únicas personas que vivían en tu mundo.

Mientras que dentro de unos días él, como había dicho el sargento Colon, estaría pegándose la gran vida. Nada que hacer en todo el día aparte de comer y cabalgar por ahí, montado en un gran caballo mientras le gritaba órdenes a la gente.

En momentos como aquel la imagen del viejo sargento Kepple pasaba flotando a través de la memoria de Vimes. Kepple había estado al frente de la Guardia cuando Vimes era un recluta. Y, poco después, se retiró. Todos pusieron un poco de dinero y le compraron un reloj barato, uno de aquellos que seguiría funcionando durante unos cuantos años hasta que el demonio que llevaba dentro se evaporara.

Una idea condenadamente estúpida, pensó Vimes con abatimiento mientras contemplaba la pared. Un tipo deja el trabajo, entrega su insignia y su reloj de arena y su campana, ¿y qué le damos? Un reloj.

Pero aun así Kepple volvió a trabajar al día siguiente, con su reloj nuevo. Para enseñarle los trucos del oficio a todo el mundo, dijo; para atar unos cuantos cabos sueltos, jajajá. Para asegurarme de que los jóvenes no os metéis en líos, jajajá. Un mes después, Kepple ya estaba entrando el carbón y barriendo el suelo y haciendo recados y ayudando a la gente a escribir sus informes. Cinco años después todavía estaba allí. Todavía estaba allí seis años después, cuando alguien de la Guardia se incorporó a su turno un poco más temprano de lo habitual y lo encontró en el suelo…

Y entonces salió a la luz que nadie, nadie, sabía dónde vivía Kepple, o ni siquiera si había una señora Kepple. Vimes se acordaba de que hicieron una recolecta para enterrarlo. En el funeral solo había habido guardias…

Pensándolo bien, en el funeral de un guardia siempre había guardias y nada más que guardias.

Naturalmente ahora las cosas ya no eran así. El sargento Colon llevaba años felizmente casado, quizá porque él y su esposa habían organizado sus vidas laborales de tal manera que solo se encontraban de vez en cuando, normalmente en la puerta de casa. Pero ella le dejaba comidas decentes preparadas en el horno, y estaba claro que allí había algo; tenían nietos, incluso, así que obviamente había habido momentos en los que no eran capaces de evitarse. El joven Zanahoria tenía que usar un palo para mantener alejadas de él a las mujeres jóvenes. Y el cabo Nobbs… bueno, probablemente se encargaba de hacer sus propios arreglos al respecto. Se rumoreaba que Nobby tenía el cuerpo de un hombre de veinticinco años, aunque nadie sabía dónde lo guardaba.

Lo importante era que todos los demás tenían a alguien, aunque en el caso de Nobby probablemente fuera en contra de su voluntad.

Bien, capitán Vimes, ¿de qué se trata realmente entonces? ¿Te importa esa mujer? No te preocupes demasiado por el amor, porque esa es una palabra demasiado ambiciosa para los que tienen más de cuarenta años. ¿O será solo que temes llegar a convertirte en un viejo que agoniza dentro del surco de su vida y es enterrado, en un acto de compasión, por una pandilla de tipos más jóvenes que solo lo conocieron como ese viejo carcamal que siempre estaba rondando por allí, se le enviaba a traer el café y los bollos calientes, y del que todos se reían a espaldas suyas?

Vimes quería evitar eso. Y ahora el destino le estaba ofreciendo un auténtico cuento de hadas.

Pues claro que ya sabía que lady Sybil Ramkin era rica. Pero no había esperado que le citaran en el despacho del señor Morecombe.

El señor Morecombe llevaba mucho tiempo siendo el abogado de la familia Ramkin. De hecho, llevaba siglos siéndolo. El señor Morecombe era un vampiro.

A Vimes no le gustaban nada los vampiros. Cuando estaban sobrios, los enanos eran unos pequeños mamones que respetaban la ley, e incluso los trolls podían pasar por buenos si no los perdías de vista. Pero todos los no-muertos hacían que a Vimes le picara el cuello. Lo de vivir y dejar vivir estaba muy bien, pero cuando pensabas en ello de una manera lógica enseguida descubrías que había un pequeño problema, precisamente allí donde Vimes sentía ese picor.

El señor Morecombe era flaco y larguirucho como una tortuga, y muy pálido. Había tardado eras en ir al grano y cuando por fin llegó a él, el grano dejó clavado a Vimes en su asiento.

—¿Cuánto ha dicho?

—Ejem. Creo estar en lo cierto al decir que las propiedades, incluidas las granjas, las áreas de desarrollo urbano, y la pequeña parcela de estado irreal situada cerca de la Universidad, en conjunto valen aproximadamente… siete millones de dólares al año. Sí. Siete millones estimados según el valor actual, diría yo.

—¿Y es todo mío?

—Desde el momento en que contraiga matrimonio con lady Sybil. Aunque en esta carta ella me da instrucciones de que usted debe tener acceso a todas sus cuentas a partir del momento actual.

Aquellos ojos muertos que parecían perlas habían estado observando a Vimes con mucha atención.

—Lady Sybil —dijo— posee aproximadamente una décima parte de Ankh, y tiene extensas propiedades en Morpork, a lo que, naturalmente, hay que añadir considerables tierras de labor en…

—Pero… pero… las poseeremos juntos…

—Lady Sybil se ha mostrado muy clara al respecto. Ella le cede todas las propiedades de la familia a usted en tanto que esposo suyo. Lady Sybil tiene una manera un tanto… anticuada de ver las cosas.

Deslizó un papel doblado por encima de la mesa. Vimes lo cogió, lo desdobló y lo miró.

—En el caso de que usted falleciera antes que lady Sybil —siguió diciendo el señor Morecombe con su monótona vocecita—, entonces naturalmente todo volvería a ella según es costumbre legal en el matrimonio. O a cualquier fruto de la unión, naturalmente.

Vimes ni siquiera dijo nada en aquel momento. Se limitó a sentir cómo la boca se le abría de repente y pequeñas áreas de su cerebro se fusionaban entre sí.

—Lady Sybil —dijo el abogado, con sus palabras proviniendo de muy lejos—, si bien ya no es tan joven como antes, goza de una salud realmente magnífica y no hay ninguna razón por la que no deba…

Vimes había pasado el resto de la entrevista funcionando en automático.

Ahora apenas si podía pensar en ello. Cuando lo intentaba, sus pensamientos se apresuraban a alejarse de ese tema. Y, como le ocurría siempre que el mundo se volvía excesivo para él, sus pensamientos echaban a correr en otra dirección.

Vimes abrió el cajón de abajo de su escritorio y contempló la reluciente botella de Magnífico Whisky Abrazodeoso. Vimes no estaba muy seguro de cómo había llegado hasta allí. Por una cosa o por otra, nunca había encontrado el momento de sacarla y tirarla a la basura.

Vuelve a empezar con eso y nunca verás el retiro. Mantente fiel a los puros.

Cerró el cajón, se recostó en su asiento y sacó del bolsillo un puro a medio fumar.

Y de todas maneras, los guardias de ahora quizá ya no eran tan buenos. Política. ¡Ja! Guardias como el viejo Kepple se revolverían en sus tumbas si supieran que la Guardia había aceptado a una muj…

Y el mundo estalló.

La ventana salió despedida hacia dentro, rociando de fragmentos la pared detrás del escritorio de Vimes y haciéndole un corte en una oreja.

Vimes se tiró al suelo y rodó debajo de su escritorio.

¡Bueno, hasta ahí podíamos llegar! Si de Vimes dependía, los alquimistas habían volado su casa gremial por última vez…

Pero cuando miró por encima del alféizar de la ventana vio, al otro lado del río, la columna de humo que se elevaba por encima del Gremio de Asesinos…

El resto de la Guardia vino trotando por la calle Filigrana en el mismo instante en que Vimes llegaba a la entrada del Gremio de Asesinos. Un par de Asesinos vestidos de negro le cortaron el paso, de una manera muy cortés que aun así indicaba claramente que la descortesía era una opción futura. Hubo sonidos de pies que se apresuraban detrás de las puertas.

—¿Ves esta placa? ¿La ves? —quiso saber Vimes.

—Aun así, esto es propiedad del Gremio —dijo el Asesino.

—¡Déjanos entrar, en el nombre de la ley! —aulló Vimes.

El Asesino le sonrió nerviosamente.

—La ley dice que dentro de los muros de cada Gremio prevalece la ley gremial —replicó.

Vimes le miró fijamente. Pero era cierto. Las leyes de la ciudad, tal como eran actualmente, acababan fuera de las casas de los gremios. Los gremios tenían sus propias leyes. El gremio era dueño de…

Se detuvo.

Detrás de él, la guardia interina Angua se agachó y recogió un trozo de vidrio del suelo.

Luego removió los restos con el pie.

Y entonces su mirada se encontró con la de un pequeño chucho que no tenía nada de particular y que la estaba observando muy atentamente desde debajo de un carro. De hecho, decir que aquel chucho no tenía nada de particular era una descripción muy poco acertada. Parecía un montón de halitosis pegado a un hocico húmedo.

—Guau, guau —dijo el perro, con un cierto aire de aburrimiento—. Guau, guau, guau, y grrr, grrr.

El perro trotó hacia la entrada de un callejón. Angua miró en torno a ella, y lo siguió. El resto del destacamento se había detenido alrededor de Vimes, quien estaba muy quieto y no decía nada.

—Tráeme al Maestro de Asesinos —dijo de pronto—. ¡Ahora!

El joven Asesino trató de burlarse.

—¡Ja! Su uniforme no me asusta —dijo.

Vimes bajó la mirada hacia su coraza, llena de abolladuras y su gastada cota de mallas.

—Tienes razón —dijo—. Este uniforme no da ningún miedo. Lo siento. Cabo Zanahoria y guardia interino Detritus, den un paso al frente.

El Asesino fue súbitamente consciente de que algo estaba tapando el sol.

—En cambio, y creo que en eso estarás de acuerdo conmigo —dijo Vimes desde algún lugar detrás del eclipse—, estos uniformes sí que dan miedo.

El Asesino asintió muy despacio. Él no había pedido aquello. Normalmente nunca había ningún guardia enfrente del Gremio de Asesinos. ¿Qué sentido habría tenido eso? En sus ropas negras de corte exquisito, tenía guardados al menos dieciocho artilugios para matar gente, pero estaba empezando a darse cuenta de que el guardia interino Detritus tenía uno al final de cada brazo. Más a mano que él, por así decirlo.

—Yo, ejem, en ese caso y si les parece bien, iré a buscar al Maestro —dijo.

Zanahoria se inclinó hacia abajo.

—Gracias por su cooperación —dijo solemnemente.

Angua miró al perro. El perro la miró a ella.

Acto seguido, el perro se sentó en el suelo y se rascó furiosamente una oreja, y Angua se puso en cuclillas delante de él.

Mirando en torno a ella para asegurarse de que nadie podía verlos, Angua ladró una pregunta.

—No te molestes —dijo el perro.

—¿Puedes hablar?

—Bah. Eso no es algo que requiera mucha inteligencia —dijo el perro—. Y tampoco se necesita tener mucha inteligencia para ver lo que eres.

Angua puso cara de pánico.

—¿Dónde se nota?

—Es el olor, chica. ¿Qué pasa, es que no has aprendido nada? Pues te aseguro que hueles a una legua de distancia. Y yo pensé: Oh-jo-jó, ¿qué está haciendo una de ellos en la Guardia, eh?

Angua agitó frenéticamente un dedo.

—¡Si se lo dices a alguien…!

El perro pareció bastante más apenado de lo normal.

—Nadie me escucharía —dijo.

—¿Porqué no?

—Pues porque todo el mundo sabe que los perros no pueden hablar. Me oyen, ¿sabes?, pero a menos que las cosas se pongan realmente duras, siempre se limitan a creer que están pensando para sí mismos. —El perrito suspiró—. Confía en mí. Sé de qué estoy hablando. He leído libros. Bueno… he masticado libros.

Volvió a rascarse una oreja.

—Me parece que podríamos ayudarnos el uno al otro… —dijo después.

—¿De qué manera?

—Bueno, podrías indicarme por dónde se va a un kilo de bistec. Eso hace auténticas maravillas con mi memoria, el bistec. La deja de lo más limpia.

Angua frunció el ceño.

—A la gente no le gusta nada la palabra «chantaje» —dijo.

—No es la única palabra que no les gusta —dijo el perro—. Tomemos mi caso, por ejemplo. Tengo inteligencia crónica. ¿Le sirve eso de algo a un perro? ¿Pedí tenerla? Pues no, créeme. Da la casualidad de que encontré un sitio cómodo donde pasar mis noches junto al edificio de Magia de Altas Energías en la Universidad. Nadie me dijo nada acerca de toda aquella dichosa magia que se iba filtrando fuera todo el rato y cuando abro los ojos, lo primero que noto es que la cabeza me empieza a sisear como una dosis de sales digestivas, oh-oh, pienso yo, ya estamos otra vez, hola conceptualización abstracta y vamos allá con lo del desarrollo intelectual… ¿De qué demonios me sirve eso a mí? La última vez que ocurrió, terminé salvando el mundo de unos horribles comosellamen llegados de las Dimensiones Mazmorra, ¿y alguien me dio las gracias por ello? ¿Qué Perro Tan Bueno, Dadle Un Hueso? Jua, jua. —Extendió una pata pelada—. Me llamo Gaspode. Algo por el estilo suele ocurrirme una vez a la semana. Aparte de eso, solo soy un perro.

Angua se dio por vencida. Tomó entre sus dedos aquella extremidad comida por las polillas y la estrechó.

—Yo me llamo Angua —dijo—. Ya sabes lo que soy.

—Ya se me ha olvidado —dijo Gaspode.

El capitán Vimes contemplaba los escombros esparcidos por todo el patio desde un agujero en una de las habitaciones de la planta baja. Todas las ventanas que lo rodeaban habían quedado hechas añicos, y había un montón de cristales por el suelo. Eran cristales de espejo. Los asesinos eran notoriamente vanidosos, claro está, pero los espejos estarían en las habitaciones, ¿no? No era normal que hubiese tanto cristal fuera. El cristal se soplaba, no se hacía explotar.

Vio cómo el guardia interino Cuddy se agachaba y cogía un par de poleas unidas a un trozo de cuerda, el cual estaba quemado por un extremo.

Había un rectángulo de cartulina entre los restos.

Los pelos se erizaron en el dorso de la mano de Vimes.

Olió podredumbre en el aire.

Vimes habría sido el primero en admitir que no era un buen policía, pero con toda seguridad no hubiese tenido que hacerlo porque montones de otras personas lo habrían admitido de buena gana por él. Había en él cierto núcleo de terca determinación que ponía muy nerviosa a la gente importante, y cualquiera que ponga nerviosa a la gente importante se convierte automáticamente en un mal policía. Pero había desarrollado ciertos instintos. No podías vivir en las calles de una ciudad durante toda tu vida sin ellos. De la misma manera en que toda la jungla cambia sutilmente ante el acercamiento todavía distante de un cazador, ahora acababa de producirse una alteración en el pulso de la ciudad.

Allí estaba ocurriendo algo, algo malo, y él no conseguía llegar a ver lo que era. Empezó a inclinarse hacia el suelo…

—¿Qué significa esto?

Vimes se incorporó. No se volvió.

—Sargento Colon, quiero que vuelva a la Casa de la Guardia con Nobby y Detritus —dijo—. Cabo Zanahoria y guardia interina Angua, ustedes se quedan conmigo.

—¡Sí, señor! —dijo el sargento Colon, dando un ruidoso taconazo en el suelo y saludando marcialmente para fastidiar a los asesinos. Vimes le devolvió el saludo.

Después se volvió.

—Ah, doctor Cruces —dijo.

El Maestro de Asesinos estaba blanco de ira, lo cual creaba un bonito contraste con el negro extremadísimo de su ropa.

—¡Nadie le ha pedido que viniera! —dijo—. ¿Qué le da el derecho a estar aquí, señor policía, yendo de un lado a otro como si todo este sitio fuera de su propiedad?

Vimes se quedó inmóvil mientras su corazón cantaba de alegría. Saboreó el momento. Le hubiese gustado poder coger aquel momento y guardarlo dentro de un gran libro, para que cuando fuese viejo pudiera volver a sacarlo ocasionalmente de entre sus páginas y recordarlo.

Luego metió la mano debajo de su coraza y sacó la carta del abogado.

—Bueno, si quiere conocer la razón más fundamental —dijo—, es porque realmente pienso que es de mi propiedad.

Un hombre se puede definir por las cosas que odia. Había muchas cosas que el capitán Vimes odiaba. Los asesinos estaban muy cerca del inicio de la lista, justo después de los reyes y los no-muertos.

Aun así, tuvo que admitir que el doctor Cruces se recuperó muy deprisa. Una vez que hubo leído la carta no estalló, protestó o aseguró que era una falsificación. Se limitó a doblarla, se la devolvió a Vimes y dijo, en un tono muy frío:

—Ya veo. El usufructo, al menos.

—Así es. ¿Podría contarme qué es lo que ha estado ocurriendo aquí, por favor?

Vimes era consciente de que otros asesinos estaban entrando en el patio por el agujero en la pared. Todos estaban examinando los escombros con gran atención.

El doctor Cruces titubeó por un instante.

—Fuegos artificiales —dijo.

—Lo que sucedió —dijo Gaspode— fue que alguien puso un dragón metido en una caja justo al lado de la pared que hay dentro del patio, ¿entiendes?, y luego fueron y se escondieron detrás de una de las estatuas y tiraron de un cordel, y un instante después… ¡bum!

—¿Bum?

—Exacto. Entonces nuestro amigo desaparece dentro del agujero durante unos segundos, ¿entiendes?, vuelve a salir de él, trota por el patio y hay asesinos por todas partes y él está entre ellos. Qué demonios. Otro hombre de negro. Nadie se da cuenta, ¿entiendes?

—¿Quieres decir que todavía está ahí dentro?

—¿Cómo voy a saberlo? Capas y capuchas, todo el mundo vestido de negro…

—¿Y cómo es que pudiste llegar a ver todo eso?

—Oh, los miércoles por la noche siempre me paso por el Gremio de Asesinos. Es la noche de la gran parrillada, ¿sabes? —Gaspode suspiró al ver la cara de no entender nada que estaba poniendo Angua—. El miércoles por la noche el cocinero siempre prepara una gran parrillada. La morcilla negra nunca se la come nadie. Así que uno hace una ronda por las cocinas, ¿comprendes?, guau guau, mendigar mendigar, seguro que eres un buen chico, fíjate en ese mamoncete, parece como si entendiera cada palabra que estoy diciendo, vamos a ver qué es lo que tenemos aquí para un perrito bueno…

Por un instante pareció sentirse un poquito avergonzado.

—El orgullo está muy bien, pero una salchicha es una salchicha —dijo.

—¿Fuegos artificiales? —dijo Vimes.

El doctor Cruces parecía un hombre aferrándose a un tronco que flota sobre las aguas de un mar tempestuoso.

—Sí. Fuegos artificiales. Sí, eso. Para celebrar el día del Fundador. Por desgracia, alguien tiró una cerilla encendida que inflamó la caja. —El doctor Cruces sonrió súbitamente—. Mi querido capitán Vimes —dijo, juntando las manos en una rápida palmada—, a pesar de lo mucho que le agradezco su interés, realmente…

—¿Estaban guardados en esa habitación de ahí? —dijo Vimes.

—Sí, pero eso no tiene ninguna importancia…

Vimes fue hacia el agujero en el muro y miró dentro. Un par de Asesinos miraron al doctor Cruces y sus manos fueron distraídamente hacia distintas zonas de sus ropajes. El doctor Cruces sacudió la cabeza. Su cautela quizá hubiese podido tener algo que ver con la manera en que Zanahoria se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero también pudo ser debida a que los Asesinos tenían un cierto código, después de todo. Matar a alguien cuando no te pagaban por ello era algo deshonroso.

—Parece ser alguna clase de… museo —dijo Vimes—. ¿Recuerdos del Gremio de Asesinos, esa clase de cosas?

—Sí, exactamente. Un poco de esto, un poco de aquello. Ya sabe cómo se van acumulando con el paso de los años.

—Oh. Bueno, entonces todo parece estar en orden —dijo Vimes—. Siento haberle molestado, doctor. Y ahora me iré. Espero que mi visita no le haya causado ningún inconveniente.

—¡Por supuesto que no! Me alegro de haber podido tranquilizarlo al respecto.

Se les acompañó con amable firmeza hacia la puerta.

—Deberían limpiar todos esos cristales —dijo el capitán Vimes, volviendo a dirigir la mirada hacia los escombros—. Alguien podría hacerse daño, con todos esos cristales rotos esparcidos por ahí. No me gustaría ver que uno de los suyos se hace daño.

—Nos ocuparemos de ellos ahora mismo, capitán —dijo el doctor Cruces.

—Bien. Bien. Muchas gracias. —El capitán Vimes se detuvo en la entrada, y luego se dio en la frente con la palma de la mano—. Lo siento, discúlpeme, pero estos días tengo la mente como un colador… ¿Qué fue lo que me dijo que habían robado?

Ni un solo músculo o tendón se movió en el rostro del doctor Cruces.

—Yo no he dicho que hubieran robado nada, capitán Vimes.

Vimes lo miró con la boca abierta durante un momento.

—¡Claro! ¡Lo siento! Por supuesto, usted no… Le pido disculpas… Sí, supongo que el trabajo está empezando a poder conmigo. Bueno, pues, en ese caso, me voy.

La puerta se cerró en su cara.

—Muy bien —dijo Vimes.

—Capitán, ¿por qué…? —empezó a decir Zanahoria.

Vimes levantó una mano.

—Bueno, pues entonces ya ha quedado todo aclarado —dijo, hablando en un tono ligeramente más alto de lo necesario—. No hay nada de que preocuparse. Volvamos al Yard. ¿Dónde está la guardia interina Comosellame?

—Aquí, capitán —dijo Angua, saliendo del callejón.

—Escondiéndose, ¿eh? ¿Y qué es eso?

—Guau guau gañido gañido.

—Es un perrito, capitán.

—Oh, cielos.

Los ecos del repiqueteo corroído de la gran Campana de Inhumación resonaban por todo el Gremio de Asesinos. Figuras vestidas de negro acudían corriendo procedentes de todas las direcciones, empujándose unas a otras en su prisa por llegar al patio.

El consejo del Gremio de Asesinos se apresuró a reunirse delante del despacho del doctor Cruces. Su delegado, el señor Downey, llamó vacilantemente a la puerta.

—Adelante.

Los integrantes del consejo entraron.

El despacho de Cruces era la estancia más grande del edificio. Los visitantes siempre encontraban poco apropiado que el Gremio de Asesinos tuviera una sede tan luminosa, aireada y bien diseñada, que se parecía más a las instalaciones de un club de caballeros que a un edificio donde la muerte era planeada regularmente cada día.

Alegres estampas de caza cubrían las paredes, aunque, cuando las mirabas de cerca, veías que las presas no eran ciervos o zorros. También había unos cuantos grabados de grupo —y, más recientemente, las iconografías inventadas todavía no hacía mucho tiempo— del Gremio de Asesinos, hileras de rostros sonrientes encima de cuerpos vestidos de negro y los miembros más jóvenes sentados en el suelo con las piernas cruzadas, uno de ellos haciendo una mueca.

En un ext[[6]](#footnote-6)remo de la estancia estaba la gran mesa de caoba a la que se sentaban los ancianos del Gremio de Asesinos durante su sesión semanal. El otro lado de la estancia contenía la biblioteca privada de Cruces, y un pequeño banco de trabajo. Encima del banco había un gabinete del tipo que usaban los boticarios, formado por centenares de cajoncitos. Los nombres en las etiquetas de los cajoncitos estaban escritos en el código de los asesinos, pero los visitantes de fuera del gremio a esas alturas generalmente ya tenían los nervios lo bastante de punta como para no aceptar una copa.

Cuatro columnas de granito negro sostenían el techo. Se había tallado en ellas los nombres de asesinos famosos de la historia. Cruces tenía su escritorio situado entre las cuatro columnas. Ahora estaba de pie detrás de él, con su expresión casi tan impenetrable como la madera del escritorio.

—Quiero que se pase lista —dijo con brusquedad—. ¿Ha salido alguien del recinto gremial?

—No, señor.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Los guardias de los tejados de la calle Filigrana dicen que nadie entró o salió, señor.

—¿Y quién les está vigilando a ellos?

—Se están vigilando los unos a los otros, señor.

—Muy bien. Escúcheme con atención. Quiero que limpien todo este desorden. Si alguien necesita salir del edificio, quiero que todo el mundo sea sometido a vigilancia. Y después el recinto entero será registrado de arriba abajo, ¿comprende?

—¿En busca de qué, doctor? —preguntó un catedrático de primero de venenos.

—De… cualquier cosa que esté escondida. Si encuentran algo y no saben qué es, llamen inmediatamente a un miembro del consejo. Y no lo toquen.

—Pero, doctor, hay toda clase de cosas escondidas…

—Esta será diferente, ¿comprende?

—No, señor.

—Bien. Y nadie tiene que hablarle de esto a la dichosa Guardia. Tú, muchacho… tráeme mi sombrero. —El doctor Cruces suspiró—. Supongo que tendré que ir a contárselo al patricio.

—Qué se le va a hacer, señor.

El capitán no dijo nada hasta que estuvieron cruzando el Puente de Latón.

—Bueno, cabo Zanahoria —dijo entonces—, ya sabe que siempre le he dicho que la observación es muy importante.

—Sí, capitán. Siempre he prestado mucha atención a sus observaciones acerca del tema.

—Bien, ¿y qué fue lo que observó usted?

—Alguien rompió un espejo. Todo el mundo sabe que a los Asesinos les gustan mucho los espejos. Pero si aquello era un museo, ¿por qué había un espejo allí?

—¿Por favor, señor?

—¿Quién ha dicho eso ?

—Aquí abajo, señor. El guardia interino Cuddy.

—Oh, sí. ¿Sí?

—Yo entiendo un poco de fuegos artificiales, señor. Hay un cierto olor que siempre se produce después de los fuegos artificiales. Y no lo olí, señor. Olí otra cosa.

—Bien… olido, Cuddy.

—Y había trozos de cuerda quemada y poleas.

—Yo olí a dragón —dijo Vimes.

—¿Está seguro, capitán?

—Confíe en mí.

Vimes torció el gesto. Si pasabas aunque solo fuese unos momentos en compañía de lady Ramkin, no tardabas en descubrir a qué olían los dragones. Si algo te pone la cabeza en el regazo mientras estás cenando, tú no dices nada y te limitas a ir pasándole trocitos de comida mientras te aferras a la esperanza de que no le dará hipo.

—En esa habitación había una vitrina de cristal —dijo—. La rompieron para abrirla. ¡Ja! Alguien robó algo. Había un trozo de tarjeta entre el polvo, pero alguien tuvo que recogerla mientras el viejo Cruces estaba hablando conmigo. Daría cien dólares por saber lo que ponía en esa tarjeta.

—¿Por qué, capitán? —dijo el cabo Zanahoria.

—Porque ese bastardo de Cruces no quería que lo supiese.

—Sé qué es lo que podría haber abierto ese agujero —dijo Angua.

—¿El qué?

—Un dragón al estallar.

Siguieron andando en un perplejo silencio.

—Eso podría haberlo hecho, señor —dijo Zanahoria lealmente—. Esos pequeños demonios son capaces de estallar en cuanto oyen que a alguien se le cae un casco.

—Un dragón —murmuró Vimes—. ¿Qué le hace pensar que fue un dragón, guardia interina Angua?

Angua titubeó. «Un perro me lo dijo», pensó, no era el tipo de respuesta que podía hacer progresar su carrera dentro del cuerpo policial tal como estaban las cosas.

—¿Intuición femenina? —sugirió.

—Y supongo que no se atrevería a hacer ninguna conjetura intuitiva acerca de qué fue robado, ¿verdad? —dijo Vimes.

Angua se encogió de hombros. Zanahoria se fijó en la manera tan interesante en que se le movía el pecho al hacerlo.

—¿Algo que los asesinos querían tener guardado allí donde pudieran mirarlo? —dijo Angua.

—Oh, sí —dijo Vimes—. Y supongo que lo próximo que me dirá será que este perro lo vio todo, ¿verdad?

—¿Guau?

Edward de M’uerthe corrió las cortinas, le echó el pestillo a la puerta y se apoyó en ella. ¡Había sido muy fácil!

Había dejado el paquete encima de la mesa. Era delgado, y tendría cosa de un metro y veinte de largo.

Lo desenvolvió con mucho cuidado, y… allí… estaba.

Se parecía mucho al dibujo. Muy típico de aquel hombre: una página entera llena de meticulosos dibujos de ballestas, y aquello en el margen, como si apenas importara.

¡Era tan simple! ¿Por qué esconderlo? Probablemente porque la gente le tenía miedo. La gente siempre le tenía miedo al poder. Hacía que se pusieran nerviosos.

Edward lo cogió, lo sostuvo durante un rato, y descubrió que parecía adaptarse muy cómodamente a su brazo y su hombro.

Eres mío.

Y ese, más o menos, fue el fin de Edward de M’uerthe. Algo todavía continuó existiendo durante un tiempo, pero lo que era, y cómo pensaba, ya no eran enteramente humanos.

Casi era mediodía. El sargento Colon había llevado a los nuevos reclutas a los topes de arquería en la calle Topes.

Vimes fue de patrulla con Zanahoria.

Sentía que algo estaba a punto de derramarse con un súbito hervor dentro de él. Algo estaba rozando las puntas de sus instintos corroídos pero todavía bastante activos, tratando de atraer su atención. Vimes necesitaba moverse, y Zanahoria tuvo que sudar bastante para que no le dejara atrás.

Había asesinos en prácticas en las calles que discurrían alrededor del recinto gremial, todavía muy ocupados barriendo escombros.

—Asesinos a la luz del día —gruñó Vimes—. Me asombra que no se conviertan en polvo.

—Eso les pasa a los vampiros, señor —dijo Zanahoria.

—¡Ja! ¡Tienes razón! ¡Asesinos, ladrones con licencia y putos vampiros! ¿Sabes, muchacho?, hubo un tiempo en el que esta era una gran ciudad.

Sin darse cuenta de lo que hacían, los dos empezaron a andar al mismo paso… a proceder.

—¿Se refiere a cuando teníamos reyes, señor?

—¿Reyes? ¿Reyes, dices? ¡Demonios, no!

Un par de asesinos se volvieron a mirarle con sorpresa.

—Te diré una cosa —dijo Vimes—. Un monarca es un gobernante absoluto, ¿no? El mandamás…

—A menos que sea una reina —dijo Zanahoria.

Vimes lo fulminó con la mirada, y luego asintió.

—De acuerdo, o la mandamasina.

—No, ese término únicamente se le podría aplicar si se tratara de una mujer joven. Las reinas siempre tienden a tener bastantes más años. Tendría que ser una… ¿una mandamasarina? No, eso es para las princesas que son muy jóvenes. No. Mmm. Una mandamasa, creo yo.

Vimes se detuvo. Hay algo en el aire de esta ciudad, pensó. Si el Creador hubiera dicho «Hágase la luz» en Ankh-Morpork, no hubiese llegado más allá de eso porque todo el mundo habría empezado a preguntar: «¿De qué color?».

—El gobernante supremo, de acuerdo —dijo, volviendo a ponerse en movimiento.

—De acuerdo.

—Pero eso no está bien, ¿comprendes? Me refiero a que haya un hombre que tenga poder sobre la vida y la muerte.

—Pero si es un buen hombre… —empezó a decir Zanahoria.

—¿Qué? ¿Qué? De acuerdo, de acuerdo. Vamos a suponer que es un buen hombre. Pero el que actúa como su mano derecha… ¿él también es un buen hombre? Ya puedes esperar que lo sea. Porque él también es el gobernante supremo, en nombre del rey. Y el resto de la corte… tienen que ser hombres buenos. Porque con que solo uno de ellos sea un hombre malo, el resultado será soborno y prebendas.

—El patricio es un gobernante supremo —observó Zanahoria. Luego saludó con una inclinación de cabeza a un troll que pasaba por allí—. Buenos días, señor Carbúnculo.

—Pero no lleva una corona ni se sienta en un trono, y no te dice que es justo que él deba gobernar —dijo Vimes—. Odio a ese bastardo. Pero es honesto. Sí, Vetinari es tan honesto como un sacacorchos.

—Aun así, si el rey fuera un buen hombre…

—¿Sí? ¿Y entonces qué? La realeza le ensucia la mente a las personas, muchacho. Los hombres honestos empiezan a inclinarse y a hacer reverencias por el mero hecho de que el abuelo de alguien fue un bastardo asesino más grande que el de ellos. ¡Escúchame bien! ¡Probablemente hubo un tiempo en el que tuvimos buenos reyes! ¡Pero los reyes engendran otros reyes! ¡Y al final la sangre siempre impone su ley, y terminas teniendo una pandilla de bastardos arrogantes y asesinos! ¡Que le cortan la cabeza a una reina y luchan con sus primos cada cinco minutos! ¡Y tuvimos siglos enteros de eso! ¡Y entonces un día un hombre dijo «No más reyes», y nos levantamos en armas y luchamos contra los putos nobles y sacamos a rastras al rey de su trono, y lo llevamos a rastras hasta la plaza Sator y le cortamos la maldita cabeza! ¡Un trabajo bien hecho, créeme!

—Uf —dijo Zanahoria—. ¿Quién era?

—¿Quién?

—El hombre que dijo «No Más Reyes».

La gente les estaba mirando. El rostro de Vimes pasó del rojo de la ira al rojo de la vergüenza. Aun así, había muy poca diferencia en la tonalidad.

—Oh… Era comandante de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork en aquellos tiempos —farfulló—. Le llamaban el Viejo Cara de Piedra.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Zanahoria.

—El, ejem, no aparece mucho en los libros de historia —dijo Vimes—. A veces tiene que haber una guerra civil, y a veces, después, es mejor fingir que algo no ocurrió. A veces las personas tienen que hacer un trabajo, y luego tienen que ser olvidadas. Él empuñó el hacha, ¿sabes? Nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Después de todo, se trataba del cuello de un rey. Los reyes son —escupió la palabra— especiales. Incluso después de que se les vieran las… habitaciones privadas, y limpiaran los… trocitos. Incluso entonces. Nadie estaba dispuesto a limpiar el mundo. Pero él cogió el hacha y los maldijo a todos y lo hizo.

—¿De qué rey se trataba? —dijo Zanahoria.

—Lorenzo el Bueno —dijo Vimes, distantemente.

—He visto su retrato en el museo del palacio —dijo Zanahoria—. Un anciano gordo. Rodeado por montones de niños.

—Oh, sí —dijo Vimes, hablando muy despacio y con mucho cuidado—. A Lorenzo el Bueno le gustaban mucho los niños.

Zanahoria saludó con la mano a un par de enanos.

—No sabía nada de eso —dijo—. Pensé que solo había sido alguna rebelión malvada o algo por el estilo.

Vimes se encogió de hombros.

—Está en los libros de historia, si sabes dónde buscar.

—¿Y ese fue el fin de los reyes de Ankh-Morpork?

—Oh, creo que un hijo sobrevivió. Y unos cuantos parientes que estaban locos también sobrevivieron. Se les desterró. Se supone que eso es un destino terrible, para la realeza. No veo por qué, francamente.

—Yo sí que puedo verlo. Y a usted le gusta mucho la ciudad, señor.

—Bueno, sí. Pero si tuviera que elegir entre el destierro o que me cortaran la cabeza, lo único que te pediría sería que me ayudaras a bajar con esta maleta. No, estamos mejor habiéndonos librado de los reyes. Pero lo que quiero decir es que… la ciudad solía funcionar.

—Todavía lo hace —dijo Zanahoria.

Pasaron por delante del Gremio de Asesinos y llegaron a los imponentes muros del Gremio de Bufones, que ocupaba la otra esquina del bloque.

—No, se limita a seguir en marcha —dijo Vimes—. Quiero decir, mira ahí arriba.

Zanahoria alzó obedientemente la mirada.

En el cruce de la Vía Ancha con Alquimistas había un edificio familiar. La fachada estaba suntuosamente adornada, pero se hallaba cubierta de mugre. Las gárgolas la habían colonizado.

El lema corroído que había encima del pórtico rezaba: NI LA NIEVE NI LA LLUVIA NI LA TENEBORSA NOCHE PUEDEN APARTAR A ESTOS MENSAGEROS DE SU DEVER, y en días más espaciosos muy bien pudo ser ese el caso, pero recientemente alguien había encontrado necesario clavar un apéndice en el que ponía:

NO NOS PRESGUNTES ACERCA DE:

rocas

trolls con palos

Toda clase de dragones

La señora Cake

Henormes cosas verdes con dientes

Cualquier clases de perros negros con cejas anaranjadas

Lluvias de mastines

niebla.

La señora Cake

—Oh —dijo—. El Correo Real.

—La Oficina de Correos —lo corrigió Vimes—. Mi abuelo decía que hubo un tiempo en el que podías echar una carta allí y llegaba a su destino antes de un mes, sin falta. No tenías que dársela a un enano que pasaba por ahí y esperar que el pequeño mamón no se la vaya a comer antes de…

Su voz se fue perdiendo en el silencio.

—Uh. Lo siento. Lo he dicho sin ánimo de ofender.

—No me ha ofendido —dijo Zanahoria alegremente.

—No es que tenga nada en contra de los enanos, que conste. Yo siempre he dicho que tendrías que buscar mucho antes de encontrar una, una pandilla de gente más respetuosa con la ley, más trabajadora y más conocedora de su oficio que esos…

—¿… pequeños mamones?

—Sí. ¡No!

Continuaron andando.

—Esa señora Cake es una mujer muy decidida, ¿eh? —dijo Zanahoria.

—No lo sabes tú bien —dijo Vimes.

Algo crujió bajo la enorme sandalia de Zanahoria.

—Más cristales —dijo—. Los trozos han llegado realmente lejos.

—¡Dragones que estallan! Menuda imaginación tiene esa chica.

—Guau, guau —dijo una voz detrás de ellos.

—Ese maldito perro nos ha estado siguiendo —dijo Vimes.

—Le está ladrando a algo en la pared —dijo Zanahoria.

Gaspode los contempló sin inmutarse.

—Guau, guau, maldito gañido gañido —dijo—. ¿Es que estáis ciegos o qué?

Era cierto que las personas normales no podían oír hablar a Gaspode, porque el caso es que los perros no hablan. Es un hecho sobradamente conocido. Es sobradamente conocido al nivel orgánico, al igual que ocurre con muchos otros hechos sobradamente conocidos que invalidan las observaciones de los sentidos. Esto es así porque si las personas fueran por ahí dándose cuenta de todo lo que estaba ocurriendo continuamente, nadie llegaría a terminar nada de lo que había empezado. Además, la [[7]](#footnote-7)inmensa mayoría de los perros no hablan. Aquellos que lo hacen son un mero error estadístico, y por lo tanto pueden ser ignorados.

No obstante, Gaspode había descubierto que se le tendía a escuchar a un nivel subconsciente. Sin ir más lejos, el día anterior alguien lo había mandado a la cuneta de una patada sin darse cuenta, y luego había dado unos cuantos pasos antes de que pensara súbitamente: «Soy un hijo de puta de mucho cuidado».

—Hay algo ahí arriba —dijo Zanahoria—. Mire… algo azul, colgando de esa gárgola.

—¿Guau, guau, guau! ¿Os lo podéis creer?

Vimes se subió a los hombros de Zanahoria y fue subiendo la mano por la pared, pero la pequeña tira azul siguió estando fuera de su alcance.

La gárgola volvió un ojo de piedra hacia ellos.

—¿Te importa? —dijo Vimes—. Está colgando de tu oreja…

Con un rechinar de piedra sobre piedra, la gárgola elevó una mano hacia arriba y se desprendió el material.

—Gracias.

—’A ’ido ’n ’acer.

Vimes volvió a bajar al suelo.

—Le gustan las gárgolas, ¿verdad, capitán? —dijo Zanahoria mientras se iban.

—Pues sí. Puede que solo sean una especie de trolls, pero no se relacionan con el resto del mundo, rara vez llegan a ir por debajo del primer piso, y no cometen crímenes que lleguen a descubrirse nunca. Sí, las gárgolas son justo mi tipo de gente.

Desdobló la tira.

Era un collar para animales o, al menos, lo que quedaba de un collar para animales. Estaba quemado en ambos extremos y la palabra «Regordete» era apenas legible a través del tizne.

—¡Los muy malvados! —dijo Vimes—. ¡Realmente hicieron estallar un dragón!

El hombre más peligroso del mundo debería ser presentado.

En toda su vida nunca le ha hecho daño a ningún ser vivo. Ha diseccionado a unos cuantos, pero solo después de que estuvieran muertos, y se ha asomb[[8]](#footnote-8)rado ante lo bien hechos que estaban teniendo en cuenta que el trabajo había sido llevado a cabo por mano de obra no especializada. El hombre más peligroso del mundo llevaba varios años sin salir de una habitación muy grande y bien ventilada, pero aquello no suponía ningún problema para él porque en cualquier caso siempre pasaba la mayor parte del tiempo dentro de su propia cabeza. Existe un cierto tipo de persona a la cual resulta muy difícil encarcelar.

No obstante, había llegado a la conclusión de que una hora de ejercicio al día era esencial para tener un apetito sano y unos movimientos intestinales apropiados, y en aquel momento se encontraba sentado encima de una máquina de su propia invención.

La máquina consistía en un sillín situado encima de un par de pedales que hacían girar, mediante una cadena, una gran rueda de madera que quedaba mantenida encima del suelo por un soporte metálico. Otra rueda de madera que giraba libremente estaba colocada delante del sillín y podía accionarse mediante un dispositivo de timón. El hombre más peligroso del mundo había adaptado la rueda adicional y el timón de tal manera que podía llevar rodando todo el artefacto hasta la pared cuando había terminado de hacer ejercicio, y, además, eso otorgaba una agradable simetría a toda la estructura.

La llamaba «la-máquina-de-hacer-girar-la-rueda-con-pedales-y-otra-rueda».

Lord Vetinari también estaba trabajando.

Normalmente, se encontraba en el Despacho Oblongo o sentado en su sencilla silla de madera al pie de los escalones en el palacio de Ankh-Morpork. Al final del tramo de escalones había un suntuoso trono, cubierto de polvo. Era el trono de Ankh-Morpork, y estaba hecho nada menos que de oro. A Vetinari nunca se le había pasado por la cabeza sentarse en él.

Pero hacía un día precioso, así que estaba trabajando en el jardín.

Quienes visitaban Ankh-Morpork solían sorprenderse al descubrir que había unos cuantos jardines muy interesantes anexos al palacio del patricio.

El patricio no era la clase de persona dada a los jardines. Pero algunos de sus predecesores sí que lo habían sido, y lord Vetinari nunca cambiaba o destruía nada si no existía una razón lógica para hacerlo. Mantenía el pequeño zoo, y el establo de caballos de carreras, e incluso reconocía que los jardines eran de un extremado interés histórico porque obviamente ese era el caso.

Los había diseñado Jodido Estúpido Johnson.

Muchos grandes jardineros de exteriores han pasado a la historia y se les ha recordado muy bien por los magníficos parques y jardines que diseñaron con un poder y una previsión casi divinos. No se lo pensaron dos veces antes de hacer lagos, desplazar colinas y plantar bosques para permitir de esa manera que las generaciones futuras pudieran apreciar la sublime belleza de la Naturaleza salvaje transformada por el Hombre. Ha habido hombres como Capacidad Brown, Sagacidad Smith, Intuición de Veré TobogándeSangre…

En Ankh-Morpork estuvo Jodido Estúpido Johnson.

Jodido Estúpido «Ahora Puede Que No Parezca Gran Cosa Pero Vuelva Usted Dentro de Quinientos Años» Johnson. Jodido Estúpido «Mire, Cuando Yo Los Dibujé Los Planos Estaban Del Derecho» Johnson. Jodido Estúpido Johnson, quien hizo amontonar dos mil toneladas de tierra en un promontorio artificial delante de la mansión de Quirm porque «A mí me haría enloquecer pasarme el día entero viendo un montón de árboles y montañas, ¿y a usted?».

Los terrenos del palacio de Ankh-Morpork estaban considerados como el punto álgido, si es que se lo podía llamar así, de la carrera de Johnson. Por ejemplo, contenían el lago ornamental de truchas de ciento cincuenta metros de longitud, y, debido a uno de esos insignificantes errores de notación que llegaron a caracterizar todos los diseños de Jodido Estúpido, tres centímetros de anchura. El lago era el hogar de una trucha, la cual se encontraba muy a gusto allí con tal de que no intentara dar la vuelta, y durante un tiempo contuvo una suntuosa fuente que cuando se puso en funcionamiento por primera vez, no hizo nada aparte de gemir ominosamente durante cinco minutos para luego disparar hacia lo alto un pequeño querubín de piedra que se elevó trescientos metros en el aire.

Contenía el jo-jó, que era como un ja-já solo que más profundo. Un ja-já es una zanja y un muro disimulados concebidos para permitir que los propietarios del terreno puedan contemplar inmensos paisajes sin que el ganado y esos dichosos pobres que resultan tan molestos siempre se estén paseando por en medio de las extensiones de hierba. Bajo el lápiz errabundo de Jodido Estúpido, la zanja se excavó hasta adquirir quince metros de profundidad, y ya se había cobrado a tres jardineros.

El laberinto era tan pequeño que la gente se perdía buscándolo.

Pero en cierto modo al patricio casi le gustaban los jardines, a su manera callada y peculiar. Lord Vetinari tenía ciertas opiniones acerca de la mayor parte de la humanidad, y los jardines hacían que se sintiera plenamente justificado en ellas.

Había montones de papeles apilados encima del césped alrededor de la silla. Varios secretarios se encargaban de renovarlos o se los iban llevando periódicamente. Los secretarios eran de distintos tipos. Al palacio afluían todas las clases y los tipos posibles de información, pero solo había un sitio en el cual llegaran a juntarse todos, del mismo modo que las distintas hebras terminan llegando a unirse en el centro de una tela de araña.

Muchos gobernantes, buenos y malos y muy a menudo muertos, saben qué es lo que ha ocurrido; un reducido número de ellos consigue llegar a ingeniárselas, mediante un gran esfuerzo, para saber qué es lo que está ocurriendo. Lord Vetinari consideraba que ambos tipos de gobernantes tenían una lamentable carencia de ambición.

—Sí, doctor Cruces —dijo sin levantar la vista.

¿Cómo demonios lo hace?, se preguntó Cruces. Sé que no he hecho ningún ruido…

—Ah, Havelock… —empezó a decir.

—¿Tiene algo que decirme, doctor?

—Se ha… extraviado.

—Sí. Y sin duda ahora ustedes lo están buscando ansiosamente. Muy bien. Que tenga un buen día.

El patricio no había movido la cabeza durante todo ese tiempo. Ni siquiera se había molestado en preguntar qué era exactamente lo que estaban buscando. Lo sabe muy bien, pensó Cruces. ¿Cómo es que nunca puedes decirle nada que él ya no sepa?

Lord Vetinari dejó un papel encima de uno de los montones, y cogió otro.

—Sigue usted aquí, doctor Cruces.

—Milord, puedo asegurarle que…

—Estoy seguro de que puede hacerlo. Oh, sí, estoy seguro de ello. No obstante, hay una pregunta que me intriga.

—¿Milord?

—¿Por qué se encontraba todavía en la sede de su gremio para que lo pudieran robar? Se me dio a entender que había sido destruido. Estoy completamente seguro de que di órdenes al respecto.

Aquella era la pregunta que el Asesino había estado esperando que no se le formulara. Pero el patricio era muy bueno en ese juego.

—Ejem. Nosotros… es decir, mi predecesor… pensó que debería servir como una advertencia y un ejemplo.

El patricio levantó la vista de los papeles y sonrió alegremente.

—¡Magnífico! —dijo—. Yo siempre he creído mucho en la efectividad de los ejemplos. Por eso estoy seguro de que podrá solucionar este pequeño problema con el mínimo de inconvenientes para todos.

—Ciertamente, milord —dijo el Asesino con expresión sombría—. Pero…

El mediodía empezó.

En Ankh-Morpork el mediodía siempre era algo que requería un cierto tiempo, dado que las doce se establecían por consenso. Por lo general, la primera campana en sonar era la del Gremio de Maestros, en respuesta a las plegarias universales de sus miembros. Luego el reloj de agua del Templo de los Dioses Menores hacía sonar el gran gong de bronce. La campana negra del Templo del Destino sonaba una vez, inesperadamente, pero a esas alturas el carillón de plata accionado a pedales del Gremio de Bufones ya estaría tintineando, los gongs, campanas y timbres de todos los gremios y templos ya estarían en pleno apogeo, y era imposible distinguir unos de otros, salvo por la mágica campana de octirón sin badajo del Viejo Tom en la torre del reloj de la Universidad Invisible, cuyos doce silencios medidos se imponían temporalmente al estruendo.

Y por último, varios compases detrás de todas las demás, sonaba la campana del Gremio de Asesinos, que siempre llegaba la última.

El reloj de sol ornamental sonó doce veces junto al patricio y luego se desplomó.

—¿Estaba diciendo…? —dijo el patricio apaciblemente.

—El capitán Vimes se está interesando por el asunto —dijo el doctor Cruces.

—Cielos. Pero eso es su trabajo.

—¿De veras? ¡He de exigir que le diga que deje de ocuparse de él!

Las palabras crearon ecos que resonaron por el jardín. Varias palomas emprendieron el vuelo.

—¿Exigir? —dijo el patricio con dulzura.

El doctor Cruces se echó atrás y buscó desesperadamente alguna clase de relleno verbal.

—Después de todo es un sirviente —dijo—. No veo por qué razón se le debería permitir involucrarse en asuntos que no le conciernen.

—Pues yo creo que él piensa que es un sirviente de la ley —dijo el patricio.

—¡Es un entrometido insolente y pagado de sí mismo!

—Cielos, cielos. Se lo está tomando usted demasiado a pecho para mi gusto. Pero dado que lo exige, llamaré al orden a Vimes sin más dilación.

—Gracias.

—No hay de qué. Y ahora, no le entretengo más.

El doctor Cruces se alejó en la dirección señalada por el gesto distraído del patricio.

Lord Vetinari volvió a inclinarse encima de sus papeles, y ni siquiera levantó la vista cuando se oyó resonar un grito ahogado en la lejanía. Lo que hizo fue bajar la mano hacia el suelo y hacer sonar una campanilla de plata.

Un secretario vino corriendo.

—Ve a traer la escalera, ¿quieres, Drumknott? —dijo el patricio—. El doctor Cruces parece haberse caído dentro del jo-jó.

La puerta trasera del taller del enano Bjorn Martillogrande se libró del pestillo y se abrió con un crujido. Se acercó para ver si había alguien allí, y se estremeció.

Cerró la puerta.

—Parece que ha empezado a soplar una brisa un poco fresca —le dijo al otro ocupante de la habitación—. Aun así, no nos iría nada mal que refrescara.

El techo del taller quedaba a un metro y medio escaso por encima del suelo. Aquello era altura más que suficiente para un enano.

AY, dijo una voz que nadie oyó.

Martillogrande contempló la cosa sujeta en el torno, y cogió un destornillador.

AY.

—Asombroso —dijo—. Creo que cuando este tubo baja por el cañón obliga a las, ejem, seis cámaras a deslizarse hacia un lado, presentando así una cámara nueva al, ejem, agujero de disparo. Eso parece bastante claro. El resorte… aquí, se ha oxidado. Puedo reemplazarlo fácilmente. ¿Sabes? —dijo, levantando la vista—, este artilugio es pero que muy interesante. Con todas esas sustancias químicas dentro de los tubos y todo lo demás, quiero decir. Qué idea tan simple. ¿Era de algún payaso? ¿Alguna clase de artilugio automático para dar golpes, quizá?

Rebuscó dentro de un cubo lleno de recortes metálicos hasta encontrar un trozo de acero, y luego seleccionó una lima.

—Luego me gustaría hacer unos cuantos esbozos —dijo.

Unos treinta segundos después hubo un suave chasquido y una nube de humo.

Bjorn Martillogrande se levantó del suelo, sacudiendo la cabeza.

—¡Bueno, ha habido suerte! —dijo—. Esto podría haber provocado un accidente muy feo.

Intentó disipar parte del humo agitando la mano, y luego se dispuso a volver a coger la lima.

La mano pasó a través de ella.

EJEM.

Bjorn volvió a intentarlo.

La lima se había vuelto tan insustancial como el humo.

—¿Qué?

EJEM.

El propietario de aquel extraño artilugio estaba contemplando con horror algo que había en el suelo. Bjorn siguió la dirección de su mirada.

—Oh —dijo.

La comprensión, que había estado flotando en el límite de la consciencia de Bjorn, finalmente consiguió hacerse presente. Eso era lo bueno que tenía la muerte. Cuando te ocurría a ti, siempre eras de los primeros en enterarse.

Su visitante cogió el artilugio de encima del banco y lo guardó dentro de una bolsa de tela. Luego miró frenéticamente en torno a él, levantó del suelo el cadáver del señor Martillogrande y se lo llevó por la puerta en dirección al río.

Hubo un chapoteo distante, o lo más parecido a un chapoteo que podías llegar a obtener del Ankh.

—Oh, cielos —dijo Bjorn—. Y además no sé nadar.

ESO NO SUPONDRÁ NINGÚN PROBLEMA, NATURALMENTE.

Bjorn la miró.

—Eres mucho más bajo de lo que me había imaginado que serías —dijo.

ESO SE DEBE A QUE ESTOY DE RODILLAS, SEÑOR MARTILLO GRANDE.

—¡Esa maldita cosa me mató!

SÍ.

—Es la primera vez que me ocurre algo semejante.

Y A CUALQUIERA. PERO SOSPECHO QUE NO SERÁ LA ÚLTIMA VEZ QUE OCURRA POR AQUÍ.

La Muerte se incorporó. Hubo un chasquido de rótulas. Ahora su cráneo ya no daba con el techo. Ya no había un techo. La habitación se había desvanecido suavemente.

Había tales cosas como los dioses enanos. Los enanos no eran una especie religiosa por naturaleza, pero en un mundo donde los maderos que sostenían las galerías de una mina podían partirse sin advertencia previa y las bolsas de gas podían estallar súbitamente, los enanos enseguida se habían percatado de que necesitaban tener dioses como una especie de equivalente sobrenatural al casco de seguridad. Además, cuando te dabas en el pulgar con un martillo de cuatro kilos siempre resultaba agradable poder blasfemar. Hay que ser un tipo de ateo muy especial y tener mucha voluntad para dar saltos con una mano metida debajo del otro sobaco mientras gritas «¡Oh, dichosas fluctuaciones-aleatorias-en-el-continuo-espacio-temporal!», o «¡Aaargh, condenado concepto-primitivo-y-pasado-de-moda-sin-ninguna-base-lógica!».

Bjorn no perdió el tiempo haciendo preguntas. Hay un montón de cosas que pasan a volverse bastante apremiantes en cuanto estás muerto.

—Creo en la reencarnación —dijo.

LO SÉ.

—Traté de llevar una buena vida. ¿Eso ayuda en algo?

ESO YA NO DEPENDE DE MÍ. LA MUERTE TOSIÓ. NATURALMENTE… Y DADO QUE CREES EN LA REENCARNACIÓN, BJORN… TU BJORNADA VOLVERÁ A EMPEZAR.

Esperó.

—Sí. Ah. Bueno, eso está bien —dijo Bjorn. Los enanos son conocidos por su sentido del humor, en cierta manera. La gente los señala con el dedo y dice: «Esos diablillos no tienen ningún sentido del humor».

HUM. ¿HABÍA ALGO DIVERTIDO EN LA AFIRMACIÓN QUE ACABO DE HACER?

—Uh. No. No… Me parece que no.

ERA UN PEQUEÑO CHISTE, O UN JUEGO DE PALABRAS. BJORN, TU BJORNADA VOLVERÁ A EMPEZAR.

—¿Sí?

¿LO HAS PILLADO?

—No puedo decir que lo haya hecho, no.

OH.

—Lo siento.

ME HAN DICHO QUE DEBERÍA TRATAR DE CONSEGUIR QUE ESTE MOMENTO RESULTARA UN POCO MÁS AGRADABLE.

—Mi bjornada volverá a empezar.

SÍ.

—Pensaré en ello.

GRACIAS.

—Bueno —dijo el sargento Colon—, esto, hombres, es vuestra porra, también nomenclaturada como vuestro palo nocturno o bastón del cargo.

Hizo una pausa mientras intentaba recordar sus días del ejército, y de pronto sonrió.

—¡Cuidaréis de él! —gritó—. Comeréis con él, dormiréis con él, y…

—Disculpe.

—¿Quién ha dicho eso?

—Aquí abajo. Soy yo, el guardia interino Cuddy.

—¿Sí, peregrino?

—¿Cómo hacemos para comer con él, sargento?

La braveza del sargento Colon se quedó sin cuerda y dejó de funcionar. Estaba empezando a recelar un poco del guardia interino Cuddy. Sospechaba que el guardia interino Cuddy era la clase de persona que siempre está creando problemas.

—¿Qué?

—Bueno, ¿lo usamos como si fuera un cuchillo o como si fuera un tenedor, o lo cortamos por la mitad para hacerlo palillos o qué?

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¿Disculpe, sargento?

—¿Y ahora qué pasa, guardia interina Angua?

—¿Exactamente cómo dormimos con él, sargento?

—Bueno, yo… Lo que quería decir era que… ¡Cabo Nobbs, deje de reírse ahora mismo!

Colon se puso bien la coraza y decidió atacar en una nueva dirección.

—Bueno, lo que tenemos aquí es un muñeco, momiecita o egifie —dijo, señalando una forma vagamente humanoide hecha de cuero y rellena de paja que estaba colocada encima de un poste—, conocida con el apodo de Arthur, adiestramiento en el uso de las armas, para el uso de dichas. Dé un paso al frente, guardia interina Angua. Dígame, guardia interina, ¿cree usted que podría matar a un hombre?

—Pues no sé… esta porra no parece gran cosa.

Hubo una pausa mientras levantaban del suelo al cabo Nobbs y le daban palmaditas en la espalda hasta que se hubo calmado.

—Muy bien —dijo el sargento Colon—, y ahora lo que debéis hacer es empuñar vuestra porra así, y a la orden de uno, proceder con rapidez hacia Arthur y a la orden de dos, darle bien dado en el coco. Uno… dos…

La porra rebotó en el casco de Arthur.

—Muy bien, solo has hecho una cosa mal. ¿Alguien quiere decirme qué ha sido?

Todos negaron con la cabeza.

—Desde atrás —dijo el sargento Colon—. Se les golpea desde atrás. No hay por qué correr el riesgo de tener problemas, ¿verdad? Ahora inténtelo usted, guardia interino Cuddy.

—Pero mi sargento…

—Hágalo.

Miraron.

—Quizá podríamos traerle una silla —dijo Angua, después de quince segundos muy embarazosos.

Detritus soltó una risita.

—Él demasiado pequeño para ser guardia —dijo.

El guardia interino Cuddy dejó de dar botes.

—Lo siento, sargento —dijo—, pero es que los enanos no lo hacemos de esta manera, ¿sabe?

—Pues así es como lo hacen los guardias —dijo el sargento Colon—. Muy bien, guardia interino Detritus… no salude… haga un intento.

Detritus sostuvo la porra entre lo que técnicamente tenía que llamarse pulgar e índice, y la descargó sobre el casco de Arthur. Luego contempló con expresión pensativa el muñón de porra que le quedaba. Acto seguido cerró lo que a falta de otra palabra mejor había que llamar puño, y aporreó una y otra vez lo que por unos instantes fue la cabeza de Arthur hasta que un metro entero de poste hubo quedado hundido en el suelo.

—Ahora el enano, él puede probar suerte —dijo.

Hubo otros cinco segundos muy embarazosos. El sargento Colon se aclaró la garganta.

—Bueno, sí, me parece que podemos considerarlo completamente arrestado —dijo—. Tome nota, cabo Nobbs. Al guardia interino Detritus… ¡no salude!… se le deduce un dólar de la paga por la pérdida de una porra. Y además se supone que luego tienes que poder hacerles preguntas.

Contempló los restos de Arthur.

—Bueno, creo que es un buen momento para hacer una demostración de los secretos de la arquería —dijo.

Lady Sybil Ramkin estaba contemplando la patética tira de cuero que era todo lo que quedaba del difunto Regordete.

—¿Quién puede haber sido capaz de hacerle algo semejante a un pobre dragoncito? —preguntó.

—Estamos tratando de averiguarlo —dijo Vimes—. Pensados que… que quizá lo ataron al lado de un muro y estalló.

Zanahoria se inclinó sobre la pared de un aprisco.

—¿Cuchi-cuchi-cuchi-cú? —dijo. Una llama amistosa se llevó sus cejas.

—Lo que quiero decir es que Regordete era de lo más manso —dijo lady Ramkin—. El pobrecito no le hubiese hecho daño ni a una mosca.

—¿Cómo se las podría arreglar alguien para hacer estallar a un dragón? —dijo Vimes— ¿Podrías hacerlo dándole una patada?

—Oh, sí —dijo Sybil—. Pero perderías la pierna, claro está.

—Entonces no fue así como lo hicieron. ¿Hay alguna otra manera? De forma que no te hagas daño, quiero decir.

—No, la verdad es que no. Sería más fácil arreglárselas para que el dragón se hiciera estallar a sí mismo. Realmente, Sam, no me gusta nada hablar de…

—He de saberlo.

—Bueno… en esta época del año los machos luchan. Se hacen parecer más grandes de lo que son, ¿sabes? Por eso siempre los mantengo separados unos de otros.

Vimes negó con la cabeza.

—Solo había un dragón —dijo.

Detrás de ellos, Zanahoria se inclinó sobre el siguiente aprisco, donde un dragón macho en forma de pera abrió un ojo y le miró fijamente.

—¿Verdad que eres muy buen chico? —murmuró Zanahoria—. Estoy seguro de que tengo un trocito de carbón por algún sitio…

El dragón abrió el otro ojo, pestañeó, y un instante después ya estaba completamente despierto y empezando a erguirse. Las orejas se le pegaron a la cabeza. Sus fosas nasales se dilataron. Sus alas se desplegaron. Tragó aire. El gorgoteo de los ácidos en movimiento brotó de su estómago conforme las válvulas y las esclusas iban quedando abiertas. Sus pies dejaron de estar en contacto con el suelo. Su pecho se expandió…

Vimes chocó con Zanahoria a la altura de su cintura, lanzándolo al suelo.

El dragón parpadeó dentro de su aprisco. El enemigo se había esfumado misteriosamente. ¡Se había asustado y había huido!

Soplando una enorme llamarada, el dragón fue calmándose poco a poco.

Vimes se apartó las manos de la cabeza y se puso boca arriba.

—¿Por qué ha hecho eso, capitán? —dijo Zanahoria—. Yo no estaba…

—¡Ese dragón estaba atacando a otro dragón! —gritó Vimes—. ¡Uno que se negaba a echarse atrás!

Se incorporó sobre las rodillas y dio unos golpecitos, con el dedo en la coraza de Zanahoria.

—¡La pules hasta que queda realmente brillante! —dijo—. Puedes verte a ti mismo en ella. ¡Y cualquier otra cosa también puede!

—Oh, sí, naturalmente siempre está eso —dijo lady Sybil—. Todo el mundo sabe que hay que mantener alejados a los dragones de los espejos…

—Espejos —dijo Zanahoria—. Eh, el suelo estaba lleno de trocitos de…

—Sí. Le enseñó un espejo a Regordete —dijo Vimes.

—La pobre cosita debía de estar tratando de hacerse más grande que él mismo —dijo Zanahoria.

—Estamos tratando con una mente perturbada —dijo Vimes.

—¡Oh, no! ¿Eso cree?

—Sí.

—Pero… no… no puede estar en lo cierto. Porque Nobby estuvo con nosotros durante todo el tiempo.

—No me refería a Nobby —dijo Vimes tercamente—. Por muchas cosas que pudiera llegar a hacerle a un dragón, dudo de que lo hiciera estallar. En este mundo hay personas más extrañas que el cabo Nobbs, mi querido muchacho.

La expresión de Zanahoria se deslizó hacia un rictus de intrigado horror.

—Caray —dijo.

El sargento Colon recorrió las dianas con la mirada. Después se quitó el casco y se secó la frente.

—Creo que la guardia interina Angua no debería hacer ningún otro intento con el arco largo hasta que hayamos encontrado alguna manera de evitar que su… que ella se interponga.

—Lo siento, sargento.

Se volvieron hacia Detritus, que permanecía inmóvil con expresión cariacontecida detrás de un montón de arcos largos rotos. Las ballestas estaban totalmente descartadas, ya que en las inmensas manos de Detritus parecían horquillas para el pelo. En teoría el arco largo sería un arma mortífera en sus manos, tan pronto como hubiera aprendido a dominar el arte de soltarlo a su debido tiempo.

Detritus se encogió de hombros.

—Lo siento, señor —dijo—. Arcos no son armas troll.

—¡Ja! —dijo Colon—. En cuanto a usted, guardia interino Cuddy…

—Es que no consigo pillarle el tranquillo a esto de apuntar, sargento.

—¡Creía que los enanos eran famosos por sus habilidades en la batalla!

—Sí, pero… Bueno, son otro tipo de habilidades —dijo Cuddy.

—Emboscada —murmuró Detritus.

Como era un troll, el murmullo rebotó en unos cuantos edificios lejanos. La barba de Cuddy se erizó.

—Troll traicionero, voy a coger mi…

—Bueno, bueno —se apresuró a decir el sargento Colon—, me parece que dejaremos de adiestrarnos. Tendrán que… irle pillando el truco con la práctica, ¿de acuerdo?

Suspiró. No era un hombre cruel, pero había sido o un soldado o un guardia durante toda la vida, y tenía la sensación de que se estaba esperando demasiado de él. De otra manera nunca hubiese dicho lo que dijo a continuación.

—No lo sé, de veras que no lo sé. No paráis de pelear entre vosotros, destrozáis vuestras propias armas… Bueno, lo que yo me pregunto es a quién creemos estar engañando. Ya casi es mediodía, así que ahora os tomaréis unas cuantas horas libres y ya volveremos a vernos esta noche. Si pensáis que vale la pena hacer acto de presencia, claro está.

Hubo un súbito chasquido. La ballesta de Cuddy acababa de disparársele. El dardo pasó silbando junto a la oreja del cabo Nobbs y dio en el río, donde quedó clavado.

—Lo siento —dijo Cuddy.

—Tch, tch —dijo el sargento Colon.

Aquella fue la peor parte. Todo hubiese ido mejor si le hubiera gritado unos cuantos insultos al enano. De hecho, todo hubiese ido mucho mejor si Colon hubiera conseguido dar la impresión de que Cuddy valía que se desperdiciara un insulto en él.

Dio media vuelta y echó a andar hacia Pseudópolis Yard. Todos oyeron el comentario que musitó mientras se alejaba.

—¿Qué decir él? —dijo Detritus.

—«Menudo cuerpo de hombres» —dijo Angua, enrojeciendo.

Cuddy escupió en el suelo, cosa que no requirió mucho tiempo debido a la proximidad. Luego metió una mano debajo de la capa y sacó de ella, como un mago de feria que extrae un conejo de la talla diez de un sombrero de la talla cinco, su hacha de guerra de doble hoja. Y echó a correr.

Cuando hubo llegado al blanco virginal, Cuddy ya se había convertido en una mancha borrosa. Un instante después hubo un sonido de desgarro y el maniquí estalló como un montón de paja nuclear.

Los otros dos reclutas fueron hacia allí e inspeccionaron el resultado, mientras algunas briznas de paja revoloteaban por el aire para terminar cayendo al suelo.

—Sí, muy bien —dijo Angua—. Pero dijo que se suponía que luego tenías que poder hacerles preguntas.

—Pero no dijo que tuvieran que poder responder a esas preguntas —replicó Cuddy hoscamente.

—Guardia interino Cuddy, deducir un dólar por blanco —dijo Detritus, quien ya debía once dólares por arcos.

—¡Si vale la pena hacer acto de presencia! —dijo Cuddy, volviendo a extraviar el hacha en algún rincón de su persona—. ¡Especiecista!

—No creo que lo dijera en ese sentido —dijo Angua.

—Oh, eso a ti no te afecta, claro —dijo Cuddy.

—¿Por qué?

—Porque tú eres un hombre —dijo Detritus.

Angua era lo suficientemente inteligente como para dedicar unos cuantos momentos a reflexionar sobre lo que acababa de oír.

—Soy una mujer —dijo finalmente.

—Es lo mismo.

—Solo en términos generales. Venga, vayamos a tomar una copa y…

El momento transitorio de camaradería ante la adversidad se evaporó por completo.

—¿Beber con un troll?

—¿Beber con un enano?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Angua—. ¿Qué os parece si tú y tú venís y os tomáis una copa conmigo?

Angua se quitó el casco y sacudió la cabeza, haciendo ondear sus cabellos. Las trolls no tienen cabello, aunque las más afortunadas son capaces de llegar a cultivar una fina capa de liquen, y es más probable que se elogie a una enana por la sedosidad de su barba que por lo que hay encima de su cuero cabelludo. Pero, aun así, cabe la posibilidad de que la visión de Angua hiciera saltar unas cuantas chispas de alguna antigua masculinidad cósmica compartida.

—La verdad es que todavía no he tenido ocasión de ir a echar una mirada por ahí —dijo—. Pero vi un sitio en la calle del Brillo.

Lo cual significó que tuvieron que cruzar el río, mientras al menos dos de ellos intentaban dejar claro a los transeúntes que no estaban yendo con al menos uno de los otros dos. Lo cuál significaba que no paraban de mirar en torno a ellos con una desesperada despreocupación.

Lo cual significó que Cuddy vio al enano en el agua.

Si es que a aquello podías llamarlo agua.

Si es que a aquello otro todavía podías llamarlo un enano.

Miraron hacia abajo.

—Sabéis —dijo Detritus pasados unos momentos—, se parece a ese enano que hace armas en calle Escarcha.

—¿Bjorn Martillogrande? —dijo Cuddy.

—Ese mismo, sí.

—Sí, se parece un poco a él —admitió Cuddy, todavía hablando en un tono muy frío y carente de entonación—, pero no es exactamente como él.

—¿Qué quieres decir? —dijo Angua.

—Pues que el señor Martillogrande no tenía un agujero tan enorme allí donde hubiese debido estar su pecho —dijo Cuddy.

¿Es que nunca duerme?, pensó Vimes. ¿Es que este hombre nunca deja reposar a su condenada cabeza? ¿No hay en algún sitio una habitación con un batín negro colgando de la puerta?

Llamó a la puerta del Despacho Oblongo.

—Ah, capitán —dijo el patricio, levantando la vista de su papeleo—. Ha sido usted meritoriamente rápido.

—¿Ah, sí?

—¿Recibió mi mensaje? —dijo lord Vetinari.

—No, señor. He estado… ocupado.

—Claro, claro. ¿Y qué ha podido tenerlo tan ocupado?

—Alguien ha matado al señor Martillogrande, señor. Un hombre muy importante en la comunidad enana. Le han… disparado con algo, algún tipo de arma de asedio o algo por el estilo, y luego lo tiraron al río. Acabamos de sacarlo de allí. Me disponía a ir a decírselo a su esposa. Creo que vive en la calle de la Melaza y entonces pensé, ya que estoy de paso por aquí…

—Es una gran desgracia.

—Para el señor Martillogrande ciertamente lo fue —dijo Vimes.

El patricio se recostó en su asiento y miró a Vimes.

—Cuénteme cómo lo mataron —dijo.

—No lo sé. Nunca había visto nada semejante… solo había un agujero enorme. Pero voy a averiguar qué fue.

—Mmm. ¿Le he mencionado que el doctor Cruces vino a verme esta mañana?

—No, señor.

—Estaba muy… preocupado.

—Sí, señor.

—Me parece que usted le puso un poco nervioso.

—¿Señor?

El patricio parecía estar llegando a una decisión. Su silla se inclinó hacia delante hasta que volvió a quedar apoyada en el suelo con un golpe seco.

—Capitán Vimes…

—¿Señor?

—Ya sé que se retira pasado mañana y que, por lo tanto, está un poco… intranquilo. Pero mientras sea usted capitán de la Guardia Nocturna, le pediré que siga dos instrucciones muy específicas…

—¿Señor?

—Pondrá fin inmediatamente a cualquier clase de investigación relacionada con ese robo cometido en el Gremio de Asesinos. ¿Me ha entendido? Eso es asunto del gremio.

—Señor —dijo Vimes, manteniendo el rostro cuidadosamente inmóvil.

—Opto por creer que la palabra que no ha llegado a pronunciar en esa frase era un «sí», capitán.

—Señor.

—Y en esa también. En cuanto al asunto del desgraciado señor Martillogrande… ¿El cuerpo fue descubierto hace muy poco?

—Sí, señor.

—Entonces queda fuera de su jurisdicción, capitán.

—¿Qué? ¿Señor?

—La Guardia Diurna se encargará de ello.

—¡Pero nunca nos hemos molestado en seguir todas esas normas de la jurisdicción de las horas diurnas!

—Aun así, y teniendo en cuenta las circunstancias actuales, daré instrucciones al capitán Quirke de que se haga cargo de la investigación. Eso suponiendo que finalmente resulte ser necesario llevar a cabo una, claro está.

Si resulta que es necesario llevar a cabo una, pensó Vimes. Si al final no resulta que morir porque te ha desaparecido la mitad del pecho ha sido un accidente, claro está. Un impacto de meteorito, quizá.

Hizo una profunda inspiración de aire y se apoyó en el escritorio del patricio.

—¡Mayonesa Quirke no podría encontrar su trasero con un atlas! ¡Y no tiene ni idea de cómo hay que hablar a los enanos! ¡Les llama chupapiedras! ¡Mis hombres encontraron el cuerpo! ¡Es mi jurisdicción!

El patricio miró las manos de Vimes. Vimes las apartó del escritorio como si este se hubiera puesto súbitamente al rojo vivo.

—Guardia nocturno. Eso es lo que es usted, capitán. Su circunscripción se reduce a las horas de oscuridad.

—¡Estamos hablando de enanos! ¡Si no lo hacemos como es debido, se tomarán la justicia por su mano! ¡Y normalmente eso significa cortarle la cabeza al troll más próximo! ¿Y usted quiere poner a Quirke en esto?

—Le he dado una orden, capitán.

—Pero…

—Puede irse.

—Pero usted no puede…

—He dicho que puede irse, capitán Vimes.

—Señor.

Vimes saludó. Luego giró sobre sus talones, y salió de la habitación. Cerró la puerta con mucho cuidado, de tal manera que apenas hubo un chasquido.

El patricio lo oyó golpear la pared con el puño en cuanto estuvo fuera de la habitación. Vimes no era consciente de ello, pero había un número de melladuras apenas perceptibles en la pared al lado del Despacho Oblongo, con profundidades correspondientes a su estado emocional del momento.

A juzgar por el sonido del golpe, aquella iba a necesitar los servicios de un escayolador.

Lord Vetinari se permitió una sonrisa, aunque no hubo humor alguno en ella.

La ciudad marchaba. Era una corporación autorregulada de gremios unidos por las leyes inexorables del interés propio, y funcionaba. En general. A grandes rasgos. En conjunto. Normalmente.

Lo último que hacía falta era un guardia que fuera husmeando por ahí interfiriendo con las cosas, como una… una… una… una saeta perdida.

Normalmente.

Vimes parecía hallarse en el estado emocional apropiado. Con un poco de suerte, las órdenes que le había dado Vetinari surtirían el efecto deseado…

Hay un bar como ese en cada gran ciudad. Es donde beben los policías.

Los guardias rara vez iban a beber a las tabernas más acogedoras y animadas de Ankh-Morpork cuando no estaban fuera de servicio. Allí siempre resultaba demasiado fácil ver algo que haría que volvieran a estar de servicio. Por eso general[[9]](#footnote-9)mente iban a El Cubo, en la calle del Brillo. El Cubo era pequeño y tenía el techo muy bajo, y la presencia de guardias de la ciudad tendía a mantener alejados a los otros bebedores. Pero el señor Queso, el propietario, no se preocupaba demasiado por eso. Nadie bebe tanto como un policía que ha visto demasiadas cosas como para seguir sobrio.

Zanahoria contó el cambio encima del mostrador.

—Entonces son tres cervezas, una leche, un azufre molido con carbón y ácido fosfórico…

—Con sombrilla —dijo Detritus.

—… y un Doble Sentido Largo Y Cómodo con limonada.

—Con una macedonia de frutas dentro —dijo Nobby.

—¿Guau?

—Y un poco de cerveza en un cuenco —dijo Angua.

—Parece que ese perrito te ha cogido mucho cariño —dijo Zanahoria.

—Sí —dijo Angua—. No sabría decirte por qué.

Les pusieron las bebidas delante. Miraron las bebidas. Bebieron las bebidas.

El señor Queso, que conocía a los policías, volvió a llenar sin decir palabra los vasos y la jarra envuelta en aislante de Detritus.

Miraron las bebidas. Se las bebieron.

—¿Sabéis? —dijo Colon pasado un rato—, lo que me saca de quicio, lo que de verdad me saca de quicio, es que se limitaran a tirarlo al agua. Quiero decir que, bueno, ni siquiera le ataron unos cuantos pesos. Se limitaron a tirarlo al agua. Como si no importara que le encontraran. ¿Sabéis lo que quiero decir?

—Lo que me saca de quicio es que era un enano —dijo Cuddy.

—Lo que me saca de quicio es que le asesinaron —dijo Zanahoria.

El señor Queso volvió a pasar a lo largo de la fila. Miraron las bebidas. Se las bebieron.

Porque la realidad era que, a pesar de todo lo que parecía indicar lo contrario, el asesinato no era un acontecimiento corriente en Ankh-Morpork. Había inhumaciones, cierto. Y como ya se ha dicho antes, también había maneras en que uno podía cometer suicidio sin darse cuenta. Y estaban los ocasionales jaleos domésticos del sábado noche, cuando la gente buscaba una alternativa más barata al divorcio. Había todas esas cosas, pero al menos tenían una razón, por poco razonable que fuera.

—El señor Martillogrande era una personalidad muy respetada entre los enanos —dijo Zanahoria—. Y también era un buen ciudadano. No se pasaba el día removiendo los viejos problemas como el señor Fuerteenelbrazo.

— Tiene un taller en la calle Escarcha — dijo Nobby.

— Tenía — dijo el sargento Colon.

Miraron las bebidas. Se las bebieron.

— Lo que yo quiero saber es qué le hizo ese agujero — dijo Angua.

—Nunca había visto nada así —dijo Colon.

—¿No sería mejor que alguien fuera y se lo contara a la señora Martillogrande? —dijo Angua.

—Lo está haciendo el capitán Vimes —respondió Zanahoria—. Dijo que no pediría a nadie más que lo hiciera.

—Mejor él que yo —dijo Colon fervientemente—. Yo no haría eso ni por un reloj bien grande. Esos pequeños mamones pueden llegar a ser realmente temibles cuando se enfadan.

Todo el mundo asintió sombríamente, incluso el pequeño mamón y el gran pequeño mamón por adopción.

Miraron las bebidas. Bebieron las bebidas.

—¿No deberíamos estar averiguando quién lo hizo? —dijo Angua.

—¿Por qué? —dijo Nobby.

Angua abrió y cerró la boca una o dos veces, y por fin terminó diciendo:

—¿Por si acaso vuelven a hacerlo?

—No fue un asesinato, ¿verdad? —dijo Cuddy.

—No —dijo Zanahoria—. Siempre dejan una nota. Les obliga la ley.

Miraron las bebidas. Se las bebieron.

—Menuda ciudad —dijo Angua.

—Lo curioso es que todo funciona —dijo Zanahoria—. ¿Sabéis?, cuando entré en la Guardia era tan simple que arresté al jefe del Gremio de Ladrones por robar.

—Pues a mí me parece una buena idea —dijo Angua.

—Me metí en ciertos líos por eso —dijo Zanahoria.

—Veréis —dijo Colon—, aquí los ladrones están organizados. Lo que quiero decir es que se trata de algo oficial. Se les permite una cierta cantidad de robos. No es que hoy en día lleven a cabo muchos, ojo. Si les pagas una pequeña prima cada año, te dan una tarjeta y te dejan en paz. Ahorra tiempo y esfuerzo a todo el mundo.

—¿Y todos los ladrones son miembros? —dijo Angua.

—Oh, claro que sí —dijo Zanahoria—. En Ankh-Morpork no puedes ir robando por ahí sin contar con un permiso del gremio. No a menos que tengas un talento especial.

—¿Por qué? ¿Qué sucede si lo haces? ¿Y a qué clase de talento te refieres? —dijo Angua.

—Bueno, me refería a un talento como el de ser capaz de sobrevivir estando colgado cabeza abajo de una de las puertas de la ciudad con las orejas clavadas a las rodillas —dijo Zanahoria.

Y entonces Angua dijo:

—Eso es terrible.

—Sí, lo sé. Pero el caso —dijo Zanahoria—, el caso es que funciona. Todo el montaje. Gremios y crimen organizado y todo. Todo funciona de alguna manera.

—Para el señor Martillogrande no funcionó —dijo el sargento Colon.

Miraron las bebidas. Muy lentamente, como una imponente secoya que inicia el primer paso hacia la resurrección convertida en un millón de folletos de Salvad Los Árboles, Detritus fue desplomándose hacia atrás con su jarra todavía en la mano. Aparte del cambio de noventa grados que sufrió su posición, no movió ni un músculo.

—Es el azufre —dijo Cuddy, sin volverse a mirar—. Se les sube directamente a la cabeza.

Zanahoria dio un puñetazo en la barra.

—¡Deberíamos hacer algo!

—Podríamos quedarnos con sus botas —dijo Nobby.

—Me refiero a lo del señor Martillogrande.

—Ah, sí, sí —dijo Nobby—. Me recuerdas al viejo Vimes. Si tuviéramos que preocuparnos por cada cuerpo muerto que hay en esta ciudad…

—¡Pero no han muerto así! —estalló Zanahoria—. Normalmente solo es… bueno… suicidio, o peleas entre gremios, ese tipo de cosas. ¡Pero él no era más que un enano! ¡Un pilar de la comunidad! ¡Se pasaba el día entero haciendo espadas y hachas y armas funerarias y ballestas y utensilios de tortura! ¡Y de pronto está en el río con un gran agujero en el pecho! ¿Quién va a hacer algo al respecto, si no nosotros?

—¿Te has estado echando algo en la leche? —dijo Colon— Oye, los enanos pueden encargarse de aclararlo. Es como el Camino de la Cantera. No metas la nariz allí donde alguien puede arrancártela y comérsela.

—Somos la Guardia de la Ciudad —dijo Zanahoria—. ¡Eso no significa únicamente esa parte de la ciudad que da la casualidad de que mide más de un metro ochenta y está hecha de carne!

—No lo hizo ningún enano —dijo Cuddy, que se estaba bamboleando suavemente—. Ningún troll, tampoco. —Intentó tocarse el lado de la nariz con un dedo, y falló—. Lo sé porque todavía tenía todos sus brazos y sus piernas.

—El capitán Vimes querrá que se investigue —dijo Zanahoria.

—El capitán Vimes está intentando aprender a ser un civil —dijo Nobby.

—Bueno, pues yo no voy a… —empezó a decir Colon, y se levantó de su taburete.

Dio un salto. Luego estuvo dando brincos durante unos momentos, con la boca abriéndose y cerrándose. Finalmente las palabras lograron salir de ella.

—¡El pie!

—¿Qué te pasa en el pie?

—¡Tengo algo clavado!

Saltó hacia atrás, agarrándose una sandalia, y cayó encima de Detritus.

—Te asombraría lo que se te puede llegar a enganchar a las botas en esta ciudad —dijo Zanahoria.

—Hay algo en la suela de tu sandalia —dijo Angua—. Deja de menearla, bobo.

Angua desenvainó su daga.

—Un trozo de tarjeta o algo por el estilo. Con uno de esos alfileres especiales para sujetar las cosas clavado. Lo recogerías en algún sitio. Probablemente tardó un rato en llegar a atravesarte la suela… Ya está.

—¿Un trozo de tarjeta? —dijo Zanahoria.

—Tiene algo escrito —dijo Angua, raspando el barro con el filo de la daga.

### «DEBÓLVER»

—¿Y eso qué significa? —dijo Angua.

—No lo sé. Algo que hay que devolver, supongo. Quizá es la tarjeta de visita del señor DeBólver, quienquiera que sea —dijo Nobby—. ¿A quién le importa? Tomemos otra…

Zanahoria cogió la tarjeta y le dio vueltas entre las manos.

—Guárdate el alfiler —dijo Cuddy—. Solo te dan cinco por un penique. Mi primo Gimick los hace.

—Esto es importante —dijo Zanahoria, hablando muy despacio—. El capitán debería saber de esto. Me parece que lo estaba buscando.

—¿Qué puede haber de importante en eso? —dijo el sargento Colon—. Aparte de que me duele horrores el pie.

—No lo sé. El capitán lo sabrá —dijo Zanahoria con terquedad.

—Pues entonces ve y cuéntaselo —dijo Colon—.Ahora está en casa de lady Ramkin.

—Aprendiendo a ser un caballero —dijo Nobby.

—Voy a contárselo —dijo Zanahoria.

Angua miró a través de la sucia ventana. La luna no tardaría en salir. Ese era el gran problema que tenían las ciudades. Si no ibas con cuidado, aquella maldita cosa podía estar acechando detrás de una torre.

—Y será mejor que yo vuelva al sitio en el que estoy viviendo —dijo.

—Te acompañaré —se apresuró a decir Zanahoria—. Tengo que marcharme para hablar con el capitán Vimes de todos modos.

—Tendrás que desviarte de tu camino…

—De veras, me gustaría hacerlo.

Angua le miró. Zanahoria se había puesto muy solemne, y parecía hablar en serio.

—No quiero que te tomes tantas molestias por mí —dijo.

—Oh, no importa. Me gusta andar. Me ayuda a pensar.

Angua sonrió a pesar de su desesperación.

Salieron al calor más suave del anochecer. Por instinto, Zanahoria adoptó el paso del policía.

—Una calle muy antigua, esta —dijo—. Dicen que hay un arroyo subterráneo debajo de ella. Lo leí. ¿Tú qué piensas?

—¿Realmente te gusta andar? —le preguntó Angua, acompasando su paso al de Zanahoria.

—Oh, sí. Hay muchas rutas interesantes y edificios históricos que ver. Suelo ir a dar paseos durante mi día libre.

Angua le miró la cara. Por todos los dioses, pensó.

—¿Por qué te alistaste en la Guardia? —dijo.

—Mi padre dijo que eso haría un hombre de mí.

—Parece haber funcionado.

—Sí. Es el mejor trabajo que hay.

—¿De veras?

—Oh, sí. ¿Sabes lo que significa realmente la palabra «policía»?

Angua se encogió de hombros.

—No.

—Significa «hombre de la polis». Es una palabra antigua que significa ciudad.

—¿Sí?

—Lo leí en un libro. Hombre de la ciudad.

Ella volvió a lanzarle una rápida mirada de soslayo. El rostro de Zanahoria relucía bajo la luz de una antorcha que ardía en la esquina de la calle, pero tenía algún brillo interior propio.

Está orgulloso. Angua se acordó del juramento.

Está orgulloso de ser de la maldita Guardia, por el amor de los dioses…

—¿Y tú por qué te alistaste? —preguntó Zanahoria.

—¿Yo? Oh, yo… Me gusta comer y dormir bajo techo. Y de todas maneras no hay mucho donde elegir, ¿verdad? Era eso o convertirse en… ja… una costurera.

—¿Y no se te da m[[10]](#footnote-10)uy bien la costura?

La mirada afilada que le lanzó Angua no encontró nada más que honesta inocencia en el rostro de Zanahoria.

—Sí —dijo finalmente, dándose por vencida—, eso es. Y entonces vi aquel cartel. «¡La Guardia de la Ciudad Necesita Hombres! ¡Sé Un Hombre En La Guardia De la Ciudad!» Así que se me ocurrió probar. Después de todo, solo podía salir ganando.

Esperó para ver si Zanahoria tampoco captaba aquella. No la captó.

—El sargento Colon escribió la frase del cartel —dijo Zanahoria—. Es un pensador bastante directo.

Husmeó el aire.

—¿No hueles algo? —dijo—. Huele como… ¿un poco corno si alguien hubiera tirado una alfombrilla vieja de lavabo?

—Oh, muchísimas gracias —dijo una voz que sonaba muy próxima al suelo y hablaba desde algún lugar en la oscuridad— Oh, sí. Muchísimas gracias. Eso es muy comosellame por tu parte. Una vieja alfombrilla de lavabo. Oh, sí.

—Yo no huelo nada —mintió Angua.

—Mentirosa —dijo la voz.

—Ni oigo nada.

Las botas del capitán Vimes le decían que se encontraba en la avenida Pastelito. Sus pies estaban dando los pasos por voluntad propia mientras su mente se hallaba en otro lugar. De hecho, una parte de ella se estaba disolviendo en el más exquisito néctar Abrazodeoso destilado por la casa Jimkin.

¡Si al menos no se hubieran mostrado tan condenadamente educados! A lo largo de su existencia, Vimes había visto unas cuantas cosas que siempre intentaba olvidar sin éxito. Hasta aquel momento hubiese puesto, en el inicio de la lista, contemplar las vegetaciones de un dragón gigante mientras este inhalaba el aliento con el que tenía intención de convertir a Vimes en un montoncito de carbón de leña impuro. De vez en cuando todavía despertaba sudando ante el recuerdo de aquella pequeña luz piloto. Pero ahora se temía que ese recuerdo iba a reemplazarse por el de todos aquellos rostros impasibles de enano, contemplándolo educadamente, acompañado por la sensación de que todas sus palabras estaban cayendo dentro de un saco muy roto.

Después de todo, ¿qué podía decir? ¿«Siento que haya muerto… y eso es oficial. Hemos puesto a nuestros peores hombres en el caso»?

La casa del difunto Bjorn Martillogrande había estado llena de enanos, enanos silenciosos mirando con cara de búho y mostrándose muy educados. La noticia ya había corrido. Vimes no le estaba diciendo a nadie nada que no supiera ya. Muchos de ellos iban armados. El señor Fuerteenelbrazo estaba allí. El capitán Vimes había hablado con él antes acerca de sus discursos sobre el tema de la necesidad de hacer papilla a todos los trolls y utilizarlos luego para pavimentar carreteras. Pero ahora el enano no estaba diciendo nada. Se limitaba a poner cara de autocomplacencia. Había un aire de amenaza callada y cortés, que decía: Te escucharemos. Y después haremos lo que decidamos hacer.

Ni siquiera había estado muy seguro de cuál era la señora Martillogrande. A él todos los enanos le parecían iguales. Cuando se la presentaron —con casco, barbuda—, Vimes obtuvo unas cuantas respuestas educadas que no comprometían a nada. No, ya había cerrado el taller de su marido y luego parecía haber perdido la llave. Gracias.

Vimes había intentado indicar con toda la sutileza posible que una marcha a gran escala por el Camino de la Cantera no sería vista con muy buenos ojos por la Guardia (que probablemente la vería pasar desde un punto de observación situado a una distancia prudencial), pero no tuvo el valor de decirlo en voz alta. No podía decir «No intenten resolverlo por su cuenta, puesto que la Guardia ya anda detrás del malhechor», porque no tenía ni idea de por dónde empezar. ¿Su esposo tenía algún enemigo? Sí, alguien le hizo un agujero bien grande, pero aparte de eso, ¿tenía algún enemigo?

Por eso había salido del apuro con la mayor dignidad posible, que no era mucha, y después de una batalla consigo mismo que acabó perdiendo, cogió una botella medio llena de Abrazodeoso de la variedad Viejo Quisquilloso y se alejó en la noche.

Zanahoria y Angua llegaron al final de la calle del Brillo.

—¿Dónde te alojas? —quiso saber Zanahoria.

—Ahí abajo —dijo ella, señalando con el dedo.

—¿En la calle Olmo? No estarás viviendo en la casa de la señora Cake, ¿verdad?

—Pues sí. ¿Por qué no? Es un lugar limpio a un precio razonable. ¿Qué hay de malo en eso?

—Bueno… quiero decir que no tengo nada en contra de la señora Cake, es una mujer realmente encantadora, una de las mejores… pero… bueno… a estas alturas ya tienes que haberte dado cuenta de que…

—¿De qué?

—Bueno… de que la señora Cake no es muy… ya sabes… selectiva.

—Lo siento. Sigo sin saber adonde quieres ir a parar.

—Tienes que haber visto a algunos de los otros huéspedes. Quiero decir que… Bueno, supongo que Reg Shoe todavía vive allí.

—Oh —dijo Angua—, te refieres al zombi.

—Y hay un banshee en el ático.

—El señor Ixolite. Sí.

—Y luego está la vieja señora Drull.

—La gul. Pero está retirada. Ahora lleva un servicio de catering para fiestas infantiles.

—No, yo me refería a que… Bueno, ¿no te parece que es un sitio un poco raro?

—Pero los precios son razonables y las camas están limpias.

—No creo que nadie duerma nunca en ellas.

—¡De acuerdo! ¡Tuve que conformarme con lo que pude encontrar!

—Lo siento. Ya sé cómo son estas cosas. Yo pasé por lo mismo cuando llegué aquí. Pero te aconsejo que te cambies de casa tan pronto como sea educado hacerlo y encuentres algún sitio más… bueno… más apropiado para una joven dama. Supongo que ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—No, la verdad es que no lo sé. El señor Shoe incluso intentó ayudarme a subir mis cosas por la escalera. Ojo, luego yo tuve que echarle una mano para que pudiera subir sus brazos. Al pobrecito siempre se le están cayendo trozos.

—Pero en realidad no son… nuestra clase de gente —dijo Zanahoria, poniendo cara de sentirse muy desdichado—. No me malinterpretes. Quiero decir que… ¿enanos? Algunos de mis mejores amigos son enanos. Mis padres son enanos. ¿Trolls? No tengo absolutamente ninguna clase de problema con los trolls. Son la sal de la tierra. Literalmente. Debajo de toda esa corteza hay unos tipos realmente maravillosos. Pero… los no muertos… desearía que volvieran al sitio del que han venido, eso es todo.

—La mayoría de ellos provienen de por aquí.

—Sencillamente no me gustan. Lo siento.

—He de irme —dijo Angua fríamente, y se detuvo en la oscura entrada de un callejón.

—Claro. Claro —dijo Zanahoria—. Mmm. ¿Cuándo volveré a verte?

—Mañana. Trabajamos en el mismo sitio, ¿no?

—Pero cuando estemos libres de servicio quizá podríamos ir a dar un…

—¡He de irme!

Angua dio media vuelta y echó a correr. El halo de la luna ya se había hecho visible por encima de los tejados de la Universidad Invisible.

—De acuerdo. Bueno. Está bien. Mañana, entonces —le dijo Zanahoria mientras la veía alejarse.

Angua podía sentir cómo el mundo giraba rápidamente mientras ella iba dando traspiés entre las sombras. ¡No hubiese tenido que dejarlo para tan tarde!

Entró tambaleándose en una travesía en la que había poca gente y se las arregló para llegar hasta la entrada de un callejón, manoseándose las ropas…

Mientras hacía todo eso la estaba observando Bundo Prung, recientemente expulsado del Gremio de Ladrones por entusiasmo innecesario y conducta indecorosa en un atracador, y un hombre desesperado. Una mujer aislada en un callejón oscuro era justo aquello a lo que Bundo se sentía capaz de hacer frente en esos momentos.

Miró en torno a él, y la siguió al interior del callejón.

Luego hubo silencio durante cosa de unos cinco segundos. Pasados esos segundos, Bundo salió del callejón, muy deprisa, y no dejó de correr hasta que hubo llegado a los muelles, donde una embarcación se estaba disponiendo a zarpar con la marea. Bundo subió corriendo por la plancha justo antes de que la izaran, y se convirtió en un marinero, y murió tres años después en un país lejano cuando le cayó un armadillo en la cabeza, y durante todo ese tiempo nunca dijo lo que había visto. Pero gritaba un poco cada vez que veía un perro.

Angua salió del callejón unos segundos después, y se alejó trotando.

Lady Sybil Ramkin abrió la puerta de su casa y olisqueó el aire nocturno.

—¡Samuel Vimes! ¡Estas borracho!

—¡Todavía no! ¡Pero espero estarlo!—dijo Vimes en un tono muy jovial.

—¡Y no te has quitado el uniforme!

Vimes miró hacia abajo, y luego nuevamente hacia arriba.

—¡Exacto!—exclamó alegremente.

—Los invitados llegarán aquí en cualquier momento. Sube a tu habitación. Hay una bañera llena y Willikins te ha dejado preparado un traje. Venga, muévete de una vez…

—¡Lo que tu digas!

Vimes se baño en agua tibia y un rosado resplandor alcohólico. Después se secó lo mejor que pudo y contempló el traje que había encima de la cama.

Lo había confeccionado para él el mejor sastre de la ciudad. Sybil Ramkin tenía un corazón generoso. Era una mujer dispuesta a dar cuanto estaba en sus manos.

El traje era azul y púrpura oscuro, con encaje en las muñecas y en el cuello. A Vimes le habían dicho que era el último grito de la moda. Sybil Ramkin quería que su esposo progresara en el mundo. Ella nunca llegaba a decirlo, pero Vimes sabía que Sybil estaba convencida de que valía demasiado para ser policía.

Vimes lo contempló con aturdida incomprensión. Él nunca había llevado traje. Cuando era crío, siempre llevaba cualquier harapo que pudiera llegar a atarse encima del cuerpo; y luego siempre llevó los pantalones de cuero hasta las rodillas y la cota de malla de la Guardia, unas prendas cómodas y prácticas.

El traje venía acompañado por un sombrero. El sombrero tenía perlas.

Vimes nunca se había cubierto la cabeza con nada que no se hubiera hecho a base de martillazos asestados sobre un trozo de metal.

Los zapatos eran largos y puntiagudos.

Él siempre había llevado sandalias en verano, y las tradicionales botas baratas en invierno.

El capitán Vimes apenas si era capaz de ser un oficial. No estaba seguro de cómo había que hacer para llegar a convertirse en un caballero. Aun así, ponerse el traje parecía formar parte de ello.

Los invitados estaban llegando. Vimes podía oír el crujir de las ruedas de los carruajes en el sendero, y el flip-flop de los porteadores de las sillas de manos.

Miró por la ventana. La avenida Pastelito quedaba bastante más arriba que la mayor parte de Morpork y ofrecía unas vistas incomparables de la ciudad, suponiendo que esa fuera tu idea de pasar un buen rato. El palacio del patricio era una forma más oscura en la penumbra, con una ventana iluminada en sus alturas. Era el centro de un área bien iluminada, que iba volviéndose más y más oscura conforme el panorama se ensanchaba y empezaba a incorporar aquellas partes de la ciudad en las que nadie encendía una vela porque eso era desperdiciar buena comida. Había una luz roja de antorchas alrededor del Camino de la Cantera… bueno, el Año Nuevo Troll, comprensible. Y un tenue resplandor relucía encima del edificio de Magia de Altas Energías en la Universidad Invisible. Vimes hubiese arrestado a todos los magos bajo la sospecha de ser demasiado listos. Pero había más luces de las que cabría esperar alrededor de Cable y Abrupta, la parte de la ciudad a la que gente como el capitán Quirk se refería llamándola «el pueblo de los diminutos»…

—¡Samuel!

Vimes se ajustó la corbata lo mejor que pudo.

Se había enfrentado a trolls, enanos y dragones, pero ahora iba a tener que conocer a una especie enteramente nueva: los ricos.

Después a Angua siempre le costaba mucho recordar cuál era el aspecto que había tenido el mundo cuando ella se encontraba dans une certaine condition, como lo llamaba delicadamente su madre.

Por ejemplo, luego recordaba ver los olores. Las calles y los edificios propiamente dichos… estaban allí, por supuesto, pero solo como un apagado fondo monocromo ante el que los sonidos y, sí, los olores surcaban el espacio como brillantes líneas de… fuego coloreado y nubes de… bueno, de humo coloreado.

Eso era lo que realmente importaba, claro está. Allí era donde todo se disgregaba. Después ya no había palabras apropiadas para referirse a lo que Angua oía y olía. Si se pudiera ver nítidamente un octavo color solo durante un rato, y luego volver a describirlo dentro del mundo coloreado en siete tonos, la descripción tendría que ser… «algo así como una especie de verde purpúreo». La experiencia no era algo que se transmitiera demasiado bien entre las especies.

A veces, aunque no muy a menudo, Angua pensaba que era muy afortunada por poder ver ambos mundos. Y siempre había veinte minutos después de un Cambio en los que todos los sentidos estaban agudizados, de tal manera que el mundo entero relucía como un arco iris en cada espectro sensorial. Solo por eso ya casi valía la pena.

Había distintas variedades de licántropo. Algunos de ellos solo tenían que afeitarse cada hora y llevar un sombrero para que les tapara las orejas. Podían pasar por prácticamente normales.

Pero aun así, Angua podía reconocerlos. Los hombres-lobo podían distinguir a otro licántropo a través de una calle llena de gente. Había algo en los ojos. Y, naturalmente, si disponías de tiempo para ello, había toda clase de pistas de otro tipo. Los hombres-lobo tendían a vivir solos y buscar trabajos que no les pusieran en contacto con animales. Se ponían mucho perfume o loción para después del afeitado, y tendían a ser muy exigentes acerca de lo que comían. Y llevaban diarios con las fases de la luna cuidadosamente marcadas en tinta roja.

En el campo ser un hombre-lobo no era vida. Una gallina estúpida desaparecía y eras el sospechoso número uno. Todo el mundo decía que las cosas eran mejores en la ciudad.

Ciertamente era abrumadora.

Angua podía ver varias horas de la calle Olmo de un solo vistazo. El miedo del atracador era una línea anaranjada que iba desvaneciéndose. El camino seguido por Zanahoria era una pálida nube verdosa en expansión, con un tenue ribete que sugería que estaba ligeramente preocupado. Había tonos adicionales de cuero viejo y pulimento para armaduras. Otras sendas, tenues o intensas, se entrecruzaban a lo largo de la calle.

Había una que olía como una vieja alfombrilla de lavabo.

—Hola, perra —dijo una voz detrás de Angua.

Angua volvió la cabeza. Gaspode no tenía mejor aspecto visto a través de la visión canina. La única diferencia era que ahora se hallaba en el centro de una nube de olores mezclados.

—Oh. Eres tú.

—Exacto —dijo Gaspode, rascándose febrilmente. Le lanzó una mirada esperanzada—. Solo por preguntar, comprendes, para dejarlo claro ya desde el primer momento y por aquello de guardar las apariencias, por la memoria de comosellame podríamos decir, pero supongo que no habrá ninguna posibilidad de que yo pueda olisquear…

—Ninguna.

—Solo preguntaba. No pretendía ofenderte.

Angua arrugó el hocico.

—¿Cómo es que hueles tan mal? Quiero decir que ya olías bastante mal cuando era humana, pero ahora…

Gaspode puso cara de sentirse muy orgulloso.

—No está mal, ¿verdad? —dijo—. Pero no es algo que ocurra por casualidad, claro. Tuve que trabajarlo mucho. Si fueras una perra de verdad, esto sería como una loción para después del afeitado de las buenas. Por cierto, señorita, te interesa conseguir un collar. Nadie te molesta si llevas collar.

—Gracias.

Gaspode parecía tener otra cosa en mente.

—Ejem… No arrancas los corazones de los pechos, ¿verdad?

—No a menos que quiera hacerlo —dijo Angua.

—Claro, claro, claro —se apresuró a decir Gaspode—. ¿Adonde ibas?

Inició un torpe trote de patas arqueadas para mantenerse a la altura de Angua.

—A husmear un poco por los alrededores de casa de Martillo-grande. No te he pedido que vinieras.

—No tengo nada más que hacer —dijo Gaspode—. La Casa de las Costillas no saca la basura hasta medianoche.

—¿No tienes un hogar al que ir? —preguntó Angua, mientras pasaban trotando por debajo de un puesto de pescado con patatas fritas.

—¿Un hogar? ¿Yo? ¿Un hogar? Sí. Por supuesto. No hay problema. Críos que ríen, una gran cocina, tres comidas al día, un gato la mar de gracioso al que perseguir en la casa de al lado, manta propia y un lugar junto al fuego, ya está viejo y se ha ablandado un poco pero lo queremos, etcétera. Todo está controlado, créeme. No, lo que pasa es que me gusta salir un poco —dijo Gaspode.

—Solo que veo que no tienes collar.

—Se me cayó.

—¿De veras?

—Fue por el peso de todas esas piedras falsas.

—Sí, supongo que sería por eso.

—Me dejan hacer prácticamente lo que me da la gana —dijo Gaspode.

—Eso ya lo veo.

—A veces no voy a casa durante, oh, días enteros.

—¿De veras?

—Semanas, a veces.

—Claro.

—Pero siempre se alegran mucho de verme cuando lo hago —dijo Gaspode.

—Pensaba que habías dicho que dormías en la universidad —dijo Angua, mientras esquivaban un coche en la calle Escarcha.

Por un momento Gaspode olió a incertidumbre, pero se recobró de una manera magnífica.

—Sí, claro —dijo—. Bueeeeeno, ya sabes cómo son las familias… Todos esos chicos que te cogen en brazos, dándote galletas y similares, y la gente dándote palmaditas todo el rato. Te acaba poniendo de los nervios. Así que duermo allí bastante a menudo.

—Claro.

—Más a menudo que no, de hecho.

—¿De veras?

Gaspode soltó un suave gañido.

—Tienes que ir con cuidado, sabes. Una perra joven como tú puede tener muchos problemas en esta ciudad de perros.

Habían llegado al pequeño muelle de madera que había detrás del taller de Martillogrande.

—¿Y cómo te las…? —empezó a decir Angua, pero se calló.

Allí había toda una mezcla de olores, pero el que predominaba era tan penetrante como la hoja de una sierra.

—¿Fuegos artificiales?

—Y miedo —dijo Gaspode—. Montones de miedo.

Olisqueó los tablones.

—Miedo humano, no de enano. Si son enanos, siempre lo notas enseguida. Es por la alimentación a base de ratas, ¿sabes? ¡Buf! Tiene que haber sido realmente intenso para que todavía huela tan fuerte.

—Huelo a un macho humano y un enano —dijo Angua.

—Sí. Un enano muerto.

Gaspode pegó su maltrecho hocico a la parte de abajo de la puerta y fue moviéndolo a lo largo de ella, olisqueando ruidosamente.

—Hay más cosas —dijo—, pero con el río tan cerca y todo lo demás es una mierda. Hay aceite y… grasa… y toda clase de… Eh, ¿adonde vas?

Gaspode trotó tras ella mientras Angua volvía a encaminarse hacia la calle Escarcha, con el hocico pegado al suelo.

—Estoy siguiendo el rastro —dijo ella.

—¿Para qué? El no te lo agradecerá, ¿sabes?

—¿Quién no me lo agradecerá?

—Tu jovencito.

Angua se detuvo tan de repente que Gaspode chocó con ella.

—¿Te refieres al cabo Zanahoria? ¡Él no es mi jovencito!

—¿No? Soy un perro, ¿de acuerdo? Está todo en la nariz, ¿de acuerdo? El olor no puede mentir. Feremonias. Es el viejo rollo de la alquimia sexual.

—¡Solo hace un par de noches que le conozco!

—¡Aja!

—¿Qué quieres decir con eso de «aja»?

—Nada, nada. O por lo menos nada malo, en todo caso…

—¡No hay absolutamente nada que pueda estar mal!

—Claro, claro. Y no es que fuera a estar mal —dijo Gaspode, apresurándose a añadir—, incluso en el caso de que lo hubiera. El cabo Zanahoria le cae bien a todo el mundo.

—Sí, ¿verdad? —dijo Angua, con su pelaje volviendo a aplanarse—. Es muy… agradable.

—Incluso Gran Fido solo le mordió la mano cuando Zanahoria intentó acariciarlo.

—¿Quién es Gran Fido?

—El Jefe Ladrador del Gremio de Perros.

—¿Los perros tienen un gremio? ¿Los perros? Tócame los hocicos, anda…

—No, va en serio. Derechos de búsqueda en las basuras, lugares para tomar baños de sol, turnos de ladridos nocturnos, derechos de apareamiento, cuotas de aullidos… Todo el hueso de goma, créeme.

—Un gremio de perros —gruñó Angua sarcásticamente—. Oh, claro.

—Tú persigue a una rata por la calle equivocada y luego llámame mentiroso —dijo Gaspode—. Tienes suerte de que yo ande por aquí, o de lo contrario podrías meterte en un buen lío. El perro que no sea miembro del gremio va a tener muchos problemas en esta ciudad. Sí, tienes mucha suerte de haberte encontrado conmigo.

—Y supongo que tú eres un gran hom… perro dentro del gremio, ¿verdad?

—No soy miembro del gremio —dijo Gaspode con satisfacción.

—¿Y entonces cómo sobrevives?

—Yo puedo pensar con las patas. Y en todo caso, Gran Fido nunca se mete conmigo. Yo tengo el Poder.

—¿Qué poder?

—Bah, olvídalo. Gran Fido… es muy amigo mío.

—Tratar de arrancarle el brazo a un hombre de un mordisco porque te ha acariciado no suena muy amistoso.

—¿Sí? Pues el último hombre que intentó acariciar a Gran Fido desapareció sin dejar rastro, y luego lo único que encontraron de él fue la hebilla de su cinturón.

—¿Sí?

—Y estaba en lo alto de un árbol.

—¿Dónde estamos?

—Cuando ni siquiera hay árboles cerca de aquí. ¿Qué?

Gaspode olisqueó el aire. Su nariz podía leer la ciudad de una manera que recordaba a las suelas instruidas del capitán Vimes.

—Estamos en el cruce de la avenida Pastelito con Prouts —dijo.

—El rastro empieza a disiparse. Se ha mezclado con demasiadas otras cosas.

Angua anduvo husmeando por los alrededores durante un rato. Alguien había ido hasta allí, pero demasiadas personas habían cruzado el rastro. El olor penetrante seguía estando presente, pero ahora solo como una sugerencia dentro del amasijo de aromas en conflicto.

De pronto fue consciente de un abrumador aroma a jabón que se iba aproximando. Ya lo había notado antes, pero solo corno mujer y únicamente como una tenue vaharada. Como cuadrúpeda el olor parecía llenar el mundo.

El cabo Zanahoria venía por la calzada y parecía pensativo. No miraba en qué dirección iba, pero en realidad no necesitaba hacerlo. La gente siempre se hacía a un lado para dejar pasar al cabo Zanahoria.

Era la primera vez que Angua lo veía a través de aquellos ojos. ¡Oh, cielos! ¿Cómo era posible que la gente no se diera cuenta? Zanahoria andaba por la ciudad como un tigre anda por entre la hierba alta, o un oso a través de la nieve, luciendo el paisaje igual que si fuera una piel…

Gaspode volvió la cabeza hacia ella. Angua se había sentado sobre sus cuartos traseros, mirando fijamente.

—Te cuelga la lengua —le dijo Gaspode.

—¿Qué…? ¿Y qué? Bueno, ¿y qué? Es natural. Estoy jadeando.

—Jua, jua.

Zanahoria los vio y se detuvo.

—Vaya, pero si es el chuchito —dijo.

—Guau, guau —dijo Gaspode, con su cola traidora meneándose.

—Al menos tú tienes una amiga —dijo Zanahoria.

Le dio unas palmaditas en la cabeza a Gaspode y luego se limpió distraídamente la mano en la túnica.

—Y a fe mía que es un ejemplar realmente espléndido —dijo—. Una perra loba de las Montañas del Carnero, si es que entiendo un poco de eso. —Acarició a Angua de una manera vagamente amistosa—. Oh, bueno —dijo—. Esto no ayuda en nada a que se haga el trabajo, ¿verdad?

—Guau, gañido, dale una galleta al perrito —dijo Gaspode.

Zanahoria se incorporó y se palpó los bolsillos.

—Creo que tengo un trocito de galleta por aquí… Vaya, viéndote no me costaría nada creer que entiendes cada palabra que digo…

Gaspode mendigó un poco, y no le costó nada hacerse con la galleta.

—Guau, guau, reverencia, reverencia —dijo.

Zanahoria dirigió a Gaspode la mirada ligeramente perpleja que las personas siempre le lanzaban cuando decía «guau» en vez de ladrar, saludó a Angua con una inclinación de cabeza y siguió su camino hacia la avenida Pastelito y la casa de lady Ramkin.

—Ahí va un chico muy, muy majo —dijo Gaspode mientras masticaba ruidosamente la galleta rancia—. Simple, pero muy majo.

—Sí. Es simple, ¿verdad? —dijo Angua—. Eso fue lo primero que me llamó la atención en él. Es simple. Y aquí todo lo demás es complicado.

—Antes te estaba poniendo ojos de cordero —dijo Gaspode—. Y no es que yo tenga nada en contra de los ojos de cordero cuidado. Con tal de que estén frescos.

—Eres repugnante.

—Sí. Pero al menos yo mantengo la misma forma durante todo el mes, dicho sea sin ánimo de ofender.

—Estás pidiendo un mordisco.

—Oh, sí —gimoteó Gaspode—. Sí, me morderás. Aaargh. Oh, sí, eso sí que me dejará preocupado, de verdad que sí. Quiero decir que, bueno, piensa un poquito en ello. Tengo tantas enfermedades caninas que estoy vivo únicamente porque las pequeñas cabronas están demasiado ocupadas peleándose entre ellas. Quiero decir que, bueno, hasta tengo Trasero Pringoso, y eso solo lo pueden tener las ovejas preñadas. Adelante. Muérdeme. Cambia mi vida. Cada vez que haya luna llena, de pronto me crecerá pelo y me saldrán unos grandes dientes amarillos y tendré que ir por ahí a cuatro patas. Sí, no he de esforzarme demasiado para ver que eso cambiaría enormemente mi situación actual. De hecho —dijo—, no cabe duda de que estoy pasando por una racha bastante mala en lo que se refiere al departamento de pelaje, así que a lo mejor un, ya sabes, no el mordisco entero, sino quizá solo un mordisqueo de nada…

—Cállate.

«Al menos tú tienes una amiga», había dicho Zanahoria. Como si tuviera algo en la cabeza…

—Incluso un lametón rápido…

—Cállate.

—La culpa de todo este desorden la tiene Vetinari —dijo el duque de Eorle—. ¡Ese hombre carece de estilo! Así que ahora, naturalmente, tenemos una ciudad en la que los tenderos cuentan con tanta influencia como los barones. ¡Pero si incluso permitió que los fontaneros formaran un gremio! Eso va contra natura, en mi humilde opinión.

—No sería tan terrible si diera alguna clase de ejemplo social —dijo lady Omnius.

—O incluso gobernara —dijo lady Selachii—. Hoy día parece que la gente tenga derecho a salirse con la suya en todo.

—Admito que hacia el final los antiguos reyes ya no pertenecían necesariamente a nuestra clase —dijo el duque de Eorle—, pero al menos ellos representaban algo, en mi humilde opinión. En aquellos tiempos teníamos una ciudad decente. Las personas eran más respetuosas y sabían cuál era su sitio. Entonces cumplían con una jornada laboral decente, y no se pasaban la vida holgazaneando. Y ciertamente no teníamos que abrirles las puertas a cualquier clase de escoria que fuera capaz de entrar por ellas. Y también teníamos leyes, por supuesto. ¿No es así, capitán?

El capitán Samuel Vimes estaba contemplando con ojos vidriosos un punto situado en algún lugar hacia la izquierda y justo por encima de la oreja izquierda de la persona que acababa de hablar.

El humo de los puros flotaba en el aire casi inmóvil. Vimes era vagamente consciente de que había pasado varias horas ingiriendo demasiada comida en compañía de personas que no le gustaban.

Anhelaba el olor de las calles mojadas y la sensación de los adoquines bajo sus suelas de cartón. Una bandeja de copas para después de la cena estaba orbitando la mesa, pero Vimes no la había tocado, porque Sybil se molestaba. Y ella intentaba ocultarlo, y eso molestaba todavía más a Vimes.

El efecto del Abrazodeoso ya se había disipado. Vimes odiaba estar sobrio. Al estarlo empezaba a pensar. Uno de los pensamientos que luchaban por hacerse con un poco de espacio dentro de su mente era que las opiniones humildes no existían.

Vimes no había tenido mucha experiencia con los ricos y los poderosos. Por regla general, los policías no la tenían. No se trataba de que los ricos y los poderosos fuesen menos propensos a cometer crímenes, sino sencillamente de que los crímenes que cometían tendían a estar tan por encima del nivel normal de criminalidad que se encontraban más allá del alcance de los hombres con botas baratas y cota de malla oxidada. Tener cien propiedades en los suburbios no era un crimen, pero vivir en una de ellas casi lo era. Ser un asesino —el Gremio de Asesinos nunca llegaba a decirlo en voz alta, pero una cualificación importante para ingresar en él era la de ser hijo o hija de un caballero— no era un crimen. Si tenías suficiente dinero, difícilmente podías llegar a cometer ninguna clase de crimen. Lo único que hacías era perpetrar divertidos pecadillos.

—Y mires donde mires, ahora todo está lleno de enanos advenedizos y trolls y gente grosera —dijo lady Selachii—. Actualmente hay más enanos en Ankh-Morpork que en cualquiera de sus propias ciudades, o como quiera que ellos llamen a sus agujeros.

—¿Qué opina usted, capitán? —dijo el duque de Eorle.

—¿Mmm? —murmuró el capitán Vimes cogiendo una uva y empezando a darle vueltas entre sus dedos.

—Acerca del actual problema étnico.

—¿Estamos teniendo uno?

—Bueno, sí. Fíjese en el Camino de la Cantera. ¡Allí hay peleas todas las noches!

—¡Y no tienen absolutamente ningún concepto de la religión!

Vimes examinó minuciosamente la uva. Lo que le estaban entrando ganas de decir era: Por supuesto que se pelean. Son trolls. Por supuesto que se atizan unos a otros con garrotes, lo hacen porque el troll es en esencia un lenguaje corporal y, bueno, a ellos les gusta gritar. De hecho, el único que le crea auténticos problemas a alguien es ese bastardo de Chrysoprase, y eso únicamente porque imita a los humanos y aprende rápido. En cuanto a la religión, los dioses troll ya se estaban dando garrotazos los unos a los otros diez mil años antes de que nosotros dejáramos de intentar comer rocas.

Pero el recuerdo del enano muerto agitó algo perverso dentro de su alma.

Volvió a dejar la uva en el plato.

—Desde luego —dijo—. En mi opinión, esos bastardos sin dioses deberían ser detenidos y llevados fuera de la ciudad a punta de lanza.

Hubo un momento de silencio.

—Es justo lo que se merecen —añadió Vimes.

—¡Exactamente! Son poco más que animales —dijo lady Omnius. Vimes sospechaba que su nombre propio era Sara.

—¿Se ha fijado en lo enormes que son sus cabezas? —dijo Vimes—. Realmente no son más que roca. Tienen un cerebro muy pequeño.

—Y moralmente, por supuesto… —dijo el duque de Borle.

Hubo un vago murmullo de asentimiento. Vimes extendió la mano hacia su copa.

—Willikins, no creo que el capitán Vimes quiera vino —dijo lady Ramkin.

—¡Te equivocas! —exclamó Vimes alegremente—. Y ya que estamos hablando del tema, ¿qué hay de los enanos?

—No sé si alguien se ha dado cuenta —dijo el duque de Eorle— pero ahora ya no se ven tantos perros como solía haber.

Vimes le miró fijamente. Sí, lo de los perros era cierto. Últimamente ya no parecía haber tantos yendo y viniendo por todas partes, eso era un hecho innegable. Pero él había visitado unos cuantos bares de enanos con Zanahoria, y sabía que en efecto los enanos comerían perro, pero solo si no pudieran conseguir rata. Y diez mil enanos comiendo continuamente con cuchillo, tenedor y pala apenas harían mella en la población de ratas de Ankh-Morpork. Era un comentario que no faltaba nunca en todas las cartas que los enanos enviaban a su casa: venid todos y traed el ketchup.

—¿Se han fijado en lo pequeñas que tienen las cabezas? —dijo—. Capacidad craneal muy limitada, sin duda. Es cuestión de medidas.

—Y nunca ves a sus mujeres —dijo lady Sara Omnius—. Yo eso lo encuentro muy… sospechoso. Ya saben lo que se dice acerca de los enanos —añadió ominosamente.

Vimes suspiró. Era consciente de que sus mujeres se veían continuamente, aunque tenían el mismo aspecto que los enanos. Cualquier persona que supiera algo acerca de los enanos tendría que saber eso, ¿verdad?

—Y además son unos diablillos muy astutos —dijo lady Selachii—. Punzantes como agujas, sí.

—Saben una cosa —dijo Vimes, sacudiendo la cabeza—, saben una cosa, eso es lo que resulta tan condenadamente irritante, ¿verdad? Me refiero a la manera en que pueden ser tan incapaces de tener cualquier clase de pensamiento racional y ser tan condenadamente taimados al mismo tiempo.

Solo Vimes vio la mirada que le lanzó lady Ramkin. El conde de Eorle apagó su puro antes de hablar.

—Vienen aquí y se hacen con todo —dijo—. Y trabajan corno hormigas durante todas esas horas en las que las personas de verdad deberían poder dormir un poco. No es natural.

La mente de Vimes describió un cauteloso círculo alrededor del comentario, y luego lo comparó con el comentario anterior acerca de una jornada laboral decente.

—Bueno, ahora uno de ellos ya no trabajará tan duro —dijo lady Omnius—. Mi doncella me ha dicho que esta mañana encontraron a uno de ellos en el río. Probablemente alguna guerra tribal o algo por el estilo.

—Ja… Es un comienzo, al menos —dijo el conde de Eorle, riendo—. No es que nadie vaya a darse cuenta de si falta o sobra uno, claro.

Vimes sonrió alegremente.

Había una botella de vino cerca de su mano, a pesar de todos los esfuerzos disimulados que estaba haciendo Willikins por retirarla. El cuello de la botella parecía invitadoramente agarrable… De pronto fue consciente de que había unos ojos fijos en él. Miró por encima de la mesa para encontrarse con la cara de un hombre que le estaba observando con mucha atención y cuya última contribución a la conversación había sido: «¿Sería tan amable de pasarme los aliños, capitán?». Lo único que había de notable en la cara era la mirada, la cual no podía ser más calmosa y mostraba una tenue diversión. Era el doctor Cruces. Vimes tuvo la fuerte impresión de que le estaban leyendo el pensamiento.

—¡Samuel!

La mano de Vimes se detuvo a medio camino de la botella. Willikins estaba esperando junto a la señora de la casa.

—Parece ser que en la puerta hay un joven que pregunta por ti —dijo lady Ramkin—. El cabo Zanahoria.

—¡Caramba, esto es muy emocionante! —dijo el conde de Eorle—. ¿Creen que ha venido a arrestarnos? Jajajá.

—Ja —dijo Vimes.

El conde de Eorle le dio un codazo a su compañero de mesa.

—Supongo que se estará cometiendo un crimen en algún lugar —dijo.

—Sí —dijo Vimes—. Muy cerca de aquí, me parece.

Zanahoria fue acompañado al comedor, con el casco situado en un ángulo respetuoso debajo del brazo.

Contempló a la selecta concurrencia, se lamió nerviosamente los labios y saludó. Todo el mundo le estaba mirando. Resultaba bastante difícil pasar por alto la presencia de Zanahoria en una habitación. En la ciudad había personas más grandes que él. Zanahoria ni se mostraba amenazador ni trataba de hacerse notar, sino que siempre parecía distorsionar las cosas a su alrededor sin intentarlo siquiera. Todo lo que le rodeaba se convertía en un telón de fondo para el cabo Zanahoria.

—Descanse, cabo —dijo Vimes—. ¿Qué hay de nuevo? Quiero decir —añadió rápidamente, sabiendo que Zanahoria siempre tendía a ser bastante errático cuando debía enfrentarse a cualquier clase de figura retórica—, ¿cuál es la razón de que se encuentre aquí a estas horas?

—Tengo una cosa que he de enseñarle, señor. Uh. Señor, creo que es del Gremio de Ase…

—Iremos a hablar de ello fuera, ¿le parece? —dijo Vimes. El doctor Cruces no había movido un solo músculo.

El conde de Eorle se recostó en su asiento.

—Bueno, debo decir que estoy impresionado —dijo—. Siempre había pensado que ustedes los guardias no servían de mucho, pero ahora veo que están cumpliendo con su deber en todo momento. Siempre alerta al acecho de la mente criminal ¿eh?

—Oh, sí —dijo Vimes—. La mente criminal. Sí.

El aire bastante más frío del vestíbulo ancestral fue como una bendición. Vimes se apoyó en la pared y contempló la tarjeta con los ojos entornados.

—¿«Debólver»?

—Ya sabe que usted dijo que había visto algo en el patio… —empezó a decir Zanahoria.

—¿Qué es un debólver?

—¿Quizá algo que habían sacado del museo del Gremio de Asesinos, y por eso pusieron este letrerito? —sugirió Zanahoria—. Como «Objeto de restauración», a devolver, ya sabe. En los museos suelen hacer eso.

—No, no creo que fuera eso… ¿Y qué sabes tú de museos, en todo caso?

—Oh, bueno, señor —dijo Zanahoria—. A veces los visito en mi día libre. Voy al que hay en la Universidad, naturalmente, y lord Vetinari me deja entrar en el del Palacio, y también están los de los distintos gremios, donde por lo general me dejan entrar siempre que se lo pida con educación, y luego está el museo de los enanos en la calle Escarcha…

—¿ Ah, sí? —preguntó Vimes, sin poder evitar sentir un cierto interés. Había pasado por la calle Escarcha un millar de veces.

—Sí, señor, justo detrás del callejón Tiovivo.

—Vaya, vaya. ¿Y qué es lo que hay en él?

—Muchos ejemplos interesantes de pan de los enanos, señor.

Vimes estuvo pensando en ello durante unos momentos.

—Bueno, ahora eso carece de importancia —dijo—. Y de todas maneras, no creo que haya nadie que escriba «devolver» así.

—Yo lo escribo así, señor —dijo Zanahoria.

—Me refiero a que «devolver» no se escribe así normalmente —dijo Vimes, agitando la tarjeta entre los dedos—. Lo que sí sé es que hay que ser payaso para entrar en el Gremio de los Asesinos sin autorización —dijo.

—Sí, señor.

El fuego de la ira había consumido los vapores de la bebida. Vimes estaba volviendo a experimentar… no, la emoción no, esa no era la palabra apropiada… la sensación de algo. No cabía duda de que estaba allí, esperándolo…

—¿Qué está pasando, Samuel Vimes?

Lady Ramkin había salido del comedor cerrando la puerta detrás de ella.

—Te he estado observando —dijo—. Estabas siendo muy grosero, Sam.

—Intentaba no serlo.

—El conde de Eorle es un viejo amigo mío.

—¿Lo es?

—Bueno, hace mucho tiempo que le conozco. La verdad es que no aguanto a ese hombre. Pero conseguiste ponerle en ridículo.

—Fue él quien se puso en ridículo a sí mismo. Yo me limité a echarle una mano.

—Pero yo te he oído mostrarte… descortés acerca de los enanos y los trolls en muchas ocasiones.

—Eso es distinto. Yo tengo derecho. Ese idiota no reconocería a un troll ni aunque le pasara por encima.

—Oh, si un troll le pasara por encima seguro que lo reconocería —dijo Zanahoria, siempre dispuesto a ayudar—. Algunos de ellos pesan hasta…

—¿Y qué es eso tan importante que te ha hecho levantarte de la mesa? —preguntó lady Ramkin.

—Estamos… buscando a la persona que mató a Regordete.—dijo Vimes.

La expresión de lady Ramkin cambió al instante.

—Eso es diferente, claro —dijo—. Gente así debería ser azotada públicamente.

¿Por qué he dicho eso?, pensó Vimes. Quizá porque es verdad. El… debólver… desaparece, y un instante después arrojan al río a un pequeño artesano enano con una fea corriente de aire allí donde debería estar su pecho. Las dos cosas están relacionadas. Ahora lo único que he de hacer es encontrar las conexiones…

—Zanahoria, ¿puedes regresar conmigo al taller de Martillogrande?

—Sí, capitán. ¿Por qué?

—Quiero ver el interior de ese taller. Y esta vez tengo a un enano conmigo.

Más que eso, añadió, tengo al cabo Zanahoria. Y el cabo Zanahoria le cae bien a todo el mundo.

Vimes escuchaba mientras la conversación iba siguiendo su curso en lengua enanil. Zanahoria parecía estar venciendo, pero por muy poco. El clan estaba dando su brazo a torcer no porque hubiese una buena razón para ello, o en obediencia a la ley, sino porque… bueno… porque era Zanahoria quien se lo pedía.

Finalmente, el cabo alzó la mirada. Estaba sentado en un taburete de enano, con lo que sus rodillas prácticamente enmarcaban su cabeza.

—Verá, debe comprender que el taller de un enano es muy importante.

—Claro —dijo Vimes—. Lo comprendo.

—Y, ejem… usted es un grandote.

—¿Cómo dices?

—Usted es un grandote. Quiero decir que es más grande que un enano.

—Ah.

—Ejem. El interior del taller de un enano es como… bueno, es como la parte de dentro de sus ropas, no sé si me explico. Dicen que si yo estoy con usted, puede echar una mirada. Pero no debe tocar nada. Ejem. Están bastante disgustados, capitán.

Un enano que posiblemente fuese la señora Martillogrande hizo aparecer un manojo de llaves.

—Siempre me he llevado bien con los enanos —dijo Vimes.

—Están realmente disgustados, señor. No creen que lo que podamos hacer nosotros vaya a servir de nada.

—¡Haremos todo lo que podamos!

—Mmm. No lo he traducido bien. Mmm. En realidad, ellos creen que nosotros no servimos de nada. No pretenden mostrarse ofensivos, señor. Es solo que creen que no se nos permitirá llegar a ninguna parte, señor.

—¡Ay!…

—Lo siento, capitán —dijo Zanahoria, que estaba caminando como una L invertida—. Después de usted. Tenga cuidado con la cabeza al…

—¡Ay!

—Quizá sería mejor que se sentara mientras yo echo una mirada por ahí.

El taller era largo y, naturalmente, bajo, con otra puertecita al final. Había un gran banco de trabajo debajo de una claraboya. En la pared de enfrente había una fragua y un soporte para herramientas. Y un agujero.

Un trozo de yeso se había desprendido de la pared a cosa de un metro por encima del suelo, y las grietas irradiaban hacia fuera alejándose de la mampostería medio rota que había debajo.

Vimes se pellizcó el puente de la nariz. Hoy no había encontrado tiempo para dormir. Aquello era otro asunto pendiente. Tendría que acostumbrarse a dormir cuando estaba oscuro. Ya no se acordaba de la última vez que había dormido por la noche.

Husmeó el aire.

—Huele a fuegos artificiales —dijo.

—Podría venir de la fragua —dijo Zanahoria—. Y en cualquier caso, los trolls y los enanos han estado encendiendo fuegos artificiales por toda la ciudad.

Vimes asintió.

—Bueno, ¿qué es lo que podemos ver? —preguntó.

—Alguien le dio con bastante fuerza a la pared justo aquí —dijo Zanahoria.

—Eso podría haber ocurrido en cualquier momento —dijo Vimes.

—No, señor, porque debajo del agujero hay polvo de yeso y un enano siempre mantiene limpio su taller.

—¿De veras?

Había varias armas, algunas de ellas medio terminadas, en soportes junto al banco de trabajo. Vimes cogió la mayor parte de una ballesta.

—Martillogrande sabía hacer bien su trabajo —dijo—. Se le daban muy bien los mecanismos.

—Era famoso por ello —dijo Zanahoria, rebuscando distraídamente encima del banco—. Tenía muy buena mano para los artilugios, y como afición hacía cajas de música en sus ratos libres. Nunca pudo resistirse a un desafío mecánico. Ejem. ¿Qué es lo que estamos buscando exactamente, señor?

—No estoy seguro. Vaya, esto sí que está realmente bien…

Era un hacha de guerra, y tan pesada que el brazo de Vimes se inclinó hacia el suelo bajo su peso. Intrincadas líneas talladas cubrían la hoja. Tenía que haber supuesto semanas de trabajo.

—No es la típica especial del sábado noche, ¿eh?

—Oh, no —dijo Zanahoria—. Es un arma funeraria.

—¡Ya lo creo que sí!

—Quiero decir que está hecha para que la entierren con un enano. A cada enano le entierran con un arma. Ya sabe, ¿no? Para que se la lleve consigo a… dondequiera que vaya a ir.

—¡Pero es un trabajo realmente magnífico! Y tiene un filo tan cortante como el de una… aaargh —Vimes se chupó el dedo—, como el de una navaja.

Zanahoria puso cara de perplejidad.

—Pues claro. Enfrentarse a ellos con un arma inferior no le serviría de nada.

—¿Qué son esos ellos de los que estás hablando?

—Cualquier cosa mala con la que pueda encontrarse en su viaje después de la muerte —dijo Zanahoria, hablando en tono de sentirse un poco incómodo.

—Ah. —Vimes titubeó. Aquella era un área en la que él tampoco se sentía muy a gusto.

—Es una tradición antigua —dijo Zanahoria.

—Yo pensaba que los enanos no creían en los diablos, los demonios y todo ese tipo de cosas.

—Es cierto, pero… no estamos seguros de si ellos lo saben.

—Oh.

Vimes volvió a dejar el hacha encima del banco y cogió algo más del soporte de las herramientas. Era un caballero con armadura que mediría unos veinte centímetros de alto. En su espalda había una llave. Vimes la hizo girar, y entonces casi dejó caer la figura cuando sus piernas empezaron a moverse. La puso en el suelo y la figura empezó a andar rígidamente por él, agitando su espada.

—Se mueve un poco como Colon, ¿verdad? —dijo Vimes— ¡Relojería!

—Es lo que está haciendo furor últimamente —dijo Zanahoria—. El señor Martillogrande era muy bueno en ella.

Vimes asintió.

—Buscamos algo que no debería estar aquí —dijo—. O algo que debería estar y no está. ¿Falta algo?

—Resulta difícil decirlo, señor. No está aquí.

—¿Qué?

—Lo que sea que falta, señor —dijo Zanahoria, siempre concienzudo.

—Me refiero a cualquier cosa que te esperarías encontrar y que no esté aquí —le explicó Vimes con paciencia.

—Bueno, él tiene… tenía todas las herramientas habituales, señor. Y además de muy buena calidad. Una pena, en realidad.

—¿El qué?

—Las fundirán, por supuesto.

Vimes contempló las ordenadas hileras de martillos y limas.

—¿Por qué? ¿No puede usarlas algún otro enano?

—¿Cómo, usar las herramientas de otro enano? —La boca de Zanahoria se frunció en una mueca de asco, como si alguien le hubiera sugerido que se pusiera los pantalones cortos viejos del cabo Nobbs—. Oh, no, eso no es… correcto. Quiero decir que son… parte de él. Quiero decir que… el que otro enano las usara, después de que él haya estado usándolas durante todos estos años, quiero decir que… aaargh.

—¿De veras?

El soldadito de cuerda marchó por debajo del banco.

—No te sentirías… bien. Ejem. Sería asqueroso.

—Oh —dijo Vimes, y se levantó.

—Capi…

—¡Ay!

—Tenga cuidado con la cabeza, capitán. Lo siento.

Frotándose la cabeza con una mano, Vimes utilizó la otra para examinar el agujero en el yeso.

—Hay… algo ahí dentro —dijo—. Pásame uno de esos escoplos.

Hubo silencio.

—Un escoplo, por favor. Si eso te hace sentir mejor, estamos tratando de averiguar quién mató al señor Martillogrande. ¿Te parece bien?

Zanahoria cogió un escoplo, pero con una considerable reluctancia.

—Este escoplo es del señor Martillogrande —dijo en un tono de reproche.

—¿Quiere hacer el favor de dejar de ser un enano durante dos segundos, cabo Zanahoria? ¡Usted es un guardia! ¡Y deme el dichoso escoplo! ¡Ha sido un día muy largo! ¡Gracias!

Vimes hurgó en la mampostería con el escoplo, y un rugoso disco de plomo le cayó en la mano.

—¿Lanzado por una honda? —dijo Zanahoria.

—Aquí dentro no hay espacio suficiente para usarla —dijo Vimes—. Y de todas maneras, ¿cómo demonios habría podido llegar a incrustarse tan profundamente en la pared?

Se guardó el disco en el bolsillo.

—Bueno, pues eso parece ser todo —dijo, poniéndose en pie—. Será mejor que… ¡ay! Oh, a ver si encuentras ese soldado de relojería. Será mejor que dejemos este lugar lo más ordenado posible.

Zanahoria buscó en la oscuridad debajo del banco. Hubo una especie de roce.

—Aquí debajo hay un trozo de papel, señor.

Zanahoria salió de debajo del banco, agitando una hojita que había empezado a amarillear. Vimes la contempló entornando los ojos.

—No sé qué puede ser —dijo finalmente—. No es enanés, de eso estoy seguro. Pero esos símbolos… Ya he visto antes esas cosas, o algo muy parecido. —Le devolvió el papel a Zanahoria—. ¿Puedes sacar algo en claro de ello?

Zanahoria frunció el ceño.

—Podría sacar un sombrero —dijo—, o un bote. O una especie de crisantemo…

—Me refiero a los símbolos. Estos símbolos de aquí.

—No lo sé, capitán. Pero parecen familiares. Algo así como… ¿la escritura de los alquimistas?

—¡Oh, no! —Vimes se tapó los ojos con las manos—. ¡Los jodidos alquimistas no! ¡Oh, no! ¡Esa puta pandilla de vendedores de fuegos artificiales que están mal de la cabeza no! ¡Puedo aguantar a los Asesinos, pero a esos idiotas no! ¡No! ¡Por favor! ¿Qué hora es?

Zanahoria le echó una mirada al reloj que colgaba de su cinturón.

—Las once y media, capitán.

—Pues entonces me voy a la cama. Esos payasos pueden esperar hasta mañana. Podrías hacer de mí un hombre muy feliz diciéndome que ese papel pertenecía a Martillogrande.

—Lo dudo, señor.

—Yo también. Vamos. Salgamos por la puerta de atrás.

Zanahoria se deslizó por el hueco.

—Cuidado con la cabeza, capitán.

Vimes, que casi se había puesto de rodillas, se detuvo y miró el marco de la puerta.

—Bueno, cabo —dijo pasados unos instantes—, sabemos que no fue un troll el que lo hizo, ¿verdad? Por dos razones. Una, un troll no podría pasar por esta puerta. Está claro que la hicieron pensando en el tamaño de los enanos.

—¿Cuál es la otra razón, señor?

Vimes arrancó con mucho cuidado algo de una astilla en el dintel de la puertecita.

—La otra razón, Zanahoria, es que los trolls no tienen pelo.

El par de hebras que habían quedado enganchadas en el grano de la viga eran largas y rojas. Alguien las había dejado allí sin darse cuenta. Alguien alto. Más alto que un enano, en todo caso.

Vimes las contempló. Tenían más aspecto de hebras que de pelos. Dos finas hebras rojizas. Oh, bueno. Una pista era una pista.

Las guardó cuidadosamente dentro de un trozo de papel que tornó prestado del cuaderno de notas de Zanahoria, y se las entregó al cabo.

—Toma. Mantenlo a buen recaudo.

Salieron a la noche. Había una estrecha pasarela de tablas unida a las paredes, y más allá de ella estaba el río.

Vimes se incorporó cautelosamente.

—Esto no me gusta nada, Zanahoria —dijo—. Hay algo malo debajo de todo esto.

Zanahoria miró hacia abajo.

—Lo que quiero decir es que están ocurriendo cosas ocultas —le explicó Vimes pacientemente.

—Sí, señor.

—Volvamos al Yard.

Procedieron hacia el Puente de Latón, a una marcha bastante lenta porque Zanahoria saludaba con efusividad a todas las personas con las que se encontraban. Rufianes endurecidos, cuya respuesta normal a una observación procedente de un guardia habría sido amablemente parafraseada en una ristra de símbolos procedentes de la fila superior del teclado de una máquina de escribir, llegaban a sonreír torpemente y farfullaban algo inofensivo en respuesta al jovial «¡Buenas noches, Machacador! ¡Mire por dónde va!» de Zanahoria.

Vimes se detuvo en el centro del puente para encenderse el puro, rascando una cerilla en uno de los hipopótamos ornamentales. Luego bajó la mirada hacia las turbias aguas.

—¿Zanahoria?

—¿Sí, capitán?

—¿Crees que existe lo que podríamos llamar una mente criminal?

Zanahoria hizo un esfuerzo mental casi audible para tratar de entender la pregunta.

—¿Qué… quiere decir como… el señor Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, señor?

—Escurridizo no es un criminal.

—¿Ha comido usted alguno de sus pasteles, señor?

—Lo que quería decir era que… sí, he comido alguno… No, lo que le ocurre a él es que sufre una pequeña divergencia geográfica en el hemisferio financiero.

—¿Señor?

—Lo que quiero decir es que Escurridizo no está de acuerdo con otras personas acerca de la posición de las cosas. Como el dinero, por ejemplo. Él piensa que todo el dinero debería estar dentro de su bolsillo. No, me refería a…

Vimes cerró los ojos, y pensó en humo de puros, licor que fluía y voces lacónicas. Había personas que eran capaces de robarle dinero a la gente. Eso no era demasiado grave, porque solo se trataba de robar. Pero había personas que, con una sola palabra, eran capaces de robarle la humanidad a la gente. Eso ya era otra cosa.

Lo importante era que… bueno, a Vimes no le gustaban los enanos y los trolls. Pero, en realidad, nadie le gustaba demasiado. La diferencia estribaba en que Vimes pasaba cada uno de sus días moviéndose entre ellos, y tenía derecho a que no le gustaran. Lo realmente era que ningún gordo idiota tenía derecho a decir esa clase de cosas.

Contempló el agua. Uno de los pilares del puente quedaba justo debajo de Vimes, y el Ankh aspiraba y gorgoteaba a su alrededor. Restos variados —leños, ramas, basura— habían ido amontonándose en una especie de sórdida isla flotante. Incluso había hongos creciendo encima de ella.

Lo que le hacía falta ahora era una botella de Abrazodeoso. El mundo siempre quedaba mucho mejor enfocado cuando lo contemplabas a través del fondo de una botella.

Algo más entró nadando en su campo visual.

Doctrina de firmas, pensó Vimes. Así era como la llamaban los herbolarios. Era como si los dioses hubieran puesto en las plantas una etiqueta que dijese «Utilízame». Si una planta parece una parte del cuerpo, entonces es buena para las dolencias propias de esa parte. Tenemos la dentaria para los dientes, el bazón para los… bazos, la mirada limpia para los ojos… incluso existe una seta llamada Phallus impudicus, y no sé para qué es exactamente, pero a Nobby le encantan las tortillas de setas. Y ahora veamos… o esa seta que hay ahí abajo es justo la medicina apropiada para las manos, o…

Vimes suspiró.

—Zanahoria, ¿tendrías la bondad de ir a buscar un bichero y traerlo aquí?

Zanahoria siguió la dirección de su mirada.

—Justo a la izquierda de ese tronco, Zanahoria.

—¡Oh, no!

—Me temo que sí. Sácalo del río, averigua quién era y haz un informe para el sargento Colon.

El cadáver era un payaso. Una vez que Zanahoria hubo bajado por el pilar del puente y apartado los restos, quedó flotando boca arriba con una gran sonrisa triste pintada en la cara.

—¡Está muerto!

—Parece que es contagioso, ¿verdad?

Vimes contempló el cadáver sonriente. No investigue. Manténgase alejado del asunto. Deje que los asesinos y el gilipollas de Quirke se encarguen de ello. Estas son sus órdenes.

—¿Cabo Zanahoria?

—¿Señor?

Estas son sus órdenes…

Bueno, al cuerno con eso. ¿Quién se había creído Vetinari que era Vimes? ¿Una especie de soldadito de relojería?

—Vamos a averiguar qué es lo que ha estado ocurriendo aquí.

—¡Sí, señor!

—Vamos a averiguarlo pase lo que pase.

El río Ankh probablemente sea el único río del universo en el que los investigadores pueden dibujar con tiza el contorno del cadáver.

Querido sargento Colon:

Espero que se encuentre bien de salud. Hace un tiempo Magnífico. Este es un cadáver que, sacamos del río anoche pero, no sabemos quien es excepto que es un miembro del Gremio de Bufones llamado Beano. Ha sido seriamente golpeado en la parte de atrás de la cabeza y ha estado atascado debajo del puente durante un teimpo, no es muy Bonito de ver. El capitán Vimes dice que averigüemos cosas. Dice que él peinsa que está mezclado con el asesinato del Señor Martillogrande. Dice que hay que hablar con los Bufones. Dice Hágalo. También haga el favor de encontrar trozo de Papel adjunto. El capitán Vimes dice, pruebe con los Alquimistas…

El sargento Colon dejó de leer durante unos momentos para maldecir a todos los alquimistas.

… porque esto es una Prueba Incomprensible. Esperando que esta carta lo encuentre Gozando de Buena Salud, Suyo Sinceramente Zanahoria Fundidordehierroson (Cabo).

El sargento se rascó la cabeza. ¿Qué demonios significaba todo aquello?

Dos bromistas veteranos del Gremio de Bufones habían venido justo después del desayuno para llevarse el cadáver. Cadáveres en el río… bueno, no había nada de insólito en eso. Pero normalmente los payasos no morían de aquella manera. Después de todo, ¿qué tenía un payaso que valiera la pena robar? ¿Qué clase de peligro representaba un payaso?

En cuanto a los alquimistas, que le colgaran unos cuantos fuegos artificiales del cuello si…

Pero él no tenía por qué hacerlo, claro. Alzó la mirada hacia los reclutas. Tenían que servir para algo.

—Cuddy y Detritus… ¡no saludes!, tengo un trabajito para vosotros dos. Llevad este trozo de papel al Gremio de Alquimistas, ¿de acuerdo? Y pedid a uno de esos chiflados que os diga a ver qué saca en claro de él.

—¿Dónde está el Gremio de Alquimistas, sargento? —preguntó Cuddy.

—En la calle de los Alquimistas, naturalmente —dijo Colon—. Al menos por el momento. Pero si fuera tú, yo me daría prisa.

El Gremio de Alquimistas está justo enfrente del Gremio de Jugadores. Es decir, normalmente lo está. A veces está por encima de él, o por debajo, o cayendo en mil trocitos a su alrededor.

A los jugadores a veces se les pregunta por qué siguen manteniendo un establecimiento justo enfrente de un gremio que hace saltar en pedazos su sala gremial por accidente cada pocos meses, entonces ellos responden: «¿Has leído el letrero que hay en la puerta al entrar?».

El troll y el enano fueron hacia allí, tropezando de vez en cuando el uno con el otro de una manera deliberadamente accidental.

—Y de todas maneras, tú que ser tan listo, ¿él dio papel a mí?

—¡Ja! ¿Es que tú sabes leer? ¿Sabes leer, eh?

—No, yo te digo a ti que lo leas. Es lo que se llama del-ega-y-ción.

—¡Ja! ¡No sabe leer! ¡No sabe contar! ¡Troll estúpido!

—¡Yo no estúpido!

—¡Ja! ¿Sí? ¡Todo el mundo sabe que los trolls no son capaces de contar hasta cuatro!

—¡Comedor de ratas!

[[11]](#footnote-11)—¿Cuántos dedos tengo levantados? Dímelo, Señor Listo Rocas en la Cabeza.

—Muchos —se aventuró a decir Detritus.

—Jua, jua. No, cinco. Cuando llegue el día de la paga sí que te meterás en un buen lío. ¡El sargento Colon pensará que un troll tan estúpido como tú no se va a enterar de cuántos dólares le da! ¡Ja! Oye, ¿y cómo te las arreglaste para leer el cartel donde se hablaba de alistarse en la Guardia? ¿Hiciste que te lo leyera alguien?

—¿Cómo has arreglado tú para leer el cartel? ¿Haces que alguien te levante?

Fueron hacia la puerta del Gremio de Alquimistas.

—Yo llamo. ¡Mi trabajo!

—¡Llamaré yo!

Cuando el señor Sendivoge, el secretario del Gremio de Alquimistas, abrió la puerta fue para encontrarse con un enano firmemente agarrado al llamador mientras un troll le sacudía enérgicamente hacia arriba y hacia abajo. El secretario se puso bien el casco de seguridad.

—¿Sí? —dijo.

Cuddy se soltó.

Las enormes cejas de Detritus se unieron.

—Ejem, bastardo chiflado, ¿qué tú sacas en claro de esto? —dijo.

La mirada de Sendivoge fue de Detritus al papel. Cuddy estaba intentando pasar alrededor del troll, que ocupaba casi todo el hueco de la puerta.

—¿Cómo se te ha ocurrido llamarle eso?

—Sargento Colon, él dijo…

—Podría sacar un sombrero —dijo Sendivoge—, o una tira de muñequitos, si encontrara unas tijeras…

—Lo que mi… colega quería preguntarle, señor, es si usted podría ayudarnos en una de nuestras indagaciones acerca de lo que se encuentra escrito en este supuesto pedazo de papel aquí presente —dijo Cuddy—. ¡Eh, eso duele mucho!

Sendivoge le miró.

—¿Son ustedes guardias? —preguntó después.

—Yo soy el guardia interino Cuddy y este de aquí —dijo Cuddy, señalando hacia arriba—, es el guardia interino Detritus… no salud… Oh…

Hubo un golpe sordo, y Detritus fue inclinándose lentamente hacia un lado para terminar desplomándose sobre el suelo.

—Del escuadrón suicida, ¿no? —dijo el alquimista.

—Volverá en sí dentro de unos momentos —dijo Cuddy—. Es por lo del saludo. Es demasiado para él. Ya sabe usted cómo son los trolls.

Sendivoge se encogió de hombros y miró el escrito.

—Me parece… familiar —dijo—. Lo he visto antes en algún sitio. Y usted… es un enano, ¿verdad?

—Es la nariz, ¿verdad? —preguntó Cuddy—. Siempre me delata.

—Bueno, le aseguro que nosotros siempre intentamos ayudar a la comunidad —dijo Sendivoge—. Entren, entren.

Las botas con puntera de acero de Cuddy devolvieron a Detritus a un estado de semi-sensibilidad, y el troll entró tras ellos andando con pesadez.

—¿Por qué, ejem, el casco de seguridad, señor? —preguntó Cuddy mientras iban por el pasillo. El habitual estrépito de martillazos resonaba por todas partes en torno a ellos. Lo normal era que el Gremio de Alquimistas siempre estuviera en plena reconstrucción por una causa u otra.

Sendivoge puso los o]os en blanco.

—Por las bolas —dijo—. Por las bolas de billar, de hecho.

.—Conocí a un hombre que jugaba así —dijo Cuddy.

—Oh, no. El señor Silverfish tiene una gran tacada. De hecho, el problema tiende a ser precisamente ese.

Cuddy volvió a contemplar el casco de seguridad.

—Verá, es el marfil —le aclaró Sendivoge.

—Ah —dijo Cuddy, sin captarlo—. ¿Algo relacionado con los elefantes, quizá?

—Marfil pero sin elefantes. Marfil transmutado. Hay mucho dinero a ganar en eso, créame.

—Pensaba que estaban trabajando en el oro.

—Ah, sí. Claro, ustedes son una gente que lo sabe todo acerca del oro —dijo Sendivoge.

—Oh, sí —dijo Cuddy, reflexionando sobre la expresión «ustedes son una gente».

—El oro —dijo Sendivoge con expresión pensativa— está resultando un poco complicado…

—¿Cuánto llevan intentándolo?

—Unos trescientos años.

—Eso es mucho tiempo.

—¡Pero solo llevamos una semana trabajando en el marfil y todo está yendo muy bien! —se apresuró a decir el alquimista—. Excepto por algunos efectos secundarios que sin duda no tardaremos en poder eliminar.

Abrió una puerta de un empujón.

Era una habitación muy grande, profusamente equipada con los habituales hornos mal ventilados, hileras de crisoles burbujeantes y un cocodrilo disecado. Había cosas flotando dentro de recipientes de cristal. El aire olía a una esperanza de vida bastante limitada.

Una gran parte del equipo, no obstante, se había cambiado de lugar para hacerle sitio a una mesa de billar. Media docena de alquimistas estaban de pie alrededor de ella a la manera de los hombres que están listos para echar a correr en cualquier momento.

—Es la tercera en lo que llevamos de semana —dijo Sendivoge con expresión lúgubre mientras saludaba con una inclinación de cabeza a una figura inclinada encima de un taco—. Ejem, señor Silverfish… —empezó a decir.

—¡Silencio! ¡Partida en curso! —dijo el jefe de alquimistas contemplando la bola blanca con los ojos entornados.

Sendivoge miró el marcador de la puntuación.

—Veintiún puntos —dijo—. Caramba, caramba. Quizá sí que le estamos añadiendo la cantidad justa de alcanfor a la nitrocelulosa después de todo…

Hubo un chasquido. La bola se alejó rodando, rebotó en el almohadillado…

… y luego aceleró. Empezó a brotar humo blanco de ella mientras se precipitaba sobre un inocente grupo de bolas rojas.

Silverfish sacudió la cabeza.

—Inestable —dijo—. ¡Todo el mundo al suelo!

Todos los que se hallaban presentes en la habitación se agacharon, excepto los dos guardias, uno de los cuales en cierto sentido ya estaba preagachado mientras que el otro llevaba varios minutos de retraso con respecto a los acontecimientos.

La bola negra remontó el vuelo elevándose sobre una columna de llamas, pasó junto al rostro de Detritus dejando tras de sí una estela de humo negro, y luego hizo añicos una ventana. La bola verde no se movía del sitio, pero giraba con furia. Las otras bolas corrían vertiginosamente de un lado a otro, estallando ocasionalmente en llamaradas o rebotando en las paredes.

Una bola roja le dio a Detritus justo entre los ojos, volvió a la mesa describiendo una curva, se metió en la tronera central y luego estalló.

Después hubo silencio, excepto por algún que otro ataque de tos. Silverfish apareció a través del humo aceitoso y, con una mano temblorosa, hizo subir un punto el marcador con el extremo incendiado de su taco.

—Uno —dijo—. Oh, bueno. Habrá que volver al crisol. Que alguien encargue otra mesa de billar…

—Disculpe —dijo Cuddy, tocándole la rodilla con las puntas de los dedos.

—¿Quién es?

—¡Aquí abajo!

Silverfish bajó la mirada.

—Oh. ¿Es usted un enano?

Cuddy le lanzó una mirada vacía de toda expresión.

—¿Es usted un gigante?—preguntó.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no!

—Ah. Entonces yo tengo que ser un enano, sí. Y eso que hay detrás de mí es un troll —dijo Cuddy. Detritus se irguió hasta adoptar una postura vagamente similar a la de firmes.

—Hemos venido a ver si puede decirnos qué es lo que pone en este papel —dijo Cuddy.

—Eso —dijo Detritus.

Silverfish lo miró.

—Oh, sí —dijo—, son algunas de las cosas del viejo Leonardo. ¿Y bien?

—¿Leonardo? —dijo Cuddy, y luego miró a Detritus—. Toma nota de esto —ordenó secamente.

—Leonardo da Quirm —dijo el alquimista.

Cuddy seguía teniendo aspecto de hallarse bastante perdido.

—¿Nunca ha oído hablar de él? —le preguntó Silverfish.

—No puedo decir que lo haya hecho, señor.

—Pensaba que todo el mundo había oído hablar de Leonardo da Quirm. Bastante excéntrico. Pero un genio, también.

—¿Fue un alquimista?

Toma nota de esto, toma nota de esto… Detritus miró cansinamente en torno a él buscando un trozo de madera quemada y una pared cercana.

—¿Leonardo? No. El no pertenecía a ningún gremio. O en realidad pertenecía a todos, supongo. Se movía mucho. Siempre estaba trasteando con algo, ya sabes a qué me refiero.

—No, señor.

—Pintaba un poco, y siempre estaba haciendo un montón de cosas con los mecanismos. Con cualquier cosa que fuera vieja, en realidad.

O incluso un martillo y un cincel, pensó Detritus.

—Esto —dijo Silverfish— es una fórmula para… Oh, bueno, difícilmente se lo puede considerar como un gran secreto, así que ya puestos supongo que se lo puedo decir… es una fórmula para lo que nosotros llamamos la Pólvora Número Uno. Azufre, salitre y carbón de leña. Se emplea en los fuegos artificiales. Cualquier idiota podría fabricarlo. Pero parece extraña porque está escrita de atrás hacia delante.

—Esto suena importante —le siseó Cuddy al troll.

—Oh, no. El siempre solía escribir de atrás hacia delante —dijo Silverfish—. Leonardo tenía ese tipo de rarezas, ya sabe. Pero, aun así, era muy listo. ¿No ha visto su retrato de la Mona Ogg?

—Creo que no.

Silverfish le entregó el pergamino a Detritus, quien lo contempló con los ojos entornados como si supiera lo que significaba. Quizá podría escribir encima de esto, pensó.

—Los dientes te seguían alrededor de la habitación. Asombroso. De hecho, algunos decían que les siguieron fuera de la habitación y durante todo el trayecto hasta la calle.

—Me parece que deberíamos hablar con el señor Da Quirm —dijo Cuddy.

—Oh, podrían hacerlo, podrían hacerlo, ciertamente —dijo Silverfish—. Pero puede que él ya no se encuentre en situación de escuchar. Leonardo desapareció hace cosa de un par de años.

… Y cuando encuentre algo con lo que escribir, pensó Detritus, entonces he de encontrar a alguien que me enseñe a escribir…

—¿Desapareció? ¿Cómo? —preguntó Cuddy.

—Creemos que encontró una manera de hacerse invisible —dijo Silverfish, inclinándose hacia él.

—¿De veras?

—Porque —dijo Silverfish, asintiendo a modo de conspiración— nadie lo ha visto.

—Ah —dijo Cuddy—. Ejem. Todo esto son cosas que se me escapan, compréndalo, pero supongo que no pudo… haber ido a algún sitio en el cual ustedes no pudieran verlo, ¿verdad?

—No, eso no sería propio del viejo Leonardo. El nunca desaparecería. Pero podría desvanecerse.

—Oh.

—Tenía los tornillos un poco… flojos, no sé si me entiende. Su cabeza estaba demasiado llena de sesos. ¡Ja, recuerdo que una vez tuvo la idea de obtener relámpagos a partir de los limones! Eh, Sendivoge, ¿te acuerdas de Leonardo y sus limones relampagueantes?

Sendivoge hizo pequeños movimientos circulares alrededor de su cabeza con un dedo.

—Oh, claro que me acuerdo. «Si clavas varillas de cinc y cobre en el limón, hey presto, obtienes un relámpago domesticado.» ¡Ese hombre era idiota!

—Oh, no era ningún idiota —dijo Silverfish, cogiendo una bola de billar que había escapado milagrosamente a las detonaciones—. Lo que le pasaba era que tenía una mente tan afilada que siempre se cortaba con ella, como solía decir mi abuela. ¡Limones relampagueantes! ¿Me pueden decir qué sentido tiene eso? No, realmente era tan disparatado como lo de esa máquina suya de las «voces-en-el-cielo». Yo le dije: Leonardo, le dije, ¿para qué están los magos, eh? Hay magia perfectamente normal disponible para esa clase de cosas. ¡Lo siguiente será hombres con alas! ¿Y saben qué fue lo que me dijo él entonces? Pues fue y me dijo: Vaya, es curioso que menciones eso porque… Pobre viejo.

Hasta Cuddy se unió a las carcajadas.

—¿Y lo probaron? —preguntó después.

—¿El qué? —preguntó Silverfish.

—Jua. Jua. Jua —dijo Detritus, con su habitual retraso respecto a los demás.

—Lo de poner las varillas de metal en los limones.

—No diga tonterías.

—¿Qué esta letra significa? —preguntó Detritus, señalando el papel.

Miraron.

—Oh, eso no es un símbolo —dijo Silverfish—. No es más que otra de las pequeñas manías del viejo Leonardo. Siempre estaba haciendo garabatos en los márgenes. Garabato, garabato, garabato. En una ocasión le dije que debería hacerse llamar señor Garabato.

—Pues yo pensaba que era alguna cosa relacionada con la alquimia —dijo Cuddy—. Se parece un poco a una ballesta sin la parte del arco. Y esta palabra, Revlóbedle. ¿Qué significa?

—Que me registren. A mí me suena a bárbaro. Bien, de todas maneras… si eso es todo, oficial… tenemos unas cuantas investigaciones muy serias que llevar a cabo —dijo Silverfish, lanzando al aire la bola de falso marfil y pillándola al vuelo—. ¡No todos somos unos soñadores como el pobre Leonardo!

—Revlóbedle —dijo Cuddy, dando vueltas al papel entre sus dedos—. E-1-d-e-b-ó-l-v-e-r…

Silverfish falló la bola. Cuddy se escondió detrás de Detritus justo a tiempo.

—Ya he hecho esto antes —dijo el sargento Colon mientras él y Nobby iban hacia el Gremio de Bufones—. No te separes de la pared mientras yo hago sonar el llamador, ¿de acuerdo?

El llamador tenía la forma de un par de pechos artificiales de la clase que siempre le parece divertidísima a los jugadores de rugby y a cualquiera cuyo sentido del humor haya sido extraído quirúrgicamente. Colon ejecutó una rápida llamada y luego se lanzó a un lado buscando una zona segura.

Se oyó un chillido al que siguieron unos cuantos bocinazos y una cancioncilla que alguien tenía que haber pensado que resultaba muy alegre, una pequeña trampilla se deslizó hacia un lado encima del llamador, y un pastel de nata emergió lentamente por ella en el extremo de un brazo de madera. Entonces el brazo se partió y el pastel quedó hecho un pequeño montón a los pies de Colon.

—Da pena, ¿verdad? —dijo Nobby.

La puerta se abrió con torpeza y bastante dificultad, pero solo unos cuantos centímetros, y un payaso bastante bajito alzó la mirada hacia Colon.

—Saben aquel que dice —dijo—, ¿por qué llamó el gordo a la puerta?

—No lo sé —respondió Colon automáticamente—. ¿Por qué llamó el gordo a la puerta?

El sargento y el portero se miraron el uno al otro, enredados en la frase que se suponía debía provocar la risa.

—Eso fue lo que yo le pregunté a usted —dijo el payaso en tono de reproche. Su voz sonaba profundamente deprimida y llena de desesperación.

El sargento Colon puso rumbo hacia la cordura.

—Soy el sargento Colon, de la Guardia Nocturna —dijo—, y este de aquí es el cabo Nobbs. Hemos venido a hablar con alguien acerca del hombre que… fue encontrado en el río, ¿de acuerdo?

—Oh, sí. El pobre hermano Beano. Bueno, en ese caso supongo que será mejor que entren —dijo el payaso.

Nobby se disponía a empujar la puerta cuando Colon lo detuvo y señaló hacia arriba sin decir palabra.

—Parece que hay un cubo lleno de lechada encima de la puerta —dijo.

—¿Ah, sí? —pregunto el payaso.

Era muy bajito y calzaba unas botas enormes que le hacían parecer una L mayúscula. Su cara estaba embadurnada con un maquillaje color carne encima del cual se había pintado un gran fruncimiento de ceño. Su cabellera estaba hecha con un par de fregonas viejas, pintadas de rojo. No estaba gordo, pero una especie de aro metido dentro de sus pantalones se suponía que debía darle el aspecto de ser graciosamente obeso. Un par de tirantes de goma, preparados de tal manera que sus pantalones iban subiendo y bajando cuando andaba, representaba un componente más en la imagen general de un completo y absoluto desgraciado.

—Sí —dijo Colon—. Lo hay.

—¿Seguro?

—Absolutamente seguro.

—Vaya, pues lo siento —dijo el payaso—. Es estúpido, lo sé, pero también es algo así como tradicional. Esperen un momento.

Hubo el ruido de una escalera de mano colocándose en posición, y varios tintineos metálicos y juramentos mascullados.

—De acuerdo, ya pueden entrar.

El payaso los llevó por la caseta de guardia. No había más sonido que el suave chapalear de sus botas sobre los adoquines. Entonces pareció ocurrírsele una idea.

—Ya sé que es pedir mucho, caballeros, pero supongo que a ninguno de ustedes le apetecerá oler la flor que llevo en el ojal de mi solapa.

—No.

—No.

—No, supongo que no. —El payaso suspiró—. No resulta nada fácil, ¿saben? Lo de hacer el payaso, quiero decir. He de encargarme de la puerta porque todavía estoy en período de prueba.

—¿Sí?

—Nunca consigo acordarme: ¿es llorar por fuera y reír por dentro? Siempre los estoy confundiendo.

—Acerca del tal Beano… —empezó a decir Colon.

—Precisamente estamos celebrando su funeral —dijo el pequeño payaso—. Por eso llevo los pantalones a media asta.

Volvieron a salir a la luz del sol.

El patio interior estaba lleno de payasos y bufones. Las campanillas tintineaban bajo la brisa. El sol arrancaba destellos a las narices postizas de color rojo y hacía relucir el nervioso chorro de agua que salía ocasionalmente de una falsa flor para el ojal. El payaso condujo a los guardias hacia una fila de bufones.

—Estoy seguro de que el doctor Carablanca hablará con ustedes tan pronto como hayamos terminado —dijo—. Por cierto me llamo Boffo —añadió, ofreciéndoles la mano con expresión esperanzada.

—No se la estreches, Nobby —advirtió Colon.

Boffo pareció sentirse muy abatido.

Una banda empezó a tocar, y una procesión de miembros del gremio salió de la capilla. Un payaso la precedía, llevando una pequeña urna.

—Esto es muy conmovedor —dijo Boffo.

Encima de un estrado situado en el extremo opuesto del cuadrángulo había un payaso gordo ataviado con pantalones muy holgados, enormes tirantes, una pajarita que giraba suavemente bajo la brisa y un sombrero de copa. El maquillaje había convertido su rostro en el vivo retrato de la miseria. Empuñaba un bastón rematado por una bocina.

El payaso con la urna llegó al estrado, subió los escalones y esperó.

La banda guardó silencio.

El payaso del sombrero de copa le dio en la cabeza con la bocina al portador de la urna: una, dos, tres veces…

El portador de la urna dio un paso adelante, hizo bailar su peluca, tomó la urna en una mano y el cinturón del payaso en la otra y, con una gran solemnidad, echó las cenizas del difunto hermano Beano dentro de los pantalones del otro payaso.

Un suspiro brotó de la audiencia. La banda empezó a tocar el himno de los payasos, «La marcha de los idiotas», y el final del trombón salió disparado del instrumento y le dio en la nuca a un payaso. Este se volvió y le lanzó un puñetazo al payaso que tenía detrás, el cual lo esquivó con una rapidez y provocó que un tercer payaso se precipitara a través del bombo.

Colon y Nobby se miraron y sacudieron la cabeza. Boffo se sacó del bolsillo un gran pañuelo blanco y rojo y se sonó la nariz con un humorístico sonido de bocinazo.

—Muy clásico —dijo—. Es lo que él hubiese querido.

—¿Tiene alguna idea de qué fue lo que pasó? —preguntó Colon.

—Oh, sí. El hermano Grineldi ejecutó el viejo truco del tacón y la punta del pie e hizo caer la urna…

—No, yo me refería a por qué murió Beano.

—Mmm. Creemos que fue un accidente —dijo Boffo.

—Un accidente —dijo Colon secamente.

—Sí. Eso es lo que piensa el doctor Carablanca.

Boffo miró hacia arriba por un instante, y los dos guardias siguieron la dirección de su mirada. Los tejados del Gremio de Asesinos lindaban con los del Gremio de Bufones. Nunca resultaba aconsejable disgustar a semejantes vecinos, especialmente cuando la única arma de que disponías era un pastel de nata ribeteado con un poco de corteza endurecida.

—Eso es lo que piensa el doctor Carablanca —volvió a decir Boffo, mirándose sus enormes zapatos.

El sargento Colon prefería no complicarse la vida, y la ciudad bien podía prescindir de uno o dos payasos. En opinión de Colon, la pérdida de toda aquella patulea solo podía tener como resultado que el mundo fuera un lugar ligeramente más feliz. Y sin embargo… sin embargo… sinceramente, Colon no sabía qué mosca le había picado a la Guardia últimamente. Era Zanahoria, claro. Hasta el viejo Vimes lo había contraído. Ahora ya no dejamos que las cosas se vayan calmando por sí solas…

—Quizá estaba limpiando algo, no sé, pongamos que un garrote, y se le disparó accidentalmente —dijo Nobby. Él también lo había contraído.

—Nadie habría podido querer matar al joven Beano —dijo el payaso, hablando en voz baja—. Era un buenazo. Tenía amigos en todas partes.

—En casi todas —dijo Colon.

El funeral había terminado. Los bufones, bromistas y payasos se disponían a ocuparse de sus asuntos, atascándose en las puertas mientras salían del patio. Hubo muchos empujones, codazos, bocinazos producidos con la nariz y caídas ejecutadas mediante aparatosas piruetas. Era una escena capaz de hacer que el hombre más satisfecho de su existencia se cortase las venas durante una hermosa mañana de primavera.

—Lo único que sé —dijo Boffo, bajando la voz— es que cuando lo vi ayer tenía un aspecto muy… extraño. Le llamé cuando él estaba pasando por las puertas y…

—¿Qué quiere decir con eso de que tenía un aspecto muy extraño? —preguntó Colon.

Estoy detectoreando, pensó con una leve sombra de orgullo. La Gente me Está Ayudando con Mis Indagaciones.

—No sé. Estaba raro. No parecía el de siempre…

—¿Estamos hablando de ayer?

—Oh, sí. Eso fue ayer por la mañana. Lo sé porque el turno de guardia en la puerta…

—¿Ayer por la mañana?

—Eso es lo que he dicho, señor. Ojo, todos estábamos un poco nerviosos después de la explosión y…

—¡Hermano Boffo!

—Oh, no… —farfulló el payaso.

Una figura estaba viniendo hacia ellos. Una figura terrible.

Ningún payaso hacía gracia. Ese era precisamente el propósito de los payasos. La gente se reía de ellos, pero únicamente por nerviosismo. Lo bueno de los payasos era que, después de haberlos visto, cualquier otra cosa que ocurriera te parecía encantadora. Era bueno saber que había alguien que estaba mucho peor que tú. Alguien tenía que ser el trasero del mundo.

Pero hasta los payasos le tienen miedo a algo, y ese algo es el payaso con la cara pintada de blanco. El que nunca se interpone en la trayectoria del pastel de nata. El que viste de un blanco impecable, y luce el maquillaje blanco que le da un aspecto impasible. El del sombrerito puntiagudo, la boca de labios muy delgados y las delicadas cejas negras.

El doctor Carablanca.

—¿Quiénes son estos caballeros? —quiso saber.

—Ejem… —empezó a decir Boffo.

—Guardia Nocturna, señor —dijo Colon, saludando.

—¿Y por qué están aquí?

—Estamos investigando nuestras indagaciones en lo referente al fatal fallecimiento del payaso Beano, señor —dijo Colon.

—Yo pensaba que eso era un asunto del gremio, sargento. ¿A usted no se lo parece?

—Bueno, señor, Beano fue encontrado en…

—Estoy seguro de que no se trata de nada por lo que debamos molestar a la Guardia —dijo el doctor Carablanca.

Colon titubeó. Hubiese preferido hacer frente al doctor Cruces antes que a aquella aparición. Al menos ya se suponía que los Asesinos tenían que ser desagradables. Y además, los payasos estaban a un solo paso de distancia de los artistas del mimo.

—No, señor. Es obvio que fue un accidente, ¿verdad?

—Desde luego. El hermano Boffo les acompañará a la puerta —dijo el jefe de los payasos—. Y luego —añadió—, vendrá a mi despacho a presentarme su informe. ¿Lo ha entendido?

—Sí, doctor Carablanca —farfulló Boffo.

—¿Qué te hará? —preguntó Nobby mientras iban hacia la puerta.

—Probablemente tendré que ponerme un sombrero lleno de lechada —dijo Boffo—. O recibir un pastel de nata en toda la cara, si tengo suerte.

Abrió la puerta de la calle.

—Muchos de nosotros no estamos nada satisfechos con la manera en que se ha llevado el asunto —murmuró—. No veo por qué esos cabronazos tienen que salirse con la suya. Tendríamos que ir a ver a los Asesinos y aclararlo todo con ellos.

—¿Por qué a los Asesinos? —preguntó Colon—. ¿Por qué iban a matar ellos a un payaso?

Boffo puso cara de culpabilidad.

—¡Yo no he dicho nada!

Colon le miró fijamente.

—Aquí está ocurriendo algo muy raro, señor Boffo.

Boffo miró a su alrededor, como si esperara que la venganza fuera a caerle encima en cualquier momento bajo la forma de un pastel de nata.

—Encuentre su nariz —siseó—. Usted limítese a encontrar su nariz. Sí, encuentre su pobre nariz.

La puerta se cerró de golpe.

El sargento Colon se volvió hacia Nobby.

—¿Tú te acuerdas de si la Prueba A tenía una nariz, Nobby?

—Sí, Fred. La tenía.

—¿Y entonces a qué ha venido todo eso?

—A mí que me registren. —Nobby se rascó un furúnculo que prometía—. Quizá se refería a una nariz postiza. Ya sabes, ¿no?. Esas narices rojas que llevan un elástico. Las que —añadió Nobby torciendo el gesto— ellos creen que son tan divertidas. Beano no la tenía.

Colon llamó a la puerta con los nudillos, asegurándose de mantenerse prudentemente alejado de cualquier simpática trampa destinada a hacer reír.

La trampilla se deslizó a un lado.

—¿Sí? —siseó Boffo.

—¿Te referías a su nariz falsa? —preguntó Colon.

—¡No, a la de verdad! ¡Y ahora largo de aquí!

La trampilla volvió a quedar cerrada.

—Está de atar —dijo Nobby con firmeza.

—La nariz de Beano era real. ¿Tú le viste algo raro? —preguntó Colon.

—No. Tenía un par de agujeros.

—Bueno, yo no entiendo mucho de narices —dijo Colon—, pero o el hermano Boffo se equivoca o aquí está pasando algo muy raro.

—¿Como qué?

—Bueno, Nobby, tú eres lo que se podría llamar un soldado de carrera, ¿verdad?

—Sí, Fred.

—¿Cuántas expulsiones deshonrosas has tenido?

—Montones —dijo Nobby con orgullo—. Pero siempre les pongo una cataplasma.

—Has estado en un montón de campos de batalla, ¿verdad?

—En docenas.

El sargento Colon asintió.

—Así que has visto un montón de cadáveres cuando te estabas ocupando de los caídos…

El cabo Nobbs asintió. Ambos sabían que «ocuparse de los caídos» significaba recoger cualquier clase de alhaja personal y robarles las botas. Lo último que muchos enemigos heridos de muerte habían llegado a ver en un lejano campo de batalla había sido al cabo Nobbs viniendo hacia ellos con un saco, un cuchillo y una expresión calculadora en el rostro.

—Si todavía puede servir de algo, no veo por qué hay que permitir que se eche a perder —dijo Nobby.

—Así que te habrás dado cuenta de que los muertos se van poniendo… más muertos —dijo el sargento Colon.

—¿Cómo se puede estar más muerto que un muerto?

—Ya sabes a qué me estoy refiriendo, Nobby. Más cadavéricos —dijo el sargento Colon, experto en ciencia forense.

—¿Te refieres a que se van poniendo tiesos, púrpuras y todo ese tipo de cosas?

—Exacto.

—Y luego empiezan a soltar líquido y van…

—Sí, exactamente…

—Ojo, eso hace más fácil quitarles los anillos.

—A donde yo quería ir a parar, Nobby, es a que siempre puedes saber cuánto tiempo tiene un cadáver. Ese payaso, por ejemplo. Tú lo viste, igual que yo. ¿Cuánto le echarías?

—Uno sesenta y cinco, más o menos. Sus botas no me quedaban nada bien, eso sí que lo tengo claro. Bailaban demasiado.

—No, me refería a cuánto tiempo llevaba muerto.

—Un par de días. Eso de les nota enseguida porque hay esa especie de…

—¿Y entonces cómo es que Boffo lo vio ayer por la mañana?

Siguieron andando.

—Eso es un poquito raro, sí —dijo Nobby.

—Tienes razón. Supongo que el capitán se mostrará muy interesado.

—Quizá era un zombi.

—No creo.

—Nunca he podido soportar a los zombis —dijo Nobby con voz pensativa.

—¿De veras?

—Siempre cuesta horrores robarles las botas.

El sargento Colon saludó con la cabeza a un mendigo que pasaba por allí.

—¿Todavía te dedicas a hacer esas danzas populares en tus noches libres, Nobby?

—Sí, Fred. Esta semana estamos practicando «Recogiendo dulces lirios». Hay un doble paso cruzado que es muy complicado.

—Eres un hombre que tiene muchas partes distintas, Nobby.

—Solo si no podía quitarles los anillos sin usar la navaja, Fred.

—No, lo que quiero decir es que presentas una dicotomía muy interesante.

Nobby le dio una patada a un chucho.

—¿Has vuelto a leer libros, Fred?

—He de mejorar mi mente, Nobby. Son todos esos reclutas nuevos. Zanahoria se pasa la mitad del tiempo con la nariz metida en un libro, Angua conoce palabras que yo he de mirar, e incluso el culobajo es más listo que yo. No paran de entrar en contacto manual con mis gónadas. Está claro que ando poco dotado en el departamento de la cabeza.

—Eres más listo que Detritus —dijo Nobby.

—Eso es lo que me repito a mí mismo. Me digo: Pase lo que pase, Fred, tú eres más listo que Detritus. Pero luego voy y me digo: Fred… la levadura también lo es.

Se apartó de la ventana.

Vaya, vaya. ¡La maldita Guardia!

¡Y aquel maldito Vimes! Exactamente el hombre equivocado en el lugar equivocado. ¿Por qué la gente no aprendía de la historia? ¡Vimes llevaba la traición metida en sus mismos genes! ¿Cómo iba a poder funcionar adecuadamente una ciudad con alguien así metiendo siempre las narices en todo? La Guardia no existía para aquello. Se suponía que los guardias tenían que hacer lo que se les dijera, y asegurarse de que otras personas también lo hicieran.

Alguien como Vimes podía dar al traste con las cosas. No porque fuese listo. Un guardia listo era una contradicción en sus mismos términos. Pero la mera impredecibilidad podía llegar a causar problemas.

El debólver estaba encima de la mesa.

—¿Qué voy a hacer con Vimes?

Matarlo.

Angua despertó. Ya casi era mediodía, se encontraba acostada en su propia cama en la habitación que le había alquilado a la señora Cake, y alguien estaba llamando a la puerta.

—¿Mmm…? —dijo.

—No lo sé. ¿Le digo que se vaya? —dijo una voz que venía aproximadamente del nivel del agujero de la cerradura.

Angua pensó a toda prisa. Los otros residentes ya la habían advertido acerca de aquello. Esperó a que le dieran el pie para seguir hablando.

—Oh, gracias, cariño. Ya se me estaba olvidando —dijo la voz.

Con la señora Cake siempre debías tomarte tu tiempo. Vivir en una casa administrada por alguien cuya mente solo estaba nominalmente unida al presente resultaba bastante difícil. La señora Cake tenía poderes psíquicos.

—Vuelve a tener la precognición conectada, señora Cake —dijo Angua, sacando las piernas de la cama y rebuscando apresuradamente entre el montón de ropa que había encima de la silla.

—¿Adónde habíamos llegado? —preguntó la señora Cake, todavía desde el otro lado de la puerta.

—Acaba de decirme «No lo sé. ¿Le digo que se vaya?», señora Cake —respondió Angua. ¡La ropa siempre era el gran problema! Al menos un hombre-lobo varón solo tenía que preocuparse por un par de pantalones cortos y fingir que había salido a correr un rato.

—Sí, tienes razón. —La señora Cake tosió—. «Abajo hay un joven que pregunta por ti» —dijo después.

—«¿Quién es?» —preguntó Angua.

Hubo un momento de silencio.

—Sí, me parece que ahora ya está todo aclarado —dijo la señora Cake—. Lo siento, querida. Si la gente no llena bien los huecos, me entran unos dolores de cabeza terribles. ¿Estás humana, querida?

—Puede entrar, señora C[[12]](#footnote-12)ake.

La habitación no era gran cosa. Básicamente era marrón: suelo de linóleo marrón, paredes marrones, un cuadro encima de la cama marrón con un ciervo marrón atacado por perros marrones en un páramo marrón bajo un cielo que, en contra de todo el conocimiento meteorológico establecido, era marrón. Había un armario marrón. Si te abrías paso a través de los abrigos viejos y misteriosos que h[[13]](#footnote-13)abía colgados dentro, posiblemente terminarías entrando en un reino mágico lleno de animales parlantes y duendes, pero probablemente el esfuerzo no merecería la pena.

La señora Cake entró en la habitación. Era bajita y regordeta pero compensaba su falta de altura llevando un enorme sombrero negro; no de la variedad puntiaguda que usaban las brujas, sino uno cubierto de pájaros disecados, frutas de cera y demás objetos decorativos, todos ellos pintados de negro. A Angua le caía bastante bien. Las habitaciones estaban limpias, los precios eran baratos, y l[[14]](#footnote-14)a señora Cake sabía ser muy comprensiva con las personas que llevaban vidas ligeramente poco corrientes y le tenían, por ejemplo, aversión al ajo. Su hija era una licántropa y la señora Cake sabía todo lo que hay que saber sobre la necesidad de que las ventanas y las puertas de la planta baja tuvieran largas manijas que pudieran operarse con una pata.

—Lleva una cota de malla —dijo la señora Cake, que se había traído consigo un par de cubos llenos de gravilla—. Y también lleva jabón en las orejas.

—Oh. Ejem. Bien.

—Si quieres, puedo decirle que se vaya a la mierda —dijo la señora Cake—. Eso es lo que hago siempre cuando viene la clase equivocada de persona. Especialmente si se ha traído una estaca, claro. No puedo consentir que ocurran ese tipo de cosas, y me refiero a lo de tener gente corriendo por los pasillos mientras agitan antorchas y demás.

—Creo que sé quién es —dijo Angua—. Me ocuparé de él.

Se metió los faldones de la camisa en los pantalones.

—Si sales fuera, cierra la puerta —le dijo la señora Cake mientras Angua salía al recibidor—. Voy a cambiarle la tierra al ataúd del señor Winkins, porque dice que le duele un poco la espalda.

—Pues a mí me parece que eso es gravilla, señora Cake.

—Por la cosa ortopédica, ya sabes.

Zanahoria estaba esperando respetuosamente en la entrada con el casco debajo del brazo y una expresión de intensa vergüenza en la cara.

—¿Y bien? —dijo Angua, hablando en un tono bastante amable.

—Ejem. Buenos días, Pensé que, ya sabes, quizá, como tú no conoces demasiado la ciudad, realmente… yo podría, si quieres, si no te importa, como no tienes que entrar de servicio hasta dentro de un buen rato, pues… ¿podría enseñarte algo de la ciudad…?

Por un instante Angua pensó que había contraído presciencia de la señora Cake. Varios futuros desfilaron rápidamente por su imaginación.

—Todavía no he desayunado —dijo.

—Hacen un desayuno muy bueno en el restaurante de Tal’Adr, un delicatessen para enanos que está en la calle Cable.

—Es hora de almorzar.

—Para la Guardia Nocturna es hora de desayunar.

—Soy prácticamente vegetariana.

—El dueño prepara rata con salsa de soja.

Angua se dio por vencida.

—Cogeré mi chaqueta.

—Jua, jua —dijo una voz llena de terrible cinismo.

Angua miró hacia abajo. Gaspode estaba sentado detrás de Zanahoria, tratando de fulminarla con la mirada mientras se rascaba con furia.

—Anoche perseguimos a un gato y lo hicimos subir a lo alto de un árbol —dijo Gaspode—. Tú y yo, ¿eh? Podríamos llegar a conseguirlo. El destino nos ha unido, por así decirlo.

—Vete.

—¿Cómo dices? —preguntó Zanahoria.

—No te lo estaba diciendo a ti. Se lo decía a ese perro.

Zanahoria se volvió.

—¿A él? ¿Ahora te molesta? Es un perrito muy bueno.

—Guau, guau, galleta.

Zanahoria se llevó automáticamente la mano al bolsillo.

—¿Ves? —dijo Gaspode—. Este chico es el señor Simple, ¿verdad?

—¿Dejan entrar perros en las tiendas de enanos? —preguntó Angua.

—No —dijo Zanahoria.

—Colgados de un gancho sí —dijo Gaspode.

—¿De veras? Me parece una buena idea —dijo Angua—. Bueno, vayamos.

—¿Vegetariana? —murmuró Gaspode, cojeando detrás de ellos—. Oh, cielos.

—Cállate.

—¿Cómo dices? —preguntó Zanahoria.

—Solo estaba pensando en voz alta.

La almohada de Vimes era fría y dura. Vimes la tanteó cautelosamente y descubrió que estaba fría y dura porque no era una almohada, sino una mesa. Su mejilla parecía hallarse pegada a ella y Vimes no sintió ningún interés por especular al respecto.

Ni siquiera había conseguido quitarse la coraza.

Pero consiguió abrir un ojo.

Había estado escribiendo en su cuaderno de notas. Tratando de encontrarle algún sentido a todo aquello. Y luego se había quedado dormido.

¿Qué hora era? No había tiempo para mirar atrás.

Vimes fue leyendo lo que había escrito.

Robado del Gremio de Asesinos: debólver. Después Martillogrande asesinado.

Olor a fuegos artificiales. Trozo de plomo. Símbolos alquímicos. Segundo cuerpo en río. Un payaso. ¿Dónde estaba su nariz roja? Debólver.

Vimes contempló las notas garabateadas.

Estoy en el buen camino, pensó. No necesito saber adónde conduce. Lo único que he de hacer es seguirlo. Siempre hay un crimen, si buscas lo suficiente. Y el Gremio de Asesinos está metido en esto.

Sigue cada pista. Comprueba cada detalle. Remueve, remueve el caldero.

Tengo hambre.

Se levantó tambaleándose y contempló su cara en el espejo resquebrajado que había encima de la pileta.

Los acontecimientos del día anterior fueron filtrándose a través de la gasa velada de la memoria. El rostro de lord Vetinari ocupaba un lugar central entre todos ellos. Vimes empezó a enfurecerse solo de pensar en eso. La impasible frialdad con la que el patricio le había dicho a Vimes que no debía interesarse en el robo cometido…

Vimes contempló su reflejo…

… y entonces algo lo picó en la oreja e hizo añicos el cristal.

Vimes contempló el agujero que acababa de aparecer en el yeso, rodeado por los restos del marco de un espejo. A su alrededor, los trocitos de cristal fueron cayendo al suelo con un tintineo.

Vimes permaneció totalmente inmóvil durante un instante muy largo.

Luego sus piernas, llegando a la conclusión de que el cerebro se encontraba en algún otro sitio, precipitaron al resto de su cuerpo hacia el suelo.

Hubo otro tintineo y una botella de Abrazodeoso medio llena hizo explosión encima del escritorio. Vimes ni siquiera recordaba haberla comprado.

Fue hacia delante moviéndose a cuatro patas y se incorporó junto a la ventana.

Las imágenes desfilaron por su mente con la celeridad del rayo. El enano muerto. El agujero en la pared…

Un pensamiento pareció iniciarse en el hueco de su espalda y luego fue subiendo por ella hasta que terminó llegando al cerebro. Aquellas paredes eran de escayola y yeso, y para colmo eran viejas; podías meter un dedo a través de ellas con un poco de esfuerzo. En cuanto a un trozo de metal…

Vimes chocó contra el suelo en el mismo instante en que un poc coincidió con la aparición de un agujero en la pared a un lado de la ventana. Nubecitas de polvo de yeso revolotearon por el aire.

Su ballesta estaba apoyada en la pared. Vimes no era ningún experto, pero, demonios, ¿quién lo era? La apuntabas y disparabas. Tiró de la ballesta hasta tenerla junto a él, rodó sobre la espalda, metió el pie en el estribo y tiró de la cuerda hasta que la puso en posición con un chasquido.

Luego volvió a rodar sobre sí mismo hasta quedar apoyado en una rodilla y metió un dardo en el surco.

Una catapulta, eso era. Tenía que serlo. Del tamaño de un troll, quizá. Alguien subido al tejado del Edificio de la Ópera, o en algún otro lugar elevado.

Atraer su fuego, atraer su fuego… Vimes cogió su casco y lo colocó en equilibrio encima de la punta de otro dardo de ballesta. El truco consistía en agazaparse debajo de la ventana y…

Vimes reflexionó durante unos instantes. Luego fue arrastrándose por el suelo hasta que llegó al rincón, donde había un palo rematado por un gancho. Hubo un tiempo lejano en el que dicho palo se utilizaba para abrir las ventanas superiores, que ya llevaban muchos años atascadas por el óxido.

Puso el casco en equilibrio encima del extremo del palo, se acurrucó en el rincón y, con una cierta cantidad de esfuerzo, movió el palo de tal manera que el casco asomó justo por encima del alféizar de la ven…

Poc.

Las astillas salieron despedidas de un punto en el suelo donde indudablemente habrían causado serias molestias a cualquier persona que estuviera acostada sobre los tablones, levantando cautelosamente un casco puesto encima de un palo para usarlo como señuelo.

Vimes sonrió. Alguien estaba tratando de matarlo, y eso hizo que se sintiera más vivo de lo que se había sentido en muchos días.

Y quienesquiera que fuesen, además eran un poco menos inteligentes que él. Aquella era una cualidad por la que siempre deberías rezar en tu aspirante a asesino.

Vimes soltó el palo, cogió la ballesta, pasó corriendo por delante de la ventana, disparó contra una silueta indistinta que había encima del tejado del Edificio de la Ópera como si el dardo de la ballesta realmente pudiera llegar tan lejos, cruzó la habitación de un salto y tiró de la manija de la puerta. Algo se incrustó en el marco de la puerta cuando esta se cerró detrás de él.

Luego fue bajar por la escalera de atrás, salir por la puerta, pasar por encima del tejado de la letrina, entrar en el pasaje del Nudillo, subir por la escalera de atrás de Zorgo el Retrofrenólogo, entrar en la sala de operaciones[[15]](#footnote-15) de Zorgo y dirigirse hacia la ventana.

Zorgo y su paciente actual lo miraron con curiosidad. El tejado de Pugnante se hallaba desierto. Vimes dio media vuelta y se encontró con un par de miradas perplejas.

—Buenos días, capitán Vimes —dijo el retrofrenólogo, con un martillo todavía alzado en una mano enorme.

Vimes sonrió enloquecidamente.

—Verá, es que me pareció que… —empezó a decir, y luego siguió hablando a toda prisa—. Vi una mariposa muy rara e interesante en ese tejado de ahí.

El troll y su paciente miraron educadamente hacia donde señalaba.

—Pero no había ninguna mariposa —dijo Vimes.

Volvió hacia la puerta.

—Siento haberles molestado —dijo, y se fue.

El paciente de Zorgo lo vio marchar con interés.

—¿No tenía una ballesta? —preguntó—. Eso de ir a cazar mariposas raras e interesantes con una ballesta es un poquito raro, ¿verdad?

Zorgo reajustó la colocación de la parrilla que cubría la calva cabeza de su paciente.

—No sé —dijo—. Supongo que al menos impide que las mariposas vayan por ahí creando todas esas malditas tormentas. —Volvió a coger el martillo—. Y ahora, ¿qué era lo que íbamos a hacer hoy? Firmeza y determinación, ¿no?

—Sí. Bueno, no. Quizá.

—Muy bien. —Zorgo tomó puntería—. Esto —dijo, sin faltar en lo más mínimo a la verdad— no le dolerá nada.

Era algo más que un mero delicatessen. Era una especie de centro y lugar de encuentro de la comunidad enana. El barullo de voces se detuvo cuando entró Angua, inclinándose hasta casi tocar el suelo con la cabeza, pero volvió a empezar con un volumen ligeramente más elevado y unas cuantas risas cuando Zanahoria la siguió. El cabo saludó a los otros clientes agitando alegremente la mano.

Luego apartó cuidadosamente dos sillas. Si te sentabas en el suelo podías sentarte erguido, aunque por poco.

—Muy… bonito —dijo Angua—. Étnico.

—Yo vengo mucho por aquí —dijo Zanahoria—. La comida es buena y, naturalmente, siempre vale la pena tener pegada la oreja al suelo.

—Eso tiene que resultar realmente fácil aquí —dijo Angua, y se rió.

—¿Cómo dices?

—Bueno, quiero decir que el suelo se encuentra… mucho… más cerca.

Angua sintió que un pozo iba haciéndose más grande con cada palabra. El nivel de ruido había vuelto a bajar súbitamente.

—Ejem —dijo Zanahoria, mirándola fijamente—. ¿Cómo podría expresarlo para que me entiendas? La gente está hablando en enanés… pero están escuchando en humano.

—Lo siento.

Zanahoria sonrió, y luego le hizo una seña con la cabeza al cocinero que había detrás del mostrador y carraspeó ruidosamente.

—Creo que a lo mejor tengo un caramelo para la garganta en algún sitio… —empezó a decir Angua.

—Estaba pidiendo el desayuno —dijo Zanahoria.

—¿Te sabes de memoria el menú?

—Oh, sí. Pero también está escrito en la pared.

Angua se volvió y echó una nueva mirada a lo que había creído que eran señales hechas al azar.

—Eso es oggham —dijo Zanahoria—. Una antigua y poética escritura rúnica cuyos orígenes se pierden en las nieblas del tiempo, pero que se cree fue inventada incluso antes que los dioses.

—Caray. ¿Qué pone?

Esta vez Zanahoria se aclaró la garganta de verdad.

Soja, huevo, judías y rata 12p

Soja, rata y rebanada frita l0p

Rata con queso a la crema 9p

Rata y judías 8p

Rata y ketchup 7p

Rata 4p

—¿Por qué el ketchup cuesta casi tanto como la rata? —preguntó Angua.

—¿Has probado en alguna ocasión la rata sin ketchup? —replicó Zanahoria—. De todas maneras, te he pedido pan de los enanos. ¿Nunca has probado pan de los enanos?

—No.

—Todo el mundo debería probarlo alguna vez —dijo Zanahoria, y luego pareció reflexionar en lo que acababa de decir—. La mayoría de las personas lo hacen —añadió.

Tres minutos y medio después de qu[[16]](#footnote-16)e hubiera despertado, el capitán Samuel Vimes, de la Guardia Nocturna, subió a toda prisa los últimos escalones que llevaban al techo del Edificio de la Ópera de Ankh-Morpork, jadeó para recobrar el aliento y vomitó allegro ma non troppo.

Luego se apoyó en la pared, agitando vagamente la ballesta ante él.

No había nadie más en el tejado. Solo estaban las cañerías, perdiéndose en la lejanía para absorber el sol de la mañana. Ya casi hacía demasiado calor para moverse.

Cuando se sintió un poquito mejor, Vimes echó un vistazo por entre las chimeneas y la claraboya. Pero había una docena de formas de bajar de allí, y un millar de sitios para esconderse.

Desde allí podía ver dentro de su habitación. Pensándolo bien, podía ver dentro de las habitaciones de la mayor parte de la ciudad.

Una catapulta… no…

Oh, bueno. Al menos había habido testigos.

Vimes fue hasta el final del tejado y miró por encima del borde.

—Hola ahí abajo —dijo.

Vimes parpadeó. Había seis pisos de distancia hasta el suelo lo cual no era una visión que debiera contemplarse con un estómago recién vaciado.

—Ejem… ¿Podrías subir aquí arriba, por favor? —dijo.

—O-o’iera.

Vimes retrocedió un poco. Entonces hubo un rechinar de piedras y una gárgola se izó laboriosamente por encima del parapeto, moviéndose como un efecto especial barato animado fotograma a fotograma.

El capitán no sabía gran cosa sobre las gárgolas. En una ocasión Zanahoria había dicho algo acerca de lo maravillosas que eran, una especie de troll urbano que había llegado a desarrollar una relación simbiótica con los desagües, y había admirado la manera en que llevaban el agua al interior de sus orejas para luego expulsarla a través de finos cedazos situados dentro de sus bocas. Probablemente fuesen la especie más extraña del Disco. Nunca se veía a muchos pájaros anidand[[17]](#footnote-17)o en los edificios colonizados por las gárgolas, y los murciélagos tendían a dar un rodeo alrededor de ellas.

—¿Cómo te llamas, amiga?

—’ornisa-’bre-’a-’ía-’cha.

Los labios de Vimes fueron moviéndose mientras insertaba mentalmente todos aquellos sonidos imposibles de obtener para una criatura cuya boca se hallaba atascada en un permanente estado de apertura. Cornisa-sobre-la-Vía-Ancha. La identidad personal de una gárgola estaba tan íntimamente unida a su ubicación habitual como la de una lapa.

—Bueno, Cornisa —dijo—, ¿sabes quién soy?

—Oh —dijo la gárgola con voz abatida.

Vimes asintió. Se pasa la vida sentada aquí arriba, haga el tiempo que haga, y filtrando mosquitos a través de sus orejas, pensó. La gente que es así no tiene una agenda de direcciones muy llena. Incluso las almejas salen más de casa.

—Soy el capitán Vimes de la Guardia.

La gárgola alzó sus enormes orejas.

—Ah. ¿’Abaja ’on el ’eñor A-a’oria?

Vimes también descifró aquella frase, y luego parpadeó.

—¿Conoces al cabo Zanahoria?

—Oh, ’iiiií. ’Odo ’undo ’oce a ’Oria.

Vimes soltó un bufido. Yo he crecido aquí, pensó, y cuando voy a la calle la gente me mira y luego dice: «¿Quién es ese mamón tan malcarado?». Zanahoria solo lleva aquí unos cuantos meses y todo el mundo le conoce. Y él conoce a todo el mundo. Todo el mundo le aprecia. Eso me pondría furioso, si él no fuese tan agradable.

—Tú vives aquí arriba —dijo Vimes, interesado a pesar del problema más acuciante que tenía en la cabeza—. ¿Cómo es que conoces a A-a’oria… a Zanahoria?

—’Ene ’ki ’e ’ez en ’uando, ’bla kon ’ozotdos.

—¿De ’eraz?

—’Ií.

—¿Subió alguien aquí arriba? ¿Hace unos momentos?

—’Ií.

—¿Viste quién era?

—Oh. ’E ’uzo el ’ie en la ca’eza. ’Ino ’on ’alo ’e ’uegos. ’Espués ’eo ’alir ’orriendo ’or ’lle ’Jol-o-ernes.

La calle Holofernes, tradujo Vimes. Quienquiera que hubiera sido, a aquellas alturas ya se encontraría muy lejos.

—’Enía un ’alo —contribuyó Cornisa—. Un ’alo ’e ’uegos.

—¿Un qué?

—’Uegos. Ya za’es. ¡Um! ¡Ock! ¡Arks! ¡’Oetes! ¡Ang!

—Oh, fuegos artificiales.

—Ií. Ezo e ’icho.

—¿Un palo de fuegos artificiales? ¿Como… como uno de esos cohetes sujetos a un palo?

—¡Oh, o ’é! ¡Un ’alo, lo a’untaz, alo ce ANG!

—¿Apuntas hacia algo con ello y esa cosa hace bang?

Vimes se rascó la cabeza. Sonaba como el cayado de un mago. Pero los cayados de los magos no hacían bang.

—Bueno… gracias —dijo—. Me has… ’udado ’ucho.

Se volvió hacia la escalera.

Alguien había intentado matarlo.

Y el patricio le había advertido de que no debía investigar el robo cometido en el Gremio de Asesinos. Robo, había dicho.

Hasta aquel momento, Vimes ni siquiera había estado seguro de que hubiese habido un robo.

Y luego, naturalmente, estaban las leyes del azar. Dichas leyes tienen un papel mucho más grande en el procedimiento policial de lo que le gustaría tener que admitir a la causalidad narrativa. Por cada asesinato resuelto a través del cuidadoso descubrimiento de una pisada vital o una colilla de cigarrillo, había cien asesinatos que no se resolvían porque el viento había empujado unas cuantas hojas en la dirección equivocada o no había llovido la noche anterior. Por eso muchos crímenes se resuelven gracias a un accidente afortunado: porque un coche se detiene por casualidad, por una observación que se escucha por azar, porque resulta que alguien de la nacionalidad apropiada se encuentra a menos de diez kilómetros de la escena del crimen sin tener coartada…

Incluso Vimes estaba enterado del poder del azar.

Su sandalia chocó con algo metálico.

—Y esto —dijo el cabo Zanahoria— es el famoso arco conmemorativo que celebra la batalla de Crumhorn. La ganamos, creo. Tiene más de noventa estatuas de soldados famosos. Es algo así como un hito.

—Habrían tenido que levantarles una estatua a los contables —dijo una voz perruna detrás de Angua—. La primera batalla en el universo donde el enemigo fue persuadido de que vendiera sus armas.

—¿Y entonces dónde está? —preguntó Angua, todavía haciendo caso omiso de Gaspode.

—Ah. Sí. Ese es el problema —dijo Zanahoria—. Disculpe, señor Escaso. Este es el señor Escaso, Mantenedor Oficial de los Monumentos. De acuerdo con la antigua tradición, su paga consiste en un dólar al año y una chaqueta nueva cada Vigilia de los Puercos.

En el cruce había un anciano sentado en un taburete, con el sombrero encima de los ojos. Se subió el ala.

—Buenas tardes, señor Zanahoria. Querrá ver el arco de triunfo, ¿verdad?

—Sí, por favor. —Zanahoria se volvió hacia Angua—. Desgraciadamente, le encargaron el diseño a Jodido Estúpido Johnson.

El anciano se sacó del bolsillo una cajita de cartón y levantó la tapa con un gesto lleno de reverencia.

—¿Dónde está?

—Aquí mismo —dijo Zanahoria—. Detrás de ese trocito de algodón de lana.

—Oh.

—Me temo que para el señor Johnson las medidas precisas eran algo que ocurría a otra gente.

El señor Escaso cerró la tapa.

—También hizo el Memorial de Quirm, los Jardines Colgantes de Ankh y el Coloso de Morpork —dijo Zanahoria.

—¿El Coloso de Morpork? —dijo Angua. El señor Escaso levantó un flaco dedo.

—Ah —dijo—. No se vayan. —Empezó a palparse los bolsillos—. Lo tengo guardado por aquí en alguna parte.

—¿Es que ese hombre nunca diseñó nada útil?

—Bueno, diseñó una vinagrera de mesa ornamental para lord Espasmo el Loco —dijo Zanahoria, mientras se iban.

—¿Y le salió bien?

—No exactamente. Pero hay un hecho muy interesante, y es que ahora cuatro familias viven dentro de un salero y utilizamos el pimentero para guardar el grano.

Angua sonrió. Hechos interesantes. Zanahoria estaba lleno de hechos interesantes acerca de Ankh-Morpork, y Angua tenía la sensación de estar flotando precariamente encima de un mar de ellos. Ir por una calle con Zanahoria era como tener tres recorridos con guía turístico comprimidos en uno.

—Y aquí tenemos el Gremio de Mendigos —dijo Zanahoria—. Los mendigos son el más antiguo de los gremios. Eso no lo saben muchas personas.

—No me digas.

—La gente piensa que los más antiguos son los bufones o los asesinos. Pregúntale a cualquiera, y te dirán que el gremio más antiguo de Ankh-Morpork es sin duda el Gremio de Bufones o el Gremio de Asesinos. Pero no lo son. Son bastante recientes. Pero hace siglos que existe un Gremio de Mendigos.

—¿De veras? —preguntó Angua con un hilo de voz.

Durante la última hora, había aprendido más cosas sobre Ankh-Morpork de las que cualquier persona razonable podía llegar a querer saber. Tenía la vaga sospecha de que Zanahoria estaba tratando de hacerle la corte. Pero, en vez de los bombones o las flores habituales, parecía estar tratando de envolver una ciudad entera en papel de regalo.

Y, en contra de todos sus instintos, Angua estaba empezando a sentirse celosa. ¡De una ciudad! ¡Por todos los dioses, pensó, si solo hace un par de días que le conozco!

Era la manera en que Zanahoria vestía el lugar. Esperabas que en cualquier momento entonara esa clase de canción con rimas sospechosas y frases como «Mi clase de ciudad» y «Quiero ser parte de ella»; la clase de canción en la que la gente baila por la calle, da manzanas a la persona que está cantando, una docena de humildes vendedoras de cerillas de pronto muestran asombrosas habilidades coreográficas, y todo el mundo se comporta como ciudadanos encantadores y amables en vez de como los individuos egoístas, malvados y capaces de llegar al asesinato que ellos mismos sospechan ser. Pero la diferencia estaba en que si de pronto Zanahoria se hubiera puesto a cantar y bailar, la gente se habría unido al número musical. Zanahoria era capaz de hacer que un círculo de monumentos megalíticos se pusiera en fila detrás de él y bailara una rumba.

—En el patio principal hay unas cuantas estatuas antiguas muy interesantes —dijo Zanahoria—. Incluida una de Jimi, el Dios de los Mendigos. Te las enseñaré. A ellos no les importará.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Angua.

—No es ninguna molestia…

La puerta se abrió.

Los agujeros de la nariz de Angua se dilataron. Había un olor…

Un mendigo recorrió a Zanahoria de arriba abajo con la mirada y se quedó boquiabierto.

—Eres Colmante Michael, ¿verdad? —dijo Zanahoria, con su jovialidad habitual.

La puerta se cerró de golpe.

—Bueno, eso no ha sido muy amistoso —dijo Zanahoria.

—Apesta, ¿verdad? —dijo una vocecita llena de malicia desde algún lugar detrás de Angua.

Aunque no estaba de humor para aceptar la presencia de Gaspode, Angua se encontró asintiendo. Si bien los mendigos eran un cóctel de olores, el segundo más grande era el miedo, y el más grande de todos era el de la sangre. Aquel olor a sangre hizo que a Angua le entraran ganas de chillar.

Hubo una algarabía de voces detrás de la puerta, y esta volvió a abrirse.

Esta vez había una multitud entera de mendigos en el hueco. Todos estaban mirando a Zanahoria.

—Muy bien, su señoría —dijo aquel al que antes había llamado Colmante Michael—, nos rendimos. ¿Cómo lo han sabido?

—¿Cómo hemos sabido el…? —empezó a decir Zanahoria, pero Angua le dio un codazo.

—Aquí han matado a alguien —dijo.

—¿Quién es ella? —preguntó Colmante Michael.

—La guardia interina Angua es un hombre de la Guardia —respondió Zanahoria.

—Jua, jua —dijo Gaspode.

—He de admitir que están ustedes mejorando mucho —dijo Colmante Michael—. Solo hace unos minutos que encontramos el cuerpo.

Angua pudo sentir cómo Zanahoria abría la boca para preguntar a quién se refería, y volvió a darle un codazo.

—Será mejor que nos lleves hasta él —dijo Zanahoria.

Resultó ser…

… para empezar, el cuerpo resultó pertenecer a una ella. En una habitación llena de harapos del último piso.

Angua se arrodilló junto al cadáver. Estaba muy claro que ahora era un cadáver. Ciertamente no era una persona, porque normalmente las personas tienen bastante más cabeza encima de los hombros.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Quién puede haber sido capaz de hacer algo semejante?

Zanahoria se volvió hacia los mendigos que formaban corro alrededor del hueco de la puerta.

—¿Quién era?

—Lettice Knibbs —dijo Colmante Michael—. La doncella de la Reina Molly, nadie importante.

Angua alzó la mirada hacia Zanahoria.

—¿Reina?

—Al jefe de los mendigos a veces lo llaman rey o reina —dijo Zanahoria. Estaba respirando pesadamente.

Angua extendió la capa de terciopelo de la doncella sobre su cadáver.

—Solo la doncella —murmuró.

En el centro de la habitación había un espejo de cuerpo entero, o al menos el marco de uno. El cristal estaba esparcido a su alrededor como lentejuelas.

Al igual que el vidrio de un panel de ventana.

Zanahoria hizo a un lado algunos trozos empujándolos con el pie. Había un surco en el suelo, y algo metálico incrustado en él.

—Colmante Michael, necesito un clavo y un trozo de cordel —dijo Zanahoria, hablando muy despacio y articulando cuidadosamente cada palabra. Sus ojos no se apartaron ni un solo instante del puntito metálico. Casi parecía como si esperase que hiciera algo.

—No creo que… —empezó a decir el mendigo.

Zanahoria extendió el brazo sin volverse y lo agarró por el cuello mugriento sin ningún esfuerzo aparente.

—Un trozo de cordel —repitió—, y un clavo.

—Sí, cabo Zanahoria.

—Y el resto de vosotros, marchaos —dijo Angua.

Todos la miraron con los ojos muy abiertos.

—¡Hacedlo! —gritó Angua, apretando los puños—. ¡Y dejad de mirarla!

Los mendigos se esfumaron.

—Tardarán un rato en conseguir el cordel —dijo Zanahoria, apartando unos cuantos trocitos de cristal—. Tendrán que mendigárselo a alguien, ya sabes.

Desenvainó el cuchillo y empezó a hurgar en las tablas del suelo, con mucho cuidado. Pasado un rato terminó extrayendo de ellas un trocito de metal, ligeramente aplastado por su paso a través de la ventana, el espejo, las tablas del suelo y ciertas partes de la difunta Lettice Knibbs que nunca habían sido concebidas pensando en que llegaran a ver la luz del día.

Zanahoria lo hizo rodar sobre la palma de su mano.

—¿Angua?

—¿Sí?

—¿Cómo supiste que había alguien muerto aquí dentro?

—Tuve un… presentimiento.

Los mendigos regresaron, tan nerviosos que había media docena de ellos tratando de llevar un ovillo de cordel.

Zanahoria clavó el clavo en el marco debajo del panel hecho añicos para que sostuviera un extremo del cordel. Luego clavó el cuchillo en el surco y sujetó el otro extremo del cordel a la empuñadura. Después se tumbó en el suelo y miró a lo largo del cordel.

—Madre mía.

—¿Qué pasa?

—Tiene que haber venido del tejado del Edificio de la Ópera.

—¿Sí? ¿Y?

—Eso queda a más de doscientos metros de aquí.

—¿Sí?

—La… cosa entró tres centímetros en un suelo de roble.

—¿Conocías a la chica… de antes? —preguntó Angua, y se sintió un poco avergonzada por preguntarlo.

—En realidad no.

—Creía que conocías a todo el mundo.

—Solo era alguien a quien veía ir por ahí. La ciudad está llena de gente a la que vas viendo por ahí.

—¿Por qué los mendigos necesitan sirvientes?

—No pensarás que el pelo se me pone así por sí solo, ¿verdad, querida?

Había una aparición en el hueco de la puerta. Su cara era una masa de llagas. Había verrugas, y a su vez esas verrugas tenían otras verrugas y dichas verrugas tenían pelos en ellas. Posiblemente fuese del sexo femenino, pero resultaba difícil estar seguro con todas las capas y más capas de harapos que la cubrían. El pelo que acababa de mencionar parecía haber sido objeto de una rápida permanente por un huracán cuyos dedos hubieran sido untados con melaza.

Entonces la figura se irguió.

—Oh. Cabo Zanahoria. No sabía que era usted.

Ahora la voz era normal, sin el menor rastro de gemido o queja. La figura se volvió y dejó caer su palo sobre algo en el pasillo.

—¡Eres un niño muy travieso, Babas Sidney! Podrías haber dicho que era el cabo Zanahoria.

—¡Aaargh!

La figura entró en la habitación.

—¿Y quién es su amiga, señor Zanahoria?

—Esta es la guardia interina Angua. Angua, esta es la Reina Molly de los Mendigos.

Angua reparó en que, por una vez, alguien no se sorprendía de encontrarse a una mujer en la Guardia. La Reina Molly le dirigió una breve inclinación de cabeza, saludándola como una trabajadora que se dirige a otra. El Gremio de Mendigos era un no-patrono que creía en la igualdad de oportunidades.

—Que tengas un buen día. Supongo que no te sobrarán diez mil dólares para una pequeña mansión, ¿verdad?

—No.

—Solo preguntaba.

La Reina Molly empujó el traje con la punta del bastón.

—¿Qué hizo esto, cabo?

—Creo que es una nueva clase de arma.

—Oímos romperse el cristal y allí estaba ella —dijo Molly—.¿Por qué iba a querer matarla nadie?

Zanahoria contempló la capa de terciopelo.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó.

—Mía. Es mi tocador.

—Pues entonces quienquiera que lo haya hecho no venía a por ella, Molly. Vino a por ti. «Algunos con harapos, y algunos con trapos, y uno con un traje de terciopelo…» Está en la carta fundacional de vuestro gremio, ¿no? El atuendo oficial del jefe de los mendigos. Probablemente no pudo resistir la tentación de ver qué tal le quedaba. El traje apropiado, la habitación apropiada. La persona equivocada.

Molly se llevó la mano a la boca, corriendo así un riesgo de envenenamiento instantáneo.

—¿Asesinato?

Zanahoria sacudió la cabeza.

—Eso no suena demasiado lógico. A los Asesinos siempre les gusta hacerlo desde muy cerca. Son unos profesionales que se toman muy en serio su trabajo —añadió con amargura.

—¿Qué debería hacer yo?

—Enterrar a la pobrecita sería un buen comienzo. —Zanahoria hizo girar el trocito de metal entre sus dedos y lo olió—. Fuegos artificiales —dijo.

—Sí —dijo Angua.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó la Reina Molly—. Ustedes son guardias, ¿no? ¿Qué está pasando? ¿Qué van a hacer al respecto?

Cuddy y Detritus procedían por el Camino de Fedre. Estaba lleno de curtidurías, depósitos de madera y hornos de ladrillos, y por lo general no se lo consideraba un dechado de hermosura; lo cual era, sospechaba Cuddy, la razón por la que se lo habían dado a patrullar «para que fueran conociendo la ciudad». Eso los quitaba de en medio. El sargento Colon pensaba que daban mal aspecto al servicio.

No había más sonido que el chasquido de sus botas y el repicar de los nudillos de Detritus chocando con el suelo.

Finalmente, Cuddy dijo:

—Solo quiero que sepas que el que te hayan puesto conmigo me gusta tan poco como a ti.

—¡Eso!

—Pero si queremos sacar el máximo provecho posible de la situación, entonces será mejor que haya algunos cambios. ¿De acuerdo?

—¿Como qué?

—Como que es ridículo que ni siquiera seas capaz de contar. Sé que los trolls saben contar. ¿Por qué tú no puedes hacerlo?

—¡Yo puedo contar!

—¿Cuántos dedos tengo levantados, entonces?

Detritus entornó los ojos.

—¿Dos?

—De acuerdo. Y ahora, ¿cuántos dedos estoy levantando?

—Dos… y uno más…

—¿Así que dos y uno más es…?

Detritus puso cara de pánico. Aquello entraba en el territorio del cálculo infinitesimal.

—Dos y uno más es tres.

—Dos y uno más es tres.

—¿Y ahora cuántos?

—Dos y dos.

—Eso es cuatro.

—Cuatro.

—¿Y ahora cuántos? —preguntó Cuddy, probando suerte con ocho dedos.

—Eso es un dos-cuatro.

Cuddy puso cara de sorpresa. Había esperado «muchos», o posiblemente «montones».

—¿Qué es un dos-cuatro?

—Un dos y un dos y un dos y un dos.

Cuddy inclinó la cabeza hacia un lado.

—De acuerdo. Un dos-cuatro es lo que nosotros llamamos un ocho.

—Cho.

—Sabes, puede que no seas tan estúpido como aparentas… —dijo Cuddy, sometiendo al troll a una mirada larga y crítica—. Esto no es tan difícil. Vamos a pensar un poco en ello. Bueno, lo que quería decir es que yo pensaré en ello y que tú puedes unirte a mí en cuanto conozcas las palabras.

Vimes entró en la Casa de la Guardia y dio un ruidoso portazo tras de sí. El sargento Colon alzó la mirada desde su escritorio. Su rostro lucía una expresión complacida.

—¿Qué ha estado ocurriendo, Fred?

Colon tragó aire con una profunda inspiración.

—Cosas muy interesantes, capitán. Yo y Nobby hicimos un poco de detectoramiento en el Gremio de Asesinos. He puesto por escrito todo lo que averiguamos. Está todo aquí. Un informe como es debido.

—Estupendo.

—Todo puesto por escrito, mire. Como es debido. Con puntuación y todo.

—Bien hecho.

—Tiene comas y todo, mire.

—Estoy seguro de que lo disfrutaré mucho, Fred.

—Y el… y Cuddy y Detritus también han descubierto cosas. Cuddy también ha hecho un informe. Pero el suyo no tiene tanta puntuación como el mío.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Seis horas.

Vimes trató de hacer un poco de espacio mental para aquello, y fracasó.

—Necesito meterme algo dentro —dijo—. Un poco de café o algo. Y luego de alguna manera el mundo será un poco mejor.

Cualquiera que estuviese yendo por el Camino de Fedre habría visto a un troll y un enano que aparentemente se gritaban el uno al otro con gran excitación.

—¡Un dos-treinta y dos, y ocho, y un uno!

—¿Ves? ¿Cuántos ladrillos hay en ese montón?

Pausa.

—¡Un dieciséis, un ocho, un cuatro, un uno!

—¿Te acuerdas de lo que te dije acerca de dividir por ocho-y-dos?

Una pausa más larga.

—¿Ve-intinue-ve…?

—¡Exacto!

—¡Exacto!

—¡Puedes llegar hasta allí!

—¡Puedo llegar hasta allí!

—¡Tú has nacido para contar hasta dos!

—¡Yo he nacido para contar hasta dos!

—¡Si puedes contar hasta dos, puedes contar hasta cualquier cosa!

—¡Si puedo contar hasta dos, puedo contar hasta cualquier cosa!

—¡Y entonces el mundo será tu molusco!

—¡Mi molusco! ¿Qué es un molusco?

Angua tuvo que apretar el paso para mantenerse a la altura de Zanahoria.

—¿No vamos a ir a echar una mirada en el Edificio de la Opera?—preguntó.

—Luego. Cualquiera que estuviese allí arriba ya estará bien lejos para cuando lleguemos ahí. Tenemos que decírselo al capitán.

—¿Piensas que a Lettice Knibbs la mató lo mismo que mató a Martillogrande?

—Sí.

—Hay… nueve pájaros.

—Eso es.

—Hay… un puente.

—Bien.

—Hay… cator-ce embarcaciones.

—Exacto.

—Hay… mil. Trescientos. Se-senta. Cuatro ladrillos.

—Tú lo has dicho.

—Hay…

—Bueno, será mejor que nos tomemos un descanso. No querrás desgastarlo todo contando, ¿verdad?

—Hay… un hombre que corre…

—¿Qué? ¿Dónde?

El café de Sham Harga era como plomo fundido, pero tenía una cosa a su favor: cuando lo bebías, siempre experimentabas una abrumadora sensación de alivio por haber llegado al fondo de la taza.

—Ese café estaba realmente horroroso, Sham.

—Cierto —dijo Harga.

—No, quiero decir que en mis buenos tiempos he bebido muchísimo café malo, pero eso, eso ha sido como si alguien me estuviera pasando una sierra por la lengua. ¿Cuánto tiempo estuvo hirviendo?

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó Harga, limpiando un vaso. Generalmente siempre estaba limpiando vasos. Nadie descubría jamás qué ocurría luego con los vasos limpios.

—Quince de agosto.

—¿De qué año?

Sham Harga sonrió, o al menos movió varios músculos alrededor de su boca. Sham Harga llevaba muchos años triunfando en el negocio de la restauración gracias a que siempre sonreía, nunca fiaba, y era muy consciente de que la mayor parte de sus clientes querían comer algo que estuviera adecuadamente equilibrado entre los cuatro grandes grupos alimenticios: el azúcar, el almidón, la grasa, y los trocitos quemados y crujientes.

—Me gustaría tomar un par de huevos —dijo Vimes—, con las yemas duras de verdad pero las claras tan poco hechas que goteen como si fueran melaza. Y quiero panceta, esa panceta especial que está toda cubierta de nódulos huesudos y le cuelgan trocitos de grasa. Y una rebanada de pan frito. De la clase que hace que te crujan las arterias solo con mirarla.

—Un pedido difícil —dijo Harga.

—Ayer conseguiste que te quedara bien. Y ponme un poco más de café. Lo quiero tan negro como la medianoche en una noche sin luna.

Harga pareció sorprenderse. Aquello no era propio de Vimes.

—¿Como cuánto de negro es eso? —preguntó.

—Oh, pues yo diría que condenadamente negro.

—No necesariamente.

—¿Cómo?

—En una noche sin luna hay más estrellas. Es lógico, ¿verdad? Se las ve más. Una noche sin luna puede ser bastante brillante.

Vimes suspiró.

—¿Tan negro como una noche sin luna que esté muy nublada? —preguntó.

Harga contempló su cafetera con expresión pensativa.

—¿Cúmulos o cirroestratos?

—Disculpa, ¿cómo has dicho?

—Las luces de la ciudad siempre se reflejan en los cúmulos porque son nubes bastante bajas, ¿comprendes? Ojo, puede que te encuentres con un poco de dispersión del reflejo a gran altura debido a los cristales de hielo que hay suspendidos dentro de…

—Una noche sin luna que sea tan negra como ese café —dijo Vimes con voz hueca.

—¡Bien!

—Y un donut. —Vimes agarró a Harga por la chaqueta llena de manchas y tiró de él hasta que sus respectivas narices se tocaron—. Un donut tan donutesco como un donut hecho de harina, agua, un huevo grande, azúcar, un pellizco de levadura, canela para darle sabor y un relleno de crema, gelatina o rata dependiendo de las preferencias nacionales o de la especie, ¿de acuerdo? Pero no tan donutesco como algo que sea metafórico en ningún sentido. Solo un donut. Un donut.

—Un donut.

—Sí.

—Bastaba con que lo dijeras.

Harga se pasó las manos por la chaqueta, le lanzó una mirada dolida a Vimes y volvió a entrar en la cocina.

—¡Alto! ¡En el nombre de la ley!

—¿Cuál es el nombre de la ley, entonces?

—¡Cómo quieres que lo sepa!

—¿Por qué nosotros persiguiéndolo?

—¡Porque él está huyendo!

Cuddy solo llevaba unos días siendo un guardia, pero ya había absorbido un hecho importante y básico: es casi imposible que alguien esté en la calle sin infringir la ley. Existe todo un manojo de delitos a disposición del policía que desee pasarlo en grande con un ciudadano, desde la Espera con Intención hasta la Obstrucción a la Espera Siendo del Color/Sexo/Forma/Especie Equivocado. Por un instante, a Cuddy se le ocurrió pensar que cualquier persona que no saliese huyendo despavorida en cuanto viera a Detritus dándole al suelo con los nudillos a alta velocidad detrás de ella probablemente sería culpable de contravenir el Acta de Ser Jodidamente Estúpido del Año 1581. Pero ya era demasiado tarde para tomar en consideración aquello. Alguien estaba corriendo, y ellos lo estaban persiguiendo. Lo estaban persiguiendo porque él corría, y él corría porque ellos lo estaban persiguiendo.

Vimes se sentó con su café y contempló la cosa que había recogido del tejado.

Parecía un juego corto de flautas de Pan, con tal de que Pan se viera restringido a seis notas y todas ellas fueran la misma. Los tubitos estaban hechos de acero y soldados entre sí. Había una tira de metal aserrado a lo largo, como una rueda de engranaje aplanada, y todo el artilugio apestaba a fuegos artificiales.

Vimes los dejó junto a su plato manejándolos con mucho cuidado.

Leyó el informe del sargento Colon. Fred Colon había invertido un cierto tiempo en él, probablemente con la ayuda de un diccionario. El informe decía lo siguiente:

Informe del sargento F. Colon. Aprox. 10 de la mañana de hoy, 15 del agusto, prosedí, en compañía del cabo, C. W. St. J. Nobbs, al Gremio de Bufones y Chistosos de la calle Dios, paradero en el cual conversamos con el payaso Boffo quien dijo, que payaso Beano, el corpus dejadicti, fue definitivamente visto por él, payaso Boffo, dejando el Gremio la mañana previa, justo después de la explosión. (En mi opinión esto es mentira podrida, porque el fiambre llevaba muerto al menos dos días, cabo C. W. St. J. Nobbs está de acuerdo, así que alguien nos está vendiendo la burra, nunca confíes en nadie que se cae sobre el trasero para ganarse la vida.) En cuyo momento el doctor Carablanca se encontró con nosotros, y, que me cuelguen, si no estuvo a punto de darnos la derriére velocité fuera del sitio. Nos pareció, i.e., a mí y al cabo C. W. St. J. Nobbs, que los bufones se temen que puedan haber sido los asesinos, pero no sabemos por qué. También, el payaso Boffo insistió en que buscáramos la nariz de Beano, pero él tenía nariz cunado lo vimos allí, así que le dijimos al payaso Boffo que si se refería a una nariz falsa, y él dijo, no, una nariz real, largo de aquí. Visto lo cual regresamos aquí.

Vimes se las arregló para descifrar lo que significaba derriére velocité. Todo aquel asunto de la nariz parecía un acertijo envuelto en un enigma, o al menos en la letra del sargento Colon, lo cual venía a ser prácticamente lo mismo. ¿Por qué pedir que se buscara una nariz que no se había perdido?

Después leyó el informe de Cuddy, escrito en la cuidadosa caligrafía angular de alguien más acostumbrado a las runas. Y las sagas.

Capitán Vimes, la aqví presente es la crónica de mí, el agente Cvddy. Lvminosa era la mañana y brillaba el sol sobre nvestras cabezas cvando procedimos al Gremio de Alqvimistas, donde acontecieron los acontecimientos qve ahora cantaré. Estos inclvyeron bolas qve hacían explosión. En cvanto a la epopeya a la cval habíamos sido enviados, fvimos informados de qve el papel anexo (anexo) hallábase escrito en la letra de Leonardo da Qvirm, qvien se desvaneció en misteriosas circvnstancias. Versa sobre cómo hacer vn polvo llamado pólvora Nvmero 1, el cval se utiliza en fvegos artificiales. El señor Silverfish el alqvimista dice qve cvalqvier alqvimista lo conoce. También, en el margen del papel, hay vn dibvjo de lo qve se conoce como El Debólver, porqve le pregvnté acerca de Leonardo a mi primo y él solía venderle tubos de pintvra a Leonardo y reconoció la letra y dijo qve Leonardo siempre escribía de atrás hacia delante porqve era vn genio. He copiado lo mismo en este lvgar.

Vimes dejó los papeles sobre la mesa y puso el trozo de metal encima de ellos.

Luego metió la mano en el bolsillo y sacó de él un par de piezas de metal.

Un palo, había dicho la gárgola.

Vimes contempló el dibujo. Se parecía mucho, tal como había observado Cuddy, a la culata de una ballesta con un tubo encima. Junto a él había unos cuantos esbozos de extraños artilugios mecánicos, y un par de las cositas de seis tubos. Todo el dibujo parecía una especie de garabato. Alguien, posiblemente el tal Leonardo, había estado leyendo un libro acerca de los fuegos artificiales y luego se había dedicado a dibujar en los márgenes.

Fuegos artificiales.

Bueno… ¿fuegos artificiales? Pero los fuegos artificiales no eran un arma. Los petardos hacían pum. Los cohetes subían, más o menos, pero lo único a lo que podías estar seguro de que terminarían dándole era al cielo.

Martillogrande había llegado a hacerse famoso por su habilidad con los mecanismos. Aquello no era un atributo muy habitual entre los enanos. La gente creía que sí, pero no lo era. Los enanos eran muy hábiles con el metal, y hacían buenas espadas y joyas, pero no eran demasiado técnicos cuando se trataba de cosas como los engranajes y los resortes. Martillogrande había sido un caso poco habitual.

Así pues…

Suponiendo que hubiera un arma. Suponiendo que hubiera algo en ella que fuese distinto, extraño, aterrador.

No, no podía tratarse de eso. O terminaría hallándose disponible en todas partes, o sería destruida. No terminaría en el museo del Gremio de Asesinos. ¿Qué se colocaba en los museos? Cosas que no habían funcionado, o que se habían perdido, o que debieran recordarse… así que ¿dónde podía estar el sentido de exhibir nuestro palo de fuego?

Recordó que había muchísimas cerraduras en la puerta. Así que… no se trataba de un museo en el que se pudiera entrar como si tal cosa. Quizá había que ser un asesino que hubiese llegado muy arriba, y entonces un día uno de los líderes del Gremio de Asesinos te llevaba allí a altas horas de la noche, cuando todo parecía estar muerto, ja, y decía… y decía…

Por alguna razón inexplicable, el rostro del patricio surgió de la nada llegado a aquel punto.

Vimes volvió a sentir el contorno de algo, alguna cosa fundamental que se hallaba presente en el centro de todo aquello…

—¿Adónde ha ido? ¿Adónde ha ido?

Había un laberinto de callejones alrededor de las puertas. Cuddy se apoyó en una pared y trató de recuperar el aliento.

—¡Allá va! —gritó Detritus—. ¡Por el Camino de la Barba de Ballena!

El troll fue tras él con sus pesados andares.

Vimes dejó la taza de café encima de la mesa.

La persona que le había disparado aquellas bolas de plomo había sido muy precisa para estar a varios centenares de metros de distancia, y había efectuado seis disparos más deprisa de lo que nadie podía llegar a disparar una flecha.

Vimes cogió los tubos. Seis tubitos, seis disparos. Y podías llevar encima un bolsillo entero de aquellas cosas. Podías disparar más lejos, más deprisa, con más precisión de lo que podía llegar a hacerlo ninguna otra persona con cualquier otra clase de arma.

Bien. Un nuevo tipo de arma. Mucho, mucho más rápida que un arco. A los Asesinos no les iba a gustar nada aquello. No, no les iba a gustar en lo más mínimo. Ellos ni siquiera eran partidarios de los arcos. Los Asesinos preferían matar de cerca.

Así que habían dejado el… el debólver a buen recaudo poniéndolo bajo llave. Solo los dioses sabían cómo habían llegado a hacerse con él en un principio. Y unos cuantos asesinos veteranos estarían al corriente de su existencia. Transmitirían el secreto: tened mucho cuidado con cosas como esta…

—¡Ahí abajo! ¡Ha entrado en el callejón del Tanteo!

—¡Ve más despacio! ¡Ve más despacio!

—¿Por qué? —dijo Detritus.

—Es un callejón sin salida.

Los dos guardias se detuvieron.

Cuddy sabía que actualmente era el cerebro del equipo, por mucho que en aquel momento Detritus estuviera contando, con el rostro resplandeciendo de orgullo, las piedras en la pared que había detrás de él.

¿Por qué habían perseguido a alguien a través de media ciudad? Porque ese alguien había salido huyendo. Nadie huía de la Guardia. Los ladrones se limitaban a enseñar sus licencias. Los ladrones que carecían de licencia no tenían nada que temer de la Guardia, dado que reservaban todo su miedo para el Gremio de Ladrones. Los asesinos siempre obedecían al pie de la letra la ley. Y los hombres honrados no salían huyendo en cuanto veían a la Guardia. Huir de la Guardia era decididamente sosp[[18]](#footnote-18)echoso.

El origen del nombre del callejón del Tanteo estaba afortunadamente perdido en las famosas nieblas del tiempo, pero dicho nombre había llegado a ser muy merecido. El callejón había ido convirtiéndose en una especie de túnel a medida que se construían más almacenes superiores tanto fuera como por encima de él, dejando solo unos cuantos centímetros de cielo.

Cuddy echó un vistazo más allá de la esquina, intentando ver algo en la penumbra. Clic. Clic.

El sonido provenía del interior de la oscuridad.

—¿Detritus?

—¿Sí?

—¿Llevaba alguna arma?

—Nada más que un palo. Un palo.

—Es solo que… huelo a fuegos artificiales.

Cuddy volvió a meter la cabeza detrás de la esquina, haciéndola retroceder con mucho cuidado.

Había olido a fuegos artificiales en el taller de Martillogrande, y el señor Martillogrande había terminado con un gran agujero en el pecho. Y una sensación de terror con nombre, que es mucho más específico y aterrador que el terror innombrable, estaba empezando a apoderarse de Cuddy. Era similar a la sensación que experimentas cuando estás jugando a un juego donde las apuestas son muy altas y de pronto tu oponente sonríe, y entonces caes en la cuenta de que no conoces todas las reglas pero sabes que tendrás suerte si sales de ahí con tu camisa, y eso si eres muy afortunado.

Por otra parte… podía imaginarse la cara del sargento Colon. Perseguimos a ese hombre hasta un callejón, sargento, y luego nos fuimos…

Desenvainó su espada.

—¿Guardia interino Detritus?

—¿Sí, guardia interino Cuddy?

—Sígame.

¿Por qué? Aquel dichoso trasto estaba hecho de metal, ¿verdad? Diez minutos en un crisol caliente y fin del problema. Algo como aquello, algo peligroso, ¿por qué no limitarse a librarse de ello? ¿Por qué conservarlo?

Pero eso no era propio de la naturaleza humana, ¿verdad? A veces las cosas eran demasiado fascinantes para que se las destruyera.

Vimes contempló los extraños tubos de metal. Seis tubos cortos, soldados entre sí y sellados con firmeza en un extremo. Había un agujerito en el lado superior de cada uno de los tubos…

Vimes cogió lentamente uno de los trozos de plomo…

El callejón cambiaba de dirección en una o dos ocasiones, pero no había otros callejones o puertas que permitieran salir de él. Había una al final de todo. Era más grande que una puerta normal, y había sido construida de una manera muy sólida.

—¿Dónde estamos? —susurró Cuddy.

—No sé —dijo Detritus—. Detrás de los muelles en algún lugar.

Cuddy abrió la puerta empujándola con su espada.

—¿Cuddy?

—¿Sí?

—¡Hemos andado setenta-y-nueve pasos!

—Qué bien.

Una súbita corriente de aire frío pasó junto a ellos.

—Es un almacén de carne —murmuró Cuddy—. Alguien ha forzado la cerradura.

Cruzó el umbral y entró en una sala tenebrosa y de techo muy alto, tan grande como un templo y que en algunos aspectos se parecía a uno. Una tenue claridad se filtraba a través de las altas ventanas cubiertas de hielo. Suspendidos de una barra tras otra, elevándose hasta llegar al techo, colgaban enormes cuartos de carne.

Eran semitransparentes y estaban tan fríos que el aliento de Cuddy se convertía en cristales en el aire.

—Oh, vaya —dijo Detritus—. Me parece que esto es el almacén de futuros porcinos en el Camino de Morpork. .

—¿Qué?

—Yo trabajaba aquí —dijo el troll—. Trabajaba en todas partes. Vete, troll estúpido, eres demasiado tonto —añadió, lúgubremente.

—¿Hay alguna salida?

—La puerta principal está en la calle Morpork. Pero nadie entra aquí durante meses. Hasta que el cerdo existe.

Cuddy se estremeció.

—¡Eh, él de ahí dentro![[19]](#footnote-19) —gritó—. ¡Es la Guardia! ¡Salga ahora mismo!

Una figura oscura apareció ante ellos saliendo de entre un par de pre-cerdos.

—¿Ahora qué hacemos? —dijo Detritus.

La figura lejana alzó lo que parecía un palo, sosteniéndolo como si fuera una ballesta.

Y disparó. El primer disparo rebotó en el casco de Cuddy. Una mano rocosa se posó sobre la cabeza del enano y Detritus puso a Cuddy detrás de él, pero en ese instante la figura ya estaba corriendo, corriendo hacia ellos, todavía disparando.

Detritus parpadeó.

Cinco disparos más, uno tras otro, perforaron su coraza.

Y un instante después el hombre que corría había salido por la puerta abierta, cerrándola tras de sí.

—¿Capitán Vimes?

Levantó la vista. Era el capitán Quirke de la Guardia Diurna, con un par de sus hombres detrás de él.

—¿Sí?

—Venga con nosotros. Y deme su espada. .

—¿Qué?

—Me parece que ya me ha oído, capitán.

—Oye, Quirke, soy yo. Sam Vimes, ¿recuerdas? No seas idiota.

—No soy idiota. Tengo hombres con ballestas. Hombres. Es usted quien sería un idiota si se resistiera al arresto.

—¿Oh? ¿Estoy arrestado?

—Solo si no viene con nosotros…

El patricio estaba en el Despacho Oblongo, mirando por la ventana. La cacofonía multirrepicada de las cinco empezaba a disiparse.

Vimes saludó. Visto desde atrás, Vetinari parecía un flamenco carnívoro.

—Ah, Vimes —dijo, sin volverse a mirarlo—, venga aquí, ¿quiere? Y dígame qué es lo que ve.

Vimes odiaba todos los juegos de adivinanzas, pero aun así se reunió con el patricio.

El Despacho Oblongo tenía una vista de más de la mitad de la ciudad, aunque la mayor parte de ella consistía en tejados y torres. La imaginación de Vimes pobló las torres con hombres que empuñaban debólveres. El patricio sería un blanco fácil.

—¿Qué es lo que ve ahí fuera, capitán?

—La ciudad de Ankh-Morpork, señor —dijo Vimes, manteniendo su expresión cuidadosamente vacía.

—¿Y le trae a la mente algo, capitán?

Vimes se rascó la cabeza. Si tenía que jugar a un juego, entonces jugaría a un juego…

—Bueno, señor, cuando yo era niño una vez tuvimos una vaca, y un día se puso enferma, y a mí siempre me tocaba limpiar el establo, y…

—A mí me recuerda a un reloj —dijo el patricio—. Ruedas grandes, ruedas pequeñas. Todas las ruedas se mueven continuamente. Las ruedas pequeñas giran y las ruedas grandes dan vueltas, todas moviéndose a distintas velocidades, pero la máquina funciona. Y eso es lo más importante. La máquina continúa funcionando. Porque cuando la máquina se avería…

Se volvió de repente, fue hacia su escritorio con sus habituales andares de depredador y se sentó.

—O, igualmente, a veces una partícula de suciedad puede quedar atrapada entre las ruedas y entonces termina desequilibrándolas. Una mota de suciedad.

Vetinari alzó la mirada y le dirigió a Vimes una sonrisa en la que no había el menor rastro de buen humor.

—No permitiré que eso ocurra.

Vimes miró la pared.

—Creo que le dije que se olvidara de ciertos acontecimientos recientes, capitán.

—Señor.

—Y con todo, parece que la Guardia se ha estado metiendo entre las ruedas.

—Señor.

—¿Qué voy a hacer con usted?

—No sabría decirlo, señor.

Vimes examinó minuciosamente la pared. Deseó que Zanahoria estuviera allí. El muchacho podía ser simple, pero era tan simple que veía cosas que se le pasaban por alto a una mente sutil. Y siempre se le estaban ocurriendo ideas muy simples que se te quedaban grabadas en la mente. Lo del policía, por ejemplo. Zanahoria se lo había dicho a Vimes un día, mientras procedían por la calle de los Dioses Menores: ¿Sabe de dónde proviene la palabra «policía», señor? Vimes no lo sabía. Polis solía significar «ciudad», le había dicho Zanahoria. Eso es lo que significa la palabra «policía»: «un hombre para la ciudad». No lo saben muchas personas. La palabra politesse también proviene de polis. Antes solía significar el comportamiento apropiado en alguien que vivía dentro de una ciudad.

Hombre de la ciudad… Zanahoria siempre te estaba soltando cosas de ese estilo. Como lo de que se les llamara «cobres», por ejemplo. Vimes había creído durante toda su vida que en ciertos círculos bastante poco recomendables a los hombres de la Guardia los llamaban cobres porque llevaban placas de cobre, pero no, decía Zanahoria, eso provenía de la antigua palabra cappere, «capturar».

Zanahoria leía libros en su tiempo libre. No muy bien, desde luego. Tendría auténticas dificultades en el caso de que le cortaras el dedo índice. Pero los leía continuamente. Y se dedicaba a recorrer Ankh-Morpork en su día libre.

—¿Capitán Vimes?

Vimes parpadeó.

—¿Señor?

—Usted no tiene ni la menor idea de lo delicado que es el equilibrio de la ciudad. Se lo diré una vez más. Ese asunto con los asesinos y el enano y ese payaso… va a dejar de involucrarse en él.

—No, señor. No puedo hacerlo.

—Deme su placa.

Vimes bajó la mirada hacia su placa.

Lo cierto era que nunca pensaba en ella. La placa era solo algo que siempre había tenido. En realidad no significaba gran cosa, ni de una manera ni de otra. La placa solo era algo que Vimes siempre había tenido.

—¿Mi placa?

—Y su espada.

Lentamente, con dedos que de pronto sentía como plátanos, y además como unos plátanos que no le pertenecían a él, Vimes se abrió el cinturón de la espada.

—Y su placa.

—Mmm. Mi placa no.

—¿Porqué no?

—Mmm. Porque es mi placa.

—Pero de todas maneras presentará su dimisión en cuanto se haya casado.

—Sí.

Los ojos de Vimes se encontraron con los del patricio.

—¿Cuánto significa su placa para usted? —le preguntó Vetinari.

Vimes lo miró fijamente. No podía encontrar las palabras apropiadas. En realidad, todo se reducía a que siempre había sido un hombre con una placa. No estaba muy seguro de que pudiera ser una cosa sin la otra.

Finalmente, lord Vetinari dijo:

—Muy bien. Tengo entendido que se casará mañana a mediodía. —Sus largos dedos cogieron del escritorio la invitación con las letras doradas escritas en relieve—. Sí. Puede quedarse con la placa, entonces. Y tener un retiro honorable. Pero me quedo con la espada. Y la Guardia Diurna será enviada al Yard para que desarme a sus hombres. Suspendo de todas sus funciones a la Guardia Nocturna, capitán Vimes. A su debido tiempo, quizá designe a otro hombre al cargo… cuando a mí me vaya bien hacerlo. Hasta ese momento, usted y sus hombres pueden considerarse de permiso.

—¿La Guardia Diurna? Son una pandilla de…

—¿Cómo dice?

—Sí, señor.

—Una infracción, sin embargo, y la placa es mía. Recuérdelo.

Cuddy abrió los ojos.

—¿Estás vivo? —le preguntó Detritus.

El enano se quitó el casco con mucho cuidado. Había una mella en el borde, y le dolía la cabeza.

—Parece una leve abrasión en la piel —dijo Detritus.

—¿Una qué? Oooooh. —Cuddy torció el gesto—. Oye, ¿y qué me dices de ti?

Había algo raro en el troll. Cuddy todavía no tenía del todo claro de qué se trataba, pero decididamente había algo nada familiar en él, dejando aparte todos los agujeros.

—Supongo que la armadura fue de una cierta ayuda —dijo Detritus. Tiró de las correas que sujetaban su coraza y cinco discos de metal salieron de ella a la altura del cinturón—. Si no los hubiera ralentizado un poco, ahora yo tendría unas abrasiones realmente serias.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás hablando de esa manera?

—¿De cuál, si no te resulta excesiva molestia decírmelo?

—¿Qué ha sido de todo ese rollo del «yo gran troll»? Sin ánimo de ofender.

—No estoy seguro de entenderte.

Cuddy se estremeció, y dio unas cuantas patadas en el suelo para mantenerse caliente.

—Salgamos de aquí.

Fueron trotando a la puerta. Estaba firmemente cerrada.

—¿Puedes tirarla abajo?

—No. Si este sitio no fuese a prueba de trolls, estaría vacío. Lo siento.

—¿Detritus?

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien? Lo pregunto porque te está saliendo vapor de la cabeza.

—Me siento… ejem…

Detritus parpadeó. Hubo un tintineo de hielo cayendo. Dentro de su cráneo estaban ocurriendo unas cosas muy raras.

Pensamientos que normalmente deambulaban con lánguida pereza por su cerebro, de pronto estaban cobrando una existencia intensa y coruscante. Y cada vez parecía haber un número más grande de ellos.

—Oh, dioses —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Aquello era un comentario lo suficientemente impropio de un troll para que incluso Cuddy, cuyas extremidades ya estaban empezando a entumecerse, lo mirara fijamente.

—Me parece que estoy ejerciendo una auténtica actividad mental —dijo Detritus—. ¡Cuán interesante!

—¿Qué quieres decir?

Más hielo cayó de Detritus cuando se frotó la cabeza.

—¡Pues claro! —dijo, alzando un dedo gigantesco—. ¡Superconductividad!

—¿Superqué?

—¿Es que no lo ves? Cerebro de silicio impuro. Problemas con la disipación del calor. La temperatura diurna es demasiado alta, y eso hace que la velocidad a la que se efectúa el procesamiento vaya reduciéndose, con el resultado final de que el cerebro termina quedando completamente detenido cuando el clima es más cálido. Entonces el troll se convierte en piedra hasta que llega el momento en que anochece, i.e., hasta el momento en que una temperatura más baja o, almenos, losuficientementebaja, hacequeelcerebrooperemásdeprisa…

—Creo que no tardaré en helarme de frío —dijo Cuddy.

Detritus miró a su alrededor.

—Ahí arriba hay unas pequeñas aberturas cubiertas por cristales —dijo.

—Están demasiado arriba para llegar hasta ellas, incluso si me subiera a tus hombros —farfulló Cuddy, encogiéndose un poco más sobre sí mismo.

—Ah, pero mi plan consiste en tirar algo a través de ellas para atraer ayuda —dijo Detritus.

—¿Plan? ¿Qué plan?

—En realidad he urdido veintitrés planes, pero este cuenta con un noventa y siete por ciento de probabilidades de éxito —dijo Detritus con una gran sonrisa.

—No tengo nada que tirar —dijo Cuddy.

—Pero yo sí —dijo Detritus, agarrándolo con una mano— No te preocupes. Puedo computar tu trayectoria con una precisión asombrosa. Y luego lo único que tendrás que hacer será traer hasta aquí al capitán Vimes, o a Zanahoria o a alguien.

Las débiles protestas de Cuddy describieron un arco a través del aire helado y se desvanecieron junto con el cristal de la ventana. Detritus volvió a sentarse en el suelo. Cuando realmente pensabas en ello, descubrías que la vida era muy simple. Y ahora estaba pensando realmente.

Estaba un setenta y seis por ciento seguro de que iba a obtener un mínimo de diecisiete grados menos de temperatura.

El señor Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, Proveedor, Mercader Emprendedor y Vendedor En General, había dedicado muchas horas de su tiempo a pensar en los alimentos étnicos. Pero dedicarse suponía una progresión natural en su carrera. El viejo negocio de la salchicha-en-un-panecillo había estado yendo cuesta abajo últimamente, mientras que ahora estaban todos esos trolls y enanos paseándose por ahí con dinero en los bolsillos o donde fuera que guardaban su dinero los trolls, y a Escurridizo siempre le había parecido que el dinero en posesión de otras personas era algo que iba en contra del orden natural de las cosas.

Los enanos eran una clientela fácil de satisfacer. La rata-pinchada-en-un-palito era un artículo lo suficientemente sencillo, por mucho que significara una mejora general en el nivel de la mercancía que ofrecía Escurridizo.

Los trolls, en cambio, básicamente eran, cuando ibas al fondo de la cuestión y dicho fuese sin ánimo de ofender… Bueno, básicamente eran rocas que andaban.

Escurridizo había pedido consejo acerca de lo que comían los trolls a Crysoprase, quien también era un troll, aunque ahora ya casi no se le notaba porque llevaba tanto tiempo moviéndose entre los humanos que siempre vestía un traje y, como decía él, había aprendido toda clase de cosas civilizadas, como la extorsión, el prestar dinero a un interés mensual del trescientos por ciento, y cosas por el estilo. Crysoprase podía haber nacido dentro de una cueva por encima de donde empezaban las nieves en alguna montaña perdida, pero cinco minutos en Ankh-Morpork habían bastado para que se hiciera un hueco en la ciudad. A Escurridizo le gustaba pensar en Crysoprase como un amigo, porque nadie que estuviera en su sano juicio querría pensar en él como un enemigo.

Ruina había decidido que hoy pondría a prueba su nuevo concepto del negocio. En aquel momento estaba empujando su carrito lleno de comida caliente por las calles anchas y las estrechas callejas, gritando:

—¡Salchichas! ¡Salchichas calientes! ¡En un panecillo! ¡Pasteles de carne! ¡Hágase con ellos mientras todavía están calientes!

Aquello estaba calculado para servir como precalentamiento.

A esas alturas las probabilidades de que un humano comiera cualquier cosa salida del carrito de Escurridizo, a menos que dicho humano hubiese quedado aplanado y se le hubiera empujado por debajo de la puerta después de dos semanas de una rigurosa dieta de hambre, eran bastante remotas. Escurridizo paseó una mirada de conspirador por los alrededores —siempre había trolls trabajando en los muelles— y le quitó la tapa a una bandeja fresca.

Vamos a ver, ¿cómo se decía exactamente? Oh, sí…

—¡Conglomerados dolomíticos! ¡Tengo conglomerados dolomíticos! ¡Nódulos de manganeso! ¡Nódulos de manganeso! Hágase con ellos mientras todavía están… uh… con forma de nódulo. —Titubeó durante unos instantes, y luego se armó de valor—. ¡Piedra pómez! ¡Piedra pómez! ¡Un dólar la tofa! Guijarros de caliza asados…

Unos cuantos trolls se acercaron a mirarlo.

—Usted, señor, parece… hambriento —dijo Escurridizo, dirigiéndole una gran sonrisa al más pequeño de los trolls—. ¿Por qué no prueba nuestra roca de pizarra en un panecillo? ¡Mmm…! Saboree ese depósito aluvial. Ya sabe a qué me refiero, ¿verdad?

Y. V. A. L. R. Escurridizo tenía un montón de defectos, pero los prejuicios entre especies no figuraban entre ellos. Cualquiera que tuviese dinero enseguida le caía bien fueran cuales fueran el color y la forma de la mano que se lo estuviera ofreciendo. Porque Escurridizo creía en un mundo donde una criatura dotada de inteligencia podía ir erguida, respirar libremente, correr en pos de la vida, la libertad y la felicidad, y encaminarse hacia el radiante nuevo amanecer. Si al mismo tiempo se las podía persuadir de que se tragaran algo que hubiese salido del carrito de Escurridizo, pues entonces mejor que mejor.

El troll inspeccionó la bandeja con suspicacia y levantó un panecillo.

—Aaaaj —dijo—. Está lleno de amonitas. ¡Qué asco!

—¿Cómo dices? —murmuró Escurridizo.

—Esta pizarra está rancia —dijo el troll.

—¡Fresca y magnífica! ¡Igualita que las que solía cortar mamá!

—Sí, y este granito está lleno del jodido cuarzo —dijo otro troll, alzándose sobre Escurridizo—. Obstruye las arterias, el cuarzo.

Volvió a poner la roca en la bandeja con un golpe seco. Los trolls se alejaron, volviéndose de vez en cuando para lanzarle una mirada recelosa a Escurridizo.

—¿Rancia? ¡Rancia! ¿Cómo puede estar rancia? ¡Es una roca! —les gritó Escurridizo mientras se iban.

Se encogió de hombros. Oh, bueno. Lo que distingue a un buen comerciante es que siempre sabe cuándo hay que minimizar las pérdidas.

Escurridizo volvió a tapar la bandeja y destapó otra.

—¡Comida del agujero! ¡Comida del agujero! ¡Rata! ¡Rata! ¡Rata-pinchada-en-un-palito! ¡Rata-en-un-panecillo! ¡Hágase con ellas mientras están muertas!

Entonces hubo un estrépito de cristales rotos por encima de él, y el guardia interino Cuddy aterrizó de cabeza en la bandeja.

—No hay por qué apresurarse, tengo de sobras para todo el mundo —dijo Escurridizo.

—Sácame de aquí —dijo Cuddy, con voz ahogada—. O pásame el ketchup.

Escurridizo tiró de las botas del enano. Tenían hielo encima.

—Acabas de bajar de la montaña, ¿eh?

—¿Dónde está el hombre que tiene la llave de este almacén?

—Si te ha gustado nuestra rata, ¿por qué no pruebas nuestra magnífica selección de…?

El hacha de Cuddy apareció casi por arte de magia en su mano.

—Te cortaré las piernas a la altura de las rodillas —dijo.

—ElhombrealquebuscasesGerhardtCalcetíndelGremiodeCarniceros.

—Bien.

—Yahoraapartaelhachaporfavor.

Las botas de Cuddy patinaron sobre los adoquines cuando se fue a toda prisa.

Escurridizo contempló los restos rotos de su carrito. Sus labios se movieron mientras calculaba.

—¡Oye! —gritó—. Me debes… ¡Eh, me debes tres ratas!

Lord Vetinari se había sentido algo avergonzado cuando vio cómo la puerta se cerraba tras el capitán Vimes. No pudo entender por qué. Aquello estaba resultando muy duro para el pobre hombre, claro está, pero era la única manera.

Cogió una llave de un armarito que había junto a su escritorio y fue hacia la pared. Sus manos tocaron una marca en el yeso que aparentemente no se diferenciaba en nada de una docena de marcas más, pero aquella hizo que una sección de pared girase sobre unas bisagras muy bien engrasadas.

Nadie conocía todos los pasadizos y túneles escondidos que había en las paredes del Palacio, y se decía que algunos de ellos iban mucho más allá del recinto palaciego. Y debajo de la ciudad había montones de sótanos viejos. Un hombre con un zapapico y un buen sentido de la orientación podía ir donde quisiera solo con ir derribando muros olvidados.

Lord Vetinari bajó por varios tramos estrechos de escalones y siguió un pasadizo hasta llegar a una puerta, la cual abrió. La puerta giró sobre unas bisagras muy bien engrasadas.

No era exactamente una mazmorra. La habitación que había detrás de la puerta se hallaba muy ventilada y estaba bien iluminada por varias ventanas grandes, pero situadas bastante arriba. Olía a cola y virutas de madera.

—¡Cuidado!

El patricio se agachó.

Algo que tenía forma de murciélago chasqueó y zumbó por encima de su cabeza, describió un errático círculo en el centro de la habitación, y luego se disgregó en una docena de piezas temblorosas.

—Oh, vaya —dijo una voy muy suave—. Habrá que volver a la tableta de diseño. Buenas tardes, su señoría.

—Buenas tardes, Leonardo —dijo el patricio—. ¿Qué era eso?

—Yo lo llamo un ingenio-volador-de-alas-aleteantes —dijo Leonardo da Quirm, bajando de su escalerilla de lanzamiento—. Funciona mediante tiras de gutapercha enroscadas y firmemente unidas entre sí. Pero no muy bien, me temo.

Leonardo da Quirm no era, de hecho, tan viejo. Era una de esas personas que empiezan a tener un aspecto venerable alrededor de los treinta años, y probablemente seguirán teniendo más o menos el mismo aspecto a los noventa. Tampoco era exactamente calvo. Era que su cabeza había crecido a través del cabello, alzándose poco a poco como una imponente cúpula de roca que se elevara a través de un bosque frondoso.

Las inspiraciones atraviesan el universo como una granizada incesante. Su destino, como si eso les importara mucho a ellas, es la mente apropiada en el lugar y el momento apropiados. Las inspiraciones dan con la neurona apropiada, hay una reacción en cadena, y un ratito después alguien está parpadeando bobamente debajo de los focos de la televisión mientras se pregunta cómo demonios se le pudo llegar a ocurrir la idea del caramelo con palito. Leonardo da Quirm sabía de inspiraciones. Uno de sus primeros inventos fue un gorro de dormir hecho de metal, que se ponía con la esperanza de que aquellas malditas cosas dejaran de extender sus estelas al rojo blanco por su torturada imaginación. Rara vez funcionaba. Leonardo da Quirm conoció la vergüenza de despertar para encontrarse con que las sábanas estaban llenas de dibujos nocturnos repletos de máquinas de asedio que no le sonaban de nada y nuevos diseños para peladores de manzanas.

Los Da Quirm eran muy ricos y el joven Leonardo había ido a muchas y buenas escuelas, donde había absorbido una mezcolanza de información a pesar de su hábito de mirar por la ventana y dibujar el vuelo de los pájaros. Leonardo era uno de esos individuos infortunados cuyo destino era fascinarse por el mundo y su sabor, forma y movimiento.

También fascinaba a lord Vetinari, y esa era la razón por la que aún estaba vivo. Algunas cosas son una muestra tan perfecta de su especie que cuesta mucho destruirlas. Algo único en su especie siempre es especial.

Leonardo era un prisionero modelo. Bastaba con darle suficiente madera, alambre, pintura y por encima de todo papel y lápices, y ya ni se le ocurría moverse del sitio.

El patricio hizo a un lado una pila de dibujos y se sentó.

—Son buenos —dijo—. ¿Qué son?

—Oh, son mis historietas —dijo Leonardo.

—Aquí hay una muy buena del muchachito con su cometa colgando de un árbol —dijo lord Vetinari.

—Gracias. ¿Puedo prepararos un poco de té? Me temo que últimamente no veo a mucha gente, aparte del hombre que engrasa las bisagras.

—He venido a…

El patricio se detuvo y empujó uno de los dibujos con la punta de un dedo.

—Hay un trozo de papel amarillo pegado a este —dijo con suspicacia. Tiró de él. El papelito amarillo se desprendió del dibujo con un tenue ruido de succión, y luego se le quedó pegado a los dedos. En la nota, escrita con la angulosa caligrafía hacia atrás de Leonardo, se leían las palabras: «ranoicnuf-ecerap-otsE: atoN».

—Ah, estoy bastante satisfecho de eso —dijo Leonardo—. Lo llamo «Papelito-muy-útil-para-hacer-anotaciones-con-cola-que-se-despega-en-cuanto-quieres».

El patricio estuvo jugando con él durante unos momentos.

—¿De qué está hecha la cola?

—La hago con babosas hervidas.

El patricio se quitó el papel de una mano. Se le quedó pegado a la otra.

—¿Veníais a verme por eso? —preguntó Leonardo.

—No. He venido a hablar contigo acerca del debólver —dijo lord Vetinari.

—Oh, vaya. Lo siento mucho.

—Me temo que ha… escapado.

—Cielos. Creía que dijisteis que os habíais librado de él.

—Se lo di a los asesinos para que lo destruyeran. Después de todo, siempre se enorgullecen mucho de la calidad artística de su trabajo. Deberían sentirse horrorizados ante la idea de que cualquiera pueda disponer de esa clase de poder. Pero esos malditos imbéciles no lo destruyeron. Pensaron que podrían tenerlo guardado. Y ahora lo han perdido.

—¿No lo destruyeron?

—Aparentemente no, los muy imbéciles.

—Y vos tampoco. Me pregunto por qué.

—Yo… ¿Sabes que no lo sé?

—Nunca hubiese debido crearlo. Fue una mera aplicación de ciertos principios. Balística, ya sabéis. Simple aerodinámica. Potencia química. Una aleación bastante buena, aunque sea yo mismo el que lo diga. Y estoy bastante orgulloso de la idea de ir alternando los tubos. Tuve que hacer una herramienta bastante complicada para eso, por cierto. ¿Leche? ¿Azúcar?

—No, gracias.

—Confío en que la gente lo estará buscando, ¿no?

—Los asesinos lo están buscando. Pero no lo encontrarán. No piensan de la manera apropiada —dijo el patricio, cogiendo un montón de esbozos del esqueleto humano. Eran extremadamente buenos.

—Oh, cielos.

—Así que estoy confiando en la Guardia.

—Supongo que os referís a ese capitán Vimes del que me habéis hablado.

Lord Vetinari siempre disfrutaba de sus ocasionales conversaciones con Leonardo, quien siempre se refería a la ciudad como si fuera otro mundo.

—Sí.

—Espero que le hayáis dejado clara la importancia de la tarea.

—En cierto modo. Le he prohibido de la manera más categórica que la lleve a cabo. Dos veces.

Leonardo asintió.

—Ah. Creo que… comprendo. Espero que funcione.

Suspiró.

—Supongo que hubiese debido desmantelarlo, pero… estaba tan claro que era una cosa hecha. Tuve la extraña fantasía de que me limitaba a montar algo que ya existía. A veces me pregunto de dónde saqué la idea. Desmantelarlo me parecía… no sé… como un sacrilegio, supongo. Habría sido como desmantelar a una persona. ¿Os apetece una pasta?

—A veces es necesario desmantelar a una persona —dijo lord Vetinari.

—Eso es una manera de verlo, por supuesto —dijo Leonardo da Quirm educadamente.

—Has mencionado el sacrilegio —dijo lord Vetinari—. Normalmente eso lleva aparejados dioses de alguna clase, ¿no?

—¿Utilicé la palabra? No consigo imaginarme a un dios de los debólveres.

—Resulta bastante difícil, sí.

El patricio se removió nerviosamente, tendió la mano hacia atrás por debajo de él y extrajo un objeto.

—¿Qué es esto? —dijo.

—Oh, me preguntaba adónde había ido a parar —dijo Leonardo—. Es un modelo de mi máquina para-emprender-el-vuelo-girando.

Lord Vetinari empujo el pequeño rotor con el de[[20]](#footnote-20)do.

—¿Funcionaría?

—Oh, sí —dijo Leonardo. Suspiró—. Siempre que se pueda encontrar a un hombre dotado de la fuerza de diez hombres que pueda hacer girar la manivela a unas mil revoluciones por minuto.

El patricio se relajó, de una manera que solo entonces atrajo una leve atención hacia el momento de tensión anterior.

—Ahora en esta ciudad hay un hombre con un debólver —dijo—. Ya lo ha empleado con éxito en una ocasión, y estuvo a punto de salirse con la suya en la segunda. ¿El debólver lo podría haber inventado cualquiera?

—No —dijo Leonardo—. Yo soy un genio.

Lo dijo como si tal cosa, limitándose a exponer la realidad.

—Entendido. Pero una vez que se ha inventado un debólver, Leonardo, ¿de cuánta cantidad de genio necesita disponer alguien para hacer el segundo?

—La técnica de alternancia de los tubos requiere una precisión considerable, y el mecanismo de percusión está delicadamente equilibrado, y naturalmente el extremo del cañón tiene que ser muy… —Leonardo vio la expresión del patricio y se encogió de hombros—. Tiene que ser un hombre listo —dijo.

—Esta ciudad está llena de hombres listos —dijo el patricio—. Y de enanos. Hombres listos y enanos a los que les encanta trastear con las cosas.

—Lo siento muchísimo.

—Pero nunca piensan.

—Cierto.

Lord Vetinari se recostó en la pared y contempló la claraboya.

—Hacen cosas como abrir el Bar de Pescado Para Llevar Tres Propicia Suerte, justo allí donde estaba el antiguo templo de la calle Dragón, precisamente durante la noche del solsticio de invierno y cuando además da la casualidad de que hay luna llena.

—Sí, me temo que la gente es así.

—Nunca llegué a averiguar qué fue del señor Hong.

—Pobre hombre.

—Y luego están los magos. Trastear, trastear, trastear. Nunca se lo piensan dos veces antes de agarrar un hilo de la textura de la realidad y darle un buen tirón.

—Un auténtico escándalo, cierto.

—¿Los alquimistas? Su idea del deber cívico es mezclar las cosas para ver qué ocurre.

—Oigo las explosiones, incluso aquí.

—Y de pronto, naturalmente, aparece alguien como tú…

—Lo siento muchísimo, de verdad.

Lord Vetinari hizo girar el modelo de máquina voladora entre sus dedos.

—Sueñas con volar —dijo.

—Oh, sí. Entonces los hombres serían libres de verdad. Desde el aire, no hay límites ni fronteras. No podría haber más guerra, porque el cielo es inacabable. Cuan felices seríamos, solo con que pudiéramos volar.

Vetinari seguía dando vueltas y más vueltas a la máquina de volar.

—Sí —dijo—, me atrevo a decir que lo seríamos.

—Probé suerte con los mecanismos de cuerda.

—¿Cómo dices? Perdona, estaba pensando en otra cosa.

—Me refería a usar un mecanismo de cuerda para impulsar mi máquina de vuelo. Pero no funcionaría.

—Oh.

—Por mucho que uno lo tense, hay un límite a la potencia de un resorte.

—Oh, sí. Sí. Y además lo normal es que al tensar un resorte en una dirección, todas sus energías se liberarán en sentido contrario. Y a veces hay que tensar el resorte hasta el límite de su resistencia —dijo Vetinari—, y rezar para que no se rompa.

Su expresión cambió.

—Oh, cielos —dijo.

—¿Perdón?—dijo Leonardo.

—No le dio un puñetazo a la pared después de salir. Puede que esta vez haya ido demasiado lejos.

Detritus permanecía sentado y echaba vapor. Le estaba empezando a entrar hambre, pero no de comida sino de cosas en las que pensar. A medida que la temperatura iba bajando, la eficiencia de su cerebro se incrementaba todavía más. El cerebro de Detritus necesitaba algo que hacer.

Calculó el número de ladrillos que había en la pared, primero por grupos de dos y luego por decenas y finalmente por grupos de dieciséis. Los números se apresuraban a formar y desfilaban por su cerebro en una aterrorizada obediencia. La división y la multiplicación fueron descubiertas. El álgebra fue inventada y proporcionó una interesante diversión durante uno o dos minutos. Y entonces Detritus sintió disiparse la niebla de los números y alzó la mirada y vio el centelleo lejano de las montañas del análisis matemático.

Los trolls habían evolucionado en lugares altos, rocosos y por encima de todo fríos. Sus cerebros de silicio estaban acostumbrados a operar a temperaturas bajas. Pero en las llanuras fangosas, la acumulación de calor hacía que esos cerebros funcionaran cada vez más despacio y los volvía tontos. No era que solo bajaran a la ciudad los trolls estúpidos. Los trolls que decidían bajar a la ciudad solían ser muy listos… pero se volvían estúpidos.

Detritus tenía fama de obtuso incluso para los estándares de un troll de ciudad. Pero eso se debía simplemente a que su cerebro estaba optimizado por la naturaleza para operar con una temperatura a la que rara vez se llegaba en Ankh-Morpork incluso durante el más frío invierno…

Ahora su cerebro se estaba aproximando a la temperatura de funcionamiento ideal. Desgraciadamente, esa temperatura quedaba bastante cerca del punto óptimo de muerte para un troll.

Una parte del cerebro de Detritus se dedicó a pensar un poco en ello. Había una elevada probabilidad de rescate. Eso significaba que tendría que irse de allí. Eso significaba que volvería a ser estúpido, tan seguro como que 10-3(Me/Mp)α6α6aG-½N = 10N.

Bueno, en ese caso más valía sacar el máximo provecho posible del momento.

Detritus regresó al mundo de los números tan complejos que no tenían significado, sino únicamente un punto de vista transitorio. Y ya puestos, también siguió muriendo por congelación.

Escurridizo llegó al Gremio de Carniceros muy poco después de Cuddy. Las grandes puertas rojas se habían abierto de una patada un pequeño carnicero estaba sentado justo detrás de ellas frotándose la nariz.

—¿Por dónde ha ido?

—Por ahí.

Y en la sala principal del gremio, el jefe de carniceros Gerhardt Calcetín se tambaleaba andando en círculos. Eso se debía a que las botas de Cuddy se hallaban plantadas en su pecho. El enano se agarraba a la chaqueta del hombre como el patrón de un yate que estuviera haciendo frente a una galerna, y hacía girar su hacha delante de la cara de Calcetín.

—¡Démela ahora mismo o haré que se coma su propia nariz!

Una multitud de aprendices de carnicero intentaba quitarse de en medio.

—Pero…

—¡No discuta conmigo! ¡Soy un oficial de la Guardia, eso es lo que soy!

—Pero es que…

—Tiene una última oportunidad, caballero. ¡Démela ahora mismo!

Calcetín cerró los ojos antes de atreverse a volver a hablar.

—¿Qué es lo que quieres?

La multitud esperó.

—Ah —dijo Cuddy—. Ajajá. ¿No lo he dicho?

—¡No!

—Estoy casi seguro de que lo he dicho.

—¡No lo hiciste!

—Oh. Bueno. Pues ya que tiene que saberlo, lo que quiero es la llave del almacén de futuros porcinos —dijo Cuddy, saltando al suelo.

—¿Por qué?

El hacha volvió a quedar suspendida delante de su nariz.

—Yo solo preguntaba —dijo Calcetín, con una voz distante y llena de desesperación.

—Hay un hombre de la Guardia muriéndose de frío ahí dentro —dijo Cuddy.

Cuando por fin consiguieron abrir la puerta principal, ya había un montón de gente alrededor de ellos. Cayeron trozos de hielo sobre las piedras con un suave tintineo, y hubo una súbita ráfaga de aire superfrío.

La escarcha cubría el suelo y las hileras de cuartos de carne colgados en su viaje de vuelta a través del tiempo. También cubría a un gran bulto con la forma de Detritus que estaba sentado en mitad del suelo.

Lo sacaron fuera a la luz del sol.

—¿Sus ojos deberían estar encendiéndose y apagándose de esa manera? —preguntó Escurridizo.

—¿Puedes oírme? —gritó Cuddy—. ¿Detritus?

Detritus parpadeó. El hielo empezó a resbalar de él bajo el calor del día.

Podía sentir aquel maravilloso universo de números resquebrajarse. La temperatura que iba subiendo se estrellaba contra sus pensamientos como un lanzallamas acariciando un copo de nieve.

—¡Di algo! —dijo Cuddy.

Se derrumbaron torres de intelecto mientras el fuego rugía a través del cerebro de Detritus.

—Eh, mirad esto —dijo uno de los aprendices.

Las paredes interiores del almacén estaban cubiertas de números. Ecuaciones tan complejas como una red neural habían sido arañadas en la escarcha. En algún punto del cálculo el matemático había cambiado el empleo de números por el de letras, y luego ni siquiera las mismas letras habían sido suficientes: paréntesis como jaulas encerraban expresiones que eran a las matemáticas normales lo que una ciudad es a un mapa.

Luego las ecuaciones iban volviéndose más simples a medida que se aproximaban a la meta; más simples y, con todo, conteniendo en el fluir de las líneas de su simplicidad una complejidad espartana y maravillosa.

Cuddy las miró. Sabía que nunca sería capaz de llegar a entenderlas ni aunque transcurrieran cien años.

La escarcha empezó a desmoronarse en el aire más caliente.

Las ecuaciones iban estrechándose conforme descendían por la pared y se extendían a través del suelo hasta allí donde había estado sentado el troll, hasta que quedaban reducidas a solo unas cuantas expresiones que parecían moverse y destellar con una vida propia. Aquello era matemática sin números, tan pura como el rayo.

Se estrechaban hasta llegar a un punto, y en aquel punto únicamente había aquel símbolo tan simple:=.

—¿Igual a qué? —preguntó Cuddy—.¿Igual a qué?

La escarcha se derrumbó.

Cuddy salió del almacén. Detritus estaba sentado en el centro de un charco de agua, rodeado por una multitud de espectadores humanos.

—¿Es que ninguno de ustedes puede traerle una manta o algo? —dijo.

—¿Uh? —dijo un hombre muy gordo—. ¿Quién usaría una manta después de que hubiera estado encima de un troll?

—Ja, sí, en eso tiene usted toda la razón —dijo Cuddy. Contempló los cinco agujeros que había en la coraza de Detritus. Se encontraban en lo que para un enano habría sido la altura de la cabeza—.¿Podría venir aquí un momento, por favor?

El hombre sonrió a sus amigos y fue hacia Cuddy, contoneándose al andar.

—Supongo que podrá ver los agujeros que hay en su coraza, ¿verdad? —dijo Cuddy.

Y.V.A.L.R. Escurridizo era un superviviente. De la misma manera en que los roedores y los insectos pueden percibir un terremoto antes de que lleguen los primeros temblores, él podía decir si algo grande estaba a punto de ocurrir en la calle. Cuddy estaba siendo demasiado amable y educado. Cuando un enano se mostraba así de amable y educado, eso significaba que estaba ahorrando y acumulando para ser desagradable dentro de un rato.

—Bueno, pues entonces yo, ejem, seguiré con mi negocio —dijo, y empezó a retroceder.

—No tengo nada en contra de los enanos, cuidado —dijo el gordo—. Quiero decir que en mi manual, los enanos son prácticamente personas. Solo humanos más cortos, casi. Pero los trolls… bueeeeno… no son lo mismo que nosotros, ¿verdad?

—Disculpen, disculpen, paso, paso —dijo Escurridizo, consiguiendo obtener con su carrito la clase de delantera normalmente asociada a vehículos que lucen dados de peluche en el parabrisas.

—Eh, esa chaqueta que tiene usted ahí es muy bonita —dijo Cuddy.

El carrito de Escurridizo dobló la esquina moviéndose sobre una sola rueda.

—Es una chaqueta preciosa —dijo Cuddy—. ¿Sabe qué es que debería hacer con una chaqueta como esa?

La frente del hombre se frunció.

—Quitársela ahora mismo y dársela al troll —dijo Cuddy.

—¿Y eso por qué, pequeño ma…?

El hombre agarró a Cuddy por la camisa y lo levantó del suelo.

La mano del enano se movió muy rápidamente. Hubo un chirrido metálico.

Hombre y enano formaron un cuadro muy interesante y absolutamente estacionario durante unos cuantos segundos.

Cuddy estaba elevado hasta casi la altura de la cara del hombre, y la observó con interés mientras los ojos empezaban a lagrimear.

—Bájeme —dijo Cuddy—. Despacio y con mucho cuidado. Si algo me sobresalta, siempre hago movimientos musculares involuntarios.

El hombre así lo hizo.

—Y ahora quítese la chaqueta… muy bien… pásemela… gracias…

—Su hacha… —murmuró el hombre.

—¿Hacha? ¿Hacha? ¿Mi hacha? —Cuddy bajó la vista—. Bueno, bueno, bueno. Pero si apenas me había dado cuenta de que la estaba sosteniendo allí. Mi hacha. Vaya, qué cosa tan curiosa.

El hombre estaba intentando permanecer de puntillas. Le lloraban los ojos.

—Lo que tiene esta hacha —dijo Cuddy—, lo realmente interesante de esta hacha, es que es un hacha para lanzar. Yo fui campeón tres años seguidos allá en Cabeza de Cobre. Podía empuñarla y partir una ramita a treinta metros de distancia en un segundo. Con la ramita detrás de mí. Y eso que aquel día me encontraba enfermo. Me había dado un ataque de bilis.

Dio un paso atrás. El hombre se dejó caer sobre sus talones con un suspiro de agradecimiento.

Cuddy extendió la chaqueta sobre los hombros del troll.

—Venga, de pie —dijo—. Vamos a llevarte a casa.

El troll se incorporó pesadamente.

—¿ Cuántos dedos tengo levantados? —preguntó Cuddy.

Detritus miró.

—¿Dos y uno? —sugirió.

—Servirá —dijo Cuddy—. Para empezar.

El señor Queso miró por encima de la barra al capitán Vimes, quien llevaba una hora sin moverse. El Cubo estaba acostumbrado a los clientes que bebían en serio, personas que bebían sin ningún placer pero con una especie de determinación de no volver a ver nunca más la sobriedad. Pero aquello era algo nuevo. Aquello era preocupante. El señor Queso no quería tener una muerte en sus manos.

No había nadie más en el bar. El señor Queso colgó su delantal en un clavo y fue corriendo a la Casa de la Guardia, casi chocando con Zanahoria y Angua en la entrada.

—Oh, me alegro de que sea usted, cabo Zanahoria —dijo—. Será mejor que venga. Es el capitán Vimes.

—¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé. Está borrachísimo.

—¡Creía que había dejado la bebida!

—Pues a mí me parece que ya no es ese el caso —dijo el señor Queso con cautela.

Una escena, en algún lugar próximo al Camino de la Cantera.

—¿Adónde vamos?

—Voy a hacer que alguien te eche un vistazo.

—¡Doctor enano no!

—Aquí arriba tiene que haber alguien que sepa cómo echarte encima un poco de cemento de secado rápido, o lo que quiera que hagáis vosotros. ¿Deberías estar rezumando de esa manera?

—No sé. Yo había rezumado antes. ¿Dónde nosotros?

—No sé. Nunca he estado aquí abajo antes.

Aquella parte de Ankh-Morpork quedaba en el lado expuesto al viento que soplaba por los corrales de ganado y el distrito de los mataderos. Eso significaba que no era considerada como un espacio habitable por nadie que no fuesen los trolls, para los cuales los olores orgánicos eran tan relevantes y perceptibles como lo sería el olor del granito para los humanos. El viejo chiste decía así: ¿Los trolls viven al lado del corral del ganado? ¿Y qué pasa con el hedor? Oh, al ganado no le importa…

Lo cual era una estupidez. Los trolls no olían, excepto para otros trolls.

Los edificios de allí tenían un vago aspecto de losas. Habían sido construidos para humanos pero adaptados por trolls, lo que en líneas generales había significado agrandar las entradas a patadas y obstruir las ventanas. Todavía quedaba un poco de luz del día. No había ningún troll visible.

—Ugh —dijo Detritus.

—Venga, hombretón —dijo Cuddy, empujando a Detritus de la misma manera en que un remolcador empuja a un petrolero.

—¿Guardia interino Cuddy?

—Sí.

—Tú un enano. Esto es el Camino de la Cantera. Tú encontrado aquí, tú en un buen lío.

—Somos guardias de la ciudad.

—Crysoprase, a él eso le importa un coprolito.

Cuddy miró en torno a él.

—¿Y vosotros qué tenéis como doctores?

Una cara de troll apareció en el hueco de una puerta. Y otra. Y otra.

Lo que Cuddy había creído era un montón de escombros resultó ser un troll.

De pronto había trolls por todas partes.

Soy un guardia, pensó Cuddy. Eso fue lo que dijo el sargento Colon. Deja de ser un enano y empieza a ser un hombre de la Guardia. Eso es lo que soy. No soy un enano. Soy un hombre de la Guardia. Me dieron una placa con la forma de un escudo. Guardia de la Ciudad, eso soy yo. Llevo una placa. Con la forma de un escudo.

Ojalá fuera mucho más grande.

Vimes estaba sentado a una mesa en el rincón del Cubo. Delante de él había unos cuantos papeles y un puñado de objetos metálicos, pero Vimes se estaba mirando el puño. Este reposaba sobre la mesa, tan apretado que los nudillos se habían puesto blancos.

—¿Capitán Vimes? —dijo Zanahoria agitándole una mano delante de los ojos. No hubo ninguna respuesta.

—¿Cuánto ha bebido?

—Dos sorbos de whisky, nada más.

—Eso no debería hacerle semejante efecto, ni siquiera con el estómago vacío —dijo Zanahoria.

Angua señaló el cuello de una botella que sobresalía del bolsillo de Vimes.

—No creo que haya estado bebiendo con el estómago vacío —dijo después—. Creo que antes metió dentro algo de alcohol.

—¿Capitán Vimes? —volvió a decir Zanahoria.

—¿Qué tiene en la mano? —preguntó Angua.

—No lo sé. Esto es grave. Nunca lo había visto así antes. Vamos. Coge las cosas y yo cogeré al capitán.

—No ha pagado su bebida —dijo el señor Queso.

Angua y Zanahoria lo miraron.

—¿Invita la casa? —dijo el señor Queso.

Había un muro de trolls alrededor de Cuddy. La palabra «muro» resultaba tan adecuada como cualquier otra. Por el momento su actitud era más de sorpresa que de amenaza, como la que hubiesen podido mostrar unos perros si un gato acabara de entrar tranquilamente en las perreras. Pero cuando se acostumbraran a la idea de que Cuddy realmente existía, probablemente solo sería cuestión de tiempo que aquella situación dejara de darse.

Finalmente uno de ellos dijo:

—¿Qué esto, entonces?

—Él un hombre de la Guardia, igual que yo —dijo Detritus.

—Él un enano.

—Él un guardia.

—Él tiene mucha cara, eso yo sí que lo sé.

Un rechoncho dedo de troll se hincó en la espalda de Cuddy. Los trolls se acercaron un poco más.

—Cuento hasta diez —dijo Detritus—. Entonces cualquier troll no yendo a ocuparse de los asuntos de ese troll, él un troll que lo lamenta mucho.

—Tú, Detritus —dijo un troll particularmente ancho—. Todos saben que tú troll estúpido, tú te alistas en Guardia porque tú troll estúpido, no puedes contar hasta…

Bam.

—Uno —dijo Detritus—. Dos… Tres. Cuatro… Cinco. Seis…

El troll que estaba sentado en el suelo alzó la mirada con ojos llenos de asombro.

—Ese Detritus, él contando.

Hubo un súbito ruido de algo que gira velozmente y un hacha rebotó en la pared cerca de la cabeza de Detritus.

Había enanos viniendo por la calle, con un aire resuelto y mortífero. Los trolls se dispersaron.

Cuddy corrió hacia ellos.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —dijo—. ¿Os habéis vuelto locos o qué?

Un enano señaló a Detritus con un dedo tembloroso.

—¿ Qué es eso?

—Es un hombre de la Guardia.

—Pues a mí me parece un troll. ¡Cogedlo!

Cuddy dio un paso atrás e hizo aparecer su hacha.

—Te conozco, Fuerteenelbrazo —dijo—. ¿A qué viene todo esto?

—Y yo te conozco a ti, hombre de la Guardia —dijo Fuerteenelbrazo—. La Guardia dice que un troll mató a Bjorn Martillo-grande. ¡Han encontrado al troll!

—No, eso no es…

Hubo un sonido detrás de Cuddy. Los trolls habían vuelto, armados para enanos. Detritus se volvió y los amenazó con un dedo.

—A la que se mueva un troll —dijo—, empiezo a contar.

—A Martillogrande le asesinó un hombre —dijo Cuddy—. El capitán Vimes piensa que…

—La Guardia tiene al troll —dijo un enano—. ¡Malditas rocas!

—¡Chupapiedras!

—¡Monolitos!

—¡Comedores de ratas!

—Ja, yo sido un hombre prácticamente ningún tiempo —dijo Detritus—, y ya harto de vosotros estúpidos trolls. ¿Qué pensáis que dicen humanos, eh? Oh, ellos los trolls muy étnicos, ellos no saben cómo comportarse en la gran ciudad, van por ahí agitando garrotes en cuanto se cae una cosa que llevas en la cabeza.

—Somos guardias —dijo Cuddy—. Nuestro trabajo consiste en mantener la paz.

—Perfecto —dijo Fuerteenelbrazo—. Pues entonces id a mantenerla a salvo en algún otro sitio hasta que la necesitemos.

—Esto no valle de Koom —dijo Detritus.

—¡Exacto! —gritó un enano en la última fila de la multitud—. ¡Esta vez podemos veros!

Trolls y enanos estaban llegando en gran número por cada extremo de la calle.

—¿Qué haría el cabo Zanahoria en un momento como este? —murmuró Cuddy.

—Diría, vosotros gente mala, me hacéis enfadar, parad tut-suit.

—Y entonces ellos se irían, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué pasaría si lo intentáramos nosotros?

—Nosotros buscamos nuestras cabezas en alcantarilla.

—Creo que tienes razón.

—¿Tú ves ese callejón? Es callejón bonito. Dice, hola. Vosotros superados en número… 256+64+8+2+1 a 1. Pasaos por aquí y me veis.

Un garrote rebotó en el casco de Detritus.

—¡Corre!

Los dos guardias echaron a correr hacia el callejón. Los ejércitos improvisados los contemplaron durante un instante y luego, diferencias momentáneamente olvidadas, fueron tras ellos.

—¿Adónde va esto?

—¡Lejos de nuestros perseguidores! —dijo Cuddy.

—¡Me gusta este callejón!

Detrás de ellos los perseguidores, que de pronto se encontraban tratando de avanzar en un espacio que apenas si era lo bastante ancho para acomodar a un troll, repararon en que estaban intercambiando codazos y empujones con sus enemigos jurados y empezaron a pelear entre ellos dando así inicio a la batalla más rápida, encarnizada y, por encima de todo, apretada que jamás se hubiera librado en la ciudad.

Cuddy le indicó a Detritus que se detuviera con una seña y miró alrededor de una esquina.

—Me parece que estamos a salvo —dijo—. Ahora lo único que tenemos que hacer es salir por el otro extremo de este callejón y regresar a la Casa de la Guardia. ¿Estás de acuerdo?

Se volvió, no consiguió ver al troll, dio un paso adelante y se desvaneció temporalmente del mundo de los hombres.

—Oh, no —dijo el sargento Colon—. ¡Prometió que no volvería a tocarlo nunca más! ¡Y mirad, se ha bebido una botella entera!

—¿Qué es? ¿Abrazodeoso? —preguntó Nobby.

—No lo creo, porque todavía respira. Venga, echadme una mano con él.

La Guardia Nocturna formó corro a su alrededor. Zanahoria había depositado al capitán Vimes encima de una silla en el centro del suelo de la Casa de la Guardia.

Angua cogió la botella y miró la etiqueta.

—«Auténtico Rocío de Montaña Empapada de Y. V. A. L. R. Escurridizo» —leyó—. ¡Va a morir! ¡Aquí pone que esto tiene ciento cincuenta grados comprobados!

—No, eso solo es publicidad del viejo Escurridizo —dijo Nobby—. Él nunca pierde el tiempo comprobando nada. Solo tiene evidencia circunstancial.

—¿Por qué no tiene la espada? —preguntó Angua.

Vimes abrió los ojos. Lo primero que vio fue la cara llena de preocupación de Nobby.

—¡Aaargh! —dijo—. ¿’Spada? ¡La regalé! ¡Hurra!

—¿Qué?—dijo Colon.

—¡No má guardiaz! Tós a…

—Me parece que está un poquito borracho —dijo Zanahoria.

—¿Brracho? ¡Nostoy b’rracho! ¡No t’atreverías a llamarme b’orracho sistuviera sobrio!

—Traedle un poco de café —dijo Angua.

—Me parece que el capitán está más allá del alcance de nuestro café —dijo Colon—. Nobby, ve a ver a Sally la Gorda en el callejón Aprietatripas y tráete una jarra de su preparado klatchiano especial. Pero que no sea una jarra de metal, ojo.

Vimes parpadeó mientras lo llevaban a una silla.

—To é el final —dijo—. ¡Pum! ¡Pum!

—Lady Sybil se va a enfadar mucho —dijo Nobby—. Ya sabéis que prometió no volver a probarlo.

—¿ Capitán Vimes? —dijo Zanahoria.

—¿Mmm…?

—¿Cuántos dedos tengo levantados?

—¿Tro?

—¿Cuántas manos, entonces?

—Caray, hacía años que no lo veía así —dijo Colon—. Espera dejadme probar una cosa. ¿Le apetece otra copa, capitán?

—Está claro que no necesita una…

—Cállate, sé lo que estoy haciendo. ¿Otra copa, capitán Vimes?

—¿Mmm…?

—¡Nunca he visto que no fuera capaz de responder con un «sí» alto y claro! —dijo Colon, dando un paso atrás—. Me parece que será mejor que lo subamos a su habitación.

—Yo lo llevaré, pobre hombre —dijo Zanahoria. Levantó a Vimes de la silla sin ningún esfuerzo y se lo echó al hombro.

—No soporto verle así —dijo Angua, siguiéndolo al pasillo y escalera arriba.

—Solo bebe cuando se deprime —dijo Zanahoria.

—¿Y por qué se deprime?

—A veces es porque no se ha tomado una copa.

Originalmente la casa en Pseudópolis Yard había sido una residencia de la familia Ramkin. Ahora el primer piso se hallaba ocupado por los guardias de forma improvisada. Zanahoria tenía una habitación. Nobby había ido teniendo distintas habitaciones consecutivamente, con un total de cuatro hasta el momento, cambiándose de una a otra en cuanto el suelo se hacía difícil de encontrar. Y Vimes tenía una habitación.

Más o menos. No era fácil decirlo. Incluso un prisionero encerrado dentro de una celda se las arregla para estamparle su personalidad en algún sitio, pero Angua nunca había visto una habitación tan poco vivida.

—¿Es aquí donde vive? —dijo—. ¡Madre mía!

—¿Qué esperabas?

—No lo sé. Cualquier cosa. Algo. No nada.

La cama tenía una cabecera de hierro que no alegraba nada la vista. Los muelles y el colchón habían ido cediendo de tal manera que formaban una especie de molde, obligando a quien se metiera en ellos a doblarse instantáneamente en una posición de sueño. Había un aguamanil, debajo de un espejo roto. En el estante había una navaja, cuidadosamente enfilada hacia el Eje porque Vimes compartía la creencia popular de que eso la mantenía afilada. Había una silla de madera marrón con el asiento de enea roto. Y un arcón pequeño a los pies de la cama.

Y eso era todo.

—Quiero decir, al menos una alfombra —dijo Angua—. Un cuadro en la pared. Algo.

Zanahoria depositó a Vimes encima de la cama, donde el cuerpo del capitán fluyó inconscientemente dentro de la forma.

—¿Tú no tienes algo en tu habitación? —preguntó Angua.

—Sí. Tengo un diagrama transversal del Pozo Número Cinco de mi casa. Hay unos estratos muy interesantes. Yo ayudé a abrirlo. Y unos cuantos libros y cosas. El capitán Vimes no es una persona muy hogareña.

—¡Pero ni siquiera hay una vela!

—Dice que se sabe el camino a la cama de memoria.

—O un adorno o cualquier cosa.

—Debajo de la cama hay un cartón —le comunicó Zanahoria—. Recuerdo que estaba con él en la calle Filigrana cuando el capitán lo encontró. Dijo: «Si no he perdido el ojo para estas cosas, hay un mes entero de suelas en esto». Estaba muy complacido.

—¿Ni siquiera puede permitirse botas?

—No creo que sea eso. Sé que lady Sybil se ofreció a comprarle todas las botas nuevas que quisiera, y él se sintió un poco ofendido. Parece que intenta hacerlas durar.

—Pero tú puedes comprar botas, y cobras menos que él. Y envías dinero a casa. El muy idiota debe de beberse todo lo que gana.

—No lo creo. Diría que llevaba meses sin tocar la bebida. Lady Sybil lo acostumbró a los puros.

Vimes roncaba ruidosamente.

—¿Cómo puedes admirar a un hombre semejante? —preguntó Angua.

—Es un gran hombre.

Angua levantó la tapa del arcón de madera con el pie.

—Eh, creo que no deberías hacer eso… —dijo Zanahoria miserablemente.

—Solo estoy mirando —dijo Angua—. No hay ninguna ley en contra de eso.

—De hecho, según el Acta de Intimidad del año mil cuatrocientos sesenta y siete, hay una…

—Aquí dentro solo hay trastos y botas viejas. Y unos cuantos papeles.

Se inclinó sobre el arcón y cogió un libro de confección tosca. En realidad se reducía a un montón de papeles de formas irregulares aprisionados entre dos tarjetones que les servían de cubiertas.

—Eso pertenece al capitán…

Angua abrió el libro y leyó unas cuantas líneas. Se quedó boquiabierta.

—¿Quieres mirar esto? ¡No me extraña que nunca tenga dinero!

—¿Qué quieres decir?

—¡Lo gasta en mujeres! ¿Quién lo hubiera dicho? Mira esta anotación. ¡Cuatro en una semana!

Zanahoria miró por encima del hombro de Angua. En la cama, Vimes resopló.

Allí, en la página, en la letra llena de curvas y ondulaciones de Vimes, se leían las palabras:

Señora Gaskin, calle Picadillo: 5$

Señora Scurrick, calle Melaza: 4$

Señora Maroon, callejón Wixon: 4$

Annabel Curry, Parsimurgente: 2$

—Annabel Curry no pudo haber sido gran cosa, por solo dos dólares —dijo Angua.

Fue consciente de un descenso súbito de la temperatura.

—No, supongo que no —dijo Zanahoria, hablando muy despacio—. Solo tiene nueve años.

Una de sus manos agarró con mucha firmeza la muñeca de Angua y la otra le arrancó el libro de los dedos.

—¡Eh, suéltame!

—¡Sargento! —gritó Zanahoria por encima del hombro—. ¿Puede subir aquí un momento?

Angua trató de apartarse. El brazo de Zanahoria era tan inamovible como una barra de hierro.

El crujido de los pies de Colon resonó en la escalera, y la puerta se abrió.

Colon sostenía una tacita muy pequeña con unas tenacillas.

—Nobby ha traído el ca… —empezó a decir, y se calló.

—Sargento —dijo Zanahoria, mirando a Angua a la cara—, la guardia interina Angua querría saber quién es la señora Gaskin.

—¿La viuda del viejo Piernas Gaskin? Vive en la calle Picadillo.

—¿Y la señora Scurrick?

—¿La de la calle Melaza? Ahora se dedica a lavar ropa.

La mirada del sargento Colon fue del uno al otro, tratando de entender la situación.

—¿La señora Maroon?

—Esa es la viuda del sargento Maroon, vende carbón en…

—¿Y qué me dice de Annabel Curry?

—Seguro que aún va a las Hermanas Despreciativas en la Escuela de Caridad de Sek el de las Siete Manos, ¿verdad? —Colon sonrió nerviosamente a Angua, todavía no muy seguro de lo que estaba ocurriendo allí—. Es la hija del cabo Curry, pero naturalmente eso fue antes de vuestra época…

Angua alzó la mirada hacia el rostro de Zanahoria. Su expresión era indescifrable.

—¿Son viudas de policías? —dijo.

Zanahoria asintió.

—Y una huérfana.

—Es una vida muy dura —dijo Colon—. No hay pensiones para las viudas, ¿sabes?

Su mirada pasó del uno al otro.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Zanahoria aflojó su presa, se volvió, metió el libro dentro del arcón y bajó la tapa.

—No —dijo.

—Oye, lo sien… —empezó a decir Angua. Zanahoria hizo como si no existiera y se volvió hacia el sargento.

—Dele el café.

—Pero… catorce dólares… ¡Eso es casi la mitad de su paga!

Zanahoria cogió el fláccido brazo de Vimes y trató de abrirle el puño, pero los dedos permanecieron cerrados a pesar de que Vimes estaba inconsciente.

—¡Quiero decir que, bueno, la mitad de su paga es…!

—No sé qué es lo que tiene en la mano —dijo Zanahoria, sin hacerle ningún caso—. Quizá sea una pista.

Cogió el café e incorporó a Vimes tirando del cuello de su camisa.

—Beba esto, capitán —dijo—, y todo se volverá mucho… más claro…

El café klatchiano resulta todavía más eficaz para recuperar la sobriedad que un inesperado sobre marrón remitido por el recaudador de impuestos. De hecho, los entusiastas del café siempre tornan la precaución de ponerse borrachos a conciencia antes de tocarlo, porque el café klatchiano te lleva de vuelta a la sobriedad y, si no tienes mucho cuidado, te arrastra a través de ella hasta dejarte en el otro lado, allí donde la mente del hombre nunca debería ir. La opinión general en la Guardia era que Samuel Vimes andaba un mínimo de dos copas bajo par, y necesitaba un doble bien cargado incluso para estar sobrio.

—Con cuidado… con cuidado… —murmuró Zanahoria mientras dejaba que unas cuantas gotas se deslizaran entre los labios de Vimes.

—Oye, cuando dije… —empezó a decir Angua.

—Olvídalo —dijo Zanahoria sin ni siquiera volverse a mirarla.

—Yo solo…

—He dicho que lo olvides.

Vimes abrió los ojos, le echó una mirada al mundo y gritó.

—¡Nobby!

—¿Sí, sargento?

—¿Trajiste el Especial Desierto Rojo o el Directo de la Montaña Rizada?

—El Desierto Rojo, sargento, porque…

—Podrías haberlo dicho. Más vale que me traigas… —Contempló la mueca de horror que estaba poniendo Vimes— medio vaso de Abrazodeoso. Lo hemos enviado demasiado lejos en la dirección opuesta.

El vaso fue traído y administrado. Vimes fue dejando de estar rígido a medida que el contenido del vaso iba surtiendo efecto.

Su palma se abrió.

—Oh, dioses —dijo Angua—. ¿Tenemos alguna venda?

El cielo era un pequeño círculo blanco, allá en las alturas.

—¿Dónde demonios estamos, compañero? —dijo Cuddy.

—Cueva.

—No hay cuevas debajo de Ankh-Morpork. Está construida encima de terreno arcilloso.

Cuddy había caído unos nueve metros, pero la caída había quedado bastante amortiguada porque había aterrizado encima de la cabeza de Detritus. El troll había estado sentado, rodeado por maderas medio podridas, dentro de… bueno… dentro de una cueva. O bien, pensó Cuddy a medida que sus ojos iban acostumbrándose a la penumbra, dentro de un túnel recubierto de piedra.

—No hice nada —dijo Detritus—. Yo estaba allí, y de pronto todo estaba pasando hacia arriba.

Cuddy metió la mano en el barro que había debajo de sus pies y extrajo un trozo de madera. Era muy gruesa. También estaba muy podrida.

—Caímos en algo pasando a través de algo —dijo. Pasó la mano por la curva de la pared del túnel—. Y esta obra es excelente. Muy buena.

—¿Cómo salimos?

No había ninguna manera de volver a subir al sitio desde el cual habían caído. El techo del túnel era mucho más alto que Detritus.

—Caminando, creo —dijo Cuddy.

Husmeó el aire, que olía a cerrado. Los enanos tienen un excelente sentido de la dirección en el subsuelo.

—Por aquí —añadió, poniéndose en movimiento.

—¿Cuddy?

—¿Sí?

—Nadie dice nunca que hay túneles debajo de la ciudad. Nadie sabe de ellos.

—¿Y?

—Que no hay salida. Porque la salida también es la entrada, y si nadie sabe de los túneles, entonces no hay ninguna entrada.

—Pero tienen que llevar a alguna parte.

—De acuerdo.

El barro negro, más o menos seco, formaba un sendero en el fondo del túnel. Las paredes también estaban cubiertas de un fango mucho más húmedo, una indicación de que aquel túnel había estado lleno de agua en algún momento del pasado reciente. Aquí y allá enormes extensiones de hongos, iluminadas por la podredumbre, proyectaban una tenue claridad sobre la antigua obra. Cuddy empezó a sentirse un poco más animado mientr[[21]](#footnote-21)as andaba por la oscuridad. Los enanos siempre estaban más contentos bajo tierra.

—Tenemos que encontrar una salida —dijo.

—Claro.

—Bueno… ¿Y cómo es que te alistaste en la Guardia?

—¡Ja! Mi chica Rubí ella dice, tú quieres casarte, tú consigues trabajo como es debido, yo no caso con troll que la gente dice, él no buen troll, él más duro de mollera que tabla del suelo. —La voz de Detritus creó ecos que resonaron en la oscuridad—. ¿Y tú?

—Me aburría. Trabajaba para mi cuñado Durance. Se gana muy bien la vida con su negocio de preparar ratas de la suerte para los restaurantes de enanos. Pero pensé que aquello no era un trabajo adecuado para un enano.

—A mí suena como trabajo fácil.

—Me costaba horrores conseguir que se tragaran los papelitos de la suerte.

Cuddy se detuvo. Un cambio en el aire sugería que había un túnel más vasto delante de ellos.

Y, ciertamente, el túnel daba a la pared lateral de otro túnel mucho más grande. Había una profunda capa de barro en el suelo, por el centro de la cual corría un hilillo de agua. Cuddy creyó oír ratas, o lo que esperaba fuesen ratas, apresurándose a correr hacia el oscuro vacío. Incluso le pareció poder oír los sonidos de la ciudad —tenues, entremezclados unos con otros— filtrándose por la tierra.

—Es como un templo —dijo, y su voz retumbó en la lejanía.

—Escrito aquí en pared —dijo Detritus.

Cuddy contempló las letras profundamente esculpidas en la piedra.

—VÍA CLOACA —dijo—. Mmm… Bueno, veamos… «vía» es una palabra antigua que significa «calle o camino». «Cloaca» significa…

Escudriñó la penumbra.

—Esto es una alcantarilla —dijo.

—¿Qué eso?

—Es como… bueno, ¿dónde tiran los trolls su… basura? —dijo Cuddy.

—En calle —dijo Detritus—. Higiénico.

—Esto es… una calle subterránea reservada a… bueno, a la bosta —dijo Cuddy—. No sabía que Ankh-Morpork las tuviera.

—Quizá Ankh-Morpork no sabía que Ankh-Morpork las tenía —dijo Detritus.

—Claro. Tienes razón. Este sitio es antiguo. Estamos en las entrañas de la tierra.

—En Ankh-Morpork hasta la mierda tiene una calle para ella sola —dijo Detritus, con un temeroso asombro en su voz—. Realmente, esta es una tierra de oportunidades.

—Aquí hay escrito algo más —dijo Cuddy, quitando parte del barro—. «Cirone IV me fabricat» —leyó en voz alta—. Fue uno de los primeros reyes, ¿verdad? Eh, ¿sabes qué es lo que significa eso?

—Nadie ha estado aquí abajo desde ayer —dijo Detritus.

—¡No! Este sitio… este sitio tiene más de dos mil años. Probablemente somos las primeras personas que bajan aquí desde…

—Ayer —dijo el troll.

—¿Ayer? ¿Ayer? ¿Qué tiene que ver el día de ayer con todo esto?

—Pisadas todavía frescas —dijo Detritus.

Señaló hacia delante.

Había huellas de pisadas en el barro.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó Cuddy, sintiéndose de repente muy visible en el centro del túnel.

—Nueve años. Ese es el número de años que he vivido aquí. Nueve —dijo Detritus, orgullosamente—. Y ese solo uno de un gran… número de números hasta los que puedo contar.

—¿Has oído hablar alguna vez de túneles bajo la ciudad?

—No.

—Pero alguien sabe acerca de ellos.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer?

La respuesta era inevitable. Habían perseguido a un hombre hasta el interior del almacén de futuros porcinos, y casi habían muerto. Luego habían terminado encontrándose metidos en el centro de una pequeña guerra, y casi habían muerto. Ahora se encontraban en un túnel misterioso donde había huellas de pisadas frescas. Si el cabo Zanahoria o el sargento Colon llegaban a preguntarles qué fue lo que hicieron entonces, ninguno de los dos podía hacer frente a la idea de decirles que se habían vuelto por donde vinieron.

—Las pisadas van en esa dirección —dijo Cuddy—, y luego regresan. Pero las que regresan no son tan profundas como las que van hacia allí. Puedes ver que son posteriores porque pasan por encima de las otras. Así que cuando fue hacia allí pesaba más que cuando regresó, ¿sí?

—Sí —dijo Detritus.

—¿Así que eso significa…?

—¿Que pierde peso?

—Que llevaba algo consigo, y que lo dejó… en algún lugar de allí delante.

Contemplaron la oscuridad.

—¿Así que vamos y averiguamos qué era? —preguntó Detritus.

—Eso creo. ¿Cómo te sientes?

—Me siento bien.

Aunque pertenecían a especies distintas, de pronto sus mentes se habían visto invadidas por una sola imagen que llevaba aparejados el fogonazo surgido de un tubo y un proyectil de plomo que cantaba a través de la noche subterránea.

—Él regresó —dijo Cuddy.

—Sí —dijo Detritus.

Volvieron a contemplar la oscuridad.

—No ha sido un día muy agradable —dijo Cuddy.

—Eso verdad.

—Hay una cosa que me gustaría saber, solo por si se diera el caso de que… quiero decir que… oye, ¿qué fue lo que sucedió exactamente dentro del almacén de cerdo? ¡Hiciste todas esas matemáticas! ¡Todas esas cuentas!

—Yo… no sé. Lo vi todo.

—¿Todo qué?

—Pues todo ello. Todo. Todos los números que hay en el mundo. Podía contarlos todos.

—¿Y daban igual a qué ?

—No sé. ¿Qué significa igual?

Siguieron adelante, para ver qué era lo que les reservaba el futuro.

El sendero terminaba llevando a un túnel más angosto que apenas si era lo bastante grande para que el troll pudiera mantenerse erguido. Finalmente no pudieron seguir adelante. Una piedra había caído del techo y los escombros y el barro habían ido fluyendo alrededor de ella, obstruyendo el túnel. Pero aquello no importaba, porque ya habían encontrado lo que estaban buscando, a pesar de que no lo hubiesen estado buscando.

—Oh, cielos —dijo Detritus.

—Decididamente sí —dijo Cuddy, mirando vagamente a su alrededor—. ¿Sabes?, creo que normalmente estos túneles están llenos de agua —dijo después—. Quedan muy por debajo del nivel normal del río.

Volvió nuevamente la mirada hacia el patético descubrimiento.

—Esto va a crear un montón de problemas —dijo.

—Es su placa —dijo Zanahoria—. Oh, cielos. La ha estado sujetando con tanta fuerza que se le ha clavado en la mano.

Técnicamente hablando, Ankh-Morpork está construida sobre terreno arcilloso, pero en su mayor parte está construida sobre Ankh-Morpork. La ciudad ha sido construida, incendiada, recubierta por los sedimentos, y reconstruida tantas veces que sus cimientos son sótanos viejos, caminos enterrados y los huesos fósiles y los vertederos de ciudades anteriores.

Debajo de ellos, en la oscuridad, el troll y el enano estaban sentados.

—¿ Qué hacer ahora?

—Deberíamos dejarlo aquí y traer al cabo Zanahoria. Él sabrá qué es lo que hay que hacer.

Detritus miró por encima del hombro la cosa que había detrás de ellos.

—Eso a mí no gusta nada —dijo—. Dejarlo aquí no estar bien.

—Claro. Sí, tienes razón. Pero tú eres un troll y yo soy un enano. ¿Qué piensas que ocurriría si la gente nos viera llevando eso por las calles?

—Problema grande.

—Correcto. Venga, vamos. Sigamos las huellas hasta que nos lleven fuera de aquí.

—¿Suponiendo que no esté cuando regresamos? —murmuró Detritus, levantándose pesadamente.

—¿Cómo iba a hacerlo? Y ahora nosotros estamos siguiendo las huellas que conducen hacia fuera, así que si quienquiera que sea que lo puso aquí vuelve, entonces nos daremos de narices con ellos.

—Oh, bien. Yo contento de que tú hayas dicho eso.

Vimes estaba sentado en el borde de su cama mientras Angua le vendaba la mano.

—¿El capitán Quirke? —dijo Zanahoria—. Pero él… no es una buena elección.

—Mayonesa Quirke, solíamos llamarle —dijo Colon—. Es un capullo.

—No me lo digas —dijo Angua—. Es rico, espeso y pringoso, ¿verdad?

—Y huele un poquito a huevos —dijo Zanahoria.

—Luce un penacho en el casco —dijo Colon—, y lleva una coraza en la que te puedes ver la cara.

—Bueno, Zanahoria también tiene una coraza así —dijo Nobby.

—Sí, pero la diferencia es que Zanahoria mantiene su coraza limpia porque a él… le gusta tener una coraza bien limpia —dijo Colon lealmente—. Mientras que Quirke mantiene brillante la suya porque es un capullo.

—Pero ya ha resuelto el caso —dijo Nobby—. Oí hablar de ello cuando fui a por el café. Ha arrestado a Caradecarbón el troll. Ya sabe a quién me refiero, ¿verdad, capitán? El que limpia las letrinas. Alguien lo vio cerca de la calle Escarcha justo antes de que mataran al enano.

—Pero Caradecarbón es inmenso —dijo Zanahoria—. No podría haber pasado por esa puerta.

—Tiene un motivo —dijo Nobby.

—¿Sí?

—Sí. Martillogrande era un enano.

—Eso no es un motivo.

—Lo es para un troll. Y en todo caso, si no hizo eso, probablemente haya hecho algo. Hay montones de evidencias contra él.

—¿Como cuáles? —quiso saber Angua.

—Es un troll.

—Eso no es ninguna evidencia.

—Para el capitán Quirke sí que lo es —dijo el sargento.

—Tiene que haber hecho algo —repitió Nobby.

Al decir aquello se estaba haciendo eco de la visión del crimen y el castigo que tenía el patricio. Si había habido un crimen, entonces debería haber un castigo. Que el criminal en cuestión debiera verse involucrado en el proceso del castigo era una feliz casualidad, pero en el caso de que no fuera así entonces cualquier criminal serviría, y dado que todo el mundo era sin duda culpable de algo, el resultado final era que, en términos generales, se hacía justicia.

—Ese Caradecarbón es un mal elemento —dijo Colon—. Es la mano derecha de Crysoprase.

—Sí, pero no pudo matar a Bjorn —dijo Zanahoria—. ¿Y qué hay de la joven mendiga?

Vimes estaba mirando el suelo y no se había movido.

—¿Qué opina usted, capitán? —preguntó Zanahoria.

Vimes se encogió de hombros.

—¿A quién le importa? —dijo.

—Bueno, a usted sí que le importa —dijo Zanahoria—. Siempre le ha importado. Y ahora no podemos permitir que alguien como…

—Escúchame —dijo Vimes, hablando con un hilo de voz—. Supongamos que descubrimos quién mató al enano y al payaso. O a la chica. Eso no cambiaría nada. Está podrido de todas maneras.

—¿Qué es lo que está podrido, capitán? —preguntó Colon.

—Todo. Sería como intentar vaciar un pozo con un cedazo. Deja que los asesinos intenten resolverlo. O los ladrones. Luego puede intentarlo con las ratas. ¿Por qué no? No somos las personas adecuadas para esto. Deberíamos habernos conformado con seguir haciendo sonar nuestras campanas y gritando que todo va bien.

—Pero es que no todo va bien, capitán —dijo Zanahoria.

—¿Y qué? ¿Cuándo ha importado eso?

—Oh, cielos —murmuró Angua—. Me parece que quizá le habéis dado demasiado de ese café…

—Mañana me retiraré de la Guardia —dijo Vimes—. Veinticinco años en las calles…

Nobby empezó a sonreír nerviosamente y dejó de hacerlo cuando el sargento, aparentemente sin cambiar de postura para ello, le agarró uno de los brazos y se lo retorció suave pero muy significativamente hacia la parte superior de su espalda.

—¿… Y de qué ha servido todo? ¿Acaso le he hecho algún bien a alguien? Lo único que he conseguido ha sido gastar un montón de botas. ¡No hay lugar en Ankh-Morpork para los policías! ¿A quién le importa lo que está bien y lo que está mal? ¡Asesinos y ladrones y trolls y enanos! ¡Ya puestos, no veo por qué no podríamos tener un puto rey!

El resto de la Guardia Nocturna se estaba mirando los pies en un mudo embarazo. Finalmente Zanahoria dijo:

—Es mejor encender una vela que maldecir a la oscuridad, capitán. Eso es lo que dicen.

—¿Qué? —La súbita rabia de Vimes fue como el estallido de un trueno—. ¿Quién dice eso? ¿Cuándo ha sido cierto eso alguna vez? ¡Nunca lo ha sido! Es la clase de cosa que dicen las personas que no tienen poder para que así todo parezca menos espantoso y horrendo, pero en realidad no son más que palabras, nunca cambia nada…

Alguien llamó con fuerza a la puerta.

—Será Quirke —dijo Vimes—. Tenéis que entregarle vuestras armas. La Guardia Nocturna ha quedado libre de servicio durante un día. No podemos tener a un montón de policías correteando por ahí e interfiriendo con todo, ¿verdad? Abre la puerta, Zanahoria.

—Pero… —empezó a decir Zanahoria.

—Eso era una orden. Puede que no sirva para nada más, pero todavía soy perfectamente capaz de ordenarte que abras la puerta, ¡así que abre la puerta!

Quirke venía acompañado por media docena de miembros de la Guardia Diurna. Llevaban ballestas. En deferencia al hecho de que estaban haciendo un trabajo levemente desagradable que involucraba a otros agentes de la ley, las mantenían ligeramente apuntadas hacia abajo. En deferencia al hecho de que no eran idiotas, les habían quitado los seguros.

En realidad, Quirke no era un mal tipo. Carecía de la imaginación necesaria para ello. Lo suyo era más bien esa especie de antipatía general que oscurece ligeramente el alma de todos aquellos que entran en contacto con ella. Muchas personas desempeñan trabajos que les vienen un[[22]](#footnote-22) poco grandes, pero hay varias maneras de reaccionar ante la situación. A veces esas personas se muestran muy amables y un poco agobiadas, y a veces son Quirke. Quirke hacía frente a ese tipo de situaciones con una máxima: da igual que tengas razón o estés equivocado, con tal de que seas muy claro y decidido. Hablando a grandes rasgos, en Ankh-Morpork no existe ningún prejuicio racial auténtico: cuando tienes enanos y trolls, el mero color que tengan otros humanos no es una cuestión demasiado importante. Pero Quirke era la clase de hombre al que le sale de manera natural pronunciar la palabra negro con dos g.

Lucía un sombrero adornado con un penacho de plumas.

—Entre, entre —dijo Vimes—. No estábamos haciendo nada importante.

—Capitán Vimes…

—No pasa nada. Ya lo sabemos. Dadle vuestras armas, gente. Es una orden, Zanahoria. Una espada del modelo oficial, una pica o alabarda, un palo nocturno o porra, una ballesta. Es eso, ¿verdad, sargento Colon?

—Siseñor.

La vacilación de Zanahoria solo duró un instante.

—Oh, bueno —dijo—. Mi espada oficial está en el soporte.

—Y esa que cuelga de su cinturón, ¿qué es?

Zanahoria no dijo nada. No obstante, cambió ligeramente de postura. Sus bíceps tensaron el cuero de su jubón.

—La espada oficial. Muy bien —dijo Quirke. Se volvió. Quirke era una de esas personas que retroceden cuando se las ataca vigorosamente, pero que atacan sin piedad a todo lo que sea débil—. ¿Dónde está el chupapiedras? —preguntó—. ¿Y la roca?

—Ah —dijo Vimes—, ¿se está refiriendo a esos miembros representativos de nuestras especies hermanas en la inteligencia que han elegido unir su suerte a la gente de esta ciudad?

—Me refiero al enano y al troll —dijo Quirke.

—No tengo ni la más remota idea —dijo Vimes alegremente.

Angua tuvo la vaga impresión de que volvía a estar borracho, suponiendo que las personas pudieran emborracharse de desesperación.

—No lo sabemos, señor —dijo Colon—. No les hemos visto en todo el día.

—Probablemente estarán peleándose en el Camino de la Cantera con el resto de ellos —dijo Quirke—. No puedes confiar en ese tipo de gente. Ya deberían saberlo.

Y Angua también tuvo la impresión de que si bien palabras como mediapinta y chupapiedras resultaban ofensivas, eran como términos de hermandad universal comparadas con palabras como «ese tipo de gente» en la boca de hombres como Quirke. Para su perplejidad, descubrió que su mirada no se apartaba de la yugular de aquel hombre.

—¿Peleándose? —dijo Zanahoria—. ¿Por qué?

Quirke se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Bueno, dejadme pensar —dijo Vimes—. Podría tener algo que ver con un arresto equivocado. Podría tener algo que ver con los enanos más revoltosos a los que les basta con cualquier excusa para ir a meterse con los trolls. ¿Qué piensa usted, Quirke?

—Yo no pienso, Vimes.

—Hace bien. Es usted justo el tipo de hombre que necesita la ciudad.

Vimes se levantó.

—Bueno, pues en ese caso me voy —dijo—. Os veré a todos mañana. Si es que hay un mañana.

La puerta se cerró detrás de él con un ruidoso portazo.

Aquella cámara era enorme. Tenía las dimensiones de una plaza de ciudad, con pilares espaciados cada pocos metros para sostener el techo. Había túneles irradiando de ella en todas las direcciones, y a distintas alturas en las paredes. El agua manaba de muchos de ellos procedente de pequeños manantiales y arroyos subterráneos.

Ese era el problema. La película de agua que se deslizaba sobre el suelo de piedra de la cámara había borrado cualquier rastro de las huellas.

Un túnel muy grande, casi obstruido por escombros y sedimentos, se alejaba de la cámara yendo en lo que Cuddy estaba bastante seguro era la dirección del estuario.

El lugar casi resultaba agradable. No había ningún olor, aparte de una tenue traza de humedad como la que queda atrapada debajo de una piedra. Y hacía fresco.

—He visto grandes salones de los enanos en las montañas —dijo Cuddy—, pero he de admitir que esto es otra cosa.

Su voz creó ecos que rebotaron por toda la cámara.

—Oh, sí —dijo Detritus—. Tiene que ser alguna otra cosa, porque no es un salón de los enanos en las montañas.

—¿Ves alguna manera de subir?

—No.

—Podríamos haber pasado de largo delante de una docena de caminos que llevan a la superficie y no haberlo sabido.

—Sí —dijo el troll—. Es un problema peliagudo.

—¿Detritus?

—¿Sí?

—¿Sabías que aquí abajo, donde no hace tanto calor, estás empezando a volverte más inteligente de nuevo?

—¿De veras?

—¿Podrías utilizar esa inteligencia para pensar en una manera de salir de aquí?

—¿Cavando? —sugirió el troll.

Había bloques caídos aquí y allá en los túneles. No muchos, porque el lugar estaba muy bien construido.

—No. No tengo una pala —dijo Cuddy.

Detritus asintió.

—Dame tu coraza —dijo.

La dejó apoyada en la pared. Su puño la golpeó unas cuantas veces. Luego se la devolvió a Cuddy. Ahora tenía, más o menos, la forma de una pala.

—Hay que recorrer mucha distancia hasta llegar arriba —dijo Cuddy con voz dubitativa.

—Pero conocemos el camino —dijo Detritus—. Es eso, o quedarte aquí abajo comiendo rata durante el resto de tu vida.

Cuddy titubeó. La idea tenía un cierto atractivo…

—Sin ketchup —añadió Detritus.

—Creo que vi una piedra caída no muy lejos de aquí —dijo el enano.

El capitán Quirke paseó la mirada por la sala de la Guardia con el aire de alguien que le está haciendo un favor al escenario al contemplarlo.

—Muy agradable —dijo—. Me parece que nos trasladaremos aquí. Estaremos mejor que en los cuarteles que hay cerca del Palacio.

—Pero aquí estamos nosotros —dijo el sargento Colon.

—Entonces tendrán que apretarse un poco —dijo el capitán Quirke.

Miró a Angua. La fijeza con que lo miraba aquella joven estaba empezando a ponerle un poco nervioso.

—También habrá unos cuantos cambios —dijo. La puerta se abrió con un crujido detrás de él y un perrito que olía bastante mal entró en la sala.

—Pero lord Vetinari no ha dicho quién va a mandar la Guardia Nocturna —dijo Zanahoria.

—Oh, ¿sí? Pues a mí me parece, a mi me parece —dijo Quirke—, que no es probable que vaya a ser uno de ustedes, ¿eh? Me parece que lo más probable es que se combinen las Guardias. Me parece que hay mucho desbarajuste por aquí. Me parece que esto es una olla de grillos.

Volvió a mirar a Angua. Su manera de mirarle estaba sacándole de quicio.

—Me parece… —volvió a empezar Quirke, y entonces reparó en el perro—. ¡Miren esto!—dijo—. ¡Perros en la Casa de la Guardia! —Le atizó una patada enérgica a Gaspode y sonrió cuando el perro se apresuró a buscar refugio debajo de la mesa con un chillido.

—¿Y qué hay de Lettice Knibbs, la joven mendiga?—dijo Angua—. A ella no la mató ningún troll. Ni al payaso.

—Hay que concentrarse en la imagen general —dijo Quirke.

—Señor capitán —dijo una voz desde debajo de la mesa, audible a un nivel consciente únicamente para Angua—, nota usted un picorcito en el trasero.

—¿Y cuál es esa gran imagen general? —preguntó el sargento Colon.

—Un picorcito realmente intenso —dijo la voz submesera.

—¿Se encuentra bien, capitán Quirke? —preguntó Angua.

El capitán se removió, intranquilo.

—Pica, pica, pica —dijo la voz.

—Lo que quiero decir es que algunas cosas son importantes, y otras no lo son —dijo Quirke—. ¡Aaargh!

—¿Cómo dice?

—Pica.

—No puedo quedarme hablando con ustedes todo el día —dijo Quirke—. Preséntese-En mi-Ofícina-Mañana por la tarde…

—Pica-pica-pica.

—¡Mediaaaaa vuelta!

La Guardia Diurna se apresuró a salir de la sala, con Quirke dando brincos y retorciéndose en, por así decirlo, la retaguardia.

—Caray, parecía ansioso por irse —dijo Zanahoria.

—Sí —dijo Angua—. No se me ocurre por qué.

Se miraron el uno al otro.

—¿Entonces se acabó? —dijo Zanahoria—. ¿No más Guardia Nocturna?

Generalmente, la biblioteca de la Universidad Invisible es muy silenciosa. Puede haber algún que otro susurro de pies mientras los magos deambulan por entre los estantes, la tos ocasional para perturbar el silencio académico y, muy de vez en cuando, un alarido de agonía cuando un estudiante descuidado se olvida de tratar a algún grimorio antiguo con la cautela que se merece.

Considérese a los orangutanes.

En todos los mundos agraciados con su presencia se sospecha que los orangutanes saben hablar pero optan por no hacerlo por si acaso los humanos los ponen a trabajar, posiblemente en la industria de la televisión. De hecho, los orangutanes saben hablar. Es solo que hablan en orangután. Los humanos, por su parte, solo son capaces de escucharlo en el idioma Perplejidad.

El Bibliotecario de la Universidad Invisible había tomado la decisión unilateral de ayudar a la comprensión produciendo un diccionario orangután/humano. Llevaba tres meses trabajando en él.

No resultaba nada fácil. Por el momento había conseguido llegar hasta «Oook».

Había ido al nivel inferior de los Depósitos, donde hací[[23]](#footnote-23)a un poco más de fresco.

Y de pronto alguien estaba cantando.

El bibliotecario se sacó la pluma del pie y escuchó.

Un humano habría decidido que no podía dar crédito a sus oídos. Los orangutanes son mucho más sensatos. Si no crees en tus propios oídos, ¿en los oídos de quién vas a creer?

Alguien estaba cantando, en el subsuelo. O intentando cantar.

Las voces infaustas y endiabladas decían algo así como:

—Oor, roo. Oor, roo.

—¡Escucha, so… troll! Es la canción más simple que hay. Mira, empieza así: «¡Oro, Oro, Oro, Oro!».

—«Oro, Oro, Oro, Oro…»

—¡No! ¡Esa es la segunda estrofa!

También estaba el sonido rítmico de una pala desplazando tierra y de cascotes movidos de un lado a otro.

El Bibliotecario estuvo reflexionando durante un rato. Bien, así que… un enano y un troll. Prefería ambas especies a los humanos. Para empezar, ninguna de ellas leía mucho. El Bibliotecario estaba a favor de la lectura en general, claro está, pero los lectores en particular siempre lo ponían de los nervios. Había algo, bueno, sacrílego en su manera de ir sacando libros de los estantes y desgastar las palabras al leerlas. Al Bibliotecario le gustaba la gente que amaba y respetaba los libros y la mejor manera de hacer eso en su opinión, era dejando que siguieran encima de los estantes donde la Naturaleza había querido que estuvieran.

Las voces apagadas parecían estar aproximándose.

—Oro, oro, oro…

—¡Ahora estás cantando el estribillo!

Por otra parte, hay maneras más apropiadas que otras de entrar en una biblioteca.

El Bibliotecario fue hacia los estantes y cogió la obra todavía no superada de Tulipabulbero Cómo aniquilar a los insectos. Todas sus dos mil páginas.

Vimes iba por la avenida Pastelito sintiéndose bastante alegre y animado. Era consciente de que había un Vimes interior que se estaba desgañitando dentro de su cabeza. No le prestó atención.

No podías ser un auténtico policía en Ankh-Morpork y permanecer cuerdo. Tenía que importarte lo que hacías, y en Ankh-Morpork preocuparte por algo era como abrir una lata de carne en medio de un banco de pirañas.

Cada uno tenía su propia manera de hacer frente a eso. Colon nunca pensaba en ello, y a Nobby no le preocupaba en lo más mínimo, y los nuevos todavía no llevaban en la Guardia el tiempo suficiente para que los hubiera ido consumiendo, y Zanahoria… era él mismo.

Cientos de personas morían en la ciudad cada día, a menudo de suicidio. ¿Qué importancia podían tener unas cuantas más?

El Vimes de dentro empezó a golpear las paredes con los puños.

Había unas cuantas carrozas estacionadas delante de la mansión de los Ramkin, y el lugar parecía hallarse infestado por todo un surtido de parientes femeninas y Emmas Intercambiables. Estaban horneando cosas y abrillantando cosas. Vimes pasó a través de ellas sin que se le prestara demasiada atención.

Encontró a Sybil en la casa de los dragones, calzada con sus botas de goma y llevando su coraza protectora para los dragones. Estaba limpiando, en apariencia feliz e inconsciente del caos controlado que se agitaba dentro de la mansión.

Su futura esposa alzó la mirada cuando la puerta se cerró detrás de Vimes.

—Oh, estás aquí. Has vuelto a casa temprano —dijo—. No podía soportar el jaleo, así que me he venido aquí. Pero pronto tendré que ir a cambiarme porque…

Sybil se calló en cuanto vio la cara que estaba poniendo él.

—Algo va mal, ¿verdad?

—No voy a volver —dijo Vimes.

—¿De veras? La semana pasada dijiste que harías una guardia entera. Dijiste que tenías muchas ganas de hacerla.

Hay pocas cosas que se le escapen a la vieja Sybil, pensó Vimes.

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—Me alegro de que lo hayas dejado —dijo.

El cabo Nobbs entró corriendo en la Casa de la Guardia y cerró de un portazo.

—¿Y bien? —preguntó Zanahoria.

—Las cosas se han ido poniendo bastante feas —dijo Nobby—. Dicen que los trolls planean marchar al Palacio para sacar de allí a Caradecarbón. Hay bandas de enanos y trolls recorriendo la ciudad en busca de problemas. Y mendigos. Lettice era muy popular. Y también hay un montón de gente de los gremios en las calles. La ciudad —dijo dándose aires de importancia— se ha convertido en un tonel de Pólvora Número Uno.

—¿Qué os parece la idea de ir a acampar al aire libre en la llanura? —dijo Colon.

—¿Qué tiene que ver eso con el problema actual?

—Si a alguien se le ocurre acercar un fósforo encendido a algo esta noche, será adiós Ankh —dijo el sargento con voz malhumorada—. Normalmente siempre podemos cerrar las puertas de la ciudad, ¿no? Pero ahora apenas si hay un metro de agua en el río.

—¿Inundáis la ciudad solo para apagar los incendios? —preguntó Angua.

—Aja.

—Ah, sí, me olvidaba de algo —dijo Nobby—. ¡Y además la gente me tiró cosas!

Zanahoria había estado mirando la pared. Ahora sacó de su bolsillo un maltrecho cuadernillo negro y empezó a pasar las páginas.

—Decidme una cosa —murmuró, hablando con una voz ligeramente distante—. ¿Ha habido algún quebrantamiento irreparable de la ley y el orden?

—Sí. Durante unos quinientos años —dijo Colon—. Un quebrantamiento irreparable de la ley y el orden es justo lo que es Ankh-Morpork.

—No, me refería a algo que se saliera de lo habitual. Es importante —dijo Zanahoria pasando una página. Sus labios se movieron en silencio mientras leía.

—Tirarme cosas suena como un quebrantamiento de la ley y el orden —dijo Nobby.

Se dio cuenta de las caras que estaban poniendo todos.

—No creo que pudiéramos hacer que colara —dijo Zanahoria.

—Pues te aseguro que algunas de esas cosas se me colaron dentro de la camisa —dijo Nobby—. Y unas cuantas se me quedaron pegadas.

—¿Por qué te tiraron cosas? —preguntó Angua.

—Pues porque yo era un guardia, por eso —dijo Nobby—. A los enanos no les gusta la Guardia por lo que le ocurrió al señor Martillogrande, y a los trolls no les gusta la Guardia por el arresto de Caradecarbón, y a la gente no le gusta la Guardia porque ahora hay montones de enanos y de trolls enfurecidos que van dando vueltas por ahí.

Alguien llamó ruidosamente a la puerta.

—Probablemente sea una turba enfurecida —dijo Nobby.

Zanahoria abrió la puerta.

—No es una turba enfurecida —anunció.

—Oook.

—Es un orangután que lleva a un enano aturdido seguido un troll. Pero por si te sirve de algo, está bastante enfurecido.

El mayordomo de lady Ramkin, Willikins, le había preparado un gran baño a Vimes. ¡Ja! Mañana Willikins sería su mayordomo, y aquel sería su baño.

Y aquel no era uno de los viejos baños hasta la cadera que se podían arrastrar por el suelo hasta dejarlos delante del fuego, no. La mansión Ramkin recogía el agua del tejado dentro de una gran cisterna, después de haber sacado de ella a las palomas, y luego el agua la calentaba por un antiguo géiser y fluía a lo largo de cañerías de plomo que gemían y tambor[[24]](#footnote-24)ileaban hasta llegar a un par de enormes grifos de latón, y de ahí a una bañera esmaltada. Había cosas dispuestas encima de una toalla junto a ella: enormes cepillos para frotarse, tres clases de jabón, una esponja de mano.

Willikins esperaba pacientemente junto a la bañera, como un toallero apenas calentado.

—¿Sí? —dijo Vimes.

—Su señoría… es decir, el padre de la señora… siempre pedía que se le frotara la espalda —dijo Willikins.

—Ve y ayuda al viejo géiser a calentar el horno —dijo Vimes con firmeza.

Cuando se hubo quedado solo, salió de su coraza y la tiró en un rincón. A la coraza le siguió la camisa de cota de malla, y el casco, y la bolsa del dinero, y las distintas prendas de cuero y algodón que se interponían entre un guardia y el mundo.

Y luego se sumergió, al principio cautelosamente, en el agua jabonosa.

—Prueba jabón. Jabón dará resultado —dijo Detritus.

—Estáte quieto, ¿quieres? —dijo Zanahoria.

—¡Me vas a arrancar la cabeza del cuello!

—Adelante, enjabónale cabeza.

—¡Enjabónate tú la tuya!

Hubo un súbito tung y el casco de Cuddy se desprendió de su cabeza.

Cuddy emergió a la luz, parpadeando. Enfocó la mirada en el Bibliotecario, y gruñó.

—¡Me atizó en la cabeza!

—Oook.

—Dice que salisteis a través del suelo —dijo Zanahoria.

—¡Eso no es razón para atizarme en la cabeza!

—Algunas de las cosas que salen del suelo en la Universidad Invisible ni siquiera tienen cabeza —dijo Zanahoria.

—¡Oook!

—O tienen centenares. ¿Por qué estabais cavando ahí abajo?

—No cavábamos ahí abajo. Cavábamos hacia arriba.

Zanahoria se sentó y escuchó. Solo interrumpió en dos ocasiones.

—¿Os disparó?

—Cinco veces —dijo Detritus, visiblemente contento—. He de comunicar daño en coraza, pero no en parte de atrás debido a que afortunadamente mi cuerpo se interpuso, salvando así valiosa propiedad ciudadana por valor de tres dólares.

Zanahoria siguió escuchando durante un rato.

—¿Alcantarillas? —terminó diciendo.

—Es como toda la ciudad, en el subsuelo. Vimos coronas y cosas talladas en las paredes.

A Zanahoria le brillaron los ojos.

—¡Eso quiere decir que tienen que datar de los días en que teníamos reyes! Y cuando empezamos a reconstruir una y otra vez la ciudad, nos olvidamos de que estaban allí abajo…

—Mmm… Eso no es todo lo que hay ahí abajo —dijo Cuddy—. Encontramos… algo.

—¿Oh?

—Algo malo.

—No te gustará nada —dijo Detritus—. Malo, malo, malo. Incluso peor.

—Pensamos que sería mejor dejarlo allí —dijo Cuddy—, debido a que era una Prueba. Pero tendrías que verlo.

—Pondrá todo patas arriba —dijo el troll, empezando a meterse en el papel.

—¿Qué era?

—Si te lo decimos, tú dices, estúpida gente étnica, me estáis tocando las nances —dijo Detritus.

—Así que será mejor que vengáis y lo veáis —dijo Cuddy.

El sargento Colon miró al resto de la Guardia.

—¿Todos nosotros? —preguntó nerviosamente—. Ejem. ¿No crees que un par de oficiales con experiencia deberían quedarse aquí arriba? ¿Por si ocurre algo?

—¿Te refieres a si ocurre algo aquí arriba? —preguntó Angua, hablando en un tono bastante ácido—. ¿O a si ocurre algo allá abajo?

—Iré con el guardia interino Cuddy y el guardia interino Detritus —dijo Zanahoria—. No creo que nadie más deba venir.

—¡Pero podría ser peligroso! —dijo Angua.

—Si encuentro a la persona que les ha estado disparando a unos guardias —dijo Zanahoria—, lo será.

Samuel Vimes estiró la pierna y abrió el grifo del agua caliente con el dedo gordo del pie.

Hubo una respetuosa llamada a la puerta, y Willikins entró a paso de mayordomo.

—¿El señor deseará alguna cosa?

Vimes se lo pensó.

—Lady Ramkin dijo que usted no desearía nada de alcohol —dijo Willikins, como si le estuviera leyendo los pensamientos.

—¿Lo dijo?

—Enfáticamente, señor. Pero tengo aquí un puro excelente.

Torció el gesto cuando Vimes le arrancó el extremo de un mordisco al puro y lo escupió por encima del borde de la bañera, pero acto seguido sacó una caja de fósforos del bolsillo y se lo encendió.

—Gracias, Willikins. ¿Cuál es tu nombre propio?

—¿Nombre propio, señor?

—Quiero decir que cómo te llama la gente cuando ha llegado a conocerte un poco mejor.

—Willikins, señor.

—Oh. Bien, de acuerdo. Bueno. Puedes irte, Willikins.

—Sí, señor.

Vimes volvió a recostarse dentro del agua caliente. La voz interior seguía estando presente en algún lugar, pero intentó no prestarle ninguna atención. A esta hora, estaba diciendo la voz, estarías procediendo por la calle de los Dioses Menores, justo al lado de ese muro de la ciudad antigua en el que podías hacer un alto y liarte un pitillo estando resguardado del viento…

Para ahogar a la voz, Vimes empezó a cantar con toda la potencia de sus pulmones.

Las alcantarillas cavernosas que había debajo de la ciudad resonaban con los ecos de voces humanas y casi humanas por primer vez en milenios.

—Aibó…

—… aibó…

—Oook oook oook oook oook…

—¡Vosotros todos estúpidos!

—No puedo evitarlo. Es mi sangre cuasienanesca. Nos gusta cantar en el subsuelo. Es algo que nos sale de una manera natural.

—De acuerdo, pero ¿por qué él cantando? El simio.

—Se hace enseguida con las costumbres de la gente.

Habían traído consigo antorchas. Las sombras saltaban entre los pilares dentro de la gran caverna, y volaban a lo largo de los túneles. Cualesquiera que fuesen los posibles peligros que hubiera al acecho, Zanahoria estaba fuera de sí por la alegría del descubrimiento.

—¡Es asombroso! ¡La Vía Cloaca se menciona en algún libro viejo que leí, pero todo el mundo pensaba que era una calle perdida! Un trabajo de construcción realmente soberbio. Tuvisteis suerte de que el nivel del río esté tan bajo. Parece como si normalmente estas alcantarillas estuvieran llenas de agua.

—Eso fue lo que dije yo —dijo Cuddy—. Llenas de agua, dije.

Observó con cautela las sombras que danzaban, las cuales creaban formas extrañas y preocupantes en la pared de enfrente: extraños animales bípedos, innombrables criaturas subterráneas…

Zanahoria suspiró.

—Deja de hacer sombras con las manos, Detritus.

—Oook.

—¿Qué decir él?

—Ha dicho «Haz el Conejo Deformado, es mi favorito» —tradujo Zanahoria.

Las ratas correteaban en la oscuridad. Cuddy miró a su alrededor. No paraba de imaginarse figuras, por allí atrás, tomando puntería a lo largo de una especie de tubo…

Hubo unos momentos un poco preocupantes cuando perdió de vista las huellas sobre la piedra mojada, pero luego volvió a encontrarlas cerca de una pared cubierta de moho. Y entonces, allí estaba aquel conducto en particular. Cuddy había hecho una señal en la piedra.

—No queda muy lejos —dijo, pasándole la antorcha a Zanahoria.

Zanahoria desapareció.

Oyeron sus pasos en el barro, y luego un silbido de sorpresa, y después silencio durante un rato. Zanahoria reapareció.

—Vaya, vaya —dijo—. ¿Sabéis quién es?

—Se parece a… —empezó a decir Cuddy.

—Se parece a un problema muy serio.

—¿Ves por qué no nos lo llevamos arriba? —dijo Cuddy—. Pensé que ir por las calles con un cadáver humano en estos momentos no sería una buena idea. Especialmente con este cadáver.

—Yo pensé algo de eso, también —aclaró Detritus.

—Muy bien pensado —dijo Zanahoria—. Bien hecho, hombres. Creo que sería mejor que… lo dejáramos aquí por ahora y que luego regresemos con un saco. Y… no se lo digáis a nadie más.

—Excepto al sargento y a los demás —dijo Cuddy.

—No… ni siquiera a ellos. Eso les pondría muy… nerviosos a todos.

—Como usted diga, cabo Zanahoria.

—Estamos tratando con una mente enferma, hombres.

Una súbita revelación subterránea inundó la mente de Cuddy con su luz.

—Ah —dijo—. ¿Sospecha del cabo Nobbs, señor?

—Esto es peor. Venga, regresemos arriba. —Volvió la mirada hacia la gran caverna llena de pilares—. ¿Tienes alguna idea de dónde nos encontramos, Cuddy?

—Podría ser debajo del Palacio, señor.

—Eso era lo que estaba pensando yo. Los túneles van a todas partes, claro está…

El curso lleno de preocupación que habían estado siguiendo los pensamientos de Zanahoria se detuvo en algún sendero lejano. Había agua en las alcantarillas, incluso con aquella sequía. Los manantiales afluían a ellas, o el agua se filtraba desde muy arriba. El goteo y el suave chapoteo del agua resonaban por todas Partes. Y había aire, aire frío.

Casi hubiese resultado agradable de no ser por el triste cadáver encogido de alguien que se parecía muchísimo a Beano el Payaso.

Vimes se secó. Willikins también le había dejado preparado su albornoz con brocado en las mangas. Se lo puso, y entró en su vestidor.

Aquello era otra cosa nueva. Los ricos incluso tenían habitaciones para vestirse dentro de ellas, y ropas que llevar mientras entraban en los vestidores para vestirse.

Le habían dejado preparada ropa limpia. Aquella noche había algo muy elegante en rojo y amarillo…

… a estas horas estaría patrullando la calle de la Mina de Melaza…

… y un sombrero. Tenía una pluma en él.

Vimes se vistió, y hasta se puso el sombrero. Y tenía un aspecto de lo más normal y lleno de compostura, hasta que te dabas cuenta de que evitaba encontrarse con su propia mirada en el espejo.

La Guardia estaba sentada alrededor de la mesa grande en la sala de guardia, presa de una profunda melancolía. Se encontraban Fuera de Servicio. Nunca antes habían estado realmente Fuera de Servicio.

—¿Qué os parece si echamos una partidita de cartas? —dijo Nobby alegremente, sacando una baraja grasienta de algún lugar de los ruidosos recovecos de su uniforme.

—Ayer le ganaste la paga a todo el mundo —dijo el sargento Colon.

—Pues entonces ahora tenéis la ocasión de recuperarla.

—Sí, pero tenías cinco reyes en la mano, Nobby.

Nobby barajó las cartas.

—Vaya, eso sí que es curioso —dijo—. Cuando empiezas a mirar, enseguida ves que hay reyes por todas partes.

—Si miras dentro de tu manga, entonces desde luego que los hay.

—No, lo que quiero decir es que está el Camino de los Reyes, en Ankh, y que hay reyes en los naipes, y que cuando ingresamos en la Guardia nos entregan el Chelín del Rey —dijo Nobby—. Tenemos reyes por toda la ciudad excepto encima de ese trono dorado que hay en el Palacio. Os diré una cosa… si tuviéramos un rey ahora no tendríamos todos estos problemas.

Zanahoria estaba contemplando el techo con las cejas fruncidas en una profunda concentración. Detritus estaba contando con los dedos.

.—Oh, seguro que sí —dijo el sargento Colon—. La cerveza costaría un penique la pinta y los árboles volverían a florecer. Ya, claro. Cada vez que alguien de esta ciudad se machaca el dedo gordo del pie tropezando con algo, resulta que eso no habría ocurrido si hubiera habido un rey. Vimes se subiría por las paredes si te oyera decir esas cosas.

—Pero la gente escucha a un rey —dijo Nobby.

—Vimes diría que precisamente ahí está el problema —dijo Colon—. Es como esa ojeriza que tiene con la magia. Todo eso siempre le hace enfadar.

—¿De dónde salir rey en un principio? —preguntó Detritus.

—Alguien tiene que aserrar una piedra —dijo Colon.

—¡Ah! ¡Anti-silicismo!

—No, alguien tiene que sacar una espada de una piedra —dijo Nobby.

—¿Y cómo se había enterado de que la espada estaba allí? —quiso saber Colon.

—Porque… porque sobresalía, ¿no?

—¿Allí donde cualquiera podía cogerla? ¿En esta ciudad?

—Verás, el caso es que eso solo podía hacerlo el rey legítimo —dijo Nobby.

—Oh, claro —dijo Colon—. Comprendo. Oh, sí. Así que lo que me estás diciendo es que alguien decidió quién iba a ser el legítimo rey antes de que ese tipo sacara la espada de la piedra, ¿verdad? Pues a mí eso me suena a tenerlo preparado todo de antemano. Probablemente alguien hizo una piedra falsa hueca y dentro había un enano cogiendo la espada con unas tenazas hasta que llegara el tipo apropiado, y entonces…

Una mosca estuvo rebotando en el cristal de la ventana durante unos instantes, y luego zigzagueó a través de la habitación y se posó en una viga, donde el hacha que lanzó distraídamente Cuddy la partió por la mitad.

—No tienes alma, Fred —dijo Nobby—. No me hubiese importado ser un caballero vestido con una armadura resplandeciente. Eso es lo que te hace un rey cuando eres útil. Te nombra caballero.

—A lo máximo que puedes aspirar tú es a ser un guardia a la belle étoile con una coraza barata —dijo Colon, quien miró orgullosamente en torno a él para ver si alguien había reparado en su prodigioso dominio de las lenguas extranjeras—. No, a mí nunca me pillaréis mostrando respeto a un tipo solo porque haya sacado una espada de una piedra. Eso no te convierte en un rey. Ojo —dijo—, alguien que pudiera clavar una espada en una piedra… un hombre así, en cambio, es un rey.

—Un hombre así sería un as —dijo Nobby.

Angua bostezó.

Ding-ding a-ding ding…

—¿Qué demonios es eso? —dijo Colon.

La silla de Zanahoria se inclinó hacia delante con un golpe seco. Rebuscó en su bolsillo y sacó de él una bolsita de terciopelo, que vació encima de la mesa. De ella salió un disco dorado de unos cinco centímetros de diámetro. Cuando Zanahoria presionó un cierre que había en uno de sus lados, el disco se abrió como una almeja. La Guardia, que se había quedado inmóvil, lo miró fijamente.

—¿Esa cosa es un reloj? —preguntó Angua.

—Un modelo de bolsillo —dijo Zanahoria.

—Pues para ser un modelo de bolsillo es muy grande.

—Eso es por el mecanismo de relojería. Tiene que haber sitio para todas las ruedecitas. Los relojes pequeños solo tienen dentro a esos diablillos del tiempo y no duran nada, y de todas maneras siempre están retrasando o adelantando…

Ding-ding a-ding-ding, ding dingle ding ding…

—¡Y toca una melodía! —dijo Angua.

—Cada hora —dijo Zanahoria—. Forma parte del mecanismo de relojería.

Ding. Ding. Ding.

—Y luego da las horas —dijo Zanahoria.

—Pues entonces atrasa —dijo el sargento Colon—. Todos los demás acaban de sonar, tenéis que haberos enterado.

—Mi primo Jorgen hace unos como ese —dijo Cuddy—. Son más de fiar que los demonios, los relojes que funcionan con agua o las velas. O que esos trastos enormes del péndulo.

—Hay un resorte y ruedecitas —dijo Zanahoria.

—La piececita importante —dijo Cuddy, sacando un monóculo de algún lugar de su barba y examinando minuciosamente el reloj.— es un chirimbolo que se balancea de un lado a otro y que evita que las ruedas vayan demasiado deprisa.

—¿Cómo sabe si están yendo demasiado deprisa? —preguntó Angua.

—Es una especie de función incorporada —dijo Cuddy—. Yo mismo no la entiendo demasiado bien. ¿Qué es esta inscripción que hay aquí…?

La leyó en voz alta.

—¿«Para Guardar el Tiempo de, Tus Veijos Amigos de la Guardia»?

—Es un juego de palabras —dijo Zanahoria.

Hubo un largo y embarazoso silencio.

—Mmm. Puse unos cuantos dólares en nombre de cada uno de vosotros los nuevos reclutas —añadió, ruborizándose—. Quiero decir que… podéis devolvérmelos cuando queráis. Si queréis. Porque, bueno, lo que quiero decir es que… habríais terminado siendo amigos suyos. En cuanto hubierais tenido ocasión de llegar a conocerlo.

El resto de la Guardia intercambió miradas.

Zanahoria podía mandar ejércitos, pensó Angua. Realmente podía hacerlo. Algunas personas han servido de inspiración a países enteros, llevándolos a hacer grandes proezas, debido al poder de su visión. Y él también podía hacerlo. No porque sueñe con hordas en marcha, o la dominación del mundo, o un imperio de un millar de años. Es solo porque piensa que todas las personas son decentes en el fondo y que se llevarían estupendamente bien solo con que hicieran ese pequeño esfuerzo, y lo cree tan apasionadamente que esa convicción arde como una llama que es todavía más grande que él. Zanahoria tiene un sueño y todos formamos parte de él, de tal manera que ese sueño moldea al mundo a su alrededor. Y lo curioso es que nadie quiere que se lleve una decepción. Sería como darle una patada al cachorro más grande del universo. Es una especie de magia.

—El oro se está desprendiendo —dijo Cuddy—. Pero es un buen reloj —se apresuró a añadir.

—Esperaba que pudiéramos dárselo esta noche —dijo Zanahoria—. Y que luego saliéramos todos juntos a tomar una… copa…

—No es una buena idea —dijo Angua.

—Dejémoslo para mañana —dijo Colon—. Cuando vayamos a la boda, formaremos una guardia de honor. Eso es tradicional. Todo el mundo levanta su espada formando una especie de arco.

—Solo tenemos una espada entre todos nosotros —dijo Zanahoria con voz lúgubre. Todos miraron el suelo.

—No es justo —dijo Angua—. Me da igual quién le robó lo que fuese que les robaron a los asesinos, pero el capitán Vimes hacía bien tratando de averiguar quién mató al señor Martillogrande. Y Lettice Knibbs no le importa a nadie.

—Me gusta averiguar quién me disparó —dijo Detritus.

—Lo que no entiendo es por qué alguien puede ser lo bastante imbécil como para robarles a los asesinos —dijo Zanahoria—. Eso fue lo que dijo el capitán Vimes. Dijo que habría que ser payaso para que se te ocurriera colarte en ese sitio. Volvieron a mirar el suelo.

—¿Como un payaso o un bufón? —preguntó Detritus.

—Detritus, el capitán no se refería a un payaso de gorro y campanillas —dijo Zanahoria, amablemente—. Solo quería decir que tendrías que ser un poco idio…

Se calló y miró el techo.

—Oh, vaya —dijo—. ¿Es tan sencillo como eso?

—¿Tan sencillo como qué? —preguntó Angua.

Alguien llamó con fuerza, a la puerta. La llamada no tenía nada de cortés. Aquellos eran los golpes de alguien que haría que le abrieran la puerta o la echaría abajo.

Un guardia entró tambaleándose en la habitación y se desplomó. La mitad de su armadura había desaparecido y tenía un ojo negro, pero todavía era reconocible como Skully Muldoon de la Guardia Diurna.

Colon le ayudó a levantarse.

—¿Te has metido en alguna pelea, Skully?

Skully alzó la mirada hacia Detritus y gimoteó.

—¡Los muy cabrones atacaron la Casa de la Guardia!

—¿Quiénes?

—¡Ellos!

Zanahoria le dio unas palmaditas en el hombro.

—Este no es un troll —dijo—. Este es el guardia interino Detritus… no saludes. ¿Unos trolls atacaron a la Guardia Diurna?

—¡Están tirando adoquines!

—No puedes confiar en ellos —dijo Detritus.

—¿En quiénes? —preguntó Cráneo.

—Los trolls. En mi opinión, son una pandilla de revoltosos —dijo Detritus, con toda la convicción de un troll que lleva una placa—. Necesitan que se les eche un ojo de cuando en cuando.

—¿Qué le ha ocurrido a Quirke? —preguntó Zanahoria.

—¡No lo sé! ¡Tenéis que hacer algo!

—Nos han dejado fuera del servicio —dijo Colon—. Es oficial.

—¡No me vengas con esas!

—Ah —dijo Zanahoria con súbita animación. Sacó un trozo de lápiz de su bolsillo e hizo una pequeña señal en el cuaderno negro—. ¿Todavía tiene esa casita en la calle Tranquila, sargento Muldoon?

—¿Qué? ¿Qué? ¡Sí! ¿Qué pasa con ella!

—¿Y la renta es superior a un cuarto de penique al mes?

Muldoon lo miró con el único ojo operativo.

—¿Tú eres tonto o qué?

Zanahoria le dirigió una gran sonrisa.

—Lo soy, sargento Muldoon. Pero ¿es esa la cantidad? ¿Diría usted que la renta es de un cuarto de penique?

—¿Hay enanos corriendo por las calles en busca de pelea y tú quieres saber a cómo están los precios de las propiedades inmobiliarias?

—¿Un cuarto de penique?

—¡No seas bobo! ¡Una casa así cuesta al menos cinco dólares al mes!

—Ah —dijo Zanahoria, haciendo otra señal en el cuaderno—. Eso será por la inflación, naturalmente. Y supongo que tendrá usted una marmita para cocinar… ¿Es propietario de al menos dos-acres-y-un-tercio y de más de la mitad de una vaca?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Muldoon—. Esto es algún tipo de broma, ¿verdad?

—Creo que probablemente podemos pasar por alto los requisitos de propiedad —dijo Zanahoria—. Aquí pone que se puede omitir para un ciudadano respetable que goce de una buena posición. Por último, ¿ha habido, en su opinión, un quebrantamiento irreparable de la ley y el orden en la ciudad?

—¡Volcaron el carrito de Ruina Escurridizo y le obligaron a comerse dos de sus salchichas-en-un-panecillo!

—¡Oh, caramba! —dijo Colon.

—¡Sin mostaza!

—Me parece que eso cuenta como un Sí —dijo Zanahoria Volvió a hacer una señal en la página, y cerró el cuaderno con u resuelto chasquido—. Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha —añadió después.

—Se nos dijo que… —empezó a decir Colon.

—Según las Leyes y Ordenanzas de Ankh-Morpork —dijo Zanahoria—, cualquier residente de la ciudad, en tiempos de quebrantamiento irreparable de la ley y el orden y a petición de un oficial de la ciudad que sea un ciudadano respetable… aquí hay un montón de cosas acerca de la propiedad y demás, y luego sigue diciendo… deberá formar en una milicia para la defensa de la ciudad.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Angua.

—Milicia… —dijo el sargento Colon con voz pensativa.

—¡Eh, espera! ¡No puedes hacer eso! —dijo Muldoon—. ¡Es una estupidez!

—Es la ley. Nunca ha sido derogada —dijo Zanahoria.

—¡Nunca hemos tenido una milicia! ¡Nunca hemos necesitado una!

—Hasta ahora, me parece.

—Mira, vosotros vais a volver al Palacio conmigo —dijo Muldoon—. Sois hombres de la Guardia…

—Y vamos a defender la ciudad —dijo Zanahoria.

La multitud pasaba a toda prisa por delante de la Casa de la Guardia. Zanahoria detuvo a una pareja recurriendo a un método tan simple como extender la mano.

—El señor Poppley, ¿verdad? —dijo—. ¿Qué tal va la tienda? Hola, señora Poppley.

—¿No se ha enterado? —dijo el hombre, que parecía muy acalorado—. ¡Los trolls han prendido fuego al Palacio!

Siguió la dirección de la mirada de Zanahoria hasta el final de la Vía Ancha, donde el Palacio alzaba su oscura mole bajo la claridad del atardecer. Llamas ingobernables se negaban a salir de cada ventana.

—No me diga —murmuró Zanahoria.

—¡Y hay enanos rompiendo ventanas y de todo! —dijo el tendero—. ¡No hay ni un perro a salvo!

—No puedes confiar en ellos —dijo Cuddy.

El tendero le miró fijamente.

—¿Eres un enano? —dijo.

—¡Asombroso! No entiendo cómo se las apañan para adivinarlo —dijo Cuddy.

—¡Bueno, pues yo me largo! ¡No me quedaré aquí para ver cómo los pequeños demonios abusan de la señora Poppley! ¡Ya saben lo que dicen acerca de los enanos!

La Guardia contempló cómo la pareja volvía a incorporarse a la multitud.

—Bueno, pues yo no lo sé —dijo Cuddy sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Qué es lo que dicen acerca de los enanos?

Zanahoria detuvo a un hombre que empujaba una carretilla.

—¿Le importaría contarme lo que está pasando, señor? —le dijo.

—¿Y sabe qué es lo que dicen acerca de los enanos? —preguntó una voz detrás de él.

—Ese no es un señor, ese es Ruina —dijo Colon—. ¡Y fíjate en el color que tiene!

—¿Debería estar reluciente todo él? —preguntó Detritus.

—¡Me encuentro estupendamente! ¡Me encuentro estupendamente! —dijo Escurridizo—. ¡Ja! ¡Eso le enseñará a la gente a meterse con la calidad de mi mercancía!

—¿Qué está pasando, Escurridizo? —dijo Colon.

—Dicen que… —empezó a balbucear Escurridizo, que tenía la cara verde.

—¿Quién lo dice? —preguntó Zanahoria.

—Ellos lo dicen —dijo Escurridizo—. Ya sabe. Ellos. Todo el mundo. Dicen que los trolls han matado a alguien en Hermanas Dolly y que los enanos han destrozado el taller de cerámica nocturna de Pizarroso el troll y que han derribado el Puente de Latón y…

Zanahoria miró calle arriba.

—Acabas de pasar por el Puente de Latón —dijo.

—Sí, bueno… eso es lo que dicen —replicó Escurridizo.

—Oh, ya veo —dijo Zanahoria, y se irguió.

—¿Y por casualidad no dijeron… así como de pasada… nada más acerca de los enanos ? —preguntó Cuddy.

—Me parece que vamos a tener que ir a hablar con la Guardia Diurna acerca del arresto de Caradecarbón —dijo Zanahoria.

—No tenemos armas —dijo Colon.

—Estoy seguro de que Caradecarbón no ha tenido nada que ver con el asesinato de Martillogrande —dijo Zanahoria—. Estamos armados con la verdad. ¿Qué puede hacernos daño si vamos armados con la verdad?

—Bueno, pues por ejemplo un dardo de ballesta puede atravesarte el ojo y salirte por la parte de atrás de la cabeza —dijo el sargento Colon.

—De acuerdo, sargento —dijo Zanahoria—. ¿Dónde tenemos que ir para conseguir unas cuantas armas más?

El Arsenal recortaba su oscura mole contra el crepúsculo.

Resultaba bastante extraño encontrar un arsenal en una ciudad tan decidida a confiar en el engaño y el disimulo, el soborno y la asimilación para derrotar a sus enemigos como lo estaba Ankh-Morpork; pero, como dijo el sargento Colon, una vez que habías conseguido ganarles las armas necesitabas algún sitio donde poder guardarlas.

Zanahoria llamó a la puerta con los nudillos. Pasados unos momentos se oyeron pasos, y una ventanita se deslizó a un lado. Una voz llena de suspicacia dijo:

—¿Sí?

—Cabo Zanahoria, milicia de la ciudad.

— Nunca he oído hablar de ella. Vete a la mierda.

El pestillo de la ventanita se volvió a cerrar. Zanahoria oyó reírse burlonamente a Nobby. Volvió a llamar a la puerta.

—¿Sí?

— Soy el cabo Zanahoria… — El pestillo se movió, pero chocó con la porra de Zanahoria cuando este la incrustó en el agujero—. Y estoy aquí para recoger unas cuantas armas para mis hombres.

— ¿Sí? ¿Y dónde está tu autoridad?

— ¿Qué? Pero soy…

La porra fue apartada de un manotazo y el pestillo quedó colocado.

—Disculpa —dijo el cabo Nobbs pasando junto a Zanahoria—. Déjame probar a mí. Ya he estado aquí antes, en cierto modo.

Pateó la puerta con sus botas de puntera de acero, conocidas y temidas dondequiera que hubiese hombres en el suelo que no se hallasen en condiciones de devolver el ataque.

El pestillo se descorrió.

—Te dije que te fueras a…

—Inspectores —dijo Nobby.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué?

—Venimos a hacer inventario.

—¿Dónde está tu autor…?

—¿Oh? ¿Oh? ¿Pregunta que dónde está mi autoridad? —Nobby se volvió hacia los guardias con una sonrisa sarcástica en los labios—. ¿Oh? Me hace esperar por aquí mientras sus amigotes van por la parte de atrás para traer las cosas de allí donde las tenían guardadas, ¿eh?

—Pero si…

—Y luego, sí, nos hará el viejo truco de las mil espadas, ¿verdad? Hay cincuenta cajas amontonadas una encima de otra y al final resulta que las cuarenta del fondo están llenas de rocas, ¿no?

—Yo…

—¿Cómo se llama usted, caballero?

—Yo…

—¡Abra esta puerta ahora mismo!

La ventanita se cerró. Hubo un ruido de pestillos que abría alguien que no estaba nada convencido de que aquello fuera una buena idea, y que empezaría a hacer preguntas dentro de unos momentos.

—¿Llevas algún papel encima, Fred? ¡Rápido!

—Sí, pero… —dijo el sargento Colon.

—¡Cualquier papel! ¡Ya!

Colon rebuscó en su bolsillo y le entregó a Nobby su factura de la tienda en el mismo instante en que se abría la puerta. Nobby entró por ella como una exhalación, obligando al hombre que había dentro a andar hacia atrás.

—¡No se le ocurra huir! —le gritó Nobby—. No he encontrado nada que esté mal…

—Yo no iba a…

—¡…TODAVÍA!

Zanahoria tuvo tiempo para hacerse una impresión rápida de un lugar cavernoso lleno de sombras complicadas. Aparte del hombre, que estaba más gordo que Colon, había un par de trolls que parecían estar accionando una piedra de molino. Los acontecimientos actuales no parecían haber llegado a entrar en sus duras molleras.

—De acuerdo, que nadie se deje llevar por el pánico, basta con que dejen lo que están haciendo, dejen de hacer lo que están haciendo, por favor. Soy el cabo Nobbs, de la Auditoría de Inspección de Ordenanzas de la Ciudad de Ankh-Morpork… —Agitó el papel delante de los ojos del hombre a una velocidad que no permitía ver nada de lo que hubiera escrito en él, y la voz de Nobby desfalleció un poco mientras se pensaba el final de la frase—… oficina… auditor… inspección… especial… para el Departamento. ¿Cuántas personas trabajan aquí?

—Solo yo…

Nobby señaló a los trolls.

—¿Y qué me dice de ellos?

El hombre escupió en el suelo.

—Oh, pensaba que se refería a personas.

Zanahoria extendió la mano automáticamente y esta chocó con la coraza de Detritus.

—Bueno, bueno —dijo Nobby—. Vamos a ver qué tenemos por aquí… —Fue andando rápidamente junto a los soportes, de tal manera que todo el mundo tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás—. ¿Qué es esto?

—Ejem…

—No lo sabe, ¿eh?

—Claro que lo sé… es… es…

—¿Una ballesta de asedio de quinientos kilos con triple cuerda y el torno de doble acción?

—Eso.

—¿Y verdad que esto es una ballesta reforzada klatchiana con el mecanismo de montaje tipo pata de cabra y la bayoneta colocada debajo del eje inferior?

—Ejem… ¿sí?

Nobby sometió a la ballesta a un somero examen y luego la tiró a un lado.

El resto de la Guardia Nocturna lo estaba mirando con asombro. Nunca se había sabido que Nobby sostuviera ninguna arma más allá de un cuchillo.

.—¿Tiene alguno de esos arcos hershebianos de doce disparos con el alimentador de gravedad? —preguntó secamente.

.—¿Eh? Lo que ve es lo que tenemos, señor.

Nobby cogió una ballesta de caza de su soporte. Sus flacos brazos vibraron cuando tiró de la palanca que cargaba el arma.

—¿Ha vendido todos los dardos para esta cosa o qué?

—¡Están aquí mismo!

Nobby seleccionó uno del estante y lo metió en su ranura. Luego tomó puntería mirando a lo largo del eje. Se volvió.

—Me gusta este inventario —dijo Nobby—. Nos lo llevaremos todo.

La mirada del hombre se deslizó a lo largo del eje hasta encontrarse con los ojos de Nobby y, para la horrorizada admiración de Angua, no se desmayó.

—Esa ballestita de nada no me asusta —dijo.

—¿Esta ballestita de nada no le asusta? —dijo Nobby—. No. Claro. Esto es una ballestita de nada. Una ballestita como esta nunca asustaría a un hombre como usted, porque es una ballestita insignificante. Haría falta una ballesta bastante más grande para asustar a un hombre como usted.

Angua habría dado un mes de paga para ver la cara del encargado del arsenal desde delante. Había visto cómo Detritus levantaba del suelo el lanzavirotes de asedio, lo montaba con una sola mano y un gruñido apenas audible, y daba un paso adelante. Ahora pudo imaginarse a los globos oculares girando cuando la frialdad del metal atravesó el enrojecido cogote del encargado del arsenal.

—La que tiene justo detrás de usted, en cambio, esa sí que es una gran ballesta —dijo Nobby.

No se trataba tanto de que la punta de aquella saeta de hierro de un metro ochenta centímetros de longitud fuera afilada. Se suponía que debía atravesar puertas, no ser utilizada en operaciones quirúrgicas.

—¿Puedo apretar el gatillo ya? —retumbó la voz de Detritus, justo en la oreja del hombre.

—¡No se atreverán a disparar esta cosa aquí dentro! ¡Es un arma de asedio! ¡El dardo atravesaría la pared!

—Sí, terminaría atravesándola —dijo Nobby.

—¿Para qué esta cosa? —preguntó Detritus.

—Bueno, mira…

—Espero que este trasto haya recibido el mantenimiento adecuado —dijo Nobby—. Porque estos trastos siempre son muy propensos a sufrir la fatiga de los metales. Especialmente en el mecanismo del seguro.

—¿Qué es un seguro? —preguntó Detritus.

Todo quedó sumido en un profundo silencio.

Zanahoria encontró su voz, que se había ido muy lejos de allí.

—¿Cabo Nobbs?

—¿Siseñor?

—De ahora en adelante yo me encargaré de esto, si no le importa.

Apartó con mucha delicadeza la ballesta de asedio, pero a Detritus no le había gustado nada aquello de las «personas» y se empeñaba en volver a ponerla donde había estado antes.

—Verán, este elemento de coacción no me gusta nada —dijo Zanahoria—. No hemos venido aquí para amedrentar a este pobre hombre. Es un empleado de la ciudad, al igual que nosotros. Hace usted muy mal al asustarlo. ¿Por qué no se limita a preguntar?

—Lo siento, señor —dijo Nobby.

Zanahoria le dio unas palmaditas en el hombro al encargado del arsenal.

—¿Podemos llevarnos unas cuantas armas? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Unas cuantas armas? ¿Para propósitos oficiales?

El encargado del arsenal no parecía ser muy capaz de hacer frente a aquello.

—¿Quiere decir que tengo elección? —preguntó.

—Oh, por supuesto que sí. En Ankh-Morpork practicarnos la actividad policial basándonos en el consentimiento. Si usted se siente incapaz de acceder a nuestra petición, lo único que tiene que hacer es decirlo.

Hubo un tenue bong cuando la punta de la saeta de hierro volvió a topar con la parte de atrás del cráneo del encargado del arsenal. El hombre buscó en vano algo que decir, porque la única palabra que se le ocurría en aquellos momentos era: «¡Fuego!».

—Uh —dijo finalmente—. Uh. Sí. Claro. Desde luego. Cojan lo que quieran.

—Estupendo, estupendo. Y el sargento Colon le dará un recibo, añadiendo naturalmente que usted nos entrega las armas por voluntad propia.

—¿Por voluntad propia?

—Es usted totalmente libre de hacer lo que quiera, claro está.

El rostro del hombre se frunció en un desesperado esfuerzo de reflexión.

—Bueno, supongo que…

—¿Sí?

—Supongo que pueden llevárselas. Sí, llévenselas enseguida.

—Bravo. ¿Tiene una carretilla?

—¿Y no sabrá por casualidad qué es lo que dicen acerca de los enanos? —preguntó Cuddy.

Angua volvió a tener la vaga impresión de que el alma de Zanahoria carecía de ironía. Creía firmemente en cada una de las palabras que decía. Si el hombre se hubiera mantenido en sus trece, Zanahoria probablemente se habría dado por vencido. Naturalmente, había una pequeña distancia entre «probablemente» y «sin duda».

Nobby había llegado al final de la hilera, soltando algún que otro chillido de deleite cuando encontraba un martillo de guerra interesante o un sable de aspecto especialmente malévolo. Estaba tratando de sostener todas las armas a la vez.

De pronto lo dejó caer todo al suelo y echó a correr.

—¡Oh, caramba! ¡Una máquina de fuego klatchiana! ¡Esto ya se parece más a mi bella estrella!

Lo oyeron hurgar en la penumbra. Luego salió de ella empujando una especie de cubo montado sobre unas ruedecitas que chirriaban. El artilugio tenía varias palancas y grandes bolsas de cuero, y un tubo en la parte delantera. Parecía una tetera enorme.

—¡Y además han mantenido el cuero bien engrasado!

—¿Qué es? —preguntó Zanahoria.

—¡Y hay aceite en el depósito! —Nobby accionó enérgicamente una de las palancas—. ¡Lo último que oí decir fue que esta cosa había sido prohibida en ocho países y que tres religiones dijeron que excomulgarían a cualquier soldado que pescaran utilizándola! ¿Alguien tiene una cerilla?

—Toma —dijo Zanahoria—. Pero ¿qué…[[25]](#footnote-25)?

—¡Mira!

Nobby encendió una cerilla, la aplicó al tubo que había en la parte delantera del artilugio y accionó una palanca.

Pasado un rato consiguieron apagar las llamas.

—Necesita que le hagan un pequeño ajuste —dijo Nobby, hablando a través de su máscara de hollín.

—No —dijo Zanahoria. Recordaría durante el resto de su vida el chorro de llamas calentándole la cara mientras iba de camino hacia la pared.

—Pero es…

—No. Es demasiado peligrosa.

—Se hizo pensando en que…

—Quiero decir que podría hacerle daño a la gente.

—Ah —dijo Nobby—, cierto. Tendrías que haber empezado por ahí. Andamos detrás de armas que no le hagan daño a la gente, ¿verdad?

—¿Cabo Nobbs? —dijo el sargento Colon, quien había estado todavía más cerca de la llama que Zanahoria.

—¿Sí, sargento?

—Ya ha oído al cabo Zanahoria. Nada de armas paganas. Y de todas maneras, ¿cómo es que sabe usted tanto acerca de todas estas cosas?

—Servicio militar.

—¿De veras, Nobby? —dijo Zanahoria.

—Tenía un trabajo especial, señor. De mucha responsabilidad.

—¿Y en qué consistía ese trabajo?

—Era encargado de intendencia, señor —dijo Nobby, saludando marcialmente.

—¿Fuiste encargado de intendencia? —dijo Zanahoria—. ¿En el ejército de quién?

— En el del duque de Pseudópolis.

—Pero Pseudópolis siempre ha perdido todas sus guerras.

— Ah… bueno…

—¿A quién le vendías las armas?

—¡Eso es difamación, eso es lo que es! Lo que ocurría era que las armas siempre pasaban mucho tiempo lejos de allí mientras las afilaban y les sacaban brillo.

—Nobby, el que te está hablando es Zanahoria. ¿Cuánto tiempo, aproximadamente?

—¿Aproximadamente? Oh. Digamos que un cien por cien del tiempo, si es que estamos hablando aproximadamente, señor.

—¿Nobby?

—¿Señor?

—No hace falta que me llames señor.

— Siseñor.

Al final, Cuddy siguió fiel a su hacha pero le añadió un par más como idea del último momento; el sargento Colon escogió una pica porque lo bueno que tenía la pica, lo importante de una pica, era que todo ocurría en el otro extremo, es decir, a mucha distancia; la guardia interina Angua seleccionó, sin demasiado entusiasmo, una espada corta, y el cabo Nobbs…

… El cabo Nobbs terminó convertido en una especie de puerco espín mecánico hecho de hojas, arcos, puntas y cosas nudosas suspendidas de cadenas.

—¿Estás seguro, Nobby? — le preguntó Zanahoria —. ¿No hay nada que quieras dejar?

—Es que cuesta tanto escoger, señor…

Detritus se aferraba a su enorme ballesta.

—¿Eso es todo lo que vas a coger, Detritus?

—¡No, señor! ¡Me llevo a Galena y Morraine, señor!

Los dos trolls que estaban trabajando dentro del arsenal cuando la Guardia entró en él se habían colocado en formación detrás de Detritus.

—Les he tomado juramento, señor — dijo Detritus —. Usado juramento troll.

Pedernal ejecutó un saludo de aficionado.

—Dijo que daría de patadas a nuestras goohulaags cabezas si no nos alistábamos y hacíamos todo lo que se nos dijera, señor— dijo.

—Juramento troll muy antiguo —dijo Detritus—. Muy famoso, muy tradicional.

—Uno de ellos podría llevar la máquina de fuego klatchiana —empezó a decir Nobby con voz esperanzada.

—No, Nobby. Bien… Pues entonces bienvenidos a la Guardia, hombres.

—¿Cabo Zanahoria?

—¿Sí, Cuddy?

—No es justo. Son trolls.

—Necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir Cuddy.

Zanahoria dio un paso atrás.

—Claro que tampoco queremos que la gente piense que andamos buscando jaleo —dijo.

—Oh, vestidos así, señor, no hará falta que busquemos jaleo —dijo el sargento Colon con voz abatida.

—¿Puedo hacer una pregunta, señor? —dijo Angua.

—¿Sí, guardia interina Angua?

—¿Quién es el enemigo?

—Con estas pintas, no tendremos ningún problema para encontrar enemigos —dijo el sargento Colon.

—No estamos buscando enemigos, sino información —dijo Zanahoria—. La mejor arma que podemos emplear en estos momentos es la verdad, y para empezar, ahora vamos a ir al Gremio de Bufones para averiguar por qué el hermano Beano robó el debólver.

—¿El hermano Beano robó el debólver?

—Pienso que puede haberlo hecho, sí.

—¡Pero Beano murió antes de que robaran el debólver! —dijo Colon.

—Sí —dijo Zanahoria—. Eso ya lo sé.

—Vaya, eso es lo que yo llamo una coartada —dijo Colon.

El destacamento formó y, tras una breve discusión entre los trolls acerca de cuál era el pie izquierdo y cuál era el derecho, se puso en marcha. Nobby no paraba de lanzar miradas anhelantes a la máquina de fuego.

A veces es mejor encender un lanzallamas que maldecir la oscuridad.

Diez minutos después se habían abierto paso a través del gentío y se encontraban delante de los gremios.

—¿Veis? —dijo Zanahoria.

—Están uno al lado del otro —dijo Nobby—. ¿Y qué? Sigue habiendo un muro entre ellos.

—No estoy tan seguro —dijo Zanahoria—. Pero ya lo averiguaremos.

—¿Disponemos de tiempo? —preguntó Angua—. Creía que íbamos a ir a ver a la Guardia Diurna.

—Antes hay algo que he de averiguar —respondió Zanahoria—. Los bufones no me han dicho la verdad.

—Espera un momento, espera un momento —dijo el sargento Colon—. Esto está yendo un poquitín demasiado lejos. Mira, no quiero que matemos a nadie, ¿de acuerdo? Da la casualidad de que aquí el sargento soy yo, por si alguien está interesado en saberlo. ¿Entendido, Zanahoria? ¿Nobby? Nada de gritos o de darle a la espada. Irrumpir en la propiedad de un gremio ya es bastante grave, pero si le disparamos a alguien entonces sí que nos meteremos en un problema realmente serio. Lord Vetinari no se detendrá en el sarcasmo. Podría llegar a utilizar… —Colon tragó saliva— la ironía. Así que lo que he dicho es una orden. Y de todas maneras, ¿qué es lo que quieres hacer exactamente?

—Solo quiero que la gente me cuente cosas —dijo Zanahoria.

—Bueno, pero en el caso de que no te las cuenten no les harás ningún daño —dijo Colon—. Mira, puedes hacerles preguntas, eso me parece muy bien que se las hagas. Pero si el doctor Carablanca empieza a ponerse difícil, entonces tenemos que irnos inmediatamente, ¿de acuerdo? Los payasos me dan escalofríos. Y el doctor Carablanca es el peor de todos. Si no responde a tus preguntas, entonces nos iremos pacíficamente y, oh, no sé, ya pensaremos en alguna otra cosa. Eso es una orden, como ya he dicho antes. ¿Te ha quedado lo bastante claro? Es una orden.

—Si no responde a mis preguntas, me iré pacíficamente —dijo Zanahoria—. De acuerdo.

—De acuerdo, con tal de que eso haya quedado entendido.

Zanahoria llamó a la puerta del Gremio de Bufones, cogió el Pastel de nata cuando este emergió de la ventanita y volvió a embutirlo enérgicamente en ella. Luego pateó la puerta con la fuerza suficiente para que esta se abriera unos cuantos centímetros.

Alguien dijo «Ay» detrás de ella.

La puerta se abrió un poco más para revelar a un payaso no muy alto cubierto de lechada y nata.

—No tenía por qué hacer eso —dijo el payaso.

—Solo quería participar en el espíritu de la cosa —dijo Zanahoria—. Soy el cabo Zanahoria y esta es la milicia de ciudadanos y todos sabemos reír una buena broma.

—Disculpe, pero…

—Excepto el guardia interino Cuddy. Y el guardia interino Detritus también sabe reír una buena broma, aunque unos minutos después de que se hayan reído todos los demás. Y estamos aquí para ver al doctor Carablanca.

Al payaso se le pusieron los pelos de punta. Un poco de agua brotó de la flor que llevaba en el ojal de su solapa.

—¿Tienen… tienen una cita? —preguntó.

—Pues la verdad es que no lo sé —dijo Zanahoria—. ¿Tenemos una cita?

—Yo tengo una bola de hierro llena de pinchos —contribuyó Nobby.

—Eso es una maza de armas, Nobby.

—¿Lo es?

—Sí —dijo Zanahoria—. Una cita es un compromiso de ver a alguien, mientras que una maza de armas es un gran trozo de metal utilizado para machacar cráneos salvajemente. Es muy importante no confundir una cosa con la otra, ¿verdad, señor…? —preguntó, levantando las cejas.

—Boffo, señor. Pero…

—Así que quizá podrías ir a decirle al doctor Carablanca que estamos aquí con una bola de hierro llena de pin… ¿Qué estoy diciendo? Quiero decir, sin haber concertado previamente una cita para verlo. ¿Por favor? Gracias.

El payaso se fue a toda prisa.

—Ya está —dijo Zanahoria—. ¿Lo he hecho bien, sargento?

—Probablemente incluso se mostrará satírico —dijo Colon con abatimiento.

Esperaron. Pasado un rato, el guardia interino Cuddy sacó un destornillador de su bolsillo y se puso a inspeccionar la máquina lanzadora de pasteles de nata atornillada al suelo. Los demás iban cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro con la única excepción de Nobby. a quien no paraban de caérsele cosas encima de los suyos.

Boffo reapareció, flanqueado por dos musculosos bromistas que no parecían tener absolutamente ningún sentido del humor.

—El doctor Carablanca dice que no existe ninguna milicia ciudadana —se atrevió a murmurar Boffo—. Pero. Mmm. El doctor Carablanca dice que si se trata de algo realmente importante, entonces verá a algunos de ustedes. Pero no a los trolls o al enano. Hemos oído decir que hay bandas de trolls y enanos sembrando el terror en la ciudad.

—Eso es lo que dicen —dijo Detritus, asintiendo con la cabeza.

—Y por cierto, ¿sabes qué es lo que…? —empezó a preguntar Cuddy, pero Nobby lo hizo callar de un codazo.

—¿Usted y yo, sargento? —dijo Zanahoria—. Y usted, guardia interina Angua.

—Oh, cielos —dijo el sargento Colon.

Pero los dos siguieron a Zanahoria al interior de los sombríos edificios y fueron con él por los oscuros pasillos que llevaban al despacho del doctor Carablanca. El jefe de todos los payasos, bufones y bromistas estaba de pie en el centro de la habitación, mientras un bromista intentaba coserle unas cuantas lentejuelas adicionales en la chaqueta.

—¿Y bien?

—Buenas tardes, doctor —dijo Zanahoria.

—Me gustaría dejar claro que lord Vetinari será informado puntualmente de todo esto —dijo el doctor Carablanca.

—Oh, sí. Yo mismo se lo contaré todo —dijo Zanahoria.

—No entiendo por qué me está molestando cuando hay disturbios en las calles.

—Ah, bueno… Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Pero el capitán Vimes siempre me decía, señor, que hay crímenes grandes y crímenes pequeños. A veces los crímenes pequeños parecen grandes y en cambio a los crímenes grandes apenas si puedes verlos, pero lo crucial es decidir qué crímenes son grandes y cuáles son pequeños.

Zanahoria y el doctor Carablanca se miraron el uno al otro.

—¿Y bien? —quiso saber el payaso.

—Me gustaría que me hablara de los acontecimientos que tuvieron lugar en la casa de este gremio hace dos noches —dijo Zanahoria.

El doctor Carablanca lo contempló en silencio durante uno momentos.

Luego dijo:

—¿ Y si no lo hago ?

—Entonces —dijo Zanahoria—, me temo que, con una extrema reluctancia, me veré obligado a ejecutar la orden que se me dio unos instantes antes de que entráramos aquí.

Miró a Colon.

—Es lo que he de hacer, ¿verdad, sargento?

—¿Qué? ¿Eh? Bueno, sí…

—Preferiría no tener que hacer tal cosa, pero no me queda otra elección —dijo Zanahoria.

El doctor Carablanca los fulminó con la mirada.

—¡Pero este edificio es propiedad del Gremio de Payasos! No tienen ningún derecho a… a…

—Yo no entiendo de esas cosas, señor —dijo Zanahoria—. No soy más que un cabo, pero nunca he desobedecido una orden directa, y lamento tener que decirle que ejecutaré esta orden al pie de la letra y en toda su extensión.

—Oiga, mire…

Zanahoria se le acercó un poco más.

—Por si sirve de algún consuelo, probablemente luego me avergonzaré de ello —dijo.

El payaso contempló sus honestos ojos y vio en ellos, como hacían todos los demás, únicamente la pura verdad.

—¡Oiga! Si grito —dijo el doctor Carablanca poniéndose rojo debajo de su maquillaje—, puedo tener a una docena de hombres aquí dentro.

—Con eso solo conseguirá que me resulte más fácil obedecer la orden, créame —dijo Zanahoria.

El doctor Carablanca se enorgullecía de su capacidad para juzgar el carácter. En la expresión resuelta de Zanahoria no había nada más que una absoluta y meticulosa honestidad. El jefe de los payasos jugueteó con una pluma de ave y luego terminó tirándola al suelo en un súbito movimiento.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Cómo lo ha averiguado, eh? ¿ Quién se lo contó?

—Pues realmente no sabría decírselo —dijo Zanahoria—. Pero de todas maneras tiene sentido, ¿verdad? Solo hay una entrada en cada gremio, pero sus respectivas casas están pared con pared. Bastaba con abrirse paso a través de ese muro.

—Le aseguro que no sabíamos nada —dijo el jefe de los payasos.

El sargento Colon no cabía en sí de admiración. Había visto a personas tirándose un farol con una mala mano, pero nunca había visto a nadie tirarse un farol sin tener ninguna carta.

—Pensamos que solo era una broma pesada —dijo el payaso—. Pensamos que el joven Beano lo había hecho con intención humorística, y luego resultó que estaba muerto y nosotros no…

—Será mejor que me enseñe el agujero —dijo Zanahoria.

El resto de la Guardia permanecía inmóvil en el patio, ejecutando una serie de variaciones sobre el tema del Descansen.

—¿Cabo Nobbs?

—¿Sí, guardia interino Cuddy?

—¿Qué es eso que todo el mundo dice acerca de los enanos?

—Oh, venga ya. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Toda persona que sepa algo acerca de los enanos lo sabe —dijo Nobby.

Cuddy tosió.

—Los enanos no —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de que los enanos no?

—Pues que nadie nos ha contado qué es lo que todo el mundo sabe acerca de los enanos —dijo Cuddy.

—Bueno… Supongo que pensaban que ya lo sabíais —dijo Nobby, con un hilo de voz.

—Yo no.

—Oh, está bien —dijo Nobby. Miró a los trolls, y luego se inclinó sobre Cuddy y murmuró algo en la región aproximada de su oreja.

Cuddy asintió.

—Oh. ¿Y eso es todo?

—Sí. Ejem… ¿Es verdad?

—¿Qué? Oh, sí. Por supuesto. Para los enanos eso es algo natural. Algunos tienen más que otros, claro está.

—Eso ocurre en todas partes —dijo Nobby.

—Yo, por ejemplo, tengo ahorrados más de setenta y ocho dólares.

—¡No! Quiero decir, no. Quiero decir que no me refería a estar bien dotado de dinero. Lo que realmente quería decir era…

Nobby volvió a hablar en susurros. La expresión de Cuddy no cambió.

Nobby lo miró meneando las cejas.

—Es cierto, ¿verdad?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No sé de cuánto dinero disponen generalmente los humanos.

Nobby se dio por vencido.

—Bueno, al menos hay una cosa que sí es cierta —dijo—. Los enanos amáis de verdad el oro, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No seas bobo.

—Bueno…

—Decimos eso únicamente para llevárnoslo a la cama.

Estaba en el dormitorio de un payaso. Colon se había preguntado en alguna ocasión qué hacían los payasos en privado, y todo estaba allí: el perchero para aquellos zapatos que les estaban demasiado grandes, el planchador de pantalones holgadísimos, el espejo con todas las velas alrededor de él, unas cuantas barras de maquillaje del tamaño industrial… y una cama que no parecía ser nada más complicado que una manta extendida encima del suelo, porque se reducía precisamente a eso. A los payasos y los bufones se les enseñaba que la vida cómoda no estaba hecha para ellos. El humor era un asunto muy serio.

También había un agujero en la pared, del tamaño justo para que un hombre pudiera pasar por él. Al lado del agujero había apilado un montoncito de ladrillos medio rotos.

Al otro lado había oscuridad.

Al otro lado, las personas mataban a otras personas por dinero.

Zanahoria metió la cabeza y los hombros en el agujero, pero Colon intentó sacarlo de él.

—Espera un momento, muchacho, no sabes qué horrores acechan más allá de esas paredes…

—Precisamente estoy echando un vistazo para averiguarlo.

—¡Podría ser una cámara de torturas o una mazmorra o un pozo horrendo o cualquier cosa!

—No es más que el dormitorio de un estudiante, sargento.

—¿Lo ves?

Zanahoria pasó por el agujero. Pudieron oírlo yendo de un lado a otro en la penumbra. Aquella era una penumbra de asesinos de algún modo más rica y menos tenebrosa que la penumbra de los payasos.

La cabeza de Zanahoria volvió a asomar del agujero.

—Pero hace algún tiempo que nadie ha estado aquí dentro —dijo—. Hay polvo por todo el suelo, pero hay huellas de pisadas en él. Y la puerta está cerrada y con el pestillo echado. De este lado.

El resto de su cuerpo siguió a la cabeza de Zanahoria.

—Solo quiero asegurarme de que lo he entendido bien todo —le dijo al doctor Carablanca—. Beano hizo un agujero que lleva al Gremio de los Asesinos, ¿no? ¿Y luego fue e hizo estallar ese dragón? ¿Y luego volvió a pasar por este agujero? Bueno, ¿y entonces cómo lo mataron?

—Seguramente lo mataron los Asesinos —dijo el doctor Carablanca—. Estarían en su legítimo derecho. Entrar sin permiso en las propiedades de un gremio es un delito muy serio, después de todo.

—¿Vio alguien a Beano después de la explosión? —preguntó Zanahoria.

—Oh, sí. Boffo estaba de guardia en la puerta y recuerda claramente haberlo visto salir.

—¿Sabe que era él?

El doctor Carablanca lo miró poniendo cara de no entender nada.

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Pues porque lo reconoció, naturalmente. Así es como sabes quiénes son las personas. Las miras y dices… es él. A eso se lo llama re-co-no-cer a alguien —dijo el payaso, con punzante deliberación—. Era Beano. Boffo dijo que parecía estar muy preocupado.

—Ah. Muy bien. No más preguntas, doctor. ¿Beano tenía algún amigo entre los Asesinos?

—Bueno… posiblemente, posiblemente. No tenemos nada contra las visitas.

Zanahoria contempló la cara del jefe de los payasos. Luego sonrió.

—Por supuesto —dijo—. Bien, me parece que eso es todo.

—Si se hubiera mantenido fiel a algo, ya sabe, original —dijo el doctor Carablanca.

—¿Como un cubo lleno de lechada colocado encima de la puerta, o un pastel de nata? —preguntó el sargento Colon.

—¡Exacto!

—Bueno, me parece que será mejor que nos vayamos —dijo Zanahoria—. Me imagino que no querrá presentar ninguna queja contra los Asesinos, ¿verdad?

El doctor Carablanca intentó poner cara de terror, pero esa expresión no resultaba demasiado efectiva debajo de una boca pintada en una gran sonrisa.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir que… Bueno, lo que quería decir era que si un Asesino entrara en nuestro recinto sin haber sido invitado, y robara algo, bueno, entonces sin duda pensaríamos que teníamos todo el derecho del mundo a, bueno, a…

—¿Echarle gelatina dentro de la camisa? —dijo Angua.

—¿Atizarle en la cabeza con una bocina sujeta a un palo? —dijo Colon.

—Posiblemente.

—A cada gremio lo suyo, naturalmente —dijo Zanahoria—. Sugiero que será mejor que nos vayamos, sargento. Ya no tenemos nada más que hacer aquí. Sentimos haberle molestado, doctor Carablanca. Puedo ver que esto tiene que haber supuesto una gran tensión para usted.

El jefe de los payasos parecía estar a punto de desplomarse de puro alivio.

—No se preocupe, no se preocupe. Encantado de poder ayudar. Sé que ustedes tienen que hacer su trabajo.

Los llevó escalera abajo y al patio, ahora burbujeando con un incesante torrente de charla. El resto de la Guardia se puso firmes con un estruendo metálico.

—De hecho… —dijo Zanahoria en el preciso instante en que se lo estaba haciendo salir por la puerta—, hay una cosa que usted podría hacer.

—Por supuesto, por supuesto.

—Mmm, ya sé que esto es abusar un poco por mi parte —dijo Zanahoria—, pero siempre he estado muy interesado en las costumbres de los distintos gremios… así que… ¿Cree que alguien podría enseñarme su museo?

—¿Cómo dice? ¿Qué museo?

—¿El museo de los payasos?

—Oh, se refiere a la Sala de las Caras. Eso no es un museo, por supuesto. No hay absolutamente nada de secreto en ello. Toma nota, Boffo. Nos encantará enseñárselo cuando a usted le vaya bien, cabo.

—Muchísimas gracias, doctor Carablanca.

—Vuelva siempre que quiera.

—Pues precisamente ahora termino mi turno —dijo Zanahoria—. Este momento me iría muy bien. Ya que estoy aquí…

—No puedes quedar libre de servicio cuando… ¡ay! —dijo Colon.

—¿Disculpe, sargento?

—¡Me has dado una patada!

—Le pisé la sandalia sin querer, sargento. Lo siento.

Colon trató de ver un mensaje en el rostro de Zanahoria. Se había acostumbrado al Zanahoria simple. El Zanahoria complicado resultaba tan inquietante como ser descuartizado por un pato.

—Bueno, ejem, pues entonces nos vamos, ¿verdad? —dijo.

—No veo qué sentido tendría seguir aquí ahora que todo ha quedado aclarado —dijo Zanahoria, haciendo muecas—. Ya puestos, la verdad es que podríamos tomarnos la noche libre.

Alzó la mirada hacia los tejados.

—Oh, bueno, ahora que todo ha quedado aclarado nos iremos, desde luego —dijo Colon—. ¿Verdad, Nobby?

—Oh, sí, nos iremos ahora mismo, porque todo ha quedado aclarado —dijo Nobby—. ¿Has oído eso, Cuddy?

—¿El qué, lo de que todo ha quedado aclarado? —dijo Cuddy—. Oh, sí. Bueno, pues en ese caso supongo que podemos irnos. ¿Estás de acuerdo, Detritus?

Detritus estaba contemplando lúgubremente la nada con los nudillos apoyados en el suelo. Aquella era la postura normal para un troll mientras esperaba la llegada del próximo pensamiento.

Las sílabas de su nombre hicieron que una neurona iniciara una nerviosa actividad dentro del cerebro de Detritus.

—¿Qué? —dijo.

—Todo ha quedado aclarado.

—¿El qué?

—Ya sabes… la muerte del señor Martillogrande y todo lo demás.

—¿Sí?

—¡Sí!

—Oh.

Detritus estuvo meditando en ello durante unos momentos, asintió y luego volvió a adoptar cualquiera que fuese el estado mental que ocupaba normalmente.

Otra neurona emitió una tenue descarga.

—Claro —dijo.

Cuddy lo contempló durante unos momentos sin decir nada.

—Bueno, pues eso es todo —dijo con tristeza—. Eso es todo lo que vamos a conseguir.

—No tardaré mucho en volver —dijo Zanahoria—. ¿Vamos a…? Joey, ¿verdad? ¿Doctor Carablanca?

—Supongo que no hay ningún mal en ello —dijo el doctor Carablanca—. Muy bien. Enséñale al cabo Zanahoria todo lo que quiera ver, Boffo.

—Bien, señor —dijo el pequeño payaso.

—Eso de ser un payaso tiene que resultar un trabajo muy divertido —dijo Zanahoria.

—¿Tiene que serlo?

—Montones de bromas y chistes, quiero decir.

Boffo miró a Zanahoria como si no supiera qué responder a eso.

—Bueno… —dijo finalmente—. Tiene sus momentos…

—Apuesto a que los tiene. Sí, apuesto a que los tiene.

—¿Sueles estar de guardia en la puerta, Boffo? —preguntó Zanahoria afablemente mientras iban por el Gremio de Bufones.

—¡Uh! Prácticamente todo el tiempo, sí —dijo Boffo.

—¿Y cuándo vino a visitar exactamente a Beano ese amigo suyo, ya sabes, el Asesino?

—Oh, así que sabes lo de ese amigo suyo —dijo Boffo.

—Oh, sí —dijo Zanahoria.

—Pues hará cosa de unos diez días —dijo Boffo—. Es por aquí, más allá del alcance de los pasteles.

—Había olvidado el nombre de Beano, pero conocía la habitación. No conocía el número, pero fue directamente a ella —siguió diciendo Zanahoria.

—Eso es. Supongo que el doctor Carablanca te lo contó —dijo Boffo.

—He hablado con el doctor Carablanca —dijo Zanahoria.

Angua tenía la sensación de que estaba empezando a entender la manera en que Zanahoria hacía preguntas. Las hacía no haciéndolas. Se limitaba a decirle a las personas lo que pensaba o sospechaba, y entonces las personas se encontraban añadiendo los detalles en un intento de no quedarse atrás. Y, en realidad, Zanahoria nunca llegaba a decir ni una sola mentira.

Boffo abrió una puerta y se dedicó a encender una vela.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo—. Cuando no estoy en la jodida puerta, me encargo de esto.

—Dioses —musitó Angua—. Es horrible.

—Es muy interesante —dijo Zanahoria.

—Es histórico —dijo Boffo el payaso.

—Todas esas cabecitas…

Las caras diminutas de payaso se perdían a lo lejos bajo la luz de la vela, estante tras estante de ellas; como si de pronto una tribu de cazadores de cabezas hubiera desarrollado un sofisticado sentido del humor y un deseo de hacer que el mundo fuera un sitio mejor.

—Huevos —dijo Zanahoria—. Huevos de gallina normales y corrientes. Lo que haces es coger un huevo de gallina, y luego abres un agujerito en cada extremo del huevo y soplas hasta que todo lo de dentro se haya salido, y entonces un payaso pinta su maquillaje encima del huevo y ese es su maquillaje oficial, y ningún otro payaso puede usarlo. Eso es muy importante. Algunas caras llevan generaciones en la misma familia. Una cosa muy valiosa, la cara de un payaso. ¿No es así, Boffo?

El payaso lo estaba mirando.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo leí en un libro.

Angua cogió un huevo antiguo. Había una etiqueta colgando de él y en la etiqueta había una docena de nombres, todos ellos tachados excepto el último. La tinta de los primeros nombres se había ido desvaneciendo hasta casi desaparecer. Angua volvió a dejar el huevo en su sitio y se limpió la mano en la túnica sin darse cuenta de lo que hacía.

—¿Qué ocurre si un payaso quiere utilizar la cara de otro payaso? —preguntó.

—Oh, comparamos todos los huevos nuevos con los que ya hay en los estantes —dijo Boffo—. No está permitido.

Anduvieron entre pasillos de caras. Angua imaginó que oía el chasquear líquido de un millón de pantalones llenos de nata y los ecos de mil narices que soltaban bocinazos y de un millón de sonrisas en rostros que no estaban sonriendo. Hacia la mitad de la estancia había una alcoba que contenía un escritorio y una silla, un estante lleno de libros viejos y grandes, y un banco de trabajo cubierto de botes de pintura seca, tiras de crines de distintos colores, lentejuelas y demás adminículos propios del arte especializado del pintor de huevos. Zanahoria cogió una pequeña mecha de crin coloreada y la hizo girar pensativamente entre sus dedos.

—Pero supongamos —dijo— que un payaso, y me estoy refiriendo a un payaso que ya tiene su propia cara… supongamos que ese payaso utilizara la cara de otro payaso. ¿Qué pasaría entonces?

—¿Cómo dices? —preguntó Boffo.

—Supongamos que tú utilizaras el maquillaje de otro payaso, por ejemplo —dijo Angua.

—Oh, eso es algo que ocurre continuamente —dijo Boffo—. La gente siempre se está cogiendo prestada la torta…

—¿La torta? —dijo Angua.

—El maquillaje —tradujo Zanahoria—. No, Boffo, creo que lo que está preguntando la guardia interina es: ¿podría un payaso maquillarse de tal manera que pareciese otro payaso?

La frente de Boffo se llenó de arrugas, como alguien que está haciendo un gran esfuerzo para entender una pregunta imposible.

—¿Disculpa?

—¿Dónde está el huevo de Beano, Boffo?

—Aquí en el escritorio —dijo Boffo—. Si quieres, puedes echarle una mirada.

Le entregó un huevo. Tenía una fláccida nariz roja y una peluca roja. Angua vio cómo Zanahoria lo levantaba hacia la luz y se sacaba un par de hebras rojas del bolsillo.

—Pero —dijo, haciendo un nuevo intento de conseguir que Boffo lo entendiera—, ¿no podrías despertar una mañana y ponerte maquillaje de tal manera que parecieses un payaso distinto?

Boffo la miró. Su expresión resultaba bastante difícil de distinguir bajo aquella boca de comisuras permanentemente inclinabas hacia abajo, pero por lo que Angua pudo ver de ella bien podía haberle sugerido que llevara a cabo cierto acto sexual con una gallinita.

—¿Cómo iba a poder hacer eso? —preguntó—. Entonces no sería yo.

—Pero ¿otra persona podría hacerlo?

El ojal de la solapa de Boffo soltó un chorrito.

—No tengo por qué escuchar esta clase de obscenidades, señorita.

—Lo que estás diciendo, entonces —dijo Zanahoria—, es que ningún payaso se maquillaría nunca la cara con el diseño de otro payaso, ¿verdad?

—¡Ya estamos otra vez!

—Sí, pero quizá, a veces por accidente un payaso muy joven tal vez podría…

—Mira, somos gente decente, ¿de acuerdo?

—Lo siento —dijo Zanahoria—. Me parece que ya lo he entendido. Pero… cuando encontramos al pobre señor Beano, no llevaba puesta su peluca, pero una cosa así podría habérsele desprendido fácilmente de la cabeza en el río. Su nariz, en cambio… Tú le dijiste al sargento Colon que alguien se había llevado su nariz. Su verdadera nariz. ¿Podrías —dijo Zanahoria, empleando el tono lleno de afabilidad de alguien que le está hablando al tonto de un pueblo— señalarnos tu verdadera nariz, Boffo?

Boffo se llevó un dedo a la gran nariz roja que había en su cara.

—Pero esa es… —empezó a decir Angua.

—… tu verdadera nariz —concluyó Zanahoria por ella—. Gracias.

El payaso pareció tranquilizarse un poco.

—Me parece que será mejor que os vayáis —dijo—. Este tipo de cosas no me gustan nada. Me ponen muy nervioso.

—Lo siento —volvió a decir Zanahoria—. Es solo que… me parece que estoy teniendo una idea. Me lo había preguntado antes… y ahora estoy bastante seguro. Creo que sé algo acerca de la persona que lo hizo. Pero tenía que ver los huevos para estar seguro.

—¿Estás diciendo que otro payaso mató a Beano? —preguntó Boffo con súbita beligerancia—. Porque si es eso lo que estás diciendo, ahora mismo iré a ver a…

—No exactamente —dijo Zanahoria—. Pero puedo enseñarte la cara del asesino.

Se inclinó sobre la mesa y cogió algo de entre los restos que había encima de ella. Luego se volvió hacia Boffo y abrió la mano. Le estaba dando la espalda a Angua y ella no podía llegar a ver del todo lo que estaba sosteniendo en la mano. Pero Boffo dejó escapar un grito ahogado y echó a correr por la avenida de caras, con sus zapatones chapaleando estrepitosamente sobre las losas de piedra.

—Gracias —le dijo Zanahoria a su espalda en retirada—. Me has sido de mucha ayuda.

Volvió a cerrar la mano.

—Vamos, Angua —dijo—. Más vale que nos vayamos. Creo que dentro de un par de minutos no seremos muy populares aquí.

—¿Qué fue lo que le enseñaste? —preguntó Angua, mientras procedían hacia la puerta con dignidad pero con rapidez—. Era algo que viniste aquí a encontrar, ¿verdad? Todo eso de que querías ver el museo…

—Y quería verlo. Un buen policía siempre debería estar abierto a nuevas experiencias —dijo Zanahoria.

Llegaron a la puerta. Ningún pastel vengador salió volando de la oscuridad.

Una vez que hubieron salido, Angua se apoyó en la pared. El aire olía mejor allí, lo cual era algo que se decía en muy pocas ocasiones acerca del aire de Ankh-Morpork. Pero allí fuera al menos las personas podían reír sin que se les pagara por ello.

—No me has enseñado lo que lo asustó —le dijo a Zanahoria.

—Le enseñé a un asesino —dijo Zanahoria—. Lo siento. No pensé que fuera a tomárselo así. Supongo que ahora todos están un poco tensos. Y es como lo de los enanos y sus herramientas. Cada uno tiene su propia manera de pensar.

—¿Encontraste la cara del asesino ahí dentro?

—Sí.

Zanahoria abrió la mano.

Su mano contenía un huevo sin pintar.

—Este es su aspecto —dijo.

—¿No tenía cara?

—No, ahora estás pensando como un payaso. Yo soy muy simple —dijo Zanahoria—, pero creo que lo que ocurrió fue lo siguiente. En el Gremio de Asesinos había alguien que quería disponer de una manera de poder entrar y salir sin ser visto. Se dio cuenta de que entre las casas de los dos gremios solo hay una pared delgada. Esa persona tenía una habitación. Ahora lo único que tenía que hacer era averiguar quién vivía al otro lado. Luego mató a Beano, y cogió su peluca y su nariz. Su verdadera nariz, ¿comprendes? Así es como piensan los payasos. El maquillaje no tuvo que resultar muy difícil. Eso puedes conseguirlo en cualquier sitio. Entró en el Gremio de Bufones maquillado y disfrazado para parecerse a Beano. Abrió un agujero en la pared. Luego fue hasta la explanada que hay enfrente del museo, solo que esta vez iba vestido como un asesino. Cogió el… el debólver y regresó aquí. Volvió a pasar por la pared, yendo disfrazado de Beano, y se fue. Y entonces alguien lo mató.

—Boffo dijo que Beano parecía muy preocupado —dijo Angua.

—Y yo pensé: Eso es extraño, porque habría que ver a un payaso desde muy cerca para saber cuál es su verdadera expresión. Pero si el maquillaje no estuviera del todo bien puesto, podrías llegar a darte cuenta. Como, por ejemplo, si lo aplicó alguien que no estaba demasiado acostumbrado a emplearlo. Pero lo importante es que si otra persona ve salir por la puerta la cara de Beano, entonces ha visto irse a la persona. Los payasos son incapaces de pensar en otra persona llevando esa cara. Ellos no piensan así. Un payaso y su maquillaje son la misma cosa. Sin su maquillaje, un payaso no existe. Un payaso nunca llevaría la cara de otro payaso de la misma manera en que un enano nunca usaría las herramientas de otro enano.

—Pero suena arriesgado —dijo Angua.

—Lo era. Fue muy arriesgado.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me parece que sería una buena idea averiguar de quién era la habitación que hay al otro lado del agujero. ¿Qué opinas, Angua? Creo que podría pertenecer al pequeño amigo de Beano.

—¿Entrar en el Gremio de Asesinos? ¿Nosotros solos?

—Mmm. Sí, en eso tienes razón.

Zanahoria parecía tan abatido que Angua se dio por vencida.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Zanahoria sacó con mucho cuidado de su estuche de tela el reloj que le iban a regalar al capitán Vimes.

—Son…

… abing, abing, abong, bong… bing… bing…

Esperaron pacientemente hasta que el reloj hubo terminado.

—Las siete menos cuarto —dijo Zanahoria—. Precisión absoluta, además. Lo puse en hora con el gran reloj de sol que hay en la Universidad.

Angua miró el cielo.

—De acuerdo —dijo—. Creo que puedo averiguarlo. Déjamelo a mí.

—¿Cómo?

—Ejem… yo… bueno, pues podría quitarme el uniforme, verdad, y, oh, arreglármelas para llegar a la cocina haciéndome pasar por la hermana de una de las que trabajan allí o algo por el estilo…

Zanahoria no parecía muy convencido.

—¿Crees que eso funcionará?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—En estos momentos no.

—Bueno, entonces yo… ejem… mira… vuelve con el resto de los hombres y… yo encontraré algún sitio en el que pueda quitarme el uniforme y ponerme algo más apropiado.

Angua no tuvo que mirar a su alrededor para reconocer de dónde provenía la risita burlona. Gaspode tenía la habilidad de aparecer tan silenciosamente como una pequeña vaharada de metano dentro de una habitación llena de gente, para acto seguido ocupar todo el espacio disponible con la inquietante habilidad de dicho gas.

—¿Dónde vas a conseguir ropa para cambiarte por aquí? —preguntó Zanahoria.

—Un buen hombre de la Guardia siempre está preparado para improvisar —dijo Angua.

—Ese perrito huele horriblemente mal —dijo Zanahoria—. ¿Por qué siempre nos sigue a todas partes?

—No sabría decírtelo.

—Tiene un regalo para ti.

Angua se arriesgó a echar un rápido vistazo. Gaspode estaba sosteniendo, pero por muy poco, un hueso muy grande en la boca. Era más ancho que largo era él, y podría haber pertenecido a alguien que hubiese muerto dentro de un pozo de brea. Era verde, y había unas cuantas partes en las que tenía pelos.

—Qué detalle —dijo fríamente—. Mira, ve donde te he dicho. Deja que vea lo que puedo hacer…

—Si estás segura… —comenzó a decir Zanahoria, en un tono bastante reacio.

—Sí.

Cuando se hubo marchado, Angua se encaminó hacia el callejón más próximo. Ya solo faltaban unos cuantos minutos para que saliera la luna.

El sargento Colon saludó a Zanahoria en cuanto lo vio regresar, con el ceño fruncido y absorto en sus pensamientos.

—¿Podemos ir a casa, señor? —sugirió.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Ahora que todo ha quedado aclarado?

—Eso lo dije únicamente para alejar las sospechas —respondió Zanahoria.

—Ah. Muy astuto —se apresuró a decir el sargento—. Eso fue lo que pensé yo. Está diciendo eso para alejar las sospechas, pensé.

—Sigue habiendo un asesino suelto por ahí. O algo peor.

Zanahoria paseó la mirada por la dispar soldadesca.

—Pero me parece que ahora vamos a tener que aclarar ese otro asunto con la Guardia Diurna —dijo.

—Ejem. La gente dice que ahí arriba está habiendo prácticamente un levantamiento —dijo Colon.

—Por eso tenemos que aclararlo.

Colon se mordió el labio. No era un cobarde propiamente dicho. El año pasado un dragón había invadido la ciudad y Colon se había subido a un tejado y le había disparado flechas mientras el dragón descendía sobre él con la boca abierta, aunque había que admitir que luego tuvo que cambiarse la ropa interior. Pero aquello había sido simple. Un gran dragón que respiraba fuego era algo que no podía estar más claro. Lo tenías allí, justo delante de ti, disponiéndose a asarte vivo. Eso era lo único de lo que tenías que preocuparte. Había que admitir que era mucho de lo que preocuparse, pero era… simple. No encerraba ninguna clase de misterio.

—¿Vamos a tener que aclararlo? —dijo.

—Sí.

—Oh. Bien. Me gusta aclarar las cosas.

Viejo Apestoso Ron era un miembro del Gremio de Mendigos muy respetado y que gozaba de una excelente reputación. Era un Mascullador, y uno muy bueno. Seguía a la gente mascullando en su propio lenguaje privado hasta que le daban dinero para que dejara de hacerlo. La gente pensaba que estaba loco, pero este no era, técnicamente hablando, el caso. Lo que le ocurría a Ron era que se mantenía en contacto con la realidad al nivel cósmico, y siempre le costaba un poco centrarse en cosas más pequeñas, como otras personas, las paredes y el jabón (aunque en cosas muy pequeñas, como las monedas, su vista era de Grado Superior).

Por consiguiente, Ron no se sorprendió cuando una guapa joven pasó corriendo junto a él y se quitó toda la ropa. Ese tipo de cosas ocurrían continuamente, aunque hasta aquel momento solo habían tenido lugar en el lado interior de la cabeza de Ron.

Entonces vio lo que ocurrió a continuación.

Contempló cómo la esbelta forma dorada se alejaba con la celeridad del rayo.

—¡Se lo dije! ¡Se lo dije! ¡Se lo dije! —dijo—. Les haré probar el extremo equivocado de la trompeta de un trapero, desde luego que lo haré. Que se jodan. ¡Mano de milenio y gamba! ¡Se lo dije!

Gaspode meneó lo que técnicamente era un rabo cuando Angua salió del callejón.

—Quitarze el udiforme y podedze algo máz abrobiado —dijo, con la voz ligeramente deformada por el hueso—. Eza zí que ha eztado bien. Te he traído ezte pequeño obzequio…

Lo dejó caer sobre los adoquines. Su aspecto no mejoraba el mirarlo con los ojos lupinos de Angua.

—¿Para qué? —le preguntó Angua.

—Ese hueso está lleno de nutritiva gelatina de médula —dijo Gaspode acusadoramente.

—Olvídalo —dijo Angua—. Y ahora explícame cómo te lo haces normalmente para entrar en el Gremio de Asesinos.

—Y después quizá podríamos ir a pasar un rato en los vertederos que hay a lo largo del Camino de Fedre —dijo Gaspode, con su muñón de rabo todavía golpeando el suelo—. Ahí hay ratas que te pondrán los pelos de punta… No, de acuerdo, olvida que lo he mencionado —se apresuró a terminar, cuando el fuego destelló por un instante en los ojos de Angua. Luego suspiró y dijo—: Hay un desagüe junto a las cocinas.

—¿Lo bastante grande para un humano?

—Ni siquiera para un enano. Pero no valdrá la pena. Esta noche toca espaguetis. Nunca hay muchos huesos en los espaguetis…

—Vamos.

Gaspode la siguió cojeando.

—Era un buen hueso —dijo—. Apenas si había empezado a ponerse verde. ¡Ja! Pero apuesto a que no le dirías que no a una caja de bombones del señor Fornido.

Gaspode se encogió sobre sí mismo cuando Angua se encaró con él.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡De nada! ¡De nada!

La siguió, gimoteando.

Angua tampoco se sentía nada contenta. Que te saliera pelo y colmillos cada luna llena siempre era un problema. Justo cuando creía que había tenido suerte, descubría que pocos hombres se sienten muy a gusto en una relación donde a su pareja le salen pelos y aúlla. Angua se había jurado que no volvería a meterse en aquellos berenjenales.

En cuanto a Gaspode, se estaba resignando a una vida sin amor, o al menos con no más amor que el afecto práctico experimentado hasta el momento, el cual había consistido en una chihuahua demasiado confiada y una breve relación con la pierna de un cartero.

La pólvora N.° 1 fue resbalando del papel doblado al interior del tubo metálico. ¡Condenado Vimes! ¿Quién hubiese pensado que sería capaz de ir al Edificio de la Ópera? Eso le había hecho perder un juego de tubos allí arriba. Pero todavía quedaban tres, empaquetados pulcramente dentro de la culata hueca. Una bolsa llena de pólvora N.° 1 y un conocimiento rudimentario de la fundición del plomo eran todo lo que le hacía falta a un hombre para gobernar la ciudad…

El debólver estaba encima de la mesa. El metal relucía con un destello azulado. O, quizá, no se tratara tanto de un destello como de un brillo suave. Y, naturalmente, eso solo se debía al aceite. Tenías que creer que se debía al aceite. Estaba claro que el debólver no era más que una cosa hecha de metal. No podía estar vivo.

Y con todo…

Y con todo…

—Dicen que solo era una joven mendiga del Gremio.

¿ Y qué? Era un blanco ofrecido por la oportunidad. No fue culpa mía. La culpa fue tuya. Yo no soy más que el debólver. Los debólveres no matan a las personas. Son las personas las que matan a las personas.

—¡Mataste a Martillogrande! ¡El chico dijo que te disparaste a ti mismo! ¡Y él te había reparado!

¿Acaso esperabas gratitud? Martillogrande hubiese hecho otro debólver.

—¿Y eso era una razón para matarlo?

Desde luego que sí. No comprendes nada.

¿Dónde estaba aquella voz, dentro de su cabeza o en el debólver? No podía estar seguro. Edward había dicho que existía una voz… decía que, podía darte todo lo que quisieras…

Entrar en el Gremio resultó fácil para Angua, incluso con toda la multitud enfurecida. Algunos de los asesinos, los que venían de casas nobles donde tenían grandes perros peludos esparcidos por todas partes de la misma manera en que las gentes de clase inferior tienen alfombras, se habían traído a unos cuantos de ellos consigo. Además, Angua era de pura raza y fue atrayendo miradas llenas de admiración mientras atravesaba los edificios trotando.

Encontrar el pasillo correcto también resultó fácil. Angua recordaba lo que se divisaba desde el gremio contiguo, y contó el número de pisos. En cualquier caso, no tuvo que buscar demasiado. El hedor de los fuegos artificiales flotaba en el aire a lo largo de todo el pasillo.

El pasillo también estaba lleno de asesinos. La puerta de la habitación había sido forzada. Cuando asomó la cabeza por la esquina, Angua vio salir de ella al doctor Cruces con el rostro enrojecido por la ira.

—¿Señor Downey?

Un Asesino de pelo blanco se puso firmes.

—¿Señor?

—¡Quiero que lo encuentren!

—Sí, doctor…

—¡De hecho, quiero que le inhumen! ¡Con Extrema Descortesía! Y voy a fijar la tarifa en diez mil dólares… Los pagaré personalmente, ¿comprende? Libres de impuestos del Gremio, además.

Varios asesinos se alejaron de la multitud sin apresurarse. Diez mil dólares libres de impuestos eran una buena cantidad.

Downey parecía un poco incómodo.

—Doctor, pienso que…

—¿Piensa? ¡No se le paga para que piense! Saben los dioses adonde habrá ido ese idiota. ¡Ordené que registraran todo el recinto! ¿Por qué nadie forzó la puerta?

—Lo siento, doctor. Edward nos dejó hace varias semanas y no pensé que…

—¿No pensó? ¿Para qué se le paga?

—Nunca lo había visto tan enfadado —dijo Gaspode.

Entonces se oyó una tos detrás del jefe de los Asesinos. El doctor Carablanca había salido de la habitación.

—Ah, doctor —dijo el doctor Cruces—. Me parece que quizá sería mejor que fuéramos a hablar de esto en mi estudio, sí.

—Realmente lo siento muchísimo, milord…

—Olvídelo, olvídelo. Ese diablillo se las ha ingeniado para que los dos quedáramos como un par de payasos que… Oh. No es nada personal, por supuesto. Señor Downey, los bufones y los Asesinos mantendrán custodiado este agujero hasta que podamos hacer venir a unos cuantos albañiles mañana por la mañana. Nadie tiene que pasar por él. ¿Lo ha entendido?

—Sí, doctor.

—Muy bien.

—Ese es el señor Downey —dijo Gaspode, mientras el doctor Cruces y el jefe de los Payasos desaparecían pasillo abajo—. Número dos en los Asesinos. —Se rascó la oreja—. Liquidaría al viejo Cruces por un par de peniques si no fuese porque eso va contra las reglas.

Angua fue trotando hacia él. Downey, que se estaba secando la frente con un pañuelo negro, bajó la mirada.

—Vaya, tú eres nueva por aquí —dijo. Miró a Gaspode—. Y veo que el chucho ha vuelto.

—Guau, guau —dijo Gaspode, con su muñón de rabo golpeando el suelo—. Por cierto —añadió dirigiéndose a Angua—, si lo pillas de buen humor suele dar un caramelo de menta. En lo que llevamos de año ha envenenado a quince personas. Es casi tan bueno con los venenos como el viejo Cruces.

—¿Necesito saber eso? —preguntó Angua mientras Downey le daba unas palmaditas en la cabeza.

—Oh, los Asesinos nunca deberían matar a menos que se les esté pagando por ello. La diferencia está en estas pequeñas propinas.

Ahora Angua estaba en posición de ver la puerta. Había un nombre escrito en un trozo de tarjeta metido entre un par de ranuras metálicas.

Edward de M’uerthe.

—Edward de M’uerthe —dijo.

—Ese nombre me suena —dijo Gaspode—. La familia solía vivir al final del Camino de los Reyes. Solían ser tan ricos como Creosoto.

—¿Quién era Creosoto?

—Un cabrón extranjero que era muy rico.

—Oh.

—Pero el bisabuelo tenía una sed terrible, y el abuelo perseguía a cualquier cosa que llevara un vestido de mujer, ya sabes, y el viejo De M’uerthe, bueno, era un hombre muy aseado y siempre estaba sobrio, pero perdió el resto del dinero de la familia porque tenía un punto ciego cuando llegaba el momento de distinguir entre un uno y un once.

—No veo cómo eso puede hacerte perder el dinero.

—Lo hace si crees que puedes jugar a Mutilar a doña Cebolla con los chicos mayores.

La licántropa y el perro volvieron por el pasillo.

—¿Sabes algo acerca del señor Edward? —preguntó Angua.

—Nada de nada. La casa se subastó hace poco. Deudas familiares. No lo he visto por ahí.

—No cabe duda de que eres toda una mina de información —dijo Angua.

—Me muevo mucho. Nadie se fija en los perros. —Gaspode arrugó la nariz. Parecía una trufa marchita—. Maldición. Esto apesta a debólver, ¿verdad?

—Sí. Y hay algo raro en eso —dijo Angua.

—¿El qué?

—Algo que no está del todo bien.

Había otros olores. Calcetines sin lavar, otros perros, el maquillaje graso del doctor Carablanca, la cena de ayer… los olores llenaban el aire. Pero el olor a fuegos artificiales de aquello en lo que Angua ya pensaba automáticamente como el debólver se enroscaba alrededor de todo lo demás, tan acre como el ácido.

—¿Qué es lo que no está bien?

—No lo sé… quizá es el olor del debólver…

—No. Todo empezó aquí. El debólver estuvo guardado aquí durante años.

—Claro. De acuerdo. Bueno, tenemos un nombre. Puede que para Zanahoria signifique algo…

Angua bajó trotando por la escalera.

—Disculpa… —dijo Gaspode.

—¿Sí?

—¿Cómo puedes volver a convertirte en una mujer?

—Me basta con ir a un sitio donde no me dé la luz de la luna y… concentrarme. Así es como funciona.

—Caray. ¿Y eso es todo?

—Si técnicamente es luna llena, entonces puedo Cambiar incluso durante el día si quiero. Solo he de Cambiar cuando estoy expuesta a la luz de la luna.

—¿Y qué pasa con la matalobos?

—¿La matalobos? Es una planta. Una variedad del acónito, creo. ¿Qué pasa con ella?

—¿No te mata?

—Mira, no tienes por qué creer todo lo que oigas decir acere de los hombres-lobo. Somos tan humanos como cualquier otra persona. La mayor parte del tiempo —añadió.

Ya habían salido del Gremio y estaban yendo hacia el callejón al que ciertamente llegaron, pero ahora este carecía de ciertas características importantes que sí había incluido la última vez que estuvieron allí. La más notable de ellas era el uniforme de Angua, pero aparte de eso también había una carestía absoluta de Apestoso Viejo Ron.

—Maldición.

Contemplaron la extensión de barro vacía.

—¿Tienes más ropa? —preguntó Gaspode.

—Sí, pero solo en la calle Olmo. Este era mi único uniforme.

—¿Y cuando eres humana tienes que ponerte ropa?

—Sí.

—¿Por qué? Yo pensaba que una mujer desnuda se encontraría a gusto en cualquier tipo de compañía, y conste que lo digo sin ningún ánimo de ofender.

—Prefiero la ropa.

Gaspode olisqueó el suelo.

—Bueno, pues entonces vamos —suspiró—. Será mejor que alcancemos a Viejo Apestoso Ron antes de que tu cota de malla se convierta en una botella de Abrazodeoso, ¿verdad?

Angua miró en torno a ella. El olor de Viejo Apestoso Ron era casi tangible.

—De acuerdo. Pero démonos prisa.

¿Hierba lobera? Si pasabas una semana de cada mes con dos piernas y cuatro pezones adicionales, no necesitabas hierbas estúpidas para que tu vida se convirtiera en un problema.

Había multitudes enteras alrededor del Palacio del patricio, y a la puerta del Gremio de Asesinos. Se veía a un montón de mendigos. Su aspecto era bastante desagradable. Tener un aspecto desagradable es algo que forma parte del oficio de un mendigo en cualquier caso, pero el aspecto de aquellos era todavía más desagradable de lo necesario.

La milicia atisbo desde una esquina.

—Hay centenares de personas —dijo Colon—. Y montones de trolls delante de la Guardia Diurna.

—¿Dónde es más espesa la multitud? —preguntó Zanahoria.

—En cualquier sitio donde haya trolls —dijo Colon, y enseguida se dio cuenta de que había metido la pata—. Solo bromeaba —añadió.

—Muy bien —dijo Zanahoria—. Que todo el mundo me siga.

La algarabía cesó de pronto cuando la milicia marchó, trotó, se bamboleó pesadamente y nudilleó hacia la Casa de la Guardia Diurna. Un par de trolls muy grandes les cerraron el paso. La multitud miraba sumida en un silencio expectante.

En cualquier momento, pensó Colon, alguien va a empezar a tirar algo. Y entonces todos vamos a morir.

Levantó la vista. Cabezas de gárgola iban apareciendo con movimientos lentos y espasmódicos a lo largo de los desagües. Nadie quería perderse una buena pelea.

Zanahoria saludó a los dos trolls con una inclinación de cabeza. Colon se fijó en que estaban totalmente cubiertos de liquen.

—Bluejohn y Bauxita, ¿verdad? —dijo Zanahoria.

Bluejohn no pudo evitar asentir. Bauxita era más duro, y se limitó a mirar fijamente a Zanahoria.

—Sois justo lo que andaba buscando —siguió diciendo Zanahoria.

Colon se aferró a su casco como si fuera una lapa de la talla diez que estuviera intentando encaramarse por un caparazón de la talla uno. Bauxita era una avalancha con pies.

—Quedáis reclutados —dijo Zanahoria.

Colon atisbo por debajo del borde del casco.

—Presentaos al cabo Nobbs para recibir vuestras armas. El guardia interino Detritus os administrará el juramento. —Dio un paso atrás—. Bienvenidos a la Guardia de Ciudadanos. Y recordad que cada guardia lleva un bastón de mariscal de campo en su mochila.

Los trolls no se habían movido.

—No voy a estar en una Guardia —dijo Bauxita.

—Nunca había visto a nadie con tanta madera de oficial —dijo Zanahoria.

—¡Eh, no puedes ponerlos en la Guardia! —gritó un enano desde la multitud.

—Vaya, hola, señor Fuerteenelbrazo —dijo Zanahoria—. Me alegro de ver por aquí alguna figura cívica. ¿Por qué no pueden estar en la milicia?

Todos los trolls estaban escuchando con gran atención. Fuerteenelbrazo reparó en que de pronto se había convertido en el centro de la atención general, y titubeó.

—Bueno… para empezar, solo tenéis un enano… —murmuró.

—Yo soy un enano —dijo Zanahoria—. Técnicamente hablando.

Fuerteenelbrazo parecía un poco nervioso. Toda aquella cuestión de la enanez que abrazaba con tanto entusiasmo Zanahoria resultaba bastante difícil de entender para los enanos más orientados hacia la política.

—Eres un poco grande —dijo, no ocurriéndosele nada mejor que decir.

—¿Grande? ¿Qué tiene que ver el tamaño con ser un enano? —quiso saber Zanahoria.

—Mmm… ¿Mucho? —susurró Cuddy.

—Una observación muy acertada —dijo Zanahoria—. Sí, es una observación realmente muy acertada. —Fue recorriendo las caras con la mirada—. Bien. Necesitamos unos cuantos enanos honrados y respetuosos con la ley… tú, ese de ahí…

—¿Yo? —dijo un enano desprevenido.

—¿Tienes alguna convicción previa?

—Bueno, no sé… supongo que solía creer muy firmemente en que más vale pájaro en mano…

—Estupendo. Y ahora escogeré a… vosotros dos… y a ti. Cuatro enanos más, ¿de acuerdo? Ahora ya no os podéis quejar, ¿eh?

—No voy a estar en una guardia —volvió a decir Bauxita, pero ahora la incertidumbre modulaba su tono.

—Ahora no podéis iros, trolls —dijo Detritus—. De otra manera, demasiados enanos. Eso son números, eso es lo que son.

—¡No me voy a unir a ninguna Guardia! —dijo un enano.

—No eres lo bastante hombre, ¿eh? —dijo Cuddy.

—¿Qué? ¡Yo valgo tanto como cualquier maldito troll!

—Bueno, pues entonces ya está todo resuelto —dijo Zanahoria, frotándose las manos—. ¿Agente titular Cuddy?

—¿Señor?

—Eh —dijo Detritus—, ¿cómo que de pronto él ya agente del todo?

—Porque los reclutas enanos han quedado a su cargo —dijo Zanahoria—. Y tú tienes a tu cargo a los reclutas trolls, agente titular Detritus.

—¿Yo pleno agente titular con todos los reclutas trolls a mi cargo?

—Por supuesto. Y ahora, guardia interino Bauxita, si tiene la bondad de dejarme pasar…

Detrás de Zanahoria, Detritus inhaló profundamente y con orgullo.

—No voy a…

—¡Guardia interino Bauxita! ¡Poniéndose firmes, ya mismo horrible troll grandullón! ¡Saludando ahora mismo! ¡Dejando pasar al cabo Zanahoria! ¡Vengan aquí, par de trolls! Uno… y dos… y tres… ¡y cuatro! ¡Ahora estáis en la Guardia! ¡Aaargh, no puedo creer lo que está viendo mi ojo! ¿De dónde eres, Bauxita?

—De la Montaña de Tajada, pero…

—¡De la Montaña de Tajada! ¿De la Montaña de Tajada? —Detritus se miró los dedos por un instante, y luego se apresuró a esconderlos detrás de la espalda—. ¡En la Montaña de Tajada solo hay dos cosas! Rocas… y… y… —Manoteó frenéticamente—. ¡Y otras clases de rocas! ¿De qué clase eres tú, Bauxita?

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La puerta de la Casa de la Guardia se había abierto. El capitán Quirke salió por ella, espada en mano.

—¡Horrible par de trolls! Ahora levantad la mano derecha y repetid juramento troll…

—Ah, capitán —dijo Zanahoria—. ¿Podríamos hablar un momento?

—Se ha metido en un buen lío, cabo Zanahoria —rugió Quirke—. ¿Quién se cree usted que es?

—¡Haré todo lo que se me diga…!

—Yo no quiero estar en una…

¡Bam!

—¡Haré todo lo que se me diga…!

—Soy el hombre que estaba disponible en estos momentos, capitán —dijo Zanahoria jovialmente.

—Bueno, hombre disponible, aquí yo soy el oficial superior al mando y le aseguro que ya puede…

—Una observación muy interesante —dijo Zanahoria, sacando su cuaderno negro del bolsillo—. Le relevo del mando.

—… de lo contrario, me darán patadas en la goohulaag cabeza…

—… de lo contrario, me darán patadas en la goohulaag cabeza…

—¿Qué…? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No, señor, pero he optado por creer que usted sí. Existen ciertas normas establecidas para el caso de que se presente esta eventualidad.

—¿Dónde está su autoridad? —Quirke miró a la multitud—. ¡Ja! Supongo que ahora me dirá que esta turba armada es su autoridad, ¿eh?

Zanahoria puso cara de perplejidad.

—No. Las Leyes y Ordenanzas de Ankh-Morpork, señor. Está todo allí. ¿Puede decirme con qué evidencias cuenta contra el prisionero Caradecarbón?

—¿Ese maldito troll? ¡Es un troll!

—¿Sí?

Quirke miró alrededor.

—Oiga, no hace falta que le diga que con todo el mundo aquí presente…

—De hecho, y según las reglas, tiene que hacerlo. Por eso lo llaman evidencia. Significa «aquello que está a la vista».

—¡Oiga! —siseó Quirke, inclinándose hacia Zanahoria—. Es un troll. Es tan culpable como el infierno de algo. ¡Todos lo son!

Zanahoria sonrió alegremente.

Colon había llegado a conocer aquella sonrisa. Cuando sonreía de aquella manera, el rostro de Zanahoria parecía volverse un poco cerúleo y empezaba a relucir.

—¿Y usted le encerró por eso?

—¡Claro!

—Oh. Ya veo. Ahora lo entiendo.

Zanahoria dio media vuelta.

—No sé qué se piensa que es us… —empezó a decir Quirke.

La gente apenas vio moverse a Zanahoria. Solo hubo una mancha borrosa, un sonido como el de un bistec depositado bruscamente encima de una tabla de trinchar, y de pronto el capitán estaba yaciendo sobre los adoquines.

Un par de miembros de la Guardia Diurna aparecieron cautelosamente en el hueco de la puerta.

Entonces todo el mundo fue súbitamente consciente de una especie de traqueteo metálico. Nobby estaba haciendo girar la maza de armas al final de su cadena, salvo que como la bola erizada de pinchos era muy pesada, y como la diferencia entre Nobby y un enano era más de especie que de altura, lo que ocurría era más bien que ambos orbitaban alrededor del otro. Si la soltaba, había la misma probabilidad de que el objetivo fuera alcanzado por una bola erizada de pinchos que la de que fuera alcanzado por un cabo Nobbs. Ninguna de las dos perspectivas resultaba demasiado agradable.

—Baja eso, Nobby —siseó Colon—. No creo que vayan a crearnos problemas…

—¡Es que no puedo soltarlo, Fred!

Zanahoria se chupó los nudillos.

—¿Le parece que esto puede incluirse en el apartado de «mínima fuerza necesaria», sargento? —preguntó. Parecía estar sinceramente preocupado.

—¡Fred! ¡Fred! ¿Qué voy a hacer?

Nobby se había convertido en un borrón aterrorizado. Cuando estás haciendo girar una bola llena de pinchos sujeta a una cadena, la única opción realista es continuar moviéndote. Quedarse quieto enseguida se convierte en una interesante pero breve demostración de una espiral en acción.

—¿Todavía respira? —preguntó Colon.

—Oh, sí. Me aseguré de no darle muy fuerte.

—Pues a mí eso me suena como lo bastante mínimo, señor —dijo Colon con lealtad.

—¡Freeeeeed!

Zanahoria extendió distraídamente la mano cuando la maza de armas pasaba zumbando junto a él y la agarró por la cadena. Luego la lanzó contra la pared, donde quedó clavada.

—Eh, los que estáis dentro de la Casa de la Guardia —dijo después—. Ya podéis salir.

Cinco hombres salieron de ella, dando un rodeo cauteloso alrededor de su capitán caído en el suelo.

—Bien. Ahora id y traed a Caradecarbón.

—Ejem… Está de bastante mal humor, cabo Zanahoria.

—Por lo de haber tenido que estar encadenado al suelo —aclaró otro guardia.

—Bueno, veamos —dijo Zanahoria.—. El caso es que se ha de desencadenar ahora mismo. —Los hombres se removieron nerviosamente, posiblemente acordándose de un antiguo proverbio que resultaba muy apropiado para la ocasión. Zanahoria asintió—. No os pediré que lo hagáis vosotros, pero me [[26]](#footnote-26)permito sugerir que os toméis unos cuantos días libres —dijo.

—Quirm es muy bonito en esta época del año —dijo el sargento Colon, queriendo ayudar—. Tienen un reloj floral.

—Ejem… pues dado que lo menciona… el caso es que tengo pendientes unos cuantos permisos por enfermedad —dijo uno de ellos.

—Me parece que si te quedas por aquí, hay muchas probabilidades de que termines disfrutándolos —dijo Zanahoria.

Se fueron tan deprisa como permitía la decencia. La multitud apenas si les prestó atención. Zanahoria seguiría siendo mucho más interesante de observar durante un tiempo.

—Bien —dijo Zanahoria—. Detritus, llévate a algunos hombres y saca al prisionero.

—No veo por qué… —empezó a decir un enano.

—Cierra la boca, hombre horrible —dijo Detritus, ebrio de poder.

Se habría podido oír caer la hoja de una guillotina.

En la multitud, un gran número de manos nudosas de distintos tamaños empuñaron toda una variedad de armas ocultas.

Todo el mundo miró a Zanahoria.

Eso había sido lo más extraño de todo, recordaría Colon más tarde. Todo el mundo miró a Zanahoria.

Gaspode olisqueó un farol.

—Veo que Shep Tres Patas vuelve a tener problemas con el estómago —dijo—. Y el viejo Willy el Cachorro ha vuelto a la ciudad.

Para un perro, un poste o un farol colocados en el sitio apropiado son un calendario social.

—¿Dónde estamos? —preguntó Angua.

Había muchos olores distintos, tantos que costaba bastante seguir el rastro de Viejo Apestoso Ron.

—En algún lugar de Las Sombras —dijo Gaspode—. En la calle Corazón, a juzgar por el olor. —Fue olisqueando el suelo—. Ah, aquí está otra vez, el pequeño…

—’ola, Gaspode…

Era una voz grave y áspera, una especie de susurro arenoso. Provenía de algún lugar de un callejón.

—¿Quién es tu amiguita, Gaspode?

Hubo una risita burlona.

—Ah —dijo Gaspode—. Uh. Hola, chicos.

Dos perros salieron del callejón. Eran enormes. Sus especies eran indeterminadas. Uno de ellos era negro como el azabache y parecía un pit bull terrier cruzado con una picadora de carne. El otro… el otro parecía un perro cuyo nombre era casi sin lugar a dudas carnicero.

Los dos juegos de colmillos de sus mandíbulas habían crecido tanto que el perro parecía contemplar el mundo a través de unos barrotes. También tenía las patas arqueadas, aunque cualquier clase de comentario al respecto probablemente sería desaconsejable si es que no suicida.

La cola de Gaspode vibró con nerviosismo.

—Estos son mis amigos Roger el Negro y…

—¿Carnicero?—sugirió Angua.

—¿Cómo lo has sabido?

—Pura suerte —dijo Angua.

Los dos perrazos se habían ido moviendo de tal manera que ahora estaban flanqueándolos.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Roger el Negro—. ¿Y quién es esta?

—Angua —dijo Gaspode—. Es una…

—… perra loba —dijo Angua.

Los dos perros seguían paseándose alrededor de ellos con miradas ávidas.

—¿Gran Fido ya sabe de ella? —preguntó Roger el Negro.

—Yo solo… —empezó a decir Gaspode.

—Bueno, bueno —dijo Roger el Negro—, supongo que querréis venir con nosotros. Hoy es noche del Gremio.

—Claro, claro —dijo Gaspode—. No hay problema.

Podría vérmelas sin problemas con cualquiera de ellos, pensó Angua. Pero no con los dos a la vez.

La licantropía significaba poseer la destreza y la fuerza en las mandíbulas necesaria para abrirle instantáneamente la yugular a un hombre. Era un truco habitual en el padre de Angua que siempre había irritado mucho a su madre, especialmente cuando lo ponía en práctica justo antes de las comidas. Pero Angua nunca había sido capaz de decidirse a hacerlo. Ella prefería la opción vegetariana.

—’ola —le dijo Carnicero, directamente en la oreja.

—No te preocupes por nada —gimoteó Gaspode—. Yo y Gran Fido somos… muy amigos.

—¿Qué estás intentando hacer? ¿Cruzar las garras? No sabía que los perros pudieran hacer eso.

—No podemos —dijo Gaspode miserablemente.

Otros perros fueron saliendo de las sombras mientras Angua y Gaspode eran medio conducidos y medio empujados por callejones que ya ni siquiera eran callejones, sino meros huecos entre paredes. Estos terminaron llevando a una extensión de terreno vacío, nada más que un gran pozo de luz para los edificios que se alzaban alrededor de ella. En un rincón había un barril enorme puesto de lado, con un trozo de manta medio mordisqueado dentro. Un gran número de perros estaban esperando alrededor del barril, con expresiones expectantes: algunos de ellos solo tenían un ojo, algunos de ellos solo tenían una oreja, todos ellos tenían cicatrices, y todos ellos tenían dientes.

—Vosotros dos esperad aquí —dijo Roger el Negro.

—Y no intentéis huir —dijo Carnicero—, porque el que se te coman los intestinos a menudo ofende.

Angua bajó la cabeza hasta el nivel de Gaspode. El perrito estaba temblando.

—¿En qué me has metido? —gruñó—. Este es el Gremio de Perros, ¿verdad? ¿Una banda de chuchos sin hogar?

—¡Chist! ¡No digas eso! No son chuchos sin hogar. Oh, cielos. —Gaspode miró alrededor—. No creas que cualquier sabueso puede ingresar en el Gremio de Perros. Oh, no, de eso nada. Estos son perros que han sido… —bajó la voz—… er… malos.

—¿Perros que han sido malos?

—Perros que han sido malos, sí. Eres un perrito muy travieso. Dale un buen cachete. Perro malo —musitó Gaspode, como si recitara alguna horrible letanía—. Cada perro que ves aquí, sí, cada perro… se escapó de su casa. Huyó de su dueño.

—¿Y eso es todo?

—¿Todo? ¿Todo? Bueno. Oh, claro. Tú no eres exactamente lo que se dice un perro. No puedes entenderlo. Nunca sabrás qué es lo que se siente. Pero Gran Fido… se lo dijo. Liberaos de las cadenas que os oprimen, dice. Morded la mano que os alimenta. Levantaos y aullad. Les dio orgullo —dijo Gaspode, con su voz siendo una mezcla de miedo y fascinación—. Se lo dijo. Cualquier perro que descubre no comportándose como un espíritu libre… Bueno, ese perro es perro muerto. La semana pasada Gran Fido mató a un dóberman, solo porque meneó la cola cuando un humano pasaba junto a él.

Angua miró a algunos de los perros. Todos estaban sucios y tenían aspecto de abandonados. También eran, de una extraña manera, muy poco perrunos. Había un pequeño perro de lanas más bien elegante que todavía conservaba los restos ya demasiado crecidos de su corte de perro de lanas, y un perrito faldero con los maltrechos restos de una chaqueta de lana colgando aún de sus hombros. Pero no ladraban, ni formaban grupos. Todos tenían una mirada llena de concentración que Angua ya había visto antes, si bien nunca en perros.

Gaspode estaba temblando visiblemente. Angua fue hacia el perro de lanas. Aun había un collar adornado con diamantitos visible debajo del sucio pelaje.

—Ese Gran Fido, ¿es alguna clase de lobo, o qué? —le preguntó Angua.

—Espiritualmente, todos los perros son lobos —dijo el perro de lanas—, pero han sido cínica y cruelmente apartados de su verdadero destino por las manipulaciones de la así llamada humanidad.

Sonaba como una cita.

—¿Gran Fido dijo eso? —se atrevió a preguntarle Angua.

El perro de lanas volvió la cabeza y entonces Angua vio sus ojos por primera vez. Eran rojos, y estaban llenos de enloquecida furia asesina. Cualquier cosa que tuviera unos ojos semejantes podía matar a todo lo que quisiera porque la locura, la auténtica locura, puede hacer que un puño atraviese una tabla.

—Sí —dijo Gran Fido.

Había sido un perro normal. Había jadeado, y se había acostado boca arriba, y había obedecido, y había ido a traer cosas cuando se las tiraban para que fuera a traerlas. Todas las noches lo sacaban a dar un paseo.

Cuando ocurrió, no hubo ningún súbito destello de luz. Una noche el perro estaba acostado dentro de su cesta y empezó a pensar en su nombre, que era Fido, y en el nombre de la cesta, que era Fido. Y pensó en su manta con Fido escrito en ella, y en su cuenco con Fido escrito en él y, por encima de todo, meditó en el collar con Fido escrito en él, y en algún rincón de las profundidades de su cerebro algo encajó con un suave chasquido y entonces se comió la manta, hizo pedazos a su dueño y saltó por la ventana de la cocina. En la calle, un labrador que tenía cuatro veces el tamaño de Fido se había burlado de su collar, y treinta segundos después huía gimoteando.

Aquello solo había sido el principio.

La jerarquía perruna no tenía nada de complicada. Fido se había limitado a ir preguntando por ahí, generalmente con voz ahogada porque tenía la pata de alguien entre las fauces, hasta que localizó al líder de la mayor banda de perros salvajes de la ciudad. La gente —es decir, los perros— todavía hablaba del combate que había tenido lugar entre Fido y Ladrador Rabioso Arthur, un rottweiler que tenía un solo ojo y muy mal genio. Pero la mayoría de los animales no luchan hasta la muerte, solo hasta la derrota, y Fido era imposible de derrotar porque Fido simplemente era un diminuto rayo asesino con un collar. Se había mantenido agarrado a distintas partes de Ladrador Rabioso Arthur hasta que Ladrador Rabioso Arthur se dio por vencido y entonces, para gran asombro suyo, Fido lo había matado. Había algo inexplicablemente resuelto en aquel perro: podrías haber estado dándole de garrotazos durante cinco minutos, y aun así lo que quedara de él hubiera seguido sin darse por vencido y más valdría que no le dieras la espalda.

Porque Gran Fido tenía un sueño.

—¿Hay algún problema? —preguntó Zanahoria.

—Ese troll insultó a ese enano —dijo Fuerteenelbrazo el enano.

—Oí cómo el guardia titular Detritus le daba una orden al guardia interino… Hrolf Pijama —dijo Zanahoria—. ¿Qué problema hay en eso?

—¡Que Detritus es un troll!

—¿Y bien?

—¡Insultó a un enano!

—Bueno, de hecho es un término técnico militar que… —dijo el sargento Colon.

—¡Da la casualidad de que hoy ese maldito troll me salvó la vida! —gritó Cuddy.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¿Cómo que para qué? ¡Pues porque era mi vida, para eso! Da la casualidad de que le tengo mucho apego.

—No pretendía decir que…

—¡Tú cállate, Abba Fuerteenelbrazo! ¡Qué sabes tú de nada, pedazo de civil! ¿Por qué eres tan estúpido? ¡Aaargh! ¡Llevo demasiado tiempo en esto para que me vengas con esta mierda!

Una sombra se alzó en el umbral. Caradecarbón era una forma básicamente horizontal, una oscura masa formada por líneas de fractura y superficies desnudas. Sus ojos relucían con rojizo recelo.

—¡Y ahora lo vais a dejar marchar! —gimió un enano.

—Eso es porque no tenemos ninguna razón para mantenerlo encerrado —dijo Zanahoria—. Quienquiera que haya matado al señor Martillogrande era lo bastante pequeño para entrar por la puerta de un enano. Un troll de sus dimensiones nunca podría hacer eso.

—¡Pero todo el mundo sabe que es un troll malo! —gritó Fuerteenelbrazo.

—Yo nunca hecho nada —dijo Caradecarbón.

—No puede soltarle ahora, señor —susurró Colon—. ¡Le destrozarán!

—Yo nunca hecho nada.

—Buena observación, sargento. ¡Guardia titular Detritus!

—¿Señor?

—Tómele juramento como voluntario.

—Yo nunca hecho nada.

—¡No puedes hacer eso! —gritó el enano.

—No estaré en ninguna Guardia —gruñó Caradecarbón.

Zanahoria se inclinó hacia él.

—Ahí fuera hay cien enanos. Con hachas muy grandes —murmuró.

Caradecarbón parpadeó.

—Me alistaré.

—Tómele juramento, guardia titular.

—¿Permiso para enrolar a otro enano, señor? ¿Para mantener la paridad?

—Adelante, guardia titular Cuddy.

Zanahoria se quitó el casco y se secó la frente.

—Bueno, pues entonces creo que eso es todo —dijo.

La multitud lo estaba mirando.

Zanahoria sonrió alegremente.

—Nadie tiene que quedarse aquí a menos que quiera hacerlo —dijo Zanahoria.

—Yo nunca hecho nada.

—Sí… pero… mira —dijo Fuerteenelbrazo—. Si él no mató al viejo Martillogrande, ¿quién lo hizo?

—Yo nunca hecho nada.

—Nuestras investigaciones están siguiendo su curso.

—¡No lo sabes!

—Pero lo voy a averiguar.

—¿Oh, sí? ¿Y cuándo lo sabrás, si tienes la amabilidad de decírmelo?

—Mañana.

El enano titubeó.

—De acuerdo, entonces —terminó diciendo, de muy mala gana—. Mañana. Pero más vale que sea mañana.

—De acuerdo —dijo Zanahoria.

La multitud se dispersó, o al menos dejó de estar tan apretujada como antes. Tanto si es un troll como si es un enano o un humano, un ciudadano de Ankh-Morpork nunca estará demasiado dispuesto a moverse mientras todavía quede por ver un poco de teatro callejero.

El guardia titular Detritus, con el pecho tan hinchado por el orgullo y la pomposidad que los nudillos apenas le tocaban el suelo, pasó revista a sus tropas.

—¡Escuchadme bien, horribles trolls!

Hizo una pausa mientras los pensamientos siguientes iban poniéndose en posición.

—¡Escuchadme con mucha atención! ¡Estás en la Guardia, muchacho! ¡Un trabajo con oportunidades! —dijo Detritus—. ¡Yo solo llevo diez minutos haciéndolo y ya me han ascendido! ¡También recibes educación y adiestramiento para un buen trabajo en la calle Civil!

»Esto es vuestro garrote con un clavo en él. Lo comeréis. ¡Dormiréis con él! Cuando Detritus dice “Salta”, tú dices… ¡qué color! ¡Vamos a hacer esto siguiendo el orden de los números! ¡Y tengo montones de números!

—Yo nunca hecho nada.

—¡Tú, Caradecarbón, a ver si espabilas un poco porque tienes un botón de mariscal de campo en tu mochila!

—Yo tampoco cogido nunca nada.

—¡Venga! ¡Al suelo y hazme treinta y dos! ¡No! ¡Que sean sesenta y cuatro!

El sargento Colon se pellizcó el puente de la nariz. Estamos vivos, pensó. Un troll insultó a un enano delante de un montón de otros enanos. Caradecarbón… quiero decir, Caradecarbón, lo que quiero decir es que, bueno, en comparación con él Detritus es el señor Limpio… está libre y ahora es un guardia. Zanahoria dejó tumbado en el suelo de un puñetazo a Mayonesa. Zanahoria ha dicho que mañana lo tendríamos todo aclarado, y ya ha oscurecido. Pero estamos vivos.

El cabo Zanahoria está loco.

Escucha a esos perros. Con este calor, todo el mundo tiene los nervios de punta.

Angua oía aullar a los otros perros y pensaba en los lobos.

Había corrido con la manada unas cuantas veces, y conocía a los lobos. Aquellos perros no eran lobos. Los lobos eran criaturas pacíficas, en general, y bastante simples. Ahora que pensaba en ello, el líder de la manada había sido bastante parecido a Zanahoría. Zanahoria encajaba en la ciudad de la misma manera en que aquel lobo encajaba en los bosques de las montañas.

Los perros eran más listos que los lobos. Los lobos no necesitaban la inteligencia. Tenían otras cosas. Pero los perros… Bueno a ellos la inteligencia se la habían dado los humanos. Tanto si la querían como si no. Eran ciertamente más sanguinarios que los lobos. Eso también lo habían obtenido de los humanos.

Gran Fido estaba convirtiendo a su banda de perros callejeros en aquello que los ignorantes creían que era una manada de lobos: una especie de máquina peluda de matar.

Angua miró a su alrededor.

Perros grandes, perros chicos, perros gordos, perros flacuchos. Todos miraban al perro de lanas con los ojos encendidos mientras hablaba.

Sobre el Destino.

Sobre la Disciplina.

Sobre la Superioridad Natural de la Raza Canina.

Sobre Lobos. Solo que los lobos de la visión de Gran Fido no eran lobos tal como los conocía Angua. Eran más grandes, más feroces, más sabios, los lobos del sueño de Gran Fido. Eran Reyes del Bosque, Terrores de la Noche. Tenían nombres como Colmillo Veloz y Lomo Plateado. Eran lo que cada perro debería aspirar a ser.

Gran Fido había dado su aprobación a Angua. Se parecía mucho a un lobo, había dicho.

Todos escuchaban, totalmente fascinados, a un perrito que iba soltando pedorretas nerviosas mientras hablaba y les contaba que la forma natural para un perro era mucho más grande. Angua se hubiese reído, de no ser por el hecho de que tenía serias dudas de que fuera a salir viva de allí.

Y luego vio lo que le ocurría a un chucho con aspecto de rata que fue llevado a rastras al centro del círculo por un par de terriers y acusado de haber cogido un palo que lanzó un humano. Ni siquiera los lobos le hacían eso a otros lobos. No existía ningún código de conducta lupina. No había ninguna necesidad de que lo hubiera. Los lobos no necesitaban reglas acerca del ser lobos.

Cuando la ejecución hubo terminado, Angua encontró a Gaspode sentado en un rincón y tratando de pasar desapercibido.

—¿Nos perseguirán si nos largamos ahora? —le preguntó Angua.

—No lo creo. La reunión ha terminado, ¿ves?

—Pues entonces vamos.

Salieron a un callejón y, cuando estuvieron seguros de que nadie se había dado cuenta de que se iban, echaron a correr.

—Cielos —dijo Angua, cuando hubieron interpuesto varias calles entre ellos y la multitud de perros—. Está loco, ¿verdad?

—No, la locura es cuando te sale espuma por la boca —dijo Gaspode—. Gran Fido está desquiciado. Eso es cuando te echa espuma el cerebro.

—Todas esas cosas que dijo sobre los lobos…

—Supongo que un perro tiene derecho a soñar —dijo Gaspode.

—¡Pero los lobos no son así! ¡Ni siquiera tienen nombres!

—Todo el mundo tiene un nombre.

—Los lobos no. ¿Por qué deberían tenerlo? Ellos saben quiénes son, y saben quién es el resto de la manada. Todo es… una imagen. Olor y sensación y forma. ¡Los lobos ni siquiera tienen una palabra para referirse a los lobos! No funcionan así. Los nombres son cosas humanas.

—Los perros tienen nombres. Yo tengo un nombre. Gaspode. Ese es mi nombre —dijo Gaspode, en un tono un poco malhumorado.

—Bueno… no puedo explicar por qué —dijo Angua—. Pero los lobos no tienen nombres.

La luna ya estaba alta en un cielo tan negro como una taza de café que no fuese nada negro.

Su luz convertía la ciudad en una red de líneas plateadas y sombras.

Hubo un tiempo en el que la Torre del Arte había sido el centro de la ciudad, pero las ciudades tienden a migrar delicadamente con el tiempo y ahora el centro de Ankh-Morpork se encontraba a varios centenares de metros de allí. Aun así, la torre todavía dominaba la ciudad. Su negra forma se elevaba ante el cielo nocturno, arreglándoselas para parecer más negra de lo que sugerirían unas meras sombras.

Casi nadie alzaba nunca la mirada hacia la Torre del Arte, porque siempre estaba allí. No era más que una cosa. La gente casi nunca mira las cosas familiares.

Hubo un levísimo tintineo de metal chocando contra la piedra. Por un instante, cualquiera que estuviese cerca de la Torre del Arte y se encontrara mirando exactamente hacia el lugar adecuado podría haber imaginado que estaba viendo cómo un retazo de oscuridad todavía más negra iba avanzando, lenta pero inexorablemente, hacia lo alto de la torre.

La luz de la luna se reflejó por un instante en un delgado tubo metálico, colgado a través de la espalda de la figura. Luego el tubo volvió a entrar en las sombras cuando continuó subiendo hacia arriba.

La ventana estaba firmemente cerrada.

—Pero si siempre la deja abierta —protestó Angua.

—Esta noche puede que la haya cerrado —dijo Gaspode—. Hay un montón de gente rara rondando por ahí.

—Pero ella ya sabe cómo es la gente rara —dijo Angua—. ¡La mayor parte vive en su casa!

—Tendrás que volver a convertirte en humana y romper la ventana.

—¡No puedo hacer eso! ¡Estaría desnuda!

—Bueno, ahora estás desnuda, ¿no?

—¡Pero soy una loba! ¡Eso es diferente!

—Yo nunca he llevado nada encima en toda mi vida, y eso nunca me ha molestado.

—La Casa de la Guardia —musitó Angua—. En la Casa de la Guardia habrá algo. Una cota de malla de repuesto, al menos. Una sábana o algo. Y la puerta no cierra bien. Vamos.

Echó a trotar calle abajo, con Gaspode siguiéndola sin dejar de gimotear.

Alguien estaba cantando.

—Caray —dijo Gaspode—, mira eso.

Cuatro guardias los dejaron atrás andando lentamente. Dos enanos, dos trolls. Angua reconoció a Detritus.

—¡Venga, venga, venga! ¡Vosotros sin duda los reclutas más horribles que yo veo nunca! ¡Levantad esos pies!

—¡Yo nunca hecho nada!

—¡Ahora haces algo por primera vez en tu horrible vida, guardia interino Caradecarbón! ¡En la Guardia se lleva una vida de hombre!

El pelotón dobló la esquina.

—¿Qué ha estado ocurriendo? —preguntó Angua.

—A mí que me registren. Quizá podría saber algo más si uno de ellos se parara a echar una meadita.

Había una pequeña multitud alrededor de la Casa de la Guardia en Pseudópolis Yard. También parecían ser guardias. El sargento Colon estaba de pie debajo de un farol parpadeante, escribiendo en su tablilla mientras hablaba con un hombrecillo que tenía un bigote imponente.

—¿Y su nombre, caballero?

—¡SILAS! ¡FAJODEMOLESTIAS!

—¿Antes no era usted pregonero de la ciudad?

—¡ESO ES!

—Claro. Que le den su penique. ¿Guardia titular Cuddy? Uno para su destacamento.

—¿QUIÉN ES EL GUARDIA TITULAR CUDDY? —preguntó Fajodemolestias.

—Aquí abajo, señor.

El hombre miró hacia abajo.

—¡PERO TÚ ERES… UN ENANO! YO NUNCA…

—¡Póngase firmes cuando esté hablando con un oficial superiormente superior! —aulló Cuddy.

—Verá, Fajodemolestias, lo que ocurre es que en la Guardia no hay enanos, trolls o humanos —dijo Colon—. Aquí solo hay guardias, ¿comprende? Eso es lo que dice el cabo Zanahoria. Naturalmente, si prefiere estar en el destacamento del guardia titular Detritus…

—ME GUSTAN LOS ENANOS —se apresuró a decir Fajodemolestias—, SIEMPRE ME HAN GUSTADO. NO ES QUE HAYA NINGUNO EN LA GUARDIA, CUIDADO —añadió, después de apenas un segundo de reflexión.

—Aprendes deprisa. Llegarás lejos en el ejército de este hombre —dijo Cuddy—. Cualquier día podrías tener un trasero de mariscal de campo en tu servilleta. ¡Aaaa-ten-ción! Paso ligero, vamos, vamos, vamos…

—Con este ya llevamos cinco voluntarios —le dijo Colon al cabo Nobbs, mientras Cuddy y su nuevo recluta se perdían en la oscuridad—. Hasta el decano de la Universidad intentó alistarse. Asombroso.

Angua miró a Gaspode, quien se encogió de hombros.

—Bien, no cabe duda de que Detritus los está poniendo firmes muy deprisa —dijo Colon—. En diez minutos ya son masilla en sus manos. Ojo —añadió—, en diez minutos cualquier cosa es masilla en sus manos. Eso me recuerda al sargento instructor que tuve cuando entré en el ejército.

—Era un tipo duro, ¿eh? —dijo Nobby, encendiendo un cigarrillo.

—¿Duro? ¿Duro? ¡Caray! ¡Trece semanas de pura miseria, eso es lo que fueron! ¡Correr veinte kilómetros cada mañana, hasta el cuello de barro la mitad de ese tiempo, y él chillando como un descosido y maldiciéndonos durante cada momento del día! ¡Una vez me tuvo levantado toda la noche limpiando los lavabos con un cepillo de dientes! ¡Nos atizaba con un palo lleno de pinchos para sacarnos de la cama! Teníamos que dejarnos la piel por ese hombre, odiábamos sus malditas tripas y le habríamos dado una buena tunda si alguno de nosotros hubiera tenido el valor necesario para hacerlo pero, naturalmente, ninguno de nosotros llegó a hacerlo. Ese sargento instructor nos hizo pasar por tres meses de muerte en vida. Pero… sabes… después del desfile cuando hubimos terminado el adiestramiento… al vernos vestidos con nuestros uniformes nuevos y todo eso, por fin auténticos soldados, viendo aquello en lo que nos habíamos convertido… bueno, vimos al sargento en el bar y, bueno… no me importa confesártelo… —Los perros vieron cómo Colon se secaba la sospecha de una lágrima—. Yo, Tolón Jackson y Cochino Spuds le esperamos en el callejón y le dimos tal paliza que mis nudillos tardaron tres días en curarse. —Colon se sonó la nariz—. Días felices… ¿Te apetece un caramelo hervido, Nobby?

—Pues no me importaría comerme uno, Fred.

—Dale uno al perrito —dijo Gaspode.

Colon así lo hizo, y luego se preguntó por qué.

—¿Ves? —dijo Gaspode, triturando el caramelo hervido entre sus espantosos dientes—. Soy brillante. Sí, soy realmente brillante.

—Será mejor que reces para que Gran Fido no llegue a enterarse —dijo Angua.

—Qué va. Él nunca me tocaría. Le preocupo. Tengo el Poder. —Se rascó una oreja vigorosamente—. Oye, no tienes por qué volver a entrar ahí. Podríamos ir y…

—No.

—La historia de mi vida —dijo Gaspode—. Ahí está Gaspode. Dale una patada.

—Creía que tenías esa gran familia feliz a la cual regresar —dijo Angua mientras abría la puerta empujándola.

—¿Eh? Oh, sí. Claro —se apresuró a decir Gaspode—. Sí. Pero me gusta mi, especie de, independencia. Puedo volver a casa como una exhalación en cualquier momento que lo desee.

Angua subió por la escalera con unos cuantos saltos y abrió la puerta más próxima empujándola con la pata.

Era el dormitorio de Zanahoria. El olor de su persona, una especie de color de un rosa dorado, lo llenaba de un extremo a otro.

Había un dibujo de una mina de enanos clavado con cuidado a una pared. Otra pared contenía una gran hoja de papel barato encima de la cual había sido dibujado, en cuidadosos trazos de lápiz y con muchas tachaduras y sitios borrados, un mapa de la ciudad.

Delante de la ventana, allí donde la pondría una persona que lo hiciera todo a conciencia para sacar el máximo provecho posible de la luz disponible y no tener que desperdiciar demasiadas velas de la ciudad, había una mesita. Encima de ella había unas cuantas hojas de papel, y un tazón lleno de lápices. También había una silla vieja, y una hoja de papel estaba doblada y metida debajo de una pata un poco floja que la hacía bailar.

Y eso, aparte de un arcón para la ropa, era todo. Le recordó a Angua la habitación de Vimes. Aquel era un sitio al que alguien venía a dormir, no a vivir.

Angua se preguntó si había habido alguna vez un tiempo en el que alguien de la Guardia estuviera realmente libre de servicio. No podía imaginarse al sargento Colon vestido de civil. Cuando se era un guardia, se era guardia todo el tiempo, lo cual era un buen negocio para la ciudad porque solo te pagaba para que fueses un guardia durante diez horas al día.

—Está bien —dijo—. Puedo utilizar una sábana de la cama. Cierra los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Gaspode.

—¡Por decencia!

Gaspode se quedó inexpresivo. Entonces dijo:

—Ah, ya lo cojo. Ya lo creo que sí. Madre mía, será mejor que no vea a una mujer desnuda. No vaya a ser que me entren ideas raras. Hay que tener cuidado con esas cosas.

—¡Ya sabes a qué me refiero!

—No puedo decir que lo sepa. No, realmente no puedo decir que lo sepa. La ropa nunca ha sido lo que tú podrías llamar una cosa que le quite el comosellame a los perros. —Gaspode se rascó la oreja—. Vaya, he usado dos variables metasintácticas. Lo siento.

—Contigo es diferente. Tú sabes lo que soy. Y en cualquier caso, la desnudez es algo natural para los perros.

—Igual que para los humanos…

Angua cambió.

Las orejas de Gaspode se pegaron a su cabeza, y no pudo evitar soltar un gemido.

Angua se desperezó.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo—. El pelo. Luego cuesta horrores quitarle los enredos. Y además tengo los pies llenos de barro.

Cogió una sábana de la cama y se envolvió en ella como si fuera una toga improvisada.

—Ya está —dijo—. En la calle se ven cosas peores cada día. ¿Gaspode?

—¿Qué?

—Ahora ya puedes abrir los ojos.

Gaspode parpadeó. Angua era agradable a la vista en ambas formas, pero el par de segundos intermedios, mientras la señal mórfica iba buscando entre las emisoras, no era la clase de visión que querrías tener con el estómago lleno.

—Pensaba que te revolcarías por el suelo gruñendo mientras te salía pelo y se te iba estirando todo —gimoteó.

Angua se miró el pelo en el espejo aprovechando que todavía le duraba la visión nocturna.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—¿Y toda esa… historia… duele?

—Es un poco como un estornudo de cuerpo entero. Lo lógico sería pensar que Zanahoria tendría un peine, ¿verdad? Quiero decir que, vamos a ver, ¿un peine? Todo el mundo tiene un peine…

—¿Un estornudo… realmente… grande?

—Hasta un cepillo para la ropa sería algo.

Los dos se quedaron totalmente inmóviles cuando la puerta se abrió con un crujido.

Zanahoria entró en la habitación. No los vio en la penumbra, sino que fue hacia la mesa. Hubo un destello y un olor a azufre cuando encendió primero una cerilla y luego una vela.

Se quitó el casco, y luego se encorvó como si finalmente hubiera permitido que un peso cayera encima de sus hombros. Le oyeron decir:

—¡No puede ser!

—¿Qué no puede ser? —preguntó Angua.

Zanahoria se volvió en redondo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te robaron el uniforme mientras estabas espiando en el Gremio de Asesinos —le sopló Gaspode.

—Me robaron el uniforme —dijo Angua—, mientras estaba en el Gremio de Asesinos. Espiando. —Zanahoria todavía la miraba fijamente—. Había un viejo que no paraba de mascullar —siguió diciendo Angua con desesperación.

—¿Quelejodan? ¿Mano de milenio y gamba?

—Sí, eso es…

—Viejo Apestoso Ron. —Zanahoria suspiró—. Probablemente vendió tu uniforme para pagarse una copa. Pero sé dónde vive. Recuérdame que vaya a tener unas palabras con él cuando tenga un momento libre.

—No quieres preguntarle qué llevaba puesto encima cuando estaba en el Gremio de Asesinos —dijo Gaspode, que se había metido debajo de la cama.

—¡Calla! —dijo Angua.

—¿Qué? —dijo Zanahoria.

—Me enteré de lo de la habitación —se apresuró a decir Angua—. Alguien llamado…

—¿Edward de M’uerthe? —la interrumpió Zanahoria, sentándose en la cama. Los viejos muelles del colchón hicieron groing-groing-glink.

—¿Cómo supiste eso?

—Creo que De M’uerthe robó el debólver. Creo que mató a Beano. Pero… ¿Asesinos matando sin cobrar por ello? Es peor que los enanos y las herramientas. Es peor que los payasos y las caras. He oído decir que Cruces está muy enfadado. Tiene a asesinos buscando al muchacho por toda la ciudad.

—Oh. Bueno. No me gustaría estar en los zapatos de Edward cuando den con él.

—A mí no me gustaría estar en sus zapatos ahora. Y el caso es que sé dónde están esos zapatos. Están en sus pobres pies. Y ellos están muertos.

—¿Quieres decir que los asesinos han dado con él?

—No. Alguien más dio con él. Y luego Cuddy y Detritus dieron con él. Si entiendo un poco de esas cosas, lleva varios días muerto. ¿Lo ves? ¡Eso no puede ser! Pero le quité el maquillaje a Beano y saqué la nariz roja, y no cabe duda de que era él. Y la peluca tiene la clase de pelo rojo correcta. Tuvo que ir directamente a Martillogrande.

—Pero… alguien le disparó a Detritus. Y mató a la joven mendiga.

—Sí.

Angua se sentó junto a él.

—Y no pudo haber sido Edward…

—¡Ja! —dijo Zanahoria, desatándose la coraza y quitándose la camisa de cota de malla.

—Así que estamos buscando a alguien más. Un tercer hombre.

—¡Pero no hay pistas! ¡Solo hay un hombre con un debólver! ¡En algún lugar de la ciudad! ¡En cualquier sitio! ¡Y estoy cansado!

Los muelles del colchón volvieron a hacer glink cuando Zanahoria se levantó y fue con paso vacilante hacia la mesa y la silla. Se sentó, cogió una hoja de papel, inspeccionó un lápiz, le sacó punta con la espada y, tras unos instantes de reflexión, empezó a escribir.

Angua le contempló en silencio. Zanahoria llevaba un chaleco de cuero de manga corta debajo de la cota de malla. Tenía una marca de nacimiento en la parte de arriba del brazo izquierdo. Con forma de corona.

—¿Lo estás poniendo todo por escrito, como hacía el capitán Vimes? —le preguntó pasado un rato.

—No.

—¿Qué haces, entonces?

—Estoy escribiendo a mi mamá y a mi papá.

—¿De veras?

—Siempre escribo a mi mamá y a mi papá. Se lo prometí. Y de todas maneras, me ayuda a pensar. Siempre escribo cartas a casa cuando estoy pensando. Mi papá también me envía montones de buenos consejos.

Delante de Zanahoria había una caja de madera. Dentro de ella había apilado un montoncito de cartas. El padre de Zanahoria tenía la costumbre de contestarle escribiendo en el dorso de las mismas cartas de Zanahoria, porque el papel costaba mucho de encontrar en el fondo de una mina de enanos.

—¿Qué clase de buenos consejos?

—Sobre la minería, normalmente. Cómo mover rocas. Ya sabes. Apuntalar y reforzar. Dentro de una mina no puedes equivocarte. Tienes que hacer las cosas bien.

El lápiz de Zanahoria empezó a chirriar sobre el papel.

La puerta seguía entreabierta, pero de pronto hubo una vacilante llamada en ella que decía, en una especie de código morse metafórico, que el que llamaba podía ver con claridad que Zanahoria estaba en su habitación con una mujer escasamente vestida y por eso estaba intentando llamar sin que se le llegara a oír. El sargento Colon tosió. La tos contenía una risita burlona.

—¿Sí, sargento? —dijo Zanahoria sin volverse a mirar.

—¿Qué quiere que haga a continuación, señor?

—Mándelos por ahí en pelotones, sargento. Que haya al menos un humano, un enano y un troll en cada uno.

—Siseñor. ¿Qué quiere que hagan, señor?

—Ser visibles, sargento.

—Claro, señor. ¿Señor? Uno de los voluntarios que se acaban de presentar… es el señor Bleakley, señor. El de la calle Olmo, ya sabe. Es un vampiro, bueno, técnicamente hablando, pero trabaja en el matadero, así que en realidad no…

—Agradézcaselo efusivamente y mándelo a casa, sargento.

Colon miró a Angua.

—Siseñor. Claro —dijo de mala gana—. Pero el señor Bleakley no representa ningún problema, es solo que necesita tener todos esos homoglobins extra en su…

—¡No!

—Claro. Muy bien. Entonces, ejem, le diré que se vaya.

Colon cerró la puerta. La bisagra chirrió burlonamente.

—Te llaman señor —dijo Angua—. ¿Te has dado cuenta de eso?

—Lo sé. No está bien. El capitán Vimes dice que la gente debería pensar por sí misma. El problema es que las personas solo piensan por sí mismas si les dices que lo hagan. ¿Cómo deletreas «eventualidad»?

—Nunca lo hago.

—Vale —Zanahoria seguía sin levantar la mirada del papel— Creo que conseguiremos mantener entera la ciudad durante lo que queda de noche. Todos han visto que lo que estaban haciendo era una insensatez.

Eso no es lo que han visto, dijo Angua dentro de la intimidad de su propia cabeza. Te han visto a ti. Es como hipnotismo.

La gente vive tu visión, pensó Angua. Tú sueñas, igual que Gran Fido, con la única diferencia de que él soñaba una pesadilla y tú sueñas para todos. Realmente piensas que todo el mundo es básicamente bueno. Y mientras están cerca de ti, todos los demás también lo creen por un instante.

Un sonido de nudillos en marcha llegó hasta ellos desde algún lugar de las calles. La tropa de Detritus estaba haciendo otro circuito.

Oh, bueno. Tiene que saberlo más pronto o más tarde…

—¿Zanahoria?

—¿Mmm…?

—Sabes… cuando Cuddy y el troll y yo nos alistamos en la Guardia… Bueno, tú ya sabes por qué éramos tres, ¿verdad?

—Claro. Representación de los grupos minoritarios. Un troll, un enano, una mujer.

—Ah.

Angua titubeó. Fuera aún había luz de luna. Podía decírselo, bajar corriendo por la escalera, Cambiar y estar lejos de la ciudad cuando amaneciera. Tendría que hacerlo. Ya era toda una experta en lo de huir de ciudades.

—Pues no fue exactamente así —dijo—. Verás, hay un montón de no muertos en la ciudad y el patricio insistió en que…

—Dale un beso, muchacho —dijo Gaspode desde debajo de la cama.

Angua se quedó tan inmóvil como una estatua. El rostro de Zanahoria adquirió la expresión vagamente perpleja de alguien cuyos oídos acaban de escuchar lo que su cerebro está programado para creer que no existe. Empezó a sonrojarse.

—¡Gaspode! —dijo secamente Angua, pasando al Canino.

—Sé lo que estoy haciendo. Un Hombre, una Mujer. Es el Destino —dijo Gaspode.

Angua se levantó. Zanahoria también lo hizo, tan deprisa que su silla cayó al suelo.

—Tengo que irme —dijo Angua.

—Mmm… No te vayas…

—Ahora extiende el brazo, muchacho —dijo Gaspode.

Nunca daría resultado, se dijo Angua. Nunca lo hace. Los licántropos tienen que relacionarse con otros licántropos, porque ellos son los únicos que entienden…

Pero…

Por otra parte… dado que tendría que salir corriendo de todas maneras…

Angua levantó un dedo.

—Un momento —dijo alegremente y, con un solo movimiento, metió la mano debajo de la cama y sacó a Gaspode agarrado por el pescuezo.

—¡Me necesitas! —gimoteó el perro mientras era llevado hacia la puerta—. Quiero decir que, bueno, ¿y qué sabe él? ¡Su idea de pasar un buen rato es enseñarte el Coloso de Morpork! Ponme…

La puerta se cerró con un golpe seco. Angua se apoyó en ella.

Todo terminará igual que lo hizo en Pseudópolis y en Quirm y en…

—¿Angua? —dijo Zanahoria.

Ella se volvió.

—No digas nada —dijo—. Y puede que todo salga bien.

Pasado un rato, los muelles del colchón hicieron glink.

Y poco después de eso, para el cabo Zanahoria, el Mundodisco se movió. Y ni siquiera se molestó en detenerse a cancelar el pan y los periódicos.

El cabo Zanahoria despertó alrededor de las cuatro de la madrugada, esa hora secreta conocida únicamente por la gente que vive de noche, como los criminales, los policías y demás inadaptados. Siguió acostado sobre su mitad de la estrecha cama y miró la pared.

La noche había sido decididamente interesante.

Aunque era realmente simple, Zanahoria no era estúpido y siempre había sido consciente de la existencia de lo que se podría llamar la mecánica. Se había relacionado con varias damas jóvenes, y las había llevado a dar muchos tonificantes paseos para que vieran maneras fascinantes de trabajar el hierro y edificios cívicos muy interesantes hasta que ellas habían perdido inexplicablemente todo interés en tales cosas. Había patrullado con suficiente frecuencia los Pozos de las Rameras, aunque ahora la señora Palma y el Gremio de Costureras estaban intentando persuadir al patricio de que cambiara el nombre de aquella zona por el de La Calle del Afecto Negociable. Pero nunca había visto a aquellas damas en relación consigo mismo y nunca había estado totalmente seguro de, por así decirlo, dónde encajaba él.

Aquello probablemente no era algo acerca de lo que fuese a escribir a sus padres. Casi seguro que ellos ya lo sabían.

Se levantó de la cama. La habitación se había vuelto asfixiante con las cortinas cerradas.

Detrás de él, oyó cómo Angua se daba la vuelta para quedar instalada dentro del hueco que había dejado libre su cuerpo.

Entonces, con ambas manos y con un vigor considerable, Zanahoria descorrió las cortinas y dejó entrar la intensa claridad blanca de la luna llena.

Detrás de él, oyó suspirar a Angua en sueños.

Varías tormentas estaban descargando encima de la llanura. Zanahoria vio los destellos de los rayos que iban cosiendo el horizonte, y pudo oler la lluvia. Pero en la ciudad el aire estaba inmóvil y seguía siendo casi irrespirable, todavía más recalentado por la distante perspectiva de las tormentas.

La Torre del Arte de la Universidad Invisible se elevaba ante él. Zanahoria la veía cada día. La torre dominaba la mitad de la ciudad.

Detrás de él, la cama hizo glink.

—Me parece que va a haber… —empezó a decir Zanahoria, y se volvió.

Al hacerlo, no llegó a ver el destello de la luna reflejándose en el metal desde lo alto de la torre.

El sargento Colon estaba sentado en el banco fuera del aire caliente como un horno del interior de la Casa de la Guardia.

Se oían golpes de martillo en el interior. Cuddy había llegado diez minutos antes con una bolsa de herramientas, un par de cascos y una expresión decidida. Colon no tenía ni la más remota idea acerca de en qué estaba trabajando el diablillo.

Volvió a contar, muy despacio, marcando nombres en la tablilla.

No cabía duda acerca de ello. Ahora la Guardia Nocturna ya casi tenía veinte miembros. Quizá más. Detritus había entrado en fase crítica, y le había tomado juramento a dos hombres más, otro troll y un maniquí de madera con el que se encontró delante de La Compañía de Ropa Elegante Corchocetín. Si las cosas continuaban así, pronto podrían volver a abrir las anti[[27]](#footnote-27)guas Casas de la Guardia que había cerca de las puertas principales, igual que en los viejos tiempos.

Colon ya no se acordaba de la última vez que la Guardia había tenido veinte hombres.

En el primer momento había parecido una buena idea. Lo que no se podía negar era que estaba sirviendo para mantener controlada la situación. Pero por la mañana el patricio se enteraría de lo ocurrido, y entonces exigiría ver al oficial superior.

Ahora bien, el sargento Colon no tenía del todo claro quién era el oficial superior en aquel instante. Tenía la impresión de que debía de ser o el capitán Vimes o, de una manera que no podía llegar a definir del todo, el cabo Zanahoria. Pero el capitán no se encontraba disponible y el cabo Zanahoria solo era un cabo, y Fred Colon tenía el horrible presentimiento de que cuando lord Vetinari hiciera comparecer a alguien para mostrarse irónico con él y soltarle cosas como «Le ruego que me diga quién va a pagar todos esos sueldos», entonces sería él, Fred Colon, quien se encontraría yendo a la deriva río Ankh arriba sin disponer de un remo.

Y lo peor de todo era que se les estaba agotando el escalafón. Solo existían cuatro grados por debajo del de sargento. Nobby había empezado a poner muy mala cara ante la posibilidad de que alguien más fuera ascendido a cabo, así que estaba teniendo lugar un cierto grado de congestión profesional. Además, a algunos de los que acababan de ingresar en la Guardia se les había metido en la cabeza que la manera de conseguir que te ascendieran era alistar a media docena de guardias más. Con el ritmo actual de incorporaciones que había alcanzado Detritus, a finales de mes ya se habría convertido en Mayor General Altísimo y Supremo.

Y lo que hacía que todo aquello resultara muy extraño era el hecho de que Zanahoria seguía siendo solo un…

Colon alzó la mirada cuando oyó un tintineo de cristales rotos. Algo dorado y borroso salió disparado por una ventana de uno de los pisos de arriba, tomó tierra entre las sombras y huyó antes de que el sargento pudiera ver lo que era.

La puerta de la Casa de la Guardia se abrió bruscamente y Zanahoria apareció en el hueco, espada en mano.

—¿Adónde ha ido? ¿Adónde ha ido?

—No lo sé. ¿Qué demonios era?

Zanahoria se detuvo.

—Uh. No estoy seguro —dijo.

—¿Zanahoria?

—¿Sargento?

—Si fuera tú yo me pondría algo de ropa, muchacho.

Zanahoria siguió contemplando la claridad que precedía al alba.

—Lo que quiero decir es que, bueno, me di la vuelta y allí estaba, y…

Bajó la mirada hacia la espada que tenía en la mano como si no se hubiera dado cuenta de que la estaba empuñando.

—¡Oh, maldición! —dijo.

Volvió corriendo a su habitación y cogió sus pantalones. Mientras se embutía en ellos, Zanahoria fue súbitamente consciente del pensamiento que acababa de aparecer dentro de su cabeza, tan nítido como el hielo.

¿Tú eres gilipollas? Cogiste la espada automáticamente, ¿verdad? ¡Pues lo hiciste todo mal! ¡Ahora ella ha huido y nunca volverás a verla!

Zanahoria se volvió. Un perrito gris lo estaba observando desde la entrada.

Con semejante susto, quizá nunca vuelva a Cambiar de nuevo, dijeron sus pensamientos. ¿A quién le importa que sea una mujer-loba? ¡Eso no te molestó hasta que te enteraste! Y por cierto, cualquier galleta que lleves encima sería de inmensa utilidad para el perrito que hay en la entrada, aunque pensándolo bien las probabilidades de que lleves una galleta encima en estos momentos son muy reducidas, así que olvídate de que se te ha ocurrido pensarlo. Caramba, esta vez sí que has metido la pata hasta el fondo, ¿verdad?, pensó Zanahoria.

—Guau, guau —dijo el perro.

La frente de Zanahoria se llenó de arrugas.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo, señalándolo con su espada.

—¿Yo? Los perros no hablan —se apresuró a decir Gaspode—. Oye, yo debería saberlo. Soy un perro.

—Dime adónde ha ido. ¡Ahora mismo! O si no…

—¿Sí? Mira —dijo Gaspode lúgubremente—, el primer recuerdo que tengo de mi vida, sí, eso, precisamente el primero, es que me estaban tirando al río metido dentro de un saco. Con un ladrillo. A mí. Quiero decir que, bueno, yo tenía las patas un poco flojas y una oreja humorísticamente vuelta del revés, quiero decir que, bueno, era todo peludito. Vale, de acuerdo, admito que el río era el Ankh. De acuerdo, así que podía ir andando hasta la orilla. Pero ese fue el comienzo, y las cosas nunca han llegado a mejorar demasiado después. Lo que quiero decir es que, bueno, fui andando a la orilla dentro del saco, arrastrando el ladrillo. Luego Urde tres días en poder salir del saco a base de mordiscos. Adelante. Amenázame.

—¿Por favor? —dijo Zanahoria.

Gaspode se rascó la oreja.

—Quizá podría seguirle el rastro —dijo después—. Siempre que se me proporcionara el, ya sabes, estímulo adecuado.

Meneó las cejas alentadoramente.

—Si la encuentras, te daré todo lo que me pidas —dijo Zanahoria.

—Oh, bueno. Si la encuentro. Claro. Oh, sí. Todo eso del si está muy bien, desde luego. ¿Qué me dirías de un pequeño pago por adelantado? Mira estas patas, ¿eh? Desgaste y riesgo de fractura. Y esta nariz no huele por sí sola. Es un instrumento soberbiamente ajustado.

—Si no empiezas a buscar ahora mismo —dijo Zanahoria— yo mismo te… —Titubeó. Nunca había sido cruel con un animal en toda su vida—. Pondré el asunto en manos del cabo Nobbs —dijo finalmente.

—Eso es lo que me gusta —dijo Gaspode amargamente—. Un buen incentivo.

Pegó su nariz sucia al suelo. En cualquier caso, todo era puro teatro. El olor de Angua flotaba en el aire como un arco iris.

—¿Puedes hablar de verdad? —preguntó Zanahoria.

Gaspode puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no —dijo.

La figura había llegado a lo alto de la torre.

Las lámparas y las velas estaban encendidas por toda la ciudad. Su resplandor se extendía por debajo de él. Diez mil pequeñas estrellas atadas a la tierra… y él podía apagar la que quisiera, así de fácil. Era como ser un dios.

Los sonidos resultaban asombrosamente audibles allí arriba. Era como ser un dios. Podía oír los aullidos de los perros, el sonido de las voces. Ocasionalmente una sonaba más alto que el resto, elevándose hacia el cielo nocturno.

Aquello sí que era poder. El poder que tenía allá abajo, el poder de decir: haz esto, haz aquello… eso era algo meramente humano, pero esto… esto era como ser un dios.

Colocó en posición el debólver, puso un cargador de seis balas, y apuntó escogiendo una luz al azar. Y luego apuntó hacia otra. Y luego hacia otra más.

No hubiese debido permitir que el debólver disparara contra aquella mendiga. Aquel no era el plan. Los dirigentes de los gremios, ese había sido el plan del pobrecito Edward. Los dirigentes de los gremios, para empezar. Dejar a la ciudad sin líderes y en plena agitación, y luego presentarse ante su bobo candidato y decirle: Da un paso adelante y gobierna, porque ese es tu destino.

Esa manera de pensar era una enfermedad muy vieja. La pillabas a través de las coronas, y de ciertas historias ridiculas. Creías… ja… creías que un truco tan barato como, como sacar una espada de una piedra suponía de alguna manera una cualificación para el trabajo del Rey. ¿Una espada sacada de una piedra? El debólver era mucho más mágico que eso.

Se acostó en el suelo, acarició el debólver, y esperó.

Despuntó el día.

—Yo nunca cogido nada —dijo Caradecarbón, y se dio la vuelta encima de su losa.

Detritus le atizó en la cabeza con el garrote.

—¡A ponerse en pie, soldados! ¡La mano fuera de la roca y adelante con ese calcetín! ¡Es otro hermoso día en la Guardia! ¡Guardia interino Caradecarbón, en pie, horrible hombrecillo!

Veinte minutos después un sargento Colon de ojos un tanto turbios contemplaba a las tropas. Se hallaban encorvadas sobre los bancos, excepto el guardia titular Detritus, quien permanecía tan tieso como un palo en una gran exhibición de espíritu servicial ante su superior.

—Bien, hombres —empezó a decir Colon—, ahora, como ya…

—¡A escuchar bien todos, hombres! —gritó Detritus con voz de trueno.

—Gracias, guardia titular Detritus —dijo Colon cansadamente—. El capitán Vimes va a casarse hoy y nosotros vamos a proporcionar una guardia de honor. Eso es lo que siempre solíamos hacer en los viejos tiempos cuando un hombre de la Guardia se casaba. Así que quiero que las corazas y los cascos estén limpios y relucientes. Y que las cohortes resplandezcan. Ni una mota de suciedad… ¿Dónde está el cabo Nobbs?

Hubo un dink cuando la mano del guardia titular Detritus rebotó en su casco nuevo.

—¡No se le ha visto en horas, señor! —informó.

Colon puso los ojos en blanco.

—Y algunos de vosotros iréis a… ¿Dónde está la guardia interina Angua ?

Dink.

—Nadie la ha visto desde anoche, señor.

—De acuerdo. Conseguimos sobrevivir anoche, sobreviviremos hoy. El cabo Zanahoria dice que hemos de tener un aspecto competente.

Dink.

—¡Sí, señor!

—¿Guardia titular Detritus?

—¿Señor?

—¿Qué es eso que lleva en la cabeza?

Dink.

—El guardia titular Cuddy lo hizo para mí, señor. Casco pensante especial de relojería.

Cuddy tosió.

—Esas cosas grandes son rejillas de ventilación, ¿ve, sargento? —dijo—. Pintadas de negro. Le mangué un motor de relojería a mi primo, y este ventilador de aquí sopla aire encima de… —siguió diciendo, y luego se calló en cuanto vio la cara que estaba poniendo Colon.

—Eso es en lo que has estado trabajando toda la noche, ¿verdad?

—Sí, porque me parece que los cerebros de los trolls se recalientan dema…

El sargento lo hizo callar con un ademán.

—Así que ahora tenemos un soldado de relojería, ¿verdad? —dijo después—. Somos un auténtico ejército modelo, eso es lo que somos.

Gaspode estaba geográficamente avergonzado. Sabía más o menos dónde se encontraba, desde luego. Se encontraba en algún lugar situado más allá de Las Sombras, dentro del laberinto formado por los corrales del ganado y las calas de los muelles. Aunque Gaspode siempre pensaba en la ciudad entera como algo que le pertenecía, aquel no era su territorio. Allí había ratas casi tan grandes como él, y básicamente él tenía la forma de un terrier, y las ratas de Ankh-Morpork eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de ello. También le habían coceado dos caballos, y un carro casi le había pasado por encima. Y había perdido el rastro. Angua había cambiado de dirección y utilizado tejados y cruzado el río unas cuantas veces. Evitar la persecución era algo que se les daba bien instintivamente a los licántropos; después de todo los supervivientes descendían de aquellos licántropos que habían sido capaces de correr más deprisa que una turba enfurecida. Los que no podían ser más listos que una turba nunca tenían descendientes, o ni siquiera tumbas.

El olor había cesado en varias ocasiones delante de un muro o una cabaña de techo bajo, y entonces Gaspode iba cojeando en círculos hasta que volvía a encontrarlo.

Pensamientos inconexos ondulaban dentro de su esquizofrénica mente perruna.

—Pero Listo Salva el Día —musitaba—. Eres Un Perrito Muy Bueno, Dice Todo El Mundo. No lo dicen, lo estoy haciendo únicamente porque me amenazaron. La Nariz Maravillosa. Yo no quería hacer esto. Tendrás Un Hueso. No soy más que un trozo de madera a la deriva en el mar de la vida, eso es lo que soy. ¿Quién Es Un Buen Chico? Cállate.

El sol seguía su curso por el cielo. Debajo de él, Gaspode seguía su curso por el suelo.

Willikins descorrió las cortinas. La luz del sol entró en el dormitorio. Vimes gimió y luego fue incorporándose lentamente en lo que quedaba de su cama.

—Por todos los dioses, hombre —farfulló—. ¿Qué clase de hora llamas tú a esto?

—Casi las nueve de la mañana, señor —dijo el mayordomo.

—¿Las nueve de la mañana? ¿Qué clase de hora es esa para levantarse? ¡Normalmente no me levanto hasta que la tarde ha empezado a perder el brillo!

—Pero el señor ya no trabaja, señor.

Vimes bajó la mirada hacia el amasijo de sábanas y mantas. Le envolvían las piernas y se habían enredado unas con otras. Entonces se acordó del sueño.

Había estado caminando por la ciudad.

Bueno, quizá no había sido tanto un sueño como un recuerdo. Después de todo, él iba por la ciudad cada noche. Una parte de él se negaba a darse por vencida. Cierta parte de Vimes estaba aprendiendo a ser un civil, pero una parte más antigua estaba marchando, no, procediendo a un ritmo distinto. Vimes había tenido la impresión de que el lugar parecía más desierto y difícil de recorrer que de costumbre.

—¿El señor desea que lo afeite o el señor lo hará él mismo?

—Me pongo nervioso si la gente sostiene una cuchilla cerca de mi cara —dijo Vimes—. Pero si le pones el arnés al caballo y lo atas al carruaje, intentaré llegar hasta el otro extremo de la habitación.

—Muy gracioso, señor.

Vimes se dio otro baño, por aquello de la novedad. Era consciente gracias a un ruido de fondo general de que la mansión estaba totalmente concentrada en poner rumbo lo más deprisa posible hacia la hora B. Lady Sybil estaba dedicando a su boda toda esa capacidad de centrar sus pensamientos que normalmente aplicaba a eliminar mediante la crianza selectiva una tendencia a las orejas caídas en los dragones de pantano. Media docena de cocineras llevaban tres días muy ocupadas en la cocina. Estaban asando un buey entero y haciendo cosas asombrosas con frutas raras. Hasta aquel momento la idea que tenía Sam Vimes de una buena comida era un hígado sin vesículas. La haute cuisine había consistido en trocitos de queso atravesados por un palillo y embutidos en la mitad de una granada.

Era vagamente consciente de que se suponía que los futuros esposos no debían ver a sus futuras esposas durante la mañana de la boda, posiblemente para evitar que pusieran pies en polvorosa. Era una lástima, porque a Vimes le hubiese gustado hablar con alguien. Si pudiera hablar con alguien, quizá todo adquiriría sentido.

Cogió la navaja de afeitar, y contempló el rostro del capitán Samuel Vimes en el espejo.

Colon saludó y miró a Zanahoria.

—¿Se encuentra bien, señor? Tiene cara de que no le sentaría nada mal dormir un poco.

Las diez, o varios intentos de que fuese esa hora, empezaron a retumbar por la ciudad. Zanahoria se apartó de la ventana.

—He estado fuera echando un vistazo — dijo.

—Esta mañana ya llevamos tres reclutas más — dijo Colon. Los nuevos habían pedido alistarse en «el ejército del señor Zanahoria». Eso tenía ligeramente preocupado a Fred.

—Bien.

—Detritus los está sometiendo a un adiestramiento muy básico —dijo Colon —. Y funciona, además. Después de una hora de gritos en la oreja, hacen cualquier cosa que yo les diga.

—Quiero que todos los hombres de los que podamos prescindir estén en los tejados entre el Palacio y la Universidad —dijo Zanahoria.

—Ya hay Asesinos allí arriba —dijo Colon —. Y el Gremio de Ladrones también tiene hombres encima de esos tejados.

—Son Ladrones y Asesinos. Nosotros no lo somos. Asegúrese de que también haya alguien en la Torre del Arte…

—¿Señor?

—¿Sí, sargento?

—Hemos estado hablando… yo y los muchachos… y, bueno…

—¿Sí?

— Nos ahorraríamos un montón de problemas si fuéramos a ver a los magos y les pidiéramos que…

—El capitán Vimes nunca tuvo ninguna clase de tratos con la magia.

—No, pero…

—Nada de magia, sargento.

—Sí, señor.

—¿La guardia de honor está preparada?

—Sí, señor. Sus cohortes relucen en tonos púrpura y oro, señor.

—¿De veras?

—Unas cohortes bien limpias son muy importantes, señor. Le dan un susto de muerte al enemigo.

—Estupendo.

—Pero no encuentro al cabo Nobbs, señor.

—¿Eso es un problema?

—Bueno, significa que la guardia de honor será un poquito más presentable, señor.

—Lo he enviado a hacer un encargo especial.

—Ejem… Tampoco consigo encontrar a la guardia interina Angua.

—¿Sargento?

Colon se preparó para hacer frente a lo que se le venía encima. Fuera, las campanas estaban dejando de sonar.

—¿Sabía usted que Angua era una mujer-loba?

—Mmm… Digamos que el capitán Vimes lo dio a entender señor…

—¿De qué manera?

Colon dio un paso atrás.

—Bueno, pues el capitán dijo algo así como: «Fred, es una maldita mujer-loba. Esto me gusta tan poco como a ti, pero Vetinari dice que también tenemos que aceptar a uno de ellos, y una licántropa siempre es mejor que un vampiro o un zombi, y eso es todo lo que hay y no se puede hacer nada al respecto». Eso fue lo que me dio a entender.

—Ya veo.

—Ejem… Lo siento, señor.

—Intentemos llegar enteros al final del día, Fred. Eso es todo lo que…

… abing, abing, a-bing bong…

—Ni siquiera hemos llegado a darle su reloj al capitán —dijo Zanahoria, sacándolo del bolsillo—. Debe de haberse marchado pensando que nos daba igual que se fuera. Probablemente tenía muchas ganas de recibir un reloj. Sé que solía ser una tradición.

—Hemos tenido unos días muy ajetreados, señor. Y de todas maneras, siempre podemos dárselo después de la boda.

Zanahoria volvió a guardar el reloj dentro de su bolsa.

—Supongo que sí. Bien, sargento, vayamos a organizarnos.

El cabo Nobbs avanzaba entre la oscuridad por debajo de la ciudad. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra. Se moría de ganas de fumar un cigarrillo, pero Zanahoria le había advertido acerca de eso. Coge el saco, sigue las pisadas, trae el cadáver. Y no te quedes con ninguna joya.

La gente ya estaba llenando la Gran Sala de la Universidad Invisible.

Vimes se había mostrado muy firme acerca de aquello. Era lo único en lo que no había dado su brazo a torcer. No es que fuera exactamente un ateo, porque el ateísmo no contribuía en nada a la supervivencia en un mundo con varios millares de dioses. Lo que le ocurría a Vimes era que ninguno de ellos le gustaba demasiado, y no le parecía que fuera de su incumbencia el hecho de que él se casara. Se había negado a contraer matrimonio en ningún templo o iglesia, pero la Gran Sala tenía un aspecto lo suficientemente eclesiástico, que es lo que la gente siempre espera en esas ocasiones. En realidad no era esencial que ningún dios se dejase caer por allí, pero al menos se sentirían como en casa si se les ocurría hacerlo.

Vimes fue allí bastante temprano, porque no hay nada más inútil en el mundo que un novio justo antes de la boda. Las Emmas Intercambiables habían tomado la casa.

Ya había un par de ujieres esperando, listos para preguntar a los invitados de qué parte estaban.

Y también había un gran número de magos veteranos dando vueltas por allí. Los magos eran invitados automáticamente a una boda de sociedad de aquellas características, y ciertamente a la recepción posterior. Probablemente no habría suficiente con un buey asado.

Pese a la profunda desconfianza que le inspiraba la magia, lo cierto era que a Vimes los magos le caían bastante bien. No causaban problemas. Al menos, no causaban su clase de problemas. Cierto, ocasionalmente fracturaban el continuo del espacio-tiempo o hacían que la canoa de la realidad se aproximara demasiado a las blancas aguas del caos, pero nunca llegaban a infringir la ley propiamente dicha.

—Buenos días, archicanciller —dijo.

El archicanciller Mustrum Ridcully, líder supremo de todos los magos que había en Ankh-Morpork siempre que se molestaban en admitirlo, le saludó con una jovial inclinación de cabeza.

—Buenos días, capitán —dijo—. ¡Debo decir que cuenta usted con un día magnífico para esto!

—¡Jajajajá, un día magnífico para esto! —dijo el tesorero con una risotada.

—Oh, cielos —dijo Ridcully—, ya se le han vuelto a aflojar los tornillos. No consigo entender a este hombre. ¿Alguien tiene las píldoras de extracto de rana?

Para Mustrum Ridcully, un hombre diseñado por la Naturaleza para vivir al aire libre y matar alegremente cualquier cosa que tosiera entre los arbustos, la razón por la que el tesorero (un hombre diseñado por la Naturaleza para estar sentado en una pequeña habitación perdida en alguna parte, sumando cantidades) siempre estaba tan nervioso era un auténtico misterio. Ridcully había probado toda clase de cosas para, como decía él, darle un poco de temple. Estas habían incluido bromas pesadas, carreras por sorpresa a primera hora de la mañana, y saltarle encima desde detrás de una puerta llevando máscaras de Willie el Vampiro a fin de, o eso decía él, sacarle de sí mismo.

La ceremonia en sí la iba a oficiar el decano, quien había dedicado muchas horas a inventarse una. En Ankh-Morpork no existía ningún servicio oficial de matrimonios civiles, dejando aparte algo que podía resumirse aproximadamente en: «Oh, de acuerdo, si realmente tenéis que hacerlo, pues entonces adelante». Saludó a Vimes con una entusiástica inclinación de cabeza.

—Hemos limpiado nuestro órgano especialmente para la ocasión —dijo.

—¡Jajajajá, órgano! —dijo el tesorero.

—Y bien poderoso que es, para lo que suele estilarse entre los órganos de… —Ridcully se calló e hizo una seña a un par de estudiantes de magia—. Llévense al tesorero y hagan que se acueste durante un rato, ¿quieren? —les dijo—. Me parece que alguien ha vuelto a darle carne.

Hubo un siseo procedente del fondo de la Gran Sala, y luego se oyó una especie de graznido ahogado. Vimes contempló el monstruoso conjunto de tubos.

—Tenemos a ocho estudiantes accionando los fuelles —dijo Ridcully, con un fondo de ruidosos jadeos y estertores—. El órgano tiene tres teclados y otras cien llaves, incluidas doce encima de las que pone «¿ ?».

—No parece que un hombre pueda llegar a tocarlo —dijo Vimes educadamente.

—Ah. En eso hemos tenido un golpe de suerte…

Entonces hubo un momento de sonido tan intenso que los nervios auditivos reaccionaron bloqueándose. Cuando volvieron a abrirse, en algún lugar cercano al umbral del dolor, lograron distinguir la obertura y los compases deformados de la «Marcha nupcial» de Fondel, tocada con mucho brío por alguien que acababa de descubrir que el instrumento no solo disponía de tres teclados sino también de toda una gama de efectos especiales acústicos, desde la Flatulencia hasta el Cacareo Humorístico. Entre la explosión sónica, se oía a veces un «¡oook!» apreciativo.

—¡Asombroso! —le gritó Vimes a Ridcully desde algún lugar debajo de la mesa—. ¿Quién lo construyó?

—¡No lo sé! ¡Pero lleva grabado el nombre J.E. Johnson encima de la cubierta del teclado!

Hubo un gemido descendente, un último Efecto de Organillo Desafinado, y luego silencio.

—Esos muchachos se pasaron veinte minutos bombeando los depósitos para llenarlos —dijo Ridcully, sacudiéndose el polvo mientras se levantaba—. ¡Ahora sea buen chico y no le dé demasiado fuerte a la llave de la Vox Dei!

—¡Oook!

El archicanciller se volvió hacia Vimes, que lucía la habitual mueca cerúlea prenupcial. La sala ya empezaba a llenarse.

—No soy un experto en estas cosas —dijo—, pero tiene el anillo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién va a entregar a la novia?

—Su tío Altillo. Está un poco gaga, pero ella insistió.

—¿Y el padrino?

—¿El qué?

—El padrino. Ya sabe, ¿ no? El padrino le entrega el anillo y tiene que casarse con la novia si usted sale huyendo y etcétera etcétera. El decano ha estado leyendo sobre el tema, ¿verdad, decano?

—Oh, sí —dijo el decano, quien se había pasado todo el día anterior con El libro de etiqueta de lady Deirdre Carretón—. Una vez que ha hecho acto de presencia, ella tiene que casarse con alguien. No puedes tener a un montón de novias sin casar revoloteando por ahí y representando un peligro para la sociedad.

—¡Me había olvidado por completo de lo del padrino! —dijo Vimes.

E1 Bibliotecario, que había decidido olvidarse del órgano hasta que tuviera un poco más de fuelle, se puso muy contento.

—¿Oook?

—Bueno, pues vaya y encuentre a uno —dijo Ridcully—. Dispone de casi media hora.

—No creo que vaya a ser tan fácil, ¿verdad? ¡Los padrinos no crecen en los árboles!

—¿Oook?

—¡No se me ocurre a quién preguntárselo!

—¡Oook!

Al Bibliotecario le gustaba muchísimo ser padrino. Se te permitía besar a las novias, y a ellas no se les permitía salir corriendo. Se sintió muy decepcionado cuando Vimes no le hizo ningún caso.

El guardia titular Cuddy subía laboriosamente los escalones dentro de la Torre del Arte, gruñendo para sus adentros. Sabía que no podía quejarse. Lo habían echado a suertes porque, dijo Zanahoria, no podías pedir a los hombres que hicieran algo que tú no estarías dispuesto a hacer. Y Cuddy había sacado la pajita más corta, jajajá, lo cual significaba el edificio más alto. Eso significaba que si había jaleo, entonces Cuddy se lo perdería.

No prestó atención a la delgada cuerda que colgaba de la trampilla muy por encima de él. Y aunque se le hubiera ocurrido pensar en ella… ¿qué más daba? Solo era una cuerda.

Gaspode alzó la mirada hacia las sombras.

Un gruñido llegó hasta él desde algún lugar de la oscuridad. No era un gruñido de perro ordinario. El hombre primitivo había oído sonidos parecidos en profundas cavernas.

Gaspode se sentó. Su cola golpeó el suelo sin mucha convicción.

—Sabía que tarde o temprano terminaría dando contigo —dijo—. La vieja nariz, ¿eh? El mejor instrumento conocido por el perro.

Hubo otro gruñido. Gaspode gimoteó un poco.

—El caso es que —dijo—, el caso es que… El caso es que realmente, verás… lo que me han enviado a hacer…

Los difuntos también habían oído sonidos como aquellos. Justo antes de convertirse en difuntos.

—Ya veo que… en estos momentos no tienes ganas de hablar —dijo Gaspode—. Pero el caso es que… bueno, ya sé lo que estás pensando… Te estás preguntando qué hace Gaspode obedeciendo órdenes de un humano, ¿verdad?

Gaspode lanzó una mirada rápida de conspirador por encima del hombro, como si pudiera existir algo peor que lo que había delante de él.

—Ese es el problema de ser un perro, ¿comprendes? —dijo—. Eso es lo que Gran Fido nunca conseguirá meterse en la cabeza, ¿comprendes? Viste a los perros que había en el Gremio, ¿verdad? Los oíste aullar. Oh, sí, Muerte A Los Humanos, Muy Bien. Pero debajo de todo eso está el miedo. Está la voz que dice: Perro Malo. Y esa voz no viene de ningún sitio más que de dentro, justo del interior de los huesos, porque los humanos hicieron a los perros. Yo sé eso. Preferiría no saberlo, pero está ahí. El Poder consiste en eso, en el hecho de saberlo. He leído libros, yo. Bueno, he masticado libros.

La oscuridad guardó silencio.

—Y tú eres loba y humana al mismo tiempo, ¿no? Muy complicado, eso. Puedo verlo. Un poquito de dicotomía, por así decirlo. Hace que te parezcas bastante a un perro. Porque realmente un perro es eso. Mitad lobo y mitad humano. Sí, en eso tú tenías toda la razón. Incluso tenemos nombres. ¡Ja! Así que nuestros cuerpos nos dicen una cosa, y nuestras cabezas nos dicen otra. Ser un perro es una auténtica vida de perros. Y apuesto a que no puedes huir de él, ¿verdad? No, en realidad no puedes. Porque él es tu amo.

La oscuridad se había vuelto todavía más silenciosa. Gaspode creyó oír un movimiento.

—Él quiere que vuelvas. Y el caso es que, si él te encuentra, ahí se terminará todo. Entonces él hablará, y tú tendrás que obedecer. Pero si regresas porque decides hacerlo, entonces la decisión ha sido tuya. Serás más feliz como humana. Quiero decir que, bueno, ¿qué puedo ofrecerte yo excepto ratas y todo un muestrario de pulgas? Quiero decir que, no sé, yo no veo que eso vaya a ser un gran problema, lo único que tienes que hacer es no salir de casa durante seis o siete noches cada mes…

Angua aulló.

Los pelos que todavía le quedaban a Gaspode en la espalda se pusieron tiesos. Intentó recordar cuál era su vena yugular.

—No quiero tener que entrar ahí y sacarte —dijo. La verdad resonó en cada una de sus palabras—. El caso es que… El caso, realmente, es que… aun así lo haré —añadió, temblando—. Esto de ser un perro es una mierda.

Se lo pensó un poco más, y suspiró.

—Ah, ya me acuerdo. Es la que hay en el cuello —dijo.

Vimes salió a la claridad del sol, que no era muy abundante. Las nubes venían del Eje. Y…

—¿Detritus?

Dink.

—¡Capitán Vimes, señor!

—¿Quiénes son todas esas personas?

—Guardias, señor.

Vimes contempló con perplejidad a la media docena de guardias reunidos ante él.

—¿Quién eres tú?

—El guardia interino Hrolf Pijama, señor.

—¿ Y tú…Caradecarhón ?

—Yo nunca hecho nada.

—¡Yo nunca hecho nada, señor! —chilló Detritus.

—¿Caradecarbón? ¿En la Guardia?

Dink.

—El cabo Zanahoria dice que hay algo bueno enterrado en el fondo de cualquier persona —dijo Detritus.

—¿Y cuál es tu trabajo, Detritus?

Dink.

—¡Ingeniero a cargo de las operaciones de minería a grandes profundidades, señor!

Vimes se rascó la cabeza.

—Eso casi era un chiste, ¿verdad? —dijo después.

—Es este casco nuevo que mi compañero Cuddy hizo para mí, señor. ¡Ja! La gente ya no puede decir, ahí va troll estúpido. Ahora tienen que decir, quién es ese troll de magnífico aspecto militar que va por ahí, ya agente titular, gran futuro por detrás de él, lleva Destino escrito todo encima como con escritura.

Vimes fue digiriendo aquello. Detritus lo estaba mirando con una inmensa sonrisa.

—¿Y dónde está el sargento Colon?

—Aquí, capitán Vimes.

—Necesito un padrino, Fred.

—Muy bien, señor. Se lo diré al cabo Zanahoria. Ahora está inspeccionando los tejados…

—¡Fred! ¡Hace más de veinte años que te conozco! Dioses, Fred, lo único que tienes que hacer es estar de pie allí sin moverte. ¡Eso siempre se te ha dado muy bien!

Zanahoria apareció al trote.

—Siento llegar tarde, capitán Vimes. Ejem. La verdad es que queríamos que esto fuera una sorpresa, pero…

—¿Cómo? ¿Qué clase de sorpresa?

Zanahoria metió la mano en el bolsillo.

—Bueno, capitán… en nombre de la Guardia… es decir, de la mayor parte de la Guardia…

—Espera un momento —dijo Colon—. Aquí viene su señoría.

El clip-clop de los cascos y el tintineo de los arneses ya indicaban la llegada del carruaje de lord Vetinari.

Zanahoria volvió la mirada hacia él. Luego volvió a mirarlo.

Y alzó la vista.

Un tenue destello de metal relució en el tejado de la Torre.

—¿Quién está en la Torre, sargento? —preguntó.

—Cuddy, señor.

—Oh. Bien. —Tosió—. En fin, capitán… el caso es que todos pusimos algo de dinero y… —Hizo una pausa—. ¿El guardia titular Cuddy, ha dicho?

—Sí. Se puede confiar en él.

El carruaje del patricio ya estaba a medio camino de la plaza Sator. Zanahoria pudo ver la oscura y delgada figura sentada en el asiento de atrás.

Volvió a alzar la mirada hacia la gran mole gris de la Torre del Arte.

Echó a correr.

—¿Qué pasa? —preguntó Colon.

Vimes también echó a correr.

Los nudillos de Detritus chocaron con el suelo cuando echó a correr tras ellos.

Y entonces Colon lo sintió: una especie de cosquilleo frenético, como si alguien hubiera soplado sobre su cerebro desnudo.

—Oh, mierda —masculló.

Las garras rechinaron sobre la tierra.

—¡Desenvainó la espada!

—¿Y qué esperabas? El muchacho estaba en la cima del mundo, acababa de encontrar un interés totalmente nuevo en la vida algo probablemente todavía mejor que ir a pasear por ahí, y entonces se da la vuelta y lo que ve es, básicamente, una loba. Podrías habérselo dado a entender. Es ese momento del mes, ese tipo de cosa, ya sabes. No puedes culparle porque se haya sorprendido un poco, en realidad.

Gaspode se levantó.

—Y ahora, ¿vas a salir o he de entrar ahí y ser brutalmente despedazado?

Lord Vetinari se levantó cuando vio a la Guardia corriendo hacia él. Esa fue la razón por la que el primer disparo le atravesó el muslo, en vez del pecho.

Entonces Zanahoria entró como una exhalación por la puerta del carruaje y se abalanzó sobre él, y esa fue la razón por la que el siguiente disparo atravesó a Zanahoria.

Angua salió.

Gaspode se relajó un poco.

—No puedo volver —dijo Angua—. Yo…

Se quedó totalmente inmóvil. Sus orejas se estremecieron.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Le han herido!

Angua echó a correr.

—¡Eh, espérame! —ladró Gaspode—. ¡Por ahí se va a Las Sombras!

Un tercer disparo dejó un poco descantillado a Detritus, quien se desplomó sobre el carruaje, haciéndolo volcar y rompiendo los ronzales. Los caballos huyeron al galope. El cochero ya había llevado a cabo una rapidísima comparación entre las condiciones laborales actuales y el sueldo que cobraba por hacer su trabajo y se había esfumado entre la multitud.

Vimes se detuvo detrás del carruaje volcado. Otro disparo rebotó en los adoquines cerca de su brazo.

—¿Detritus?

—¿Señor?

—¿Cómo estás?

—Rezumando un poco, señor.

Un disparo dio en la rueda del carruaje encima de la cabeza de Vimes, haciéndola girar.

—¿Zanahoria?

—Me ha atravesado el hombro, señor.

Vimes se arrastró hacia delante empujándose fuertemente con los codos.

—Buenos días, su señoría —dijo con voz enloquecida. Se apoyó en el carruaje y sacó del bolsillo un puro medio partido—. ¿Tiene fuego?

El patricio abrió los ojos.

—Ah, capitán Vimes. ¿Y qué va a ocurrir ahora?

Vimes sonrió. Es curioso, pensó, pero nunca me siento realmente vivo hasta que alguien intenta matarme. Entonces es cuando te das cuenta de que el cielo es azul. Aunque a decir verdad, ahora mismo no es que sea muy azul. Ahí arriba hay nubes muy grandes. Pero estoy reparando en ellas.

—Esperamos a que haya un disparo más —dijo—. Y luego corremos en busca de algún refugio de verdad.

—Parezco… estar perdiendo mucha sangre —dijo Vetinari.

—Vaya, quién hubiese pensado que la tenía usted —dijo Vimes, con la franqueza de aquellos que probablemente van a morir—. ¿Y tú, Zanahoria?

—Puedo mover la mano. Me duele… horrores, señor. Pero usted tiene peor aspecto.

Vimes bajó la mirada.

Había sangre por toda su chaqueta.

—Me debe haber dado un trozo de piedra —dijo—. ¡Ni siquiera lo sentí!

Trató de formarse una imagen mental del debólver. Seis tubos, todos ellos alineados. Cada uno con su proyectil de plomo y su carga de pólvora N.° 1, todos ellos metidos en el debólver igual que los dardos en una ballesta. Se preguntó cuánto tiempo se necesitaría para introducir otros seis…

¡Pero lo tenemos allí donde queremos tenerlo! ¡Solo hay una manera de bajar de la Torre del Arte!

¡Sí, puede que estemos sentados aquí al descubierto mientras él nos dispara trozos de plomo, pero lo tenemos justo allí donde queremos tenerlo!

Resoplando y pedorreando con nerviosismo, Gaspode fue por Las Sombras en una carrera tambaleante y entonces vio, con el alma cayéndosele todavía más por debajo de los pies de lo que ya se le había caído antes, un grupo de perros delante de él. Se retorció a través del enredo de patas. Angua estaba acorralada dentro de un anillo de dientes. Los ladridos cesaron. Un par de perros muy grandes se hicieron a un lado, y Gran Fido avanzó con delicados andares.

—Vaya —dijo—, así que lo que tenemos aquí no es un perro. ¿Una espía, quizá? Siempre hay un enemigo. En todas partes. Parecen perros, pero por dentro no son perros. ¿Qué estabais haciendo?

Angua gruñó.

Oh, cielos, pensó Gaspode. Angua probablemente podría acabar con unos cuantos de ellos, pero estamos hablando de perros callejeros.

Se escurrió por debajo de un par de cuerpos y entró en el círculo. Gran Fido volvió hacia él su mirada de ojos rojizos.

—Y Gaspode, también —dijo el perro de lanas—. Hubiese tenido que saberlo.

—Déjala en paz —dijo Gaspode.

—¿Oh? Te enfrentarás a todos nosotros por ella, ¿verdad? —dijo Gran Fido.

—Tengo el Poder —dijo Gaspode—. Tú ya lo sabes. Lo haré. Lo utilizaré.

—¡No hay tiempo para esto! —gruñó Angua.

—No lo harás —dijo Gran Fido.

—Lo haré.

—La pata de cada perro se alzará contra ti.

—Yo tengo el Poder. Atrás todos.

—¿Qué poder? —preguntó Carnicero. Estaba babeando.

—Gran Fido lo sabe —dijo Gaspode—. Él ha estudiado. Ahora, yo y ella vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? Despacio y con mucha calma.

Los perros miraron a Gran Fido.

—A por ellos —dijo Gran Fido.

Angua enseñó los dientes.

Los perros titubearon.

—Un lobo tiene la mandíbula cuatro veces más fuerte que cualquier perro —dijo Gaspode—. Y eso solo si estamos hablando de un lobo corriente…

—¿Qué sois todos vosotros? —rugió Gran Fido—. ¡Sois la manada! ¡Sin compasión! ¡A por ellos!

Pero Angua había dicho que una manada no actúa así. Una manada es una asociación de individuos libres. Una manada no salta porque se le haya dicho que lo haga: una manada salta porque cada individuo, todos al mismo tiempo, decide saltar. Un par de los perros más grandes se agazaparon. Angua movió la cabeza de un lado a otro, esperando la primera acometida…

Un perro arañó el suelo con su pata… Gaspode respiró hondo y ajustó su mandíbula. Los perros saltaron.

—¡SIÉNTATE! —dijo Gaspode en un humano bastante pasable.

Los ecos de la orden rebotaron de un lado a otro por todo el callejón, y el cincuenta por ciento de los animales la obedecieron. En la mayoría de los casos, fue el cincuenta por ciento trasero el que la obedeció. Perros que ya habían iniciado su salto se encontraron con que sus patas traicioneras se les doblaban por debajo…

—¡PERRO MALO!

… Y aquellas palabras fueron seguidas por una abrumadora sensación de vergüenza racial que los hizo encogerse automáticamente, algo que siempre es una pésima decisión cuando uno se encuentra en mitad del aire.

Gaspode alzó la mirada hacia Angua mientras llovían perros estupefactos alrededor de ellos.

—Dije que tenía el Poder, ¿no? —dijo Gaspode—. ¡Y ahora corre!

Los perros no son como los gatos, que toleran divertidos a los humanos solo hasta que alguien invente un abrelatas que se pueda operar con una pata. Los hombres hicieron a los perros, cogieron lobos y les dieron cosas tan humanas como una inteligencia innecesaria, los nombres, un deseo de pertenecer y un tembloroso complejo de inferioridad. Todos los perros sueñan sueños de lobos, y saben que están soñando con morder a su Hacedor. En lo más profundo de su corazón, cada perro sabe que es un Perro Malo…

Pero el gañido furioso de Gran Fido rompió el hechizo.

—¡A por ellos!

Angua galopó sobre los adoquines. Había un carro al final del callejón. Y, más allá del carro, una pared.

—¡Por ahí no! —gimoteó Gaspode.

Los perros se acumulaban detrás de ellos. Angua saltó al carro.

—¡Yo no puedo subir ahí! —dijo Gaspode—. ¡No con mi pata!

Angua saltó al suelo, lo cogió por el pescuezo, y volvió a saltar hacia arriba. Detrás del carro estaba el techo de un cobertizo, por encima de eso había una cornisa y —unas cuantas tejas resbalaron debajo de las patas de Angua y cayeron al callejón— una casa.

—¡Me mareo!

—¡Fállate!

Angua corrió por el borde del tejado y saltó al callejón que había al otro lado, aterrizando pesadamente sobre una vieja extensión de paja y cañizo.

—¡Aaargh!

—¡Fe te falles!

Pero los perros les estaban siguiendo. Después de todo, no era como si los callejones de Las Sombras fueran muy anchos.

Otro estrecho callejón pasó por debajo de ellos.

Colgado de las mandíbulas de la mujer-loba, Gaspode oscilaba peligrosamente.

—¡Todavía los tenemos detrás!

Gaspode cerró los ojos mientras Angua tensaba los músculos.

—¡Oh, no! ¡La calle de la Mina de Melaza no!

Hubo un súbito estallido de aceleración seguido por un momento de calma… Gaspode cerró los ojos…

… Y Angua tomó tierra. Sus patas resbalaron por un instante sobre el techo mojado. Las tejas cayeron a la calle en cascada, y un instante después Angua estaba subiendo por el risco a grandes saltos.

—Puedes bajarme ahora mismo —dijo Gaspode—. ¡En este mismo instante! ¡Ya vienen!

Los perros que encabezaban la persecución llegaron al tejado de enfrente, vieron la brecha, e intentaron dar media vuelta. Las garras se deslizaron sobre las tejas.

Angua se volvió, jadeando y sin aliento. Había tratado de evitar respirar durante esa primera y frenética carrera. Si lo hubiese hecho, habría respirado a Gaspode.

Oyeron los ladridos airados de Gran Fido.

—¡Cobardes! ¡Eso no tiene ni seis metros! ¡Para un lobo eso no es nada!

Los perros midieron la distancia dubitativamente. A veces un perro tiene que aclarar un poco las cosas y preguntarse a sí mismo: ¿de qué especie soy?

—¡Es fácil! ¡Os lo demostraré! ¡Mirad!

Gran Fido corrió un par de metros hacia atrás, se detuvo, dio media vuelta, corrió… y saltó.

La trayectoria apenas si tuvo una curva. El pequeño perro de lanas aceleró en el espacio, impulsado no tanto por los músculos como por lo que fuera que estaba ardiendo en su alma.

Sus patas delanteras tocaron las tejas, arañaron por un momento la resbaladiza superficie, y no encontraron ningún asidero. Gran Fido fue resbalando en silencio hacia atrás a lo largo del tejado, pasó por encima del borde… … Y quedó suspendido en el vacío.

Alzó los ojos hacia arriba, hacia el perro que lo estaba sujetando.

—¿Gaspode? ¿Eres tú?

—Ziií —dijo Gaspode con la boca llena.

El perro de lanas apenas pesaba nada, pero Gaspode apenas si tenía peso tampoco. Había saltado hacia delante y abierto las patas para soportar la tensión, pero no había gran cosa en la que apoyarse. Gaspode fue resbalando inexorablemente hacia abajo hasta que sus patas delanteras quedaron dentro del canalón, el cual empezó a crujir.

Ahora Gaspode tenía una vista asombrosamente clara de la calle, tres pisos más abajo.

—¡Oh, demonios! —dijo Gaspode.

Entonces unas fauces se cerraron sobre su cola.

—Suéltale —dijo Angua, hablando con voz neutra.

Gaspode trató de sacudir la cabeza.

—¡Deja de reziztirte! —dijo, hablando por un lado de la boca—. ¡Perro Valiente Zalva el Día! ¡Rezcatado en el Tejado por un Valerozo Zabuezo! ¡No!

El canalón volvió a crujir.

Va a ceder, pensó Gaspode. La historia de mi vida…

Gran Fido se volvió hacia él.

—¿Por dónde me tienes cogido?

—Poz el collaz —dijo Gaspode entre dientes.

—¿Qué? ¡Al infierno con eso!

El perro de lanas trató de soltarse, lanzando feroces zarpazos al aire.

—¡Para, gilipollaz! ¡Noz haráz caer a loz doz! —gruñó Gaspode.

En el tejado de enfrente, la jauría de perros miraba con horror. El canalón volvió a crujir.

Las garras de Angua dejaron líneas blancas en las tejas.

Gran Fido se debatió y giró, luchando contra la presa del collar.

Que, finalmente, se partió.

El perro se volvió en el aire, suspendido por un instante en el vacío antes de que la gravedad se hiciera con el control de la situación.

—¡Libre!

Y luego cayó.

Gaspode salió disparado hacia atrás cuando las patas de Angua resbalaron debajo de ella, y aterrizó tejado arriba con sus patas girando. Los dos consiguieron llegar a la cresta del tejado y se agarraron a ella, jadeando.

Entonces Angua volvió a saltar, tomando tierra en el callejón siguiente y desapareciendo en la lejanía antes de que Gaspode hubiera dejado de ver una neblina roja ante sus ojos.

Gaspode escupió el collar de Gran Fido, el cual resbaló tejado abajo y terminó desapareciendo por encima del borde.

—¡Oh, gracias! —gritó—. ¡Muchísimas gracias! ¡Sí! ¡Déjame aquí, eso es! ¡Y yo con solo tres patas buenas! ¡No te preocupes por mí! ¡Con un poco de suerte, me caeré del tejado antes de morirme de hambre! ¡Oh, sí! ¡La historia de mi vida, desde luego! ¡Tú y yo, chica! ¡Juntos! ¡Habríamos podido conseguirlo!

Se volvió y miró a los perros inmóviles encima de los tejados al otro lado de la calle.

—¡Eh, vosotros! ¡Idos a casa! ¡PERRO MALO! —ladró.

Se dejó resbalar por el otro lado del tejado. Allí había un callejón, pero el suelo quedaba demasiado lejos. Gaspode fue arrastrándose por el tejado hasta llegar al edificio contiguo, pero no había ningún sitio por donde se pudiera bajar. Con todo, un piso más abajo había un balcón.

—Pensamiento lateral —musitó Gaspode—. Veamos, un lobo, el lobo típico, saltaría, y si no pudiera saltar, entonces se quedaría atrapado aquí. Mientras que yo, debido a que poseo una inteligencia superior, puedo evaluar la totalidad de la comosellame y llegar a una solución a través de la aplicación de los procesos mentales.

Se apoyó en la gárgola agazapada sobre el ángulo del canalón.

—¿’E’,ierez?

—Si no me ayudas a bajar hasta ese balcón, me haré pis dentro de tu oreja.

¿GRAN FIDO?

—¿Sí?

TÚMBATE.

Con el paso del tiempo, llegó a haber dos teorías acerca del fin de Gran Fido.

La defendida por el perro Gaspode, basada en datos obtenidos a través de la observación, decía que sus restos fueron recogidos por Viejo Apestoso Ron y vendidos cinco minutos después a un peletero, y que Gran Fido terminó volviendo a ver la luz del día convertido en unas orejeras y un par de guantes lanudos.

La que creían todos los demás perros, basada en lo que a falta de un nombre mejor podríamos llamar la verdad del corazón, decía que Gran Fido sobrevivió a la caída, huyó de la ciudad, y terminó mandando una manada enorme de lobos de las montañas que por las noches llevaba el terror a las granjas aisladas. Esa teoría hacía que buscar en los vertederos y visitar las puertas traseras en busca de restos pareciese… bueno, más soportable. Después de todo, solo lo hacían hasta que regresara Gran Fido.

Su collar se guardó en un lugar secreto, y los perros lo visitaron con asiduidad hasta que terminaron olvidándose de él.

El sargento Colon abrió la puerta empujándola con la punta de su pica.

La Torre había tenido suelos, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Ahora estaba totalmente hueca hasta arriba de todo, entrecruzada por los haces de luz dorada que surgían de antiguos huecos de ventanas.

Uno de ellos, lleno de relucientes motas de polvo, caía sobre lo que, no mucho antes, había sido el guardia titular Cuddy.

Colon empujó cautelosamente el cuerpo con la punta del pie. El cuerpo no se movió. Nada parecía indicar que debiera moverse. Un hacha retorcida yacía junto a él.

—Oh, no —jadeó.

Había una cuerda delgada, de las que utilizaban los Asesinos, colgando de las alturas. La cuerda estaba temblando. Colon alzó la mirada hacia la calima, y desenvainó su espada.

Podía ver toda la distancia hasta lo alto de la torre, y no había nadie en la cuerda. Lo cual significaba…

Ni siquiera miró alrededor, lo cual le salvó la vida.

Su lanzamiento al suelo y la explosión del debólver detrás de él ocurrieron exactamente en el mismo momento. Luego Colon juraría que había sentido el viento del proyectil cuando pasaba por encima de su cabeza.

Entonces una figura atravesó el humo y le golpeó muy fuerte a Colon antes de huir por la puerta abierta, para desaparecer bajo la lluvia.

¿AGENTE TITULAR CUDDY?

Cuddy se sacudió de encima a sí mismo.

—Oh —dijo—. Ya veo. No creí que fuera a sobrevivir a eso. No después de los primeros treinta metros.

ESTABA EN LO CIERTO.

El mundo irreal de los vivos ya se estaba desvaneciendo, pero Cuddy contempló los restos retorcidos de su hacha. Parecían preocuparle mucho más que los restos retorcidos de Cuddy.

—¿Y quiere echarle una mirada a eso? —dijo—. ¡Mi papá hizo esa hacha para mí! ¡Pues ahora no creo que sea un arma digna de que te la lleves contigo a la otra vida!

¿ESO ES ALGÚN TIPO DE COSTUMBRE FUNERARIA?

—¿No lo sabe? Usted es la Muerte, ¿no?

ESO NO SIGNIFICA QUE TENGA QUE SABERLO TODO ACERCA DE LAS COSTUMBRES FUNERARIAS. GENERALMENTE, ME ENCUENTRO CON LA GENTE ANTES DE QUE LA ENTIERREN. AQUELLOS A LOS QUE CONOZCO DESPUÉS DEL ENTIERRO TIENDEN A ESTAR UN POCO NERVIOSOS, Y NO LES APETECE DEMASIADO HABLAR DE LAS COSAS.

Cuddy se cruzó de brazos.

—Si no voy a ser enterrado como es debido —dijo—, pues entonces no voy. Mi alma torturada andará por el mundo siendo presa del tormento.

NO TIENE POR QUÉ SERLO.

—Pero si quiere puede hacerlo —dijo secamente el fantasma de Cuddy.

—¡Detritus! ¡No tienes tiempo de rezumar! ¡Ve a la Torre del Arte y llévate a unos cuantos hombres contigo!

Vimes llegó a la entrada de la Gran Sala con el patricio encima del hombro y Zanahoria tambaleándose detrás de él. Los magos estaban haciendo corro alrededor de la puerta. Empezaban a caer pesados goterones de lluvia, siseando sobre las piedras recalentadas por el sol.

Ridcully se subió las mangas.

—¡Por todas las campanas del infierno! ¿Qué le ha hecho eso a la pierna del patricio?

—¡Ahora ya saben de lo que es capaz el debólver! ¡Encárguese de él! ¡Y del cabo Zanahoria también!

—No hay ninguna necesidad —dijo Vetinari, tratando de sonreír y ponerse en pie—. La herida no ha afectado al hue…

La pierna se dobló debajo de él.

Vimes parpadeó. Nunca hubiese esperado ver aquello. El patricio era el hombre que siempre tenía las respuestas, que nunca se dejaba sorprender por nada. Vimes tuvo la sensación de que la historia se había soltado y estaba empezando a ondular en el viento.

—Podemos ocuparnos de esto, señor —dijo Zanahoria—. Tengo hombres en los tejados, y…

—¡Cállese! ¡No se mueva de aquí! ¡Es una orden! —Vimes hurgó dentro de su bolsa y se colgó la placa de su chaqueta rasgada—. Eh, tú… ¡Pijama! ¡Necesito una espada!

Pijama estaba poniendo bastante mala cara.

—Solo recibo órdenes del cabo Zanahoria…

—¡Dame una espada ahora mismo, horrible hombrecillo! ¡Bien! ¡Gracias! Ahora vayamos a la Torr…

Una sombra apareció en el hueco de la puerta.

Detritus entró.

Todos contemplaron la fláccida forma que llevaba en los brazos.

Detritus la puso con mucho cuidado encima de un banco, sin decir una sola palabra, y luego fue a sentarse en un rincón. Mientras los demás se reunían alrededor de los restos mortales del guardia titular Cuddy, el troll se quitó el casco refrigerante de fabricación casera y se quedó inmóvil mirándolo, sin dejar de darle vueltas entre los dedos.

—Estaba en el suelo —dijo el sargento Colon, apoyándose en el marco de la puerta—. Tuvieron que empujarlo haciéndolo caer de la escalera arriba de todo. También había alguien más ahí dentro. Tuvo que bajar por una cuerda y me dio un buen golpe en el lado de la cabeza.

—Un chelín no vale que te hagan caer desde lo alto de la Torre del Arte de un empujón —dijo Zanahoria, vagamente.

Fue mejor cuando vino el dragón, pensó Vimes. Después de que hubiera matado a alguien, al menos seguía siendo un dragón. Luego se iba a algún otro sitio, pero siempre podías decir: es un dragón, eso es lo que es. No podía pasar por encima de una pared y convertirse en cualquier otra persona. Siempre sabías a qué estabas combatiendo. No tenías que…

—¿Qué es eso que hay en la mano de Cuddy? —dijo, dándose cuenta de que llevaba algún tiempo mirándolo sin verlo.

Tiró de ello. Era una tira de tela negra.

—Los Asesinos visten así —dijo Colon con voz átona.

—Igual que montones de personas más —dijo Ridcully—. El negro es negro.

—Tiene razón —dijo Vimes—. Emprender cualquier clase de acción basándose en eso sería prematuro. Y probablemente significaría mi despido, ya sabe, sería como pegarme un tiro.

Agitó la tira de tela delante de lord Vetinari.

—Hay Asesinos por todas partes montando guardia —dijo—. Pues parece ser que no se dieron cuenta de que pasara nada raro, ¿verdad? ¡Usted les dio el jodido debólver porque pensó que los asesinos eran los que mejor lo guardarían! ¡Nunca se le pasó por la cabeza dárselo a los guardias!

—¿No vamos a iniciar la persecución, cabo Zanahoria? —preguntó Pijama.

—¿Perseguir a quién? ¿Perseguirlo adónde? —dijo Vimes—. Le atizó en la cabeza al viejo Fred y luego salió corriendo. Pudo doblar una esquina trotando y tirar el debólver por encima de un muro, ¿y quién lo sabría? ¡No sabemos a quién estamos buscando!

—Yo sí que lo sé —dijo Zanahoria.

Se levantó, apretándose el hombro con la mano.

—Correr es fácil —dijo—. Hemos corrido mucho. Pero no es así como se caza. Se caza quedándose quieto en el lugar apropiado. Capitán, quiero que el sargento salga ahí fuera y le diga a la gente que tenemos al asesino.

—¿Qué?

—Su nombre es Edward de M’uerthe. Diga que lo tenemos bajo custodia. Diga que fue capturado y que está gravemente herido, pero que aún vive.

—Pero no hemos…

—Edward de M’uerthe es un asesino.

—No hemos…

—Sí, capitán. No me gusta decir mentiras. Pero podría valer la pena. Y en cualquier caso ya no es problema suyo, señor.

—¿No lo es? ¿Por qué no?

—Usted se retira en menos de una hora.

—Pero en este momento todavía soy capitán, cabo. Eso significa que tiene que contarme lo que está ocurriendo. Así es como funcionan las cosas.

—No tenemos tiempo, señor. Hágalo, sargento Colon.

—¡Zanahoria, el oficial al mando todavía soy yo! Se supone que yo soy quien da las órdenes.

Zanahoria bajó la cabeza.

—Lo siento, capitán.

—Está bien. Con tal de que eso haya quedado entendido ¿Sargento Colon?

—¿Señor?

—Haga correr la voz de que hemos arrestado a Edward de M’uerthe. Quienquiera que sea.

—Siseñor.

—¿Y cuál va a ser su próxima jugada, señor Zanahoria? —preguntó Vimes.

Zanahoria miró a los magos allí reunidos.

—¿Disculpe, señor?

—¿Oook?

—En primer lugar, tenemos que entrar en la biblioteca y…

—En primer lugar, alguien puede prestarme un casco —dijo Vimes—. Si no llevo un casco, nunca tengo la sensación de que estoy trabajando. Gracias, Fred. Bien… casco… espada… placa. Y ahora…

Debajo de la ciudad había sonidos. Iban filtrándose hacia las profundidades a lo largo de toda clase de rutas, pero sonaban confusos, un vago ruido de colmena.

Y también había el más tenue de los resplandores. Las aguas del Ankh, empleando el nombre del elemento en su sentido más amplio, llevaban siglos lavando, forzando la definición hasta su límite, aquellos túneles.

Ahora había otro sonido. Era un tenue ruido de pasos sobre el sedimento, apenas perceptible a menos que los oídos ya hubieran llegado a acostumbrarse a los sonidos de fondo. Y una forma borrosa se movía entre la penumbra, para terminar deteniéndose delante de un círculo de oscuridad que llevaba a un túnel más pequeño…

—¿Cómo se siente, su señoría? —preguntó el cabo Nobbs.

—¿Quién es usted?

—¡Cabo Nobbs, señor! —dijo Nobby, saludando.

—¿Lo tenemos en nómina?

—¡Siseñor!

—Ah. Usted es el enano, ¿verdad?

—Noseñor. ¡Ese era el difunto Cuddy, señor! ¡Yo soy uno de los seres humanos, señor!

—¿No fue incluido en nómina como resultado de ningún… procedimiento especial de contratación?

—Noseñor —dijo Nobby, con orgullo.

—Increíble —dijo el patricio.

Se sentía un poco mareado a causa de la pérdida de sangre. El archicanciller también le había dado a beber un buen trago de algo que dijo era un remedio maravilloso, aunque no había especificado qué era lo que curaba exactamente. La verticalidad, al parecer. Pero aun así resultaba más sensato permanecer erguido. Era una buena idea que se le viera con vida. Un montón de curiosos estaban asomando la cabeza por el hueco de la puerta para echar un vistazo. Era importante asegurar que los rumores de su muerte estuvieran considerablemente exagerados.

Nobbs, el cabo que se autoproclamaba humano, y otros guardias habían formado un círculo alrededor del patricio, siguiendo las órdenes del capitán Vimes. Algunos de ellos eran mucho más enormes de lo que el patricio recordaba.

—Tú, hombre. ¿Tienes el Chelín del Rey? —inquirió a uno de ellos.

—Yo nunca cogido nada.

—Espléndido, bien hecho.

Y entonces las multitudes se dispersaron. Una forma dorada y con un aspecto vagamente perruno se abrió paso a través de ellas como una exhalación, gruñendo y con la nariz pegada al suelo. Y luego volvió a desaparecer, cubriendo la distancia que la separaba de la biblioteca en largas y ágiles zancadas. El patricio fue consciente de una conversación que estaba teniendo lugar junto a él.

—¿Fred?

—¿Sí, Nobby?

—¿Eso no te ha parecido un poco familiar?

—Sí, ya sé a qué te refieres.

Nobby se removió nerviosamente.

—Tendrías que haberle dado una buena bronca por no llevar el uniforme —dijo.

—Eso habría sido un poquito complicado.

—Si yo hubiera pasado corriendo por aquí sin ropa, seguro que me habrías multado con medio dólar por ir vestido inadecuadamente…

—Aquí tienes medio dólar, Nobby. Y ahora cállate.

Lord Vetinari les sonrió alegremente. Luego estaba el guardia del rincón, otro de aquellos que eran tan enormes…

—¿Todavía se encuentra bien, su señoría? —preguntó Nobby.

—¿Quién es ese caballero?

Nobby siguió la dirección de la mirada del patricio.

—Ese es Detritus el troll, señor.

—¿Por qué está sentado así?

—Está pensando, señor.

—Lleva un buen rato sin moverse.

—Piensa despacio, señor.

Detritus se levantó. Había algo en la manera en que lo hizo, alguna traza de un enorme continente iniciando un movimiento tectónico que terminaría en la temible creación de alguna cordillera inescalable, que hizo que la gente se detuviera a mirarlo. Ni uno solo de quienes lo hicieron estaba familiarizado con la experiencia de ver la creación de cordilleras, pero ahora tuvieron una vaga idea de cómo era aquello: era como Detritus poniéndose en pie, con el hacha retorcida de Cuddy en la mano.

—Pero profundamente, a veces —dijo Nobby, examinando varias posibles rutas de huida con la mirada.

El troll contempló a la multitud como si se preguntara qué estaban haciendo allí. Luego, con los brazos balanceándose a sus costados, echó a andar hacia delante.

—Agente Detritus… ejem… descanse… —probó Colon.

Detritus le ignoró. Ahora estaba moviéndose bastante deprisa, de esa manera engañosa en que lo hace la lava.

Llegó a la pared, y la apartó de su camino de un puñetazo.

—¿Alguien ha estado dándole azufre? —preguntó Nobby.

Colon se volvió hacia los guardias.

—¡Guardia interino Bauxita! ¡Guardia interino Caradecarbón! ¡Detengan al agente Detritus!

Los dos trolls miraron primero la silueta cada vez más lejana de Detritus, luego se miraron el uno al otro, y finalmente miraron al sargento Colon.

Bauxita se las arregló para saludar.

—¿Permiso para asistir al funeral de la abuela, señor?

—¿Por qué?

—Es ella o yo, mi sargento.

—Nos dará de patadas en nuestras goohulaags cabezas —dijo Caradecarbón, que era el que tenía la mente menos tortuosa de los dos.

Una cerilla se inflamó. En las alcantarillas, su luz fue como la de una nova.

Vimes encendió primero su puro, y luego una lámpara.

—¿Doctor Cruces? —dijo.

El jefe de los asesinos se quedó inmóvil como una estatua.

—El cabo Zanahoria también tiene una ballesta —dijo Vimes—. No estoy muy seguro de si la utilizaría. El cabo Zanahoria es un buen hombre. Piensa que todos los demás son buenos. Yo no lo soy. Tengo muy mal genio, soy desagradable y estoy cansado. Y ahora, doctor, usted ha tenido tiempo de pensar, es un hombre inteligente… ¿Me haría el favor de decirme qué era lo que estaba haciendo aquí abajo, si es tan amable? No puede ser buscar los restos mortales del joven Edward, porque esta mañana nuestro cabo Nobbs se los ha llevado al depósito de cadáveres de la Guardia, probablemente apropiándose de cualquier pequeña alhaja personal que Edward pudiera llevar encima, pero Nobby es así. Tiene una mente criminal, nuestro Nobby. Pero una cosa sí que diré en su favor: no tiene un alma criminal.

»Espero que le haya quitado el maquillaje de payaso al pobre chico. Cielos, cielos. Usted utilizó a Edward, ¿verdad? Él mató al pobre Beano y luego se hizo con el debólver, y estaba allí cuando el debólver mató a Martillogrande, porque incluso se dejó un poquitín de su peluca de Beano en las vigas, y justo cuando hubiese podido sacar provecho de un buen consejo, como por ejemplo el de que se entregara, entonces usted fue y lo mató. Lo interesante, lo interesante de verdad, es que el joven Edward no pudo haber sido el hombre que estaba en la Torre del Arte hace un rato. No con esa puñalada en el corazón y todo lo demás. Ya sé que estar muerto no siempre supone una barrera infranqueable que te impida disfrutar de la diversión en esta ciudad, pero no creo que el joven Edward se haya mostrado demasiado activo últimamente. El trocito de tela fue un toque excelente. Pero, sabe, yo nunca he creído en esas cosas: huellas de pisadas en el parterre de las flores, botones delatores, ese tipo de cosas. La gente piensa que el trabajo policial consiste precisamente en esas cosas. Pues no. La mayor parte del tiempo, el trabajo policial consiste en tener suerte y gastar muchas suelas. Pero montones de personas lo creen. Lo que quiero decir es que, bueno, Edward lleva muerto… veamos… todavía no hace dos días, y aquí abajo se está muy fresquito y… Bien, luego usted podría haberlo subido allá arriba, y me atrevería a decir que hubiese podido engañar a quienes no miraran muy de cerca una vez que Edward estuviese encima de una losa, y de esa manera habría tenido al hombre que disparó al patricio. Ojo, también me atrevo a decir que para entonces media ciudad estaría luchando con la otra media. Hubiese habido unas cuantas muertes más. Me pregunto si eso le habría importado a usted. —Hizo una pausa—. Todavía no ha dicho nada.

—Usted es incapaz de entenderlo —dijo Cruces.

—¿Sí?

—De M’uerthe estaba en lo cierto. Había perdido el juicio, pero estaba en lo cierto.

—¿Acerca de qué, doctor Cruces? —preguntó Vimes.

Y un instante después el asesino había desaparecido en una sombra.

—Oh, no —dijo Vimes.

Un murmullo creó ecos que resonaron dentro de la caverna.

—¿Capitán Vimes? Una cosa que todo buen Asesino aprende es…

Hubo una explosión atronadora, y la lámpara se desintegró.

—… a no estar nunca cerca de la luz.

Vimes chocó con el suelo y rodó sobre sí mismo. Otro disparo surcó el aire a un par de palmos de él, y Vimes sintió la fría salpicadura del agua.

Debajo de él también había agua.

El Ankh estaba subiendo y, siguiendo leyes más viejas que las de la ciudad, el agua volvía a subir por los túneles.

—Zanahoria —murmuró Vimes.

—¿Sí?

La voz provenía de algún lugar perdido en la negrura hacia su derecha.

—No veo nada. Perdí mi visión nocturna al encender esa maldita lámpara.

—Puedo sentir llegar el agua.

—Lo que debemos… —empezó a decir Vimes, y se calló mientras se formaba una imagen mental de Cruces escondido y apuntando el arma hacia un retazo de sonido.

Hubiese tenido que disparar yo primero, pensó. ¡Cruces es un Asesino!

Vimes tuvo que incorporarse un poco para mantener la cara fuera del agua, que iba subiendo.

Entonces oyó un suave chapoteo. Cruces estaba viniendo hacia ellos.

Hubo un tenue chasquido, y luego luz. Cruces había encendido una antorcha, y Vimes alzó la mirada para ver la flaca silueta recortándose entre la penumbra. Su otra mano estaba apuntando el debólver.

Algo que Vimes había aprendido cuando era joven guardia surgió de las profundidades de su memoria. Si realmente no te queda más remedio que mirar a lo largo del astil de una flecha desde el extremo equivocado, si un hombre te tiene totalmente a su merced, entonces aférrate a la esperanza de que ese hombre sea malvado. Porque a los malvados les encanta el poder, el poder sobre las personas, y quieren verte pasar miedo. Quieren que sepas que vas a morir. Así que hablarán. Se regodearán.

Verán cómo te retuerces. Irán posponiendo el momento del asesinato de la misma manera en que otro hombre irá posponiendo el momento de encender un buen puro.

Por eso debes aferrarte a la esperanza de que tu captor sea un hombre malvado. Porque un hombre bueno te matará sin llegar a abrir la boca.

Entonces, para su eterno horror, Vimes oyó cómo Zanahoria se ponía en pie.

—Doctor Cruces, le arresto por los asesinatos de Bjorn Martillogrande, Edward de M’uerthe, Beano el payaso, Lettice Knibbs y el agente Cuddy de la Guardia de la Ciudad.

—¡Oh, dioses! ¿Todos esos? Me temo que fue Edward el que mató al hermano Beano. Eso fue idea suya, pobrecito. Dijo que no había tenido intención de hacerlo. Y tengo entendido que la muerte de Martillogrande fue accidental. Se trató de uno de esos accidentes que ocurren muy de cuando en cuando, ya sabe. Martillogrande estaba hurgando en el mecanismo, y entonces la carga se disparó y el proyectil rebotó en su yunque y lo mató. Eso fue lo que dijo Edward. Vino a verme después. Estaba muy afectado. Me lo contó absolutamente todo. Así que le maté, claro. Bueno ¿qué otra cosa podía hacer yo? Edward estaba bastante loco. No se puede tratar con esa clase de personas. ¿Me permitís sugeriros que deis un paso atrás, alteza? Preferiría no tener que disparar contra vos. ¡No! ¡No a menos que tenga que hacerlo!

Vimes tuvo la impresión de que Cruces estaba discutiendo consigo mismo. El debólver osciló violentamente en su mano.

—Edward no paraba de balbucear insensateces —dijo Cruces—. Aseguraba que el debólver había matado a Martillogrande. Yo le pregunté si había sido un accidente. Y él dijo que no, que no había sido ningún accidente, que el debólver había matado a Martillogrande.

Zanahoria dio otro paso adelante. Ahora Cruces parecía hallarse en su propio mundo privado.

—¡No! El debólver mató a la joven mendiga, también. ¡No fui yo! ¿Por qué iba a hacer yo algo semejante?

Cruces dio un paso atrás, pero el debólver se alzó hacia Zanahoria. A Vimes le pareció como si se moviera por voluntad propia, como un animal que olisquea el aire…

—¡Agáchate! —siseó Vimes, estirando el brazo en un intento desesperado de encontrar su ballesta.

—¡Edward dijo que el debólver estaba celoso! ¡Martillogrande hubiese hecho más debólveres! ¡No os mováis!

Zanahoria dio otro paso.

—¡Tuve que matar a Edward! ¡Era un romántico, nunca lo hubiese hecho bien! ¡Pero Ankh-Morpork necesita un rey!

El arma se estremeció y disparó su proyectil en el mismo instante en que Zanahoria saltaba hacia un lado.

Los túneles relucían con un sinfín de olores entre los que predominaban los acres tonos amarillos y los naranjas terrosos de los antiguos desagües. Y apenas había corrientes de aire que pudieran alterar las cosas, con lo que la línea que era Cruces serpenteaba nítidamente a través de aquella atmósfera tan cargada. Y también estaba el olor del debólver, tan vivido como una herida.

Olí a debólver en el Gremio, pensó Angua, justo después de que Cruces pasara junto a mí en aquel pasillo. Y Gaspode dijo que eso no tenía nada de raro, porque el debólver había estado en el Gremio durante mucho tiempo…, pero no lo habían disparado dentro del Gremio. Lo olí porque alguien de allí había disparado esa cosa.

Entró en la gran caverna chapoteando y vio, con su nariz, a los tres: la figura que olía a Vimes, la figura que se estaba desplomando y era Zanahoria, la forma que se volvía con el debólver en la mano…

Y entonces Angua dejó de pensar con la cabeza y dejó que su cuerpo asumiera el control. Los músculos de loba la impulsaron hacia delante y la elevaron en un rápido salto, con un halo de gotitas de agua despedidas de su pelaje, sus ojos clavados en el cuello de Cruces.

El debólver disparó, cuatro veces. No falló ni un solo disparo.

Angua chocó pesadamente con el hombre, haciendo que se desplomara hacia atrás.

Vimes se alzó entre una explosión de espuma y gotas de agua.

—¡Seis disparos! ¡Eso han sido seis disparos, hijo de puta! ¡Ahora sí que te tengo!

Cruces se volvió mientras Vimes venía chapoteando hacia él y corrió hacia un túnel, lanzando más espuma.

Vimes le quitó la ballesta de entre los dedos a Zanahoria, apuntó desesperadamente y apretó el gatillo. No ocurrió nada.

—¡Zanahoria! ¡Condenado idiota, pero si nunca llegaste a amartillar este dichoso trasto!

Vimes se volvió.

—¡Vamos, hombre! ¡No podemos dejar que se escape!

—Es Angua, capitán.

—¿Qué?

—Está muerta.

—¡Zanahoria! Escucha. ¿Puedes encontrar la salida entre toda esta porquería? ¡No, así que ven conmigo!

—Yo… No puedo dejarla aquí. Yo…

—¡Cabo Zanahoria!¡Sígame!

Vimes medio corrió y medio vadeó aquellas aguas cada vez más crecidas yendo hacia el túnel que había engullido a Cruces. Había que subir una pequeña pendiente para llegar a él, y Vimes notó que el agua le cubría menos a medida que corría.

Nunca des tiempo para descansar a la presa. Vimes había aprendido aquello durante su primer día en la Guardia. Si tenías que perseguir, entonces había que seguir con ello. Dar tiempo al perseguido para que se detuviera y pensara un poco significaba que luego doblarías una esquina para encontrarte con un calcetín lleno de arena viniendo desde el otro lado.

Las paredes y el techo estaban cada vez más próximos. Había otros túneles allí. Zanahoria había estado en lo cierto. Centenares de personas tenían que haber trabajado durante años para construir aquello. Ankh-Morpork estaba construida encima de la misma Ankh-Morpork.

Vimes se detuvo.

Ya no había ningún ruido de chapoteo, y sí bocas de túneles abriéndose por todas partes alrededor de él.

Entonces hubo un destello dentro de un túnel lateral. Vimes se apresuró a correr hacia él, y vio un par de piernas recortándose en el haz de claridad que caía de una trampilla abierta. Se abalanzó sobre ellas, y consiguió agarrar una bota en el mismo instante en que esta empezaba a desaparecer en la habitación de arriba. La bota le dio una patada, y un instante después oyó cómo Cruces chocaba con el suelo.

Vimes se agarró al borde de la trampilla y se metió por el hueco. Aquello no era un túnel. Parecía una especie de sótano. Los pies de Vimes resbalaron en el barro y se dio con una pared viscosa. ¿Encima de qué se había construido Ankh-Morpork? Oh, claro…

Cruces se encontraba a solo unos metros de distancia, subiendo frenéticamente por un tramo de escalones y resbalando de vez en cuando. Antes había habido una puerta al final del tramo, pero ya hacía mucho tiempo que se había podrido.

Había más escalones, y más habitaciones. Fuego e inundación, inundación y reconstrucción. Las habitaciones se habían convertido en sótanos, los sótanos se habían convertido en cimientos. La persecución no era nada elegante, porque los dos hombres resbalaban y caían para luego volver a subir y abrirse paso a través de cortinas de sustancias viscosas suspendidas del techo. Cruces había dejado velas encendidas aquí y allá. Sus llamas daban la claridad suficiente para que Vimes deseara que no lo hicieran.

Y de pronto debajo de los pies hubo piedra seca y aquello no era una puerta, sino un agujero perforado en una pared. Y había barriles y montones de muebles, cosas viejas que se habían guardado bajo llave y olvidado.

Cruces estaba en el suelo a un par de metros de él, tratando de recuperar el aliento mientras incrustaba otro juego de tubos en el debólver. Vimes consiguió ponerse a cuatro patas, y tragó aire. No muy lejos de allí había una vela embutida en la pared.

—Te… atrapé —jadeó.

Cruces luchó por levantarse, todavía aferrando el debólver.

—Estás… demasiado viejo… para correr… —consiguió decir Vimes.

Cruces logró incorporarse, y se apartó con paso tambaleante. Vimes se lo pensó un poco antes de volver a hablar.

—Yo también estoy demasiado viejo para correr —añadió, y saltó.

Los dos hombres rodaron sobre el polvo, con el debólver entre ellos. Mucho tiempo después a Vimes se le ocurriría pensar que lo último que haría un hombre en su sano juicio sería luchar con un Asesino. Llevaban armas escondidas por todas partes. Pero Cruces no estaba dispuesto a soltar el debólver. Lo agarraba obstinadamente con ambas manos, tratando de golpear a Vimes con el cañón o con la culata.

Curiosamente, los Asesinos apenas si aprendían a luchar sin armas. Generalmente eran lo bastante buenos en el combate armado para no tener necesidad de ello. Los caballeros llevaban armas, y solo las clases inferiores utilizaban las manos.

—Te cogí —jadeó Vimes—. Quedas arrestado. Haz el favor de estar bajo arresto, ¿quieres?

Pero Cruces no lo soltaba. Vimes no se atrevía a soltarlo, porque entonces el debólver le sería arrebatado de entre los dedos. El debólver se veía impulsado hacia delante y hacia atrás por entre ellos dos, en una desesperada concentración llena de gruñidos.

El debólver hizo explosión.

Hubo una lengua de fuego rojizo, un hedor a fuegos artificiales y un ruido de zing, zing, zing procedente de tres paredes. Algo chocó con el casco de Vimes y se alejó hacia el techo con un nuevo zing.

Vimes contempló las facciones contorsionadas de Cruces. Después bajó la cabeza y tiró del debólver con todas sus fuerzas.

El asesino gritó y lo soltó, llevándose las manos a la nariz. Vimes retrocedió tambaleándose, empuñando el debólver con ambas manos.

Se movió. De pronto la culata estaba encima del hombro de Vimes y su dedo se encontraba encima del gatillo.

Eres mío. Ya no lo necesitamos.

La conmoción causada por la voz fue tan grande que Vimes gritó.

Luego juraría que no había apretado el gatillo. Este se movió por voluntad propia, llevándose a su dedo consigo. El debólver se incrustó en el hombro de Vimes y un agujero de diez centímetros de diámetro apareció en la pared junto a la cabeza del jefe de los Asesinos, rociándole de yeso.

Vimes fue vagamente consciente, a través de la neblina rojiza que se estaba alzando a través de su campo de visión, de Cruces yendo con paso tambaleante hacia una puerta y saliendo por ella, para acto seguido cerrarla de un portazo.

Todo lo que odias, todo lo que está mal… Yo puedo hacer que sea como es debido.

Vimes llegó a la puerta y probó la manija. La puerta estaba cerrada.

Alzó el debólver, sin darse cuenta de que estuviera pensando al hacerlo, y dejó que el gatillo volviera a tirar de su dedo. Una considerable porción de la puerta y el marco se convirtió en un agujero circundado de astillas.

Vimes apartó el resto de una patada y siguió al debólver.

Se encontró en un pasillo. Una docena de jóvenes le estaban mirando con asombro desde puertas entreabiertas. Todos vestían de negro.

Estaba dentro del Gremio de Asesinos.

Un aprendiz de Asesino miró a Vimes con sus fosas nasales.

—¿Tendrías la bondad de decirme quién eres?

El debólver se volvió hacia él. Vimes consiguió mantener el cañón lo bastante arriba en el mismo instante en que el debólver abría fuego, y el disparo hizo desaparecer una buena porción de techo.

—¡Soy la ley, hijos de perra! —gritó.

Le miraron.

Mátalos a todos. Limpia el mundo.

—¡Cállate!

Vimes, una cosa de ojos enrojecidos, cubierta de polvo y que goteaba fango viscoso salida de la tierra, clavó la mirada en el tembloroso estudiante.

—¿Adónde ha ido Cruces?

La niebla ondulaba alrededor de su cabeza. Su mano crujía con el esfuerzo de no disparar.

El joven señaló un tramo de escalones con un dedo apremiante. Había estado muy cerca de allí cuando el debólver se disparó. El polvo de yeso le cubría todo el cuerpo como la caspa de un demonio.

El debólver volvió a acelerar, arrastrando consigo a Vimes más allá de los muchachos y escalera arriba, donde todavía había regueros de barro negro. Allí había otro corredor. Varias puertas se estaban abriendo. Las puertas volvieron a cerrarse después de que el debólver volviera a disparar, haciendo añicos una araña de cristal. El corredor daba a un gran rellano en lo alto de un tramo de escalones mucho más impresionante y, enfrente de él, había una gran puerta de roble.

Vimes voló la cerradura de un disparo, abrió la puerta de una patada y luego luchó con el debólver durante el tiempo suficiente para agacharse. Un dardo de ballesta pasó zumbando por encima de su cabeza y le dio a alguien, mucho más lejos pasillo abajo.

¡Pégale un tiro! ¡Venga, hazlo ya! ¡PÉGALE UN TIRO!

Cruces estaba de pie junto a su escritorio, tratando febrilmente de introducir otro dardo en su ballesta…

Vimes intentó acallar el cántico que resonaba en sus oídos.

Pero… ¿por qué no? ¿Por qué no disparar? ¿Quién era aquel hombre? Vimes siempre había querido hacer de la ciudad un lugar más limpio, y muy bien podía empezar allí. Y entonces la gente descubriría lo que era la ley…

Limpiar el mundo.

El mediodía empezó.

La campana de bronce resquebrajada que había en el Gremio de Profesores inició su repiqueteo, y dispuso de todo el mediodía para ella sola al menos durante siete tañidos antes de que el reloj del Gremio de Panaderos, corriendo muy deprisa, consiguiera darle alcance.

Cruces se irguió, y empezó a ir poco a poco hacia el cobijo que ofrecía uno de los pilares de piedra.

—No puede disparar contra mí, capitán Vimes —dijo sin apartar la mirada del debólver—. Conozco la ley. Y usted tambien la conoce. Usted es un guardia. No puede dispararme a sangre fría.

Vimes tomó puntería mirando a lo largo del cañón.

Sería tan fácil. El gatillo tiraba de su dedo.

Una tercera campana empezó a sonar.

—No puede matarme como si tal cosa. Eso es lo que dice la ley. Y usted es un guardia —repitió el doctor Cruces, lamiéndose sus labios resecos.

El cañón bajó un poco. Cruces casi se relajó.

—Sí. Soy un guardia.

El cañón volvió a subir, apuntado hacia la frente de Cruces.

—Pero cuando las campanas dejen de sonar —dijo Vimes suavemente—, ya no seré un guardia.

¡Pégale un tiro!¡PÉGALE UN TIRO!

Vimes se metió la culata del debólver debajo del brazo, de tal manera que le quedase una mano libre.

—Lo haremos siguiendo las reglas —dijo—. Siguiendo las reglas, sí. Hay que hacerlo siguiendo las reglas.

Sin bajar la vista, arrancó su placa de los restos de su chaqueta. Incluso a través del barro, el cobre todavía brillaba. Vimes siempre la mantenía muy limpia. Cuando la hizo girar una o dos veces, igual que si fuera una moneda, el cobre reflejó la luz.

Cruces la observaba igual que un gato.

Las campanas ya no estaban haciendo tanto ruido. La mayoría de las torres habían parado. Ahora ya solo faltaba el sonido del gong en el Templo de los Dioses Menores, y las campanas del Gremio de Asesinos, que siempre llegaban con un elegante retraso.

El gong dejó de sonar.

El doctor Cruces puso la ballesta, pulcra y meticulosamente, encima del escritorio que había detrás de él.

—¡Ya está! ¡Acabo de soltarla!

—Ah —dijo Vimes—. Pero yo quiero asegurarme de que no vuelve a cogerla.

La campana negra del Gremio de Asesinos dio inicio al martilleo que terminaría llevándola al mediodía.

Y luego se detuvo.

El silencio llegó como el estallido de un trueno.

El ruidito metálico que hizo la placa de Vimes al rebotar en el suelo llenó el silencio, ocupándolo de uno a otro extremo.

Vimes levantó el debólver y, muy lentamente, permitió que la tensión fuera disipándose de su mano.

Una campana empezó a sonar.

Tocaba una alegre melodía metálica, tan tenue que apenas hubiese podido oírse salvo en aquel estanque de silencio…

Cling, bing, a-bing, bong…

… pero era mucho más exacta que los relojes que funcionaban con agua, los de arena y los péndulos.

—Suelte el debólver, capitán —dijo Zanahoria, subiendo lentamente por la escalera.

Sostenía la espada en una mano, y el reloj de despedida en la otra.

… bing, bing, a-bing, cling…

Vimes no se movió.

—Suéltelo. Suéltelo ahora mismo, capitán.

—Puedo esperar a que suene otra campana —dijo Vimes.

… a-bing, a-bing…

—No puedo permitir que haga eso, capitán. Sería asesinato.

… clong, a-bing…

—Me detendrás, ¿verdad?

—Sí.

… bing… bing…

Vimes inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

—Él mató a Angua. ¿Es que eso no significa nada para ti?

… bing… bing… bing… bing…

Zanahoria asintió.

—Sí. Pero personal no es lo mismo que importante.

Vimes miró a lo largo de su brazo. La cara del doctor Cruces, con la boca abierta en una mueca de terror, pivotaba sobre el final del cañón.

… bing… bing… bing… bing… bing…

—¿Capitán Vimes?

… bing.

—¿Capitán? Placa ciento setenta y siete, capitán. Nunca ha tenido más suciedad encima.

El espíritu palpitante del debólver que subía por el brazo de Vimes se encontró con los ejércitos formados por la personalidad de Vimes, terca como una muía, que bajaban por él.

—Debería soltarlo, capitán. No lo necesita —dijo Zanahoria, como alguien que le estuviera hablando a un niño.

Vimes contempló la cosa que había en sus manos. El griterío se había vuelto más tenue.

—¡Suelte eso ahora mismo, guardia! ¡Es una orden!

El debólver chocó con el suelo. Vimes saludó, y entonces reparó en lo que estaba haciendo. Miró a Zanahoria y parpadeó.

—¿Personal no es lo mismo que importante? —dijo.

—Oiga —dijo Cruces—, siento lo de la… la chica, eso fue un accidente, pero yo solo quería… ¡Hay pruebas! Hay una…

Cruces apenas si estaba prestando atención a los dos guardias. Cogió una bolsa de cuero de encima de la mesa y la agitó delante de ellos.

—¡Está aquí! ¡Todo está aquí, alteza! ¡Pruebas! ¡Edward era idiota, pensaba que todo se reducía a coronas y ceremonia, no tenía ni idea de qué era lo que había encontrado! Y entonces, anoche, fue como si…

—No me interesa —farfulló Vimes.

—¡La ciudad necesita un rey!

—Lo que no necesita la ciudad es asesinos —dijo Zanahoria.

—Pero…

Y entonces Cruces se abalanzó sobre el debólver y lo cogió. Vimes había estado tratando de volver a reunir sus pensamientos, y de pronto se encontró con que estos huían hacia los rincones más alejados de su consciencia. Estaba contemplando la boca del debólver. Le sonreía.

Cruces retrocedió a trompicones hasta el pilar, pero el debólver permaneció inmóvil, apuntándose a sí mismo hacia Vimes.

—Está todo aquí, alteza —dijo—. Todo está escrito, desde el principio hasta el final. Marcas de nacimiento y profecías y genealogía y todo lo demás. Incluso vuestra espada. ¡Es la espada!

—¿De veras? —dijo Zanahoria—. ¿Puedo verlo?

Zanahoria bajó la espada y, para inmenso horror de Vimes, fue hacia el escritorio y sacó el fajo de documentos de la bolsa de cuero. Cruces asintió con aprobación, como si estuviera recompensando a un buen chico.

Zanahoria leyó una página, y luego pasó a la siguiente.

—Esto es muy interesante —dijo.

—Exactamente. Pero ahora debemos quitar de en medio a este molesto policía —dijo Cruces.

Vimes tuvo la sensación de que podía ver a lo largo de todo el tubo, hasta la pequeña bola de metal que no tardaría en lanzarse hacia él…

—Es una lástima, capitán Vimes —dijo Cruces—. Si usted hubiera tenido un poco de…

Entonces Zanahoria se puso delante del debólver. Su brazo se movió con la celeridad del rayo. Apenas si hubo ningún sonido.

Reza para que nunca tengas que enfrentarte a un hombre bueno, pensó Vimes. Te matará sin abrir la boca.

Cruces bajó la vista. Tenía sangre en la camisa. Se llevó una mano a la empuñadura de la espada que sobresalía de su pecho, y luego volvió a alzar la mirada hacia los ojos de Zanahoria.

—Pero ¿por qué? Podríais haber sido…

Y murió. El debólver cayó de sus manos, y le disparó al suelo.

Hubo silencio.

Zanahoria puso la mano sobre la empuñadura de su espada y tiró de ella. El cuerpo se desplomó.

Vimes se apoyó en la mesa y trató de recuperar el aliento.

—Maldito… sea… su… pellejo —jadeó.

—¿Señor?

—Te… llamó alteza —dijo Vimes—. ¿Qué había dentro de esa…?

—Llega usted tarde, capitán —dijo Zanahoria.

—¿Tarde? ¿Tarde? ¿Qué quieres decir con eso? —murmuró Vimes mientras intentaba impedir que su cerebro se despidiera definitivamente de la realidad.

—Se supone que tendría que haberse casado… —Zanahoria consultó el reloj, y luego lo cerró y se lo tendió a Vimes—… hace dos minutos.

—Sí, sí. Pero el doctor Cruces te llamó alteza, yo oí cómo él…

—Supongo que solo fue un truco del eco, señor Vimes.

Un pensamiento logró abrirse paso hasta el centro de la atención de Vimes. La espada de Zanahoria medía unos sesenta centímetros de largo. Había atravesado a Cruces de parte a parte. Pero Cruces tenía la espalda apoyada contra…

Vimes contempló el pilar. Era de granito, y tenía unos treinta centímetros de grosor. No había grietas. Lo único que había era un agujero con la forma de una hoja de espada, atravesándolo de lado a lado.

—Zanahoria… —empezó a decir.

—Y está usted hecho un desastre. Habrá que asearlo un poco.

Zanahoria extendió la mano hacia la bolsa de cuero y se la echó al hombro.

—Zanahoria…

—¿Señor?

—Te ordeno que me des…

—No, señor. No puede darme órdenes. Porque ahora usted es, y conste que lo digo sin ánimo de ofender, un civil. Es una nueva vida.

—¿Un civil?

Vimes se frotó la frente. Ahora todo estaba colisionando dentro de su cerebro: el debólver, las alcantarillas, Zanahoria y el hecho de que había estado funcionando a base de pura adrenalina, la cual no tarda en presentar su factura y no da crédito. Sus hombros empezaron a encorvarse.

—Pero esta es mi vida, Zanahoria. Este es mi trabajo.

—Un baño caliente y algo de beber, señor. Eso es lo que necesita usted ahora —dijo Zanahoria—. Le harán muchísimo bien. Vamos.

La mirada de Vimes se posó en el cuerpo desplomado de Cruces y, luego, en el debólver. Fue a recogerlo, y se detuvo justo a tiempo.

Ni siquiera los magos tenían algo semejante. Una sola emanación de un cayado bastaba para que luego tuvieran que ir a acostarse un rato.

No era de extrañar que nadie lo hubiera destruido. No podías destruir algo tan perfecto como aquello. Llamaba a algo que estaba muy dentro del alma. Sostenerlo en tu mano hacía que tuvieras poder. Más poder que cualquier arco o lanza, porque pensándolo bien esas armas solo almacenaban el poder de tus propios músculos. Pero el debólver te daba un poder que procedía del exterior. Tú no lo utilizabas, era él quien te utilizaba a ti. Cruces probablemente había sido un buen hombre. Probablemente había escuchado con gran amabilidad a Edward, y luego había cogido el debólver y a partir de entonces también había pasado a ser de su propiedad.

—¿Capitán Vimes? Me parece que será mejor que salgamos de aquí —dijo Zanahoria, empezando a inclinarse hacia el suelo.

—¡Hagas lo que hagas, no lo toques! —lo previno Vimes.

—¿Por qué no? Solo es un artilugio —dijo Zanahoria. Cogió el debólver por el cañón, lo contempló durante un momento y luego lo estrelló contra la pared. Trozos de metal volaron por los aires alejándose de ella.

—El único de su especie —dijo después—. Mi padre solía decir que el único ejemplar de una especie siempre es especial. Venga, vamos.

Abrió la puerta.

Cerró la puerta.

—Hay cosa de unos cien Asesinos al pie de la escalera —dijo.

—¿Cuántos dardos tienes para tu ballesta? —preguntó Vimes. Todavía estaba mirando el debólver hecho pedazos.

—Uno.

—Entonces es una suerte que de todas maneras no vayas a tener ocasión de recargar.

Alguien llamó educadamente a la puerta.

Zanahoria miró a Vimes, quien se encogió de hombros. Abrió la puerta.

Era Downey. Levantó una mano vacía.

—Pueden bajar sus armas —dijo—. Les aseguro que no serán necesarias. ¿Dónde está el doctor Cruces?

Zanahoria señaló con el dedo.

—Ah —dijo Downey, y alzó la mirada hacia los dos guardias—. ¿Serían tan amables de dejar el cuerpo aquí con nosotros? Lo inhumaremos en nuestra cripta.

Vimes señaló el cuerpo.

—Mató…

—Y ahora está muerto. Y ahora he de pedirles que se vayan.

Downey abrió la puerta. Una fila de Asesinos estaba esperando a lo largo de la escalinata. No había ni una sola arma a la vista. Pero, con los Asesinos, no era necesario que lo estuvieran.

El cuerpo de Angua yacía al final de la escalera. Los guardias fueron bajando lentamente, y Zanahoria se arrodilló y la tomó en sus brazos.

Luego dirigió una inclinación de cabeza a Downey.

—Dentro de un rato enviaremos a alguien para que se lleve el cuerpo del doctor Cruces —dijo.

—Pero yo creía que habíamos acordado que…

—No. Es necesario que se vea que está muerto. Las cosas deben ser vistas. Las cosas no deben ocurrir en la oscuridad, o detrás de una puerta cerrada.

—Me temo que no puedo acceder a su petición —dijo el asesino firmemente.

—No era una petición, señor.

Docenas de Asesinos los vieron atravesar el patio.

Las puertas negras estaban cerradas.

Nadie parecía estar disponiéndose a abrirlas.

—Estoy de acuerdo contigo, pero quizá deberías haberlo expresado de otra manera —le dijo Vimes a Zanahoria—. Parecen bastante disgustados…

Entonces las puertas se hicieron añicos. Una flecha de hierro de un metro ochenta centímetros de longitud pasó junto a Zanahoria y Vimes e hizo desaparecer una considerable porción de pared al final del patio.

Un par de puñetazos eliminaron el resto de las puertas, y Detritus entró en el patio. Su mirada recorrió a los asesinos reunidos, con un brillo rojizo reluciendo en sus ojos. Y luego gruñó.

Los Asesinos más listos enseguida cayeron en la cuenta de que su arsenal no contaba con nada que pudiera matar a un troll. Tenían estiletes magníficos, pero lo que necesitaban ahora era unos cuantos martillos pilones. Tenían dardos armados con exquisitos venenos, ninguno de los cuales surtía efecto en un troll. Nadie había pensado nunca que los trolls fueran lo suficientemente importantes para ser asesinados. De pronto, Detritus había pasado a ser muy importante. Tenía el hacha de Cuddy en una mano y su potente ballesta de asedio en la otra.

Algunos de los Asesinos más espabilados dieron media vuelta y echaron a correr. Otros no eran tan espabilados. Un par de flechas rebotaron en Detritus. Luego sus propietarios vieron la cara del troll cuando este se volvió hacia ellos, y tiraron sus arcos.

Detritus sopesó su garrote.

—¡Agente Detritus!

Las palabras resonaron a través del patio.

—¡Agente Detritus! ¡Firmes!

Detritus levantó la mano muy lentamente.

Dink.

—Y ahora escúcheme con mucha atención, agente Detritus —dijo Zanahoria—. Si hay un cielo para los guardias, y juro por todos los dioses que espero que lo haya, entonces ahora el agente Cuddy se encuentra allí, borracho como un puto mono, con una rata en una mano y una pinta de Abrazodeoso en la otra, y en este mismo instante está alzando la mirada hacia nosotros y está diciendo: Mi amigo el agente Detritus no olvidará[[28]](#footnote-28) que es un guardia. No, Detritus nunca se olvidará de eso.

Hubo un largo y peligroso momento, y luego se oyó otro dink.

—Gracias, agente Detritus. Ahora escoltará al señor Vimes hasta la Universidad Invisible. —Zanahoria volvió la mirada hacia los Asesinos—. Buenas tardes, caballeros. Puede que regresemos.

Los tres guardias pasaron por encima de los restos de la puerta. Vimes no dijo nada hasta que hubieron recorrido un buen trecho de calle, y entonces se volvió hacia Zanahoria.

—¿Por qué te llamó…?

—Si me disculpa, la llevaré de vuelta a la Casa de la Guardia.

Vimes bajó la mirada hacia el cuerpo de Angua y sintió cómo uno de los trenes de sus pensamientos empezaba a descarrilar. Había ciertas cosas en las cuales costaba demasiado pensar. Vimes quería disponer de una hora a solas en algún sitio tranquilo para poner algo de orden en todo aquello. «Lo personal no es lo mismo que lo importante.» ¿Qué clase de persona podía pensar así? Y entonces por fin comprendió que si bien en el pasado Ankh había tenido su cuota de gobernantes malvados, o de gobernantes que sencillamente no sabían gobernar, nunca había llegado a estar sometido a ningún gobernante bueno. Aquella quizá fuese la más aterradora de todas las perspectivas.

—¿Señor? —dijo Zanahoria, muy educadamente.

—Uh. La enterraremos en los Dioses Menores. ¿Qué te parece eso, eh? —dijo Vimes—. Es algo así como una tradición en la Guardia…

—Sí, señor. Y ahora vaya con Detritus. Lo único que necesita es que le vayan dando órdenes. Si no le importa, me parece que no asistiré a la boda. Ya sabe cómo son estas cosas…

—Sí. Sí, claro. Mmm. ¿Zanahoria? —Vimes parpadeó, para ahuyentar a todas las sospechas que estaban exigiendo ser tomadas en consideración—. No deberíamos ser demasiado duros con Cruces. Yo no podía ver a ese bastardo, así que ahora quiero ser justo con él. Sé lo que el debólver le hace a la gente. Para el debólver, todos somos iguales. Yo hubiese sido como él.

—No, capitán. Usted lo soltó.

Vimes sonrió débilmente.

—Me llaman señor Vimes —dijo.

Zanahoria regresó a la Casa de la Guardia, y dejó el cuerpo de Angua encima de la losa dentro del depósito de cadáveres improvisado. El rigor mortis ya había empezado a hacer acto de presencia.

Trajo un poco de agua y le limpió el pelaje lo mejor que pudo.

Lo que hizo a continuación habría sorprendido a, digamos, un troll o un enano o cualquiera que no supiera cómo reacciona la mente humana ante unas circunstancias que la someten a cierta tensión.

Zanahoria escribió su informe. Barrió el suelo de la habitación principal, porque había unos turnos establecidos y le tocaba hacerlo a él. Se lavó. Se cambió de camisa, y se vendó la herida del hombro, y luego limpió su coraza, frotándola enérgicamente con un estropajo de alambre y una serie de telas graduadas hasta que pudo volver a ver su cara en ella.

Oyó, a lo lejos, la «Marcha nupcial» de Fondel interpretada para Órgano Monstruoso con un acompañamiento de Miscelánea de Ruidos de Granja. Sacó una botella de ron medio llena de lo que el sargento Colon pensaba que era un escondite donde estaría a salvo, se sirvió una cantidad muy pequeña y brindó con el sonido, diciendo «¡A la salud del señor Vimes y lady Ramkin!» con una voz nítida y llena de sinceridad que habría resultado seriamente embarazosa para cualquiera que la hubiese oído.

Hubo un ruido de arañazos en la puerta. Zanahoria dejó entrar a Gaspode. El perrito se metió debajo de la mesa, sin decir nada.

Luego Zanahoria subió a su habitación, y se sentó en la silla y miró por la ventana.

La tarde fue transcurriendo. La lluvia dejó de caer a media tarde.

Las luces fueron encendiéndose por toda la ciudad.

Finalmente, la luna asomó en el cielo.

La puerta se abrió. Angua entró por ella, andando sin hacer ningún ruido.

Zanahoria se volvió, y sonrió.

—No estaba seguro —dijo—. Pero pensé: Bueno, ¿no era solo la plata la que los mata? Tenía que aferrarme a esa esperanza.

Habían transcurrido dos días. La lluvia parecía haber vuelto para quedarse. No diluviaba, sino que caía de las nubes grises para correr en hilillos que atravesaban el barro. Llenaba el Ankh, que volvía a gorgotear a través de su reino subterráneo. Manaba de las bocas de las gárgolas. Azotaba el suelo con tal fuerza que había una especie de neblina hecha de rebotes.

Tamborileaba sobre las lápidas en el cementerio que había detrás del Templo de los Dioses Menores, y en la pequeña fosa abierta para el agente Cuddy.

Vimes se dijo a sí mismo que en el funeral de un guardia siempre había únicamente guardias. Oh, a veces había parientes, como lady Ramkin y la Rubí de Detritus hoy, pero nunca te encontrabas con multitudes. Zanahoria quizá tuviese razón después de todo. Una vez que te convertías en un guardia, dejabas de ser todo lo demás.

Aunque hoy había otras personas, esperando en silencio junto a las verjas que circundaban el cementerio. No se hallaban presentes en el funeral, pero lo estaban viendo.

Había un pequeño sacerdote que celebró el servicio de carácter genérico «escriba-aquí-el-nombre-del-difunto», concebido para que cualquier dios que pudiera estar escuchando lo encontrara vagamente satisfactorio. Después Detritus bajó el ataúd al interior de la fosa, y el sacerdote arrojó un puñado ceremonial de tierra sobre el ataúd, excepto que en vez del chasquido de la tierra hubo un chaf muy definitivo.

Y Zanahoria, para sorpresa de Vimes, pronunció un discurso. Sus palabras resonaron a través del terreno empapado hasta llegar a los árboles que goteaban lluvia. En realidad estaba basado en el único texto que se podía utilizar en semejante ocasión: era mi amigo, era uno de nosotros, era un buen policía.

Era un buen policía. Eso era algo que se había dicho en cada funeral de un guardia al que hubiera asistido Vimes. Probablemente se diría incluso en el funeral del cabo Nobbs, aunque allí todo el mundo tendría los dedos cruzados detrás de la espalda. Era lo que había que decir.

Vimes contempló el ataúd. Y entonces una sensación muy extraña fue adueñándose de él, de una manera tan insidiosa como la lluvia que le resbalaba por la nuca. No era exactamente una sospecha. Si perduraba en su mente durante el tiempo suficiente terminaría llegando a ser una sospecha, pero de momento solo era la tenue sombra de una corazonada.

Tenía que preguntarlo. Sí, al menos tenía que preguntarlo porque de lo contrario nunca dejaría de pensar en ello.

Así que mientras se estaban alejando de la tumba, dijo:

—¿Cabo?

—¿Sí, señor?

—Así que nadie ha encontrado el debólver, ¿eh?

—No, señor.

—Alguien dijo que la última persona que lo tuvo fue usted.

—Debo de haberlo dejado en algún sitio. Ya sabe que había mucho ajetreo.

—Sí. Oh, sí. De hecho, estoy casi seguro de que vi cómo sacaba del Gremio de Asesinos la mayor parte de él…

—Debo de haberlo hecho, señor.

—Sí. Ejem. Bueno, entonces espero que lo pusiera a buen recaudo. ¿Cree que, ejem, que lo dejó en algún sitio donde estará seguro?

Detrás de ellos, el sepulturero empezó a echar paletadas de la húmeda y pegajosa arcilla de Ankh-Morpork dentro del agujero.

—Me parece que debo de haberlo hecho, señor. ¿No cree? Visto que nadie lo ha encontrado, quiero decir. ¡Porque si alguien lo hubiera encontrado, no tardaríamos en saberlo!

—Quizá sea mejor así, cabo Zanahoria.

—Eso espero.

—Era un buen policía.

—Sí, señor.

Vimes decidió que, ya puestos, bien podía ir hasta el final.

—Y… me pareció que, mientras estábamos llevando ese pequeño ataúd… era ligeramente más pesado de lo que…

—¿De veras, señor? Pues la verdad es que no me di cuenta de ello.

—Pero al menos Cuddy ha tenido el entierro apropiado para un enano.

—Oh, sí. Me aseguré de que así fuera, señor —dijo Zanahoria.

La lluvia caía de los tejados del Palacio con un suave gorgoteo. Las gárgolas habían ocupado sus puestos en cada una de las esquinas, encauzando a las moscas y los mosquitos a través de sus orejas.

El cabo Zanahoria se sacudió las gotas de su capa de cuero para la lluvia e intercambió saludos con el troll de guardia. Luego pasó por entre los secretarios de las antecámaras y llamó respetuosamente a la puerta del Despacho Oblongo.

—Entre.

Zanahoria entró, fue hacia el escritorio, saludó y se colocó en posición de descanso.

Lord Vetinari se tensó, muy ligeramente.

—Oh, sí —dijo—. El cabo Zanahoria. Estaba esperando… algo como esto. Estoy seguro de que ha venido a pedirme… ¿algo?

Zanahoria desdobló un papel no muy limpio y se aclaró la garganta.

—Bueno, señor… No nos iría nada mal tener una diana nueva para los dardos. Para cuando no estamos de servicio, ya sabe.

El patricio parpadeó. No era algo que hiciera con frecuencia.

—¿Cómo dice?

—Una diana nueva para los dardos, señor. Ayuda a relajarse a los hombres después de su turno, señor.

Vetinari se recuperó un poco.

—¿Otra? ¡Pero si el año pasado ya tuvieron una!

—Es por el Bibliotecario, señor. Nobby le deja jugar y entonces el Bibliotecario se inclina un poquito hacia delante y clava los dardos en el tablero con el puño. Eso destroza la diana. Y de todas maneras, Detritus la atravesó con un dardo. Que además también atravesó la pared que había detrás del tablero.

—Muy bien. ¿Y?

—Bueno… El agente Detritus necesita que se le exima de la obligación de tener que pagar por cinco agujeros en su coraza.

—Concedido. Dígale que no lo vuelva a hacer.

—Sí, señor. Bueno, me parece que eso es todo. Excepto lo de una nueva tetera.

La mano del patricio se levantó para colocarse delante de sus labios. Estaba intentando no sonreír.

—Cielos, cielos. ¿También quieren otra tetera? ¿Qué le ocurrió a la antigua?

—Oh, todavía la utilizamos, señor, todavía la utilizamos. Pero vamos a necesitar otra debido a la remodelación del servicio.

—¿Cómo dice? ¿Qué remodelación del servicio?

Zanahoria desdobló un segundo trozo de papel bastante más grande que el anterior.

—La Guardia debe incrementarse hasta unos efectivos establecidos de cincuenta y seis hombres, las viejas Casas de la Guardia que había en la Puerta del Río, la Puerta de Deosil y la Puerta del Eje deben reabrirse y disponer de efectivos durante veinticuatro horas al día…

La sonrisa del patricio seguía presente, pero su cara parecía estar apartándose de ella, dejándola perdida y totalmente sola en el mundo.

—… un departamento para, bueno, todavía no tenemos un nombre para él, pero serviría para examinar las pistas y cosas como cadáveres, por ejemplo cuánto tiempo llevan muertos, y para empezar necesitaremos un alquimista y tal vez un gul, si prometen que no se llevarán nada a casa para comérselo. Posiblemente una unidad especial que utilice perros, que podría ser muy útil, y la guardia interina Angua puede tratar con ellos dado que ella puede, hum, ser su propia cuidadora durante una gran parte del tiempo; también tengo aquí una petición del cabo Nobbs diciendo que a los guardias se les debería permitir llevar encima todas las armas con las que puedan cargar, aunque le agradecería que dijera que no a eso; una…

Lord Vetinari agitó una mano.

—Está bien, está bien —dijo—. Ya veo cómo va a ir esto. ¿Y suponiendo que yo diga que no?

Hubo otra de aquellas pausas muy, muy prolongadas en las cuales pueden entreverse las posibilidades de varios futuros distintos.

—¿Sabe una cosa, señor? Nunca se me ha ocurrido tomar en consideración la posibilidad de que usted dijera que no.

—¡No me diga!

—Así es, señor.

—Eso me intriga. ¿Por qué?

—Todo es por el bien de la ciudad, señor. ¿Sabe de dónde procede la palabra «policía»? Significa «hombre de la ciudad», señor. Viene de la antigua palabra polis.

—Sí. Lo sé.

El patricio, que parecía estar barajando futuros dentro de su cabeza, miró a Zanahoria. Luego dijo:

—Sí. Accedo a todas las peticiones excepto a la que hace referencia al cabo Nobbs. Y usted, creo, debería ser ascendido a capitán.

—S-í-í-í. Estoy de acuerdo, señor. Eso sería bueno para Ankh-Morpork. Pero yo no mandaré la Guardia, si es a eso a lo que se estaba refiriendo usted.

—¿Por qué no?

—Porque yo podría mandar la Guardia. Porque… la gente debería hacer las cosas porque un oficial les dice que las hagan. No deberían hacerlas solo porque el cabo Zanahoria se lo dice. Porque al cabo Zanahoria se le da… muy bien hacerse obedecer.

El rostro de Zanahoria permanecía cuidadosamente desprovisto de toda expresión.

—Una observación muy interesante.

—Pero en los viejos tiempos solía haber un grado, el de comandante de la Guardia. Sugiero a Samuel Vimes.

El patricio se recostó en su asiento.

—Oh, sí —dijo—. Comandante de la Guardia. Claro que eso terminó convirtiéndose en un trabajo más bien impopular después de todo aquel asunto con Lorenzo el Bueno. Por aquel entonces era un Vimes el que desempeñaba el cargo. Nunca he querido preguntarle al capitán Vimes si ese Vimes era un antepasado suyo.

—Lo era, señor. Lo miré.

—¿Aceptaría?

—¿Es el Sumo Sacerdote un offliano? ¿Estalla un dragón en los bosques?

El patricio formó un puente con los dedos y contempló a Zanahoria por encima de ellos. Era una pequeña peculiaridad suya que había puesto nerviosas a muchas personas.

—Pero verá, capitán, el problema con Sam Vimes es que siempre pone nerviosas a un montón de personas importantes. Y creo que un comandante de la Guardia tendría que moverse dentro de círculos muy selectos, asistir a las funciones oficiales de los distintos gremios…

Vetinari y Zanahoria intercambiaron miradas. El patricio fue el que salió mejor parado de ello, dado que la cara de Zanahoria era más grande. Ambos estaban intentando no sonreír.

—Una elección excelente, de hecho —dijo el patricio.

—Me he tomado la libertad, señor, de redactar una carta dirigida al cap… al señor Vimes en nombre de usted. Solo para ahorrarle molestias, señor. Quizá querría echarle un vistazo.

—Piensa usted en todo, ¿verdad?

—Eso espero, señor.

Lord Vetinari leyó la carta. Sonrió una o dos veces. Luego cogió su pluma, firmó al final de la hoja y se la devolvió a Zanahoria.

—¿Y esa es la última de sus exig… peticiones?

Zanahoria se rascó la oreja.

—Pues la verdad es que todavía me queda una. Necesito una casa para un perrito. Ha de tener un gran jardín, un lugar caliente junto al fuego, y niños felices que siempre estén riendo.

—Cielos, cielos. ¿De veras? Bueno, supongo que podemos encontrar una.

—Gracias señor. Bien, me parece que eso es todo.

El patricio se levantó y fue cojeando hasta la ventana. Ya había oscurecido. Las luces se estaban encendiendo por toda la ciudad.

Con la espalda vuelta hacia Zanahoria, el patricio dijo:

—Dígame una cosa, capitán. Ese asunto de que había un heredero al trono… ¿Qué piensa usted de ello?

—No pienso en ello, señor. Todo eso no son más que tonterías de una-espada-en-una-piedra. Los reyes no salen de la nada, agitando una espada y poniéndolo todo en su sitio. Eso todo el mundo lo sabe.

—Pero se habló de que había… ciertas pruebas.

—Nadie parece saber dónde están, señor.

—Cuando hablé con el capitán… con el comandante Vimes, me dijo que las tenía usted.

—Entonces debo de habérmelas dejado en algún sitio. Pero le aseguro que no sabría decirle dónde, señor.

—Oh, vaya. Supongo que debió de dejarlas en algún lugar seguro durante un momento de distracción.

—Estoy seguro de que se encuentran… muy bien guardadas, señor.

—Me parece que ha aprendido usted mucho del cap… comandante Vimes, capitán.

—Señor. Mi padre siempre dijo que aprendía muy deprisa, señor.

—Pero puede que la ciudad realmente necesite un rey. ¿Ha pensado en esa posibilidad?

—De la misma manera en que un pez necesita… er… una cosa que no funciona debajo del agua, señor.

—Pero un rey puede apelar a las emociones de sus súbditos, capitán. De… una manera muy parecida a como hizo usted recientemente, según tengo entendido.

—Sí, señor. Pero ¿qué hará ese rey al día siguiente? No se puede tratar a las personas como si fuesen marionetas. No, señor. El señor Vimes siempre decía que un hombre tiene que conocer sus limitaciones. Si hubiera un rey, entonces lo mejor que podría hacer sería cumplir con una jornada laboral decente…

—Cierto.

—Pero si surgiera alguna necesidad que fuese realmente acuciante… entonces quizá se lo volviera a pensar. —El rostro de Zanahoria se iluminó de repente—. En realidad es un poquito como ser un guardia. Cuando nos necesitas, realmente nos necesitas. Y cuando no nos necesitas… Bueno, entonces siempre es mejor que nos limitemos a ir por las calles gritando que Todo Va Bien. Con tal de que todo esté yendo bien, naturalmente.

—Capitán Zanahoria —dijo lord Vetinari—, visto que nos entendemos tan bien el uno al otro, y creo que sí que nos entendemos muy bien el uno al otro… Hay algo que me gustaría enseñarle. Venga por aquí.

Precedió a Zanahoria hasta la sala del trono, que a aquella hora del día se encontraba desierta. Mientras iba cojeando a lo largo de la gran sala, el patricio señaló delante de él.

—Supongo que ya sabe lo que es esto, capitán —dijo.

—Oh, sí. Es el trono de oro de Ankh-Morpork.

—Y nadie se ha sentado en él desde hace muchos centenares de años. ¿No se ha preguntado nunca a qué puede deberse eso?

—¿Qué quiere decir exactamente, señor?

—¿Tanto oro, cuando incluso el latón ha sido arrancado del Puente de Latón? Eche un vistazo detrás del trono, ¿quiere?

Zanahoria subió los escalones.

—¡Dioses!

El patricio miró por encima de su hombro.

—No es más que una hojuela dorada puesta encima de la madera…

—Exacto.

Ya casi ni siquiera era madera. La podredumbre y los gusanos habían librado una batalla que terminó quedando en tablas sobre el último fragmento biodegradable. Zanahoria lo empujó con la punta de su espada, y una parte de él se alejó del trono en una delicada nubecilla de polvo.

—¿Qué opina de esto, capitán?

Zanahoria se incorporó.

—Pensándolo bien, señor, probablemente sea mejor que la gente no lo sepa.

—Eso es lo que siempre he pensado yo. Bueno, no le entretendré más. Estoy seguro de que tiene muchas cosas que organizar.

Zanahoria saludó.

—Gracias, señor.

—Espero que usted y la, ejem, agente Angua se estarán llevando bien.

—Hemos llegado a un grado de Entendimiento Mutuo muy elevado, señor. Habrá pequeñas dificultades, claro está —dijo Zanahoria—, pero, puestos a ver el lado positivo de las cosas, ahora tengo a alguien que siempre está dispuesta a dar un paseo por la ciudad.

Zanahoria ya tenía la mano encima de la manija de la puerta cuando lord Vetinari le llamó.

—¿Sí, señor?

Zanahoria volvió la mirada hacia aquel hombre alto y delgado, que estaba de pie en la gran sala desnuda junto al trono dorado lleno de podredumbre.

—Usted es un hombre al que le interesan mucho las palabras, capitán. Querría invitarlo a tomar en consideración algo que su predecesor nunca llegó a entender del todo.

—¿Señor?

—¿Se ha preguntado alguna vez de dónde procede la palabra «político»? —le preguntó el patricio.

—Y luego está el Comité del Santuario Rayo de Sol —dijo lady Ramkin, desde su lado de la mesa del comedor—. Tenemos que contar contigo en eso. Y la Asociación de Propietarios de Tierras, claro está. Y la Liga de Lanzallamas Simpáticos. Anímate. Descubrirás que tu tiempo se llena como si nada.

—Sí, querida —dijo Vimes.

Los días se extendían ante él, llenándose como si nada de comités y obras de caridad y… como si nada. Probablemente era mejor que dedicarse a recorrer las calles. Lady Sybil y el señor Vimes.

Suspiró.

Sybil Vimes, neé Ramkin, le miró con una expresión de preocupación leve. Desde que le conoció, Sam Vimes siempre había estado vibrando con la ira interna de un hombre que quiere arrestar a los dioses por no hacer bien las cosas, y de pronto había entregado su placa y ahora… Bueno, ahora ya no era exactamente Sam Vimes.

El reloj del rincón dio las ocho. Vimes sacó el reloj que le habían regalado en su despedida y lo abrió.

—Ese reloj adelanta cinco minutos —dijo, por encima del tintineo de las campanadas. Luego cerró la tapa del reloj y volvió a leer las palabras que había escritas en él: «Para Guardar el Tiempo de, Tus Vejios Amigos de la Guardia».

Zanahoria había estado detrás de aquello, seguro. Vimes había aprendido a reconocer esa ceguera a la posición que debían ocupar las vocales y la caprichosa crueldad con que trataba a la coma común.

Te decían adiós, te arrebataban la medida de tus días, y te daban un reloj…

—¿Disculpe, milady?

—¿Sí, Willikins?

—Hay un guardia en la puerta, milady. En la entrada de comerciantes.

—¿Has enviado a un guardia a la entrada de los comerciantes?—dijo lady Sybil.

—No, milady. Esa fue la entrada a la que acudió él. Es el capitán Zanahoria.

Vimes se puso la mano encima de los ojos.

—Le han hecho capitán y acude a la puerta trasera —dijo—. Zanahoria es así. Tráelo aquí.

Fue apenas perceptible, excepto para Vimes, pero el mayordomo miró a lady Ramkin en busca de su aprobación.

—Haz lo que dice tu señor —dijo ella galantemente.

—Yo no soy el señor de na… —empezó a decir Vimes.

—Vamos, Sam —dijo lady Ramkin.

—Bueno, no lo soy —dijo Vimes con voz malhumorada.

Zanahoria entró en el comedor y se puso firmes. Como de costumbre, la habitación se convirtió sutilmente en un mero telón de fondo para él.

—Está bien, muchacho —dijo Vimes en el tono más afable de que fue capaz—. No necesitas saludar.

—Sí que he de hacerlo, señor —dijo Zanahoria, y le tendió a Vimes un sobre que lucía el sello del patricio.

—Probablemente me multa con cinco dólares por haber sometido mi cota de malla a un desgaste innecesario —dijo Vimes.

Sus labios se movieron mientras leía.

—Caray —terminó diciendo—. ¿Cincuenta y seis?

—Sí, señor. Detritus se muere de ganas de empezar a adiestrarlos.

—¿Incluyendo a los no muertos? Aquí dice que el ingreso está abierto a todos, sin importar cuál sea la especie o el estatus mortal…

—Sí, señor —dijo Zanahoria, firmemente—. Todos son ciudadanos.

—¿Quieres decir que puedes tener vampiros en la Guardia?

—Muy buenos para el turno nocturno, señor. Y la vigilancia aérea.

—Y siempre van bien a la hora de dejarte en la estacada.

—¿Sí, señor?

Vimes contempló cómo su pequeño chiste atravesaba la cabeza de Zanahoria sin lograr activar el cerebro. Volvió al papel.

—Mmm… Pensiones para viudas, veo.

—Siseñor.

—¿Volver a abrir las viejas Casas de la Guardia?

—Eso es lo que dice el patricio, señor. Vimes siguió leyendo:

Nos parece particularmente evidente, que esta Guardia incrementada necesitará disponer de un hombre con experiencia, que sea tenido en Alta Estima por todas las capas de la soceidad y, estamos convencidos de que usted debería desempeñar ese Papel. Por consiguiente asumirá inmediatamente sus Deberes como, Comandante de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork. Este puesto tradicionalmente lleva cinsogo el grado de Caballero que, estamos decididos a resucitar en esta ocasión.

Esperando que esta misiva le encuentre disfrutando de buna salud, suyo afectisimo

HAVELOCK VERTINARI (PATRICIO)

Vimes volvió a leer la carta.

Tabaleó con los dedos encima de la mesa. No cabía duda de que la firma era auténtica. Pero…

—Cab… ¿Capitán Zanahoria?

—¡Señor!

Zanahoria estaba mirando hacia delante con el aire reluciente de alguien que está lleno de eficiencia, sentido del deber y la más firme determinación de esquivar cualquier clase de pregunta directa que se le dirija.

—Yo… —Vimes volvió a coger el papel, lo dejó encima de la mesa, volvió a cogerlo y luego se lo pasó a Sybil.

—¡Cielos! —exclamó ella—. ¿Te nombran caballero? ¡Y ya iba siendo hora, además!

—¡Oh, no! ¡Yo no! Ya sabes lo que pienso de los que se hacen llamar aristócratas en esta ciudad… aparte de ti, Sybil, naturalmente.

—Bueno, quizá ya iba siendo hora de que el nivel medio de la especie mejorase un poquito —dijo lady Ramkin.

—Su señoría dijo que ninguna parte del paquete de medidas era negociable, señor —dijo Zanahoria—. Quiero decir que, bueno, es todo o nada, y supongo que usted ya me entiende.

—¿Todo…?

—Siseñor.

—… o nada.

—Siseñor.

Los dedos de Vimes volvieron a tamborilear sobre la mesa.

—Has ganado, ¿verdad? —dijo—. Has ganado.

—¿Señor? No le entiendo, señor —dijo Zanahoria, irradiando honesta ignorancia.

Hubo otro silencio peligroso.

—Pero, claro está —dijo Vimes—, es completamente imposible que yo pueda dejar pasar esta clase de cosas.

—¿Qué quiere decir, señor? —preguntó Zanahoria.

Vimes atrajo el candelabro hacia él y tocó el papel con la punta de un dedo.

—Bueno, mira lo que pone aquí. Quiero decir que, bueno, ¿volver a abrir esas viejas Casas de la Guardia? ¿En las puertas? ¿Qué sentido tendría eso? ¿Allí en el límite?

—Oh, estoy seguro de que los detalles concernientes a la organización pueden alterarse, señor —dijo Zanahoria.

—Mantener una guardia general en las puertas, eso sí, pero si quieres tener alguna clase de dedo encima del pulso de… Mira, necesitas tener una en algún lugar de la calle Olmo, cerca de las Sombras y los muelles, y otra hacia la mitad de la calle Corta, y quizá una más pequeña en el Camino de los Reyes. En algún lugar de allí arriba, de todas maneras. Tienes que pensar en cuáles son los centros de la población. ¿Cuántos hombres habría estacionados en cada Casa de la Guardia?

—Yo había pensado en diez, señor. Tomando en consideración los distintos turnos.

—No, eso no puede ser. Utiliza como máximo seis. Un cabo, digamos, y otro por turno. Al resto los vas desplazando de un lado a otro siguiendo, oh, una rotación mensual. Te interesa que todo el mundo se mantenga lo más alerta posible, ¿verdad? Y de esa manera todos tienen que andar por cada una de las calles. Eso es muy importante. Y… ojalá tuviera un mapa… oh… gracias, querida. Bien. Y ahora mira esto. Cuentas con unos efectivos de cincuenta y seis hombres, nominales, ¿de acuerdo? Pero también te vas a ocupar de la guardia diurna, y además tienes que tomar en consideración los días libres, dos funerales de abuelas por hombre al año… y los dioses sabrán cómo se las van a arreglar los no muertos para disfrutar de esos días, a lo mejor se les dará permiso para que asistan a sus propios funerales… y luego también está la baja por enfermedad y ese tipo de cosas. Así que… Bueno, entonces lo que queremos es tener cuatro turnos, repartidos por toda la ciudad. ¿Tienes fuego? Gracias. No queremos que la guardia entera cambie de turno a la vez. Por otra parte, tienes que permitir que el oficial de cada Casa de la Guardia disponga de un poco de iniciativa. Pero deberíamos mantener un destacamento especial en Pseudópolis Yard para las emergencias… Mira, dame ese lápiz. Y ahora dame ese cuaderno. Vamos a ver…

El humo del puro fue llenando la habitación. El pequeño reloj que le habían regalado a Vimes en su despedida de la Guardia fue tocando cada cuarto de hora, sin ser escuchado por nadie.

Lady Sybil sonrió y cerró la puerta detrás de ella, y fue a dar de comer a los dragones.

Queridísimos mami y papi:

Bueno, tengo unas noticias Asombrosas que daros, ¡¡¡porque ahora soy Capitán!!! Hemos tenido un día muy ajetreado y una Semana realmente varaida, como pasaré a contaros ahora…

Y solo una cosa más.

Había una gran mansión en una de las áreas más elegantes de Ankh, con un espacioso jardín y en lo alto de uno de sus árboles, una casita para los niños y, muy probablemente, un lugar caliente junto al fuego.

Y una ventana, rompiéndose…

Gaspode tomó tierra sobre el césped y corrió hacia la valla como alma que lleva el diablo. Burbujas que olían a flores chorreaban de su pelaje. Ahora lucía una cinta con un lacito en ella, y llevaba en la boca un cuenco en el que ponía SEÑOR ABRACITOS. Cavó frenéticamente hasta que pudo abrirse paso por debajo de la valla y salió al camino.

Un montón de excrementos de caballo frescos se encargó del aroma floral, y cinco minutos de rascadas eliminaron el lazo.

—No me queda ni una puta pulga —gimió Gaspode dejando caer el cuenco—. Y yo que tenía la colección casi completa. ¡Vaya! Bueno, nunca volveré a poner las patas allí dentro. ¡Ja!

Gaspode empezó a sentirse más animado. Era martes. Eso significaba pastel de bistec-y-órganos-sospechosos en el Gremio de Ladrones, y el jefe de cocina de allí era conocido por ser bastante susceptible a una cola que golpeaba el suelo y una mirada penetrante. Y sostener un cuenco vacío en la boca y parecer patético era algo que no fallaba nunca, si es que Gaspode entendía un poco de aquellas cosas. No debería tardar demasiado en poder quitarse de encima al SEÑOR ABRACITOS.

Quizá las cosas no hubiesen debido ser así. Pero así es como eran.

En conjunto, reflexionó Gaspode, hubiese podido ser mucho peor.

1. Pero ser adiestrado como Ladrón era algo que a un caballero no se le pasaría por la cabeza ni en sueños. [↑](#footnote-ref-1)
2. A menudo con discretas placas debajo de ellos que registraban modestamente el nombre de la persona que les había dado muerte. Después de todo, era la galería de retratos de los Asesinos. [↑](#footnote-ref-2)
3. Desde el punto de vista de la especie como un todo. No desde el punto de vista del dragón que ahora está lloviendo sobre todo el paisaje en forma de trocitos muy pequeños. [↑](#footnote-ref-3)
4. Dedos-Mazda, el primer ladrón que hubo en el mundo, les robó el fuego a los dioses. Pero luego no consiguió encontrar a ningún perista que quisiera quedárselo: el artículo todavía estaba demasiado caliente\*.

   \*Dedos salió realmente chamuscado del negocio. [↑](#footnote-ref-4)
5. La Batalla del Valle de Koom es la única batalla conocida de la historia en la que cada bando le tendió una emboscada al otro. [↑](#footnote-ref-5)
6. Siempre hay uno. [↑](#footnote-ref-6)
7. Esto es otro rasgo de supervivencia. [↑](#footnote-ref-7)
8. Porque era una forma temprana de científico librepensador, y no creía que los seres humanos hubieran sido creados por alguna clase de ser divino. Diseccionar personas cuando todavía estaban vivas tendía a ser una preocupación sacerdotal, porque los sacerdotes pensaban que la humanidad había sido creada por alguna clase de ser divino y querían ver más de cerca Su obra. [↑](#footnote-ref-8)
9. Un suicidio, por ejemplo. De hecho, el asesinato era un acontecimiento poco común en Ankh-Morpork, pero había un montón de suicidios. Andar por los callejones de Las Sombras durante las horas nocturnas era cometer suicidio. Pedir un trago corto en un bar de enanos era cometer suicidio. Decirle «¿Tienes rocas en la cabeza o qué?» a un troll era cometer suicidio. Si no ibas con cuidado, podías cometer suicidio muy fácilmente. [↑](#footnote-ref-9)
10. Una encuesta llevada a cabo por el Gremio de Comerciantes de Ankh-Morpork en las áreas portuarias de la ciudad encontró a 987 mujeres que dijeron que su Profesión era «costurera». Ah, y dos agujas. [↑](#footnote-ref-10)
11. De hecho, los trolls cuentan tradicionalmente así: uno, dos, tres… muchos, Y la gente da por sentado que esto significa que son incapaces de llegar a dominar números más elevados. No se dan cuenta de que muchos puede ser un número. Como en: uno, dos, tres, muchos, muchos-uno, muchos-dos, muchos-tres, muchos muchos, muchos-muchos-uno, muchos-muchos-dos, muchos-muchos-tres, muchos muchos muchos, muchos-muchos-muchos-uno, muchos-muchos-muchos-dos, muchos-muchos-muchos-tres, MONTONES. [↑](#footnote-ref-11)
12. Lo habitual era que la patrona te preguntara si estabas decente, pero la señora Cake conocía a sus inquilinos. [↑](#footnote-ref-12)
13. Marrones [↑](#footnote-ref-13)
14. Y marrones. [↑](#footnote-ref-14)
15. Funciona de la siguiente manera. La frenología, como todo el mundo sabe, es una manera de leer el carácter, la aptitud y las capacidades de alguien examinando las protuberancias y oquedades de su cabeza. Por consiguiente —según la clase de pensamiento lógico que caracteriza a la mentalidad predominante en Ankh-Morpork—, debería ser posible moldear el carácter de alguien proporcionándole bultos cuidadosamente graduados en todos los lugares apropiados. De esa manera, puedes entrar en la consulta de un retrofrenólogo y encargar un temperamento artístico con una tendencia a la introspección y un complemento de histeria. Lo que recibes en realidad son unos cuantos golpes en la cabeza asestados con una selección de martillitos de distintos tamaños, pero crea empleo y mantiene el dinero en circulación, y eso es lo principal. [↑](#footnote-ref-15)
16. La rata con queso cremoso solo es uno de los platos famosos del Mundodisco disponibles en la cosmopolita Ankh-Morpork. Según la publicación del Gremio de Mercaderes, Bienvenido a Ankh-Morpork, Ciudad de las Mil Sorpresas: «También a comprar en sus bien provistos emporios están el Caído, los Diablillos Liados, el Bacalao a la Fikkun, el Pudín Preocupado, las Bolitas Pringosas\*, y, no debe ser olvidado, el Bocadillo de Nudillo, hecho con los más selectos nudillos de cerdo. No en vano se dice, “Para Probar el Verdadero Sabor de Ankh-Morpork, Prueba un Bocadillo de Nudillo”».

    \*Que no debe confundirse con la Bolita Pringosa Escocesa, la cual es una especie de pudín de crema relleno de fruta. La versión de Ankh-Morpork cae en la lengua como el más fino de los merengues, y en el estómago como una bola de cemento. [↑](#footnote-ref-16)
17. Falso. Vimes no viajaba mucho excepto a pie, y poco sabía del Tordo Suicida de Lancre o del Lema Ensombrecido, que existe únicamente en dos dimensiones y come matemáticos, o de la mariposa cuántica del clima. Pero es posible que la especie más extraña, y posiblemente más triste, del Mundodisco sea el elefante ermitaño. Esta criatura, al carecer de la piel gruesa de sus parientes, vive dentro de cabañas, mudándose y construyendo extensiones a su alrededor conforme va aumentando su tamaño. Más de un viajero que recorría las llanuras de Howondalandia ha despertado por la mañana en medio de una aldea que no estaba allí la noche anterior. [↑](#footnote-ref-17)
18. En estos momentos, el axioma «Los hombres honrados no tienen nada que temer de la policía» está siendo revisado por la Junta de Apelación de Axiomas. [↑](#footnote-ref-18)
19. Probablemente, ningún otro mundo en el multiverso tiene almacenes para cosas que solo existen in potentia, pero el almacén de futuros porcinos que hay en Ankh-Morpork es un resultado de las reglas del patricio acerca de las metáforas carentes de base, la mentalidad literal de aquellos ciudadanos que dan por sentado que todo debe existir en alguna parte, y la delgadez general de la textura de la realidad alrededor de Ankh, la cual es tan tenue como una cosa muy tenue. El resultado de todo ello es que el comerciar con futuros porcinos —con productos del cerdo que todavía no existe— terminó llevando a que se construyera el almacén donde guardarlos hasta que existieran. Las temperaturas extremadamente bajas están causadas por el desequilibrio en el flujo de la energía temporal. Al menos, eso es lo que dicen los magos del edificio de Magia de Altas Energías. Y ellos tienen sombreros puntiagudos y unas cuantas letras después de su nombre, así que saben de qué están hablando. [↑](#footnote-ref-19)
20. A estas alturas probablemente ya habrá quedado claro que, aunque Leonardo da Quirm era el mayor genio tecnológico de su época, también tenía un poco de Detritus cuando se trataba de inventar nombres. [↑](#footnote-ref-20)
21. No era necesario que lo hiciese. Cuddy, por pertenecer a una raza que siempre prefería trabajar en el subsuelo, y Detritus, por ser un miembro de una raza notoriamente nocturna, veían muy bien en la oscuridad. Pero las cavernas y los túneles misteriosos siempre cuentan con fungosidades luminosas, cristales con un brillo extraño o, en caso de apuro, un simple resplandor fantasmagórico suspendido en el aire, por si se da el caso de que venga un héroe humano y necesite ver en la oscuridad. Extraño, pero cierto. [↑](#footnote-ref-21)
22. Algo así como cualquier empresa ferroviaria. [↑](#footnote-ref-22)
23. Que puede significar… bueno… los significados incluyen: «Disculpa, pero estás colgando de mi aro de goma, muchísimas gracias», «Para ti puede que solo sea una biomasa vital que oxigena el planeta, pero para mí es el hogar», y «Estoy seguro de que hace un momento había una selva tropical por aquí». [↑](#footnote-ref-23)
24. El cual accionaba el fuelle de la caldera. [↑](#footnote-ref-24)
25. Otras cinco la declararon un arma sagrada y dieron instrucciones de que se utilizara sobre todos los infieles, herejes, agnósticos y personas que no se estaban quietas durante el sermón. [↑](#footnote-ref-25)
26. Dice así: «El que encadena a un troll, especialmente si además aprovecha la situación para dejar caer la bota sobre él unas cuantas veces, hará bien en no ser el que lo desencadene después». [↑](#footnote-ref-26)
27. Y ese fue el origen, mucho tiempo después de los acontecimientos narrados aquí, de una canción folclórica de Ankh-Morpork compuesta para silbato de latón y pasaje nasal:

    Iba, yo andando por la Vía Ancha Inferior,

    cuando llegó la partida de reclutamiento

    cogiendo a la gente por los tobillos

    y dictándole que se iban a. ofrecer

    voluntarios para ingresar en la

    Guardia, a menos que quisieran

    que les diesen de patadas en sus

    goohulaags cabezas,

    así que en vez de seguir por ahí, me fui por la calle

    del Pastel de Melocotón y por Holofernes,

    cantando: Tura-li, etcétera.

    La canción nunca llegó a ser demasiado popular. [↑](#footnote-ref-27)
28. Para los trolls el cielo está abajo. [↑](#footnote-ref-28)